


MARIA LUISA MINARELLI

Escarlata veneciano



Traducción de Patricia Orts

amazon crossing 

*Escarlata
veneciano*

MARIA LUISA MINARELLI

*Escarlata
veneciano*

Traducción de Patricia Orts

amazon crossing 

Título original: *Scarlatto veneziano*

Publicado originalmente por Amazon Publishing, Luxembourg, 2015

Edición en español publicada por:
AmazonCrossing, Amazon Media EU Sàrl
5 rue Plaetis, L-2338, Luxembourg
Agosto, 2017

Copyright © Edición original 2015 por Maria Luisa Minarelli

Todos los derechos están reservados.

Copyright © Edición en español 2017 traducida por Patricia Orts García
Diseño de cubierta: PEPE *nymi*, Milano
Imagen de cubierta © AR Pictures © anshar/Shutterstock; © Dave and Les
Jacobs/Getty Images

Primera edición digital 2017

ISBN: 9781542045452

www.apub.com

Sobre la autora

Periodista y escritora, Maria Luisa Minarelli nació en Bolonia y se licenció en esta misma ciudad. Ha colaborado en revistas como *Storia illustrata* e *Historia* y ha escrito sobre temas de salud, belleza y turismo. En 1992 publicó *A tavola con la storia*, en el que comparaba las civilizaciones de diferentes épocas y países desde el punto de vista de las tradiciones gastronómicas. En 1998 escribió *Donne di denari*, un ensayo sobre las mujeres empresarias a lo largo de los siglos, que fue traducido al alemán. En 2008 vio la luz la novela de suspense *La donna dal quadrifoglio*.

Maria Luisa vive en Milán, aunque se escapa cuando puede a su casa en Venecia, ciudad de la que siempre ha estado enamorada. Su pasión son los viajes, el arte, los anticuarios y los libros, sobre todo los libros, que devora durante la noche, rodeada de sus gatos y de sus plantas.

A mis adorados Martina y Luca y a mi hijo Marco

Índice

Personajes principales

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[«Hablamos veneciano». Una nota de la autora](#)

[Agradecimientos](#)

Personajes principales

Marco Pisani, *avogadore*, alto funcionario de la República de Venecia

Daniele Zen, abogado amigo de Marco Pisani

Nani, gondolero

Rosetta, ama de llaves

Chiara Renier, mujer de negocios y vidente

Tommaso Grassino, llamado Maso, aprendiz de Chiara

Alvise Cappello, patrón del Arsenal

Marino Barbaro, noble empobrecido

Lucrezia Scalfi, cortesana, amante de Barbaro

Piero Corner, joven patricio

Biagio Domenici, gondolero de Piero Corner

Paolo Labia, noble disipado

Lucietta Segati, antigua criada de casa Corner

Zanetta, propietaria de un negocio de ropa de segunda mano

Marianna Biondini, lencera

Menico Biondini, padre de Marianna

Giannina Biondini, tía de Marianna

Angela Sporti, amiga de Marianna

Giorgio Sporti, hermano de Angela y novio de Marianna

Baldo Vannucci, confidente de los inquisidores

Francesco Loredan, dux de Venecia

Capítulo 1

El joven Tommaso Grassino, llamado Maso, tuvo la desgracia de encontrar a la primera víctima.

La gélida noche de principios de diciembre estaba tocando a su fin, era una de esas noches venecianas en que el agua de los canales parece sublimarse en pequeñas gotas y vagar por las calles empapando la ropa de los transeúntes. Envuelto aún en la oscuridad, Maso había abandonado a su pesar la tibia cama en casa de sus padres, que estaba detrás del *campo* San Polo; con las manos en los bolsillos recorría en la penumbra la *ruga* del Ravano para llegar al puente de Rialto. Se dirigía al barrio de Cannaregio, a la tejeduría de seda de la calle Venier, donde trabajaba como aprendiz.

Aún había poca gente en la calle: algún que otro panadero, que volvía de trabajar envuelto en su tabardo, y unos cuantos patricios medio borrachos, que habían pasado la noche jugando en el casino de los nobles del *campo* de San Barnaba, que se encontraba en las inmediaciones.

Se oían los gritos de los mozos de las *bàcari*, las tabernas, que habían sido enviados por sus amos a abrir los postigos y encender el fuego de las chimeneas. Aguardaban las primeras oleadas de verduleros y pescadores, que llegarían para calentarse con un sorbo de vino antes de descargar las barcas en los alrededores del gran mercado de Rialto.

Maso caminaba apretando el paso por la famosa calle, mientras silbaba una *barcalora*, una canción típica de los gondoleros, desentonando con sentimiento, cuando, quizá debido al frío penetrante o por haber salido a toda prisa, sintió la necesidad impelente de orinar.

Dobló a la derecha y embocó la maraña de callejuelas que había a espaldas de San Silvestro, dejó atrás un pasaje iluminado por la luz trémula de unos cabos de vela que alumbraban un tabernáculo de la Virgen y dio dos pasos en la penumbra de un pequeño patio. Uno de sus pies chocó con una masa indistinta que estaba tirada en el suelo. Se inclinó hacia ella intrigado y

a la luz vacilante del cirio vio dos ojos abiertos y una lengua, una cara alterada por una mueca de terror que era, sin lugar a dudas, el terror de la muerte.

—¡Socorro! —gritó Maso con voz quebrada. Luego, cada vez más fuerte, añadió—: ¡Socorro! ¡Aquí hay un muerto! ¡Que alguien me ayude! — Pero no se decidía a levantarse, seguía sujetando la cabeza abandonada y no oyó las pisadas apresuradas en la calle.

Dos manos aferraron sus hombros y lo aplastaron contra la pared. Una voz ronca gritó:

—¿Qué has hecho, desgraciado?

Otra chillona respondió:

—¡Lo ha matado!

La gente se agolpó alrededor de ellos en un abrir y cerrar de ojos. Aparecieron varios mozos de las tabernas cercanas, algunos llevaban linternas. Los más curiosos se abrieron paso inclinándose hacia el muerto.

—Pobre, lo han estrangulado —exclamó uno de ellos.

—Los esbirros, llamad enseguida a los esbirros —dijo un hombre a voz en grito. Era alto y robusto, podía ser un mozo de cuerda del mercado.

—Deberíamos ajusticiarlo aquí mismo, enseguida —propuso otro con una vocecita chillona. Tenía la cabeza en forma de pera, hundida entre los hombros, y las piernas cortas y arqueadas. Se refería al pobre Maso, que estaba aturdido.

Las casas del vecindario se habían despertado de repente. Los postigos que tenían encima de sus cabezas se abrían dando golpes, las luces se encendían, las mujeres se asomaban envueltas en sus chales.

—¿De verdad está muerto? —preguntó una vieja desde lo alto.

—Lo ha estrangulado —respondió alguien—, pero se la haremos pagar...

—Un momento, no he sido yo. Yo lo he encontrado así —balbuceaba Maso aterrorizado en medio del bullicio, pero nadie lo escuchaba.

Estaba cada vez más asustado. Varios jóvenes, decididos a entregarlo a la justicia, lo empujaban de un lado a otro, mientras la multitud procedente de las inmediaciones, que acudía atraída por la algarabía, hombres y mujeres medio vestidos y transeúntes curiosos, había aumentado de tal forma que ahora invadía por completo el patio y la calle.

—Abrid paso —se oyó por fin. Había llegado la justicia representada por cuatro esbirros uniformados, con bandoleras y botas, y armados con

linternas. Mientras dos de ellos se ocupaban del desgraciado de Maso, que al verlos exhaló un suspiro de alivio, sus compañeros movieron el cadáver en la calle y lo examinaron con atención. Era un amanecer lechoso, suficientemente claro como para evaluar la situación.

—Es un patricio —observó un guardia—. Lleva chaqueta, capa y medias de seda.

—Pero debe de ser pobre —apuntó uno de sus compañeros—, mira la camisa llena de remiendos y la peluca apolillada.

Era cierto, la víctima tenía un aspecto descuidado.

—Lo han estrangulado —prosiguió el primero—. Todavía tiene la cuerda alrededor del cuello. E intentó defenderse, tiene un puñal en una mano. ¡Mira! —añadió—. El puñal está manchado de sangre, por lo visto hirió al asesino.

Era necesario apartar a la multitud y tomar una decisión. Los esbirros no sabían qué hacer, en Venecia no aparecían cadáveres en la calle todos los días, es más, era el primero que veían los cuatro y el hecho los impresionaba mucho.

—Deberíamos llamar a los soldados de la *Quarantia Criminale* —propuso sabiamente el más joven, un tal Antonio.

—Pero ahora estamos aquí nosotros, no podemos hacer el ridículo —replicó otro—. Tratemos de dispersar entretanto a la multitud.

La gente estaba excitada, así que no fue fácil convencerla de que volviera a sus ocupaciones, pero al final los guardias se quedaron a solas con Maso al lado del cadáver.

—¿Quién es? —preguntó el más anciano, un tal Luigi Biasio—. ¿Por qué lo has matado? ¿Querías robarle?

—Yo no he matado a nadie —se defendió el joven, que estaba más pálido que el muerto—. ¡Jamás he visto a este señor!

—En ese caso, ¿por qué te encontraron encima del cadáver?

—Iba a trabajar, necesitaba mear y me escondí en el pasaje. Cuando tropecé con su cuerpo, ya estaba muerto.

Lo cierto era que el joven, alto y enjuto, con orejas de soplillo y cara redonda, turbado por el miedo y la indignación, vestido de obrero, aunque con cierta dignidad, no parecía un criminal. En cualquier caso, había que entregarlo a la autoridad competente.

¿Y el muerto? ¿Qué debían hacer con él? Antes de exponerlo en el puente de la Paglia, delante de la cárcel, como se solía hacer con los cuerpos

de los desconocidos, convenía hacer algunas averiguaciones.

Un esbirro convocó a varios comerciantes de las inmediaciones para ver si lo reconocían. Uno de ellos, un tal Zorzòn, dueño de una pequeña tienda de objetos variados, lo reconoció.

—Es Marino Barbaro —dijo—, un *barnabotto* que vivía detrás de Ca' Rezzonico, cerca de aquí. Estaba sin blanca y me debía bastante dinero. ¡Menuda suerte, ahora sí que no veré un centavo! Aunque vaya final...

Los esbirros asintieron: un *barnabotto*, uno de los nobles venidos a menos que vivían de milagro en los alojamientos que ponía a su disposición la República en la cercana parroquia de San Barnaba. Eso explicaba los remiendos en su ropa.

Lo único que podían hacer por el momento era llevarlo a su casa, de manera que dos de ellos, Luigi Biasio y el joven Antonio, transportaron al muerto en una camilla improvisada con una sábana, mientras sus compañeros, Giuseppe y Momo Serpieri, ataron las manos a Maso, se encaminaron a Rialto y atravesaron las elegantes calles de las Mercerie para llegar al palacio Ducal y a las cárceles nuevas, próximas a este.

La ciudad se estaba despertando. Delante de la Erbaria, a los pies del palacio de los Camerlenghi, en el Gran Canal, se apiñaban *peote* de carga, balsas, *burchi*, *caorline* rebosantes de verduras procedentes de las islas, que los vendedores, envueltos en sus tabardos, iban disponiendo en los puestos. En el aire gélido flotaban exhortaciones y llamadas, voces roncadas, los dialectos de los alrededores y algún que otro estribillo de canción.

No muy lejos, los *bragozzi* procedentes de Chioggia y Pellestrina, movidos con los remos por unos robustos pescadores ataviados con abrigo y gorros de lana, abastecían el mercado del pescado. El torrente plateado y resbaladizo de las sardinas, los lenguados y las caballas, el rojo de las gambas y los salmonetes y el negro de las anguilas fluía de las cestas a los puestos. Las voces humanas gritaban y se confundían con los graznidos de los pájaros.

Llegaban los primeros clientes, mujeres del pueblo con el capazo colgado del brazo, viejecitos impacientes por encontrar un interlocutor con el que cruzar dos palabras, algún que otro fraile limosnero.

Al otro lado del puente, en el muelle del Vin, los mozos descargaban los toneles. Al hacerlo se cruzaban con comitivas de jóvenes patricios envueltos en sus capas, que caminaban con paso vacilante y tenían los ojos cargados, después de haber pasado una noche de juerga abrazados a mujeres pintarrajeadas.

Maso, encorvado entre los dos guardias, olvidado ya el alivio que le había producido haberse salvado de la cólera del gentío, no veía ni oía nada, vivía una auténtica pesadilla. ¿Cómo era posible que le estuviera sucediendo algo así a él, que era un buen aprendiz, que jamás había hecho daño a nadie? Era imposible que lo acusaran de homicidio, todo era un error, no tardarían en liberarlo.

Tras cruzar el puente, cuando estaban junto a la iglesia de San Salvador, Giuseppe se detuvo en seco y sacudió al pobre Maso, que tropezó.

—Oye, Momo —dijo a su compañero—, la *furàtola* del Gato Negro está abierta. ¿Qué te parece si nos calentamos con una copa de vino blanco? —Tras decir esto abrió la puerta de la taberna que daba a la calle.

Los tres avanzaron por la sala exclusivamente iluminada por las llamas de una gran chimenea. En la penumbra se entreveía con dificultad la barra central, coronada por varios jamones y salchichones, que colgaban de una gruesa viga del techo. Los pocos clientes que estaban sentados a las mesas eran unas sombras confusas. Maso se sintió aliviado: no habría soportado que lo vieran maniatado.

—¿Quieres una *ombra de vin*? —le preguntó Giuseppe.

Maso negó con la cabeza, el nudo que tenía en la garganta le impedía tragar. Mientras los guardias apuraban de buena gana una jarra de vino y un plato de pescaditos fritos, que emanaba un aroma delicioso, el joven no dejaba de dar vueltas a su situación. ¿Qué iba a ser de sus padres? ¿Quién los avisaría? Los pobres nunca creerían en las acusaciones, pero ¿qué podrían hacer? Ellos casi nada, desde luego, pero seguro que la señora Renier, la dueña de la tejeduría, que lo conocía bien, lo defendería. Era una mujer culta, una mujer de negocios, ella sabría a quién dirigirse.

El trío echó de nuevo a andar por las Mercerie. Las tiendas de moda aún estaban cerradas, pero la multitud era cada vez mayor: empleados que acudían a sus puestos de trabajo, artesanos que se dirigían hacia los talleres, vendedores de buñuelos hirviendo, criadas que se encaminaban al mercado seguidas de gondoleros desocupados. Maso no veía nada, miraba al suelo temiendo cruzarse con algún conocido, a la vez que pensaba en la manera de salir del aprieto. Seguro que la señora Chiara Renier lo ayudaría, la señora era una mujer muy hábil e instruida.

Pensando en la dueña de la tejeduría de seda donde trabajaba, Masi casi se tranquilizó, pero, al salir a la plaza de San Marcos, Giuseppe, movido por un espíritu macabro, dio un tirón a la cuerda que lo ataba y le señaló las

columnas de la orilla, entre las cuales se efectuaban las ejecuciones capitales.
—Ahí es donde acabarás —exclamó riéndose—. Entre Marco y Todaro.
Maso sollozó como un niño.

Capítulo 2

—¿Dónde estás, Nani? Es hora de marcharnos.

Marco Pisano, que aguardaba en el jardín de su palacete, alzó la cabeza hacia una de las ventanas del entresuelo por la que se asomó al instante un joven bien parecido y risueño.

—¡Ya voy, *paròn*, me pongo la chaqueta y entro en la góndola!

—¿Y tú, pícaro Platone, dónde has pasado la noche? —Marco sonrió con afecto a la vez que acariciaba a un gato grande y gris, que se desentumecía en la tapa de hierro del brocal del pozo—. Te lo advierto, Platone, si sigues molestando a las gatas del párroco llamaré al castrador de gatos. —Platone saltó al suelo con aire indiferente y se acercó a su amo para restregarse contra sus piernas—. Ve a la cocina, Rosetta te ha preparado algo bueno —le aconsejó Marco.

Marco y Nani se encaminaron a la pequeña dársena del jardín, saltaron dentro de la góndola, enfilaron la puerta que daba al canal, que se abría en el muro del lado derecho y recorrieron el breve tramo que bordeaba el *campo* San Vio, próximo a la iglesia de la Salute.

Nani remaba enérgicamente, de pie en la popa, en medio del tráfico de embarcaciones que abarrotaban el Gran Canal desde primeras horas de la mañana, mientras pensaba que su amo tenía muchas virtudes, pero también el defecto de ser demasiado modesto. Lamentaba que en la góndola no figurase el escudo de la casa de los Pisani, los *bragozzi* y las demás barcas se habrían apartado a su paso, pero su amo prefería pasar desapercibido.

El joven estaba convencido de que en Venecia la elegancia era un deber cívico. Mientras seguía remando con energía, pensaba que ningún patricio habría salido de casa sin la peluca. Ninguno salvo su amo, que se obstinaba en ir con el pelo a la vista. Tenía una bonita cabellera castaña, desde luego, y siempre la llevaba bien recogida. También la ropa era de buena calidad, aunque tan austera como la de un notario. Con todo, bastaba ver su porte

elegante y sus ojos penetrantes: la nobleza se le leía en la cara.

Mientras esquivaba con habilidad las embarcaciones, Nani pensaba también que otra de las cosas que no comprendía de su amo era su manía de trabajar. Sabía que era uno de los funcionarios de la República más preparados, pero desde que lo habían elegido *avogadore* no descansaba un minuto: se podría decir que trabajaba como un burgués más. Al mismo tiempo que alargaba el cuello para ver mejor el escote vertiginoso de una dama que viajaba en una góndola cercana, Nani le echó en cara que se pasaba la vida haciendo recados, mientras los criados de las demás casas patricias se pasaban el día durmiendo panza arriba en las antesalas. Si bien debía reconocer que se divertía y que recibía un buen sueldo, un poco más de decoro no habría estado de más.

—Pasa a recogerme a la hora de siempre —dijo Marco, al mismo tiempo que desembarcaba en la plaza y se dirigía hacia las procuradurías viejas, donde se encontraban las oficinas administrativas de la Serenísima y donde trabajaban los poderosos funcionarios de San Marcos. Cruzó un arco y subió la escalinata hasta el entresuelo y, una vez allí, abrió una puerta lacada y entró en una pequeña sala donde guardaba la ropa de su oficio, como solían hacer muchos de sus compañeros en los pequeños locales que rodeaban la plaza.

—Y ahora disfracémonos de *avogadore* —masculló encasquetándose la peluca blanca rizada que le llegaba al pecho y envolviéndose en la toga negra larga hasta los pies y con cola. Se observó en el gran espejo, poco satisfecho de la figura solemne que este reflejaba—. A saber por qué tenemos que administrar justicia disfrazados de esta forma —se preguntó a media voz—. Pase cuando hay que acompañar al dux en las procesiones o asistir a las sesiones del Senado, pero ¿para qué sirven la toga y la peluca en los días normales, cuando debo interrogar a los indagados y a los testigos para instruir un proceso?

Prestando atención para no tropezar, Marco atravesó la plaza, que a esa hora estaba ya animada, saludando a los conocidos y mirando anhelante las tiendas de café, pero era demasiado tarde para detenerse. Entró en el Palacio Ducal por la Puerta de la Carta, que, como siempre, estaba rodeada por los bancos de los escribanos públicos, que aguardaban a los clientes, subió la escalinata de los Gigantes y, desde el pórtico, llegó al segundo piso, donde se encontraban las salas de los funcionarios.

Las oficinas de la *Avogaria*, junto a las del resto de los órganos

judiciales, como el tribunal de la *Quarantia Criminale*, ocupaban el bloque de salas que se encontraba entre el entresuelo y el segundo piso del palacio, entre la cuenca y las prisiones nuevas, a las que estaban unidas por un puente cubierto.

Jacopo Tiralli, compuesto y vestido de negro, como exigía el oficio, lo estaba esperando.

—Hoy, 7 de diciembre de 1752, al alba —dijo en tono oficial— se ha hallado en las inmediaciones de Rialto el cadáver del patricio Marino Barbaro, quien, según parece, fue estrangulado. Su asesino ha sido conducido a las cárceles nuevas, donde está a la espera de ser interrogado. Por lo visto lo descubrieron in fraganti. Dado que usted está disponible, temo que la cuestión le corresponde, ya que los demás *avogadori* aún no han llegado.

Bajo y menudo, Tirelli, miembro de una familia burguesa y licenciado en Derecho en Padua, al igual que Pisani, era un valioso colaborador. Se tomaba muy en serio su cargo y, al carecer por completo de sentido del humor, a menudo hablaba como si estuviera leyendo en voz alta un documento y sonreía en contadas ocasiones.

—Bien, Tiralli, veamos de qué se trata —dijo Pisani exhalando un suspiro. Los casos sencillos no le estimulaban—. Parece un delito resuelto, un robo fallido. Cuéntame lo que se sabe mientras vamos a la cárcel.

Entre las competencias de los *avogadori*, se encontraba la de instruir los procesos y ejercer la acusación. A Marco no le disgustaba este aspecto de su profesión, dado que le permitía estar en contacto con la gente y él no se limitaba a convocar a los testigos, al contrario, iba a verlos en persona, tarea que correspondía en realidad a los esbirros y a los guardias de la *Quarantia Criminale*, el tribunal que juzgaba los asuntos penales. Pero, dado que no se entrometía en las cuestiones políticas y no hacía valer su poder para anular las decisiones de las demás magistraturas que no le parecían conformes a la ley, nadie había protestado nunca.

Mientras cruzaban el puente que comunicaba el Palacio Ducal con la cárcel, un imponente edificio de piedra que había sido erigido hacía un siglo, cuando las celdas del palacio habían resultado insuficientes, Tirelli le puso al corriente de lo acaecido.

—Los hechos hablan por sí mismos —concluyó—. Encontraron a Tommaso Grassino encima del cadáver.

Tiralli era preciso y honrado, pero a veces sacaba conclusiones precipitadas. Cuando el carcelero abrió la celda de la planta baja, Marco casi

se echó a reír. El prisionero estaba pegado a la pared, temblando de pies a cabeza, como si quisiera que el muro se lo tragara, y los miraba con ojos suplicantes y enrojecidos por las lágrimas.

—¿Este es el peligroso asesino Tommaso Grassino? —preguntó Marco.

—Sí, señor, excelencia..., mejor dicho, no, señor —balbuceó Maso—. Soy Grassino, pero no soy un delincuente.

—En ese caso, ¿qué hacías abrazado al cadáver de Marino Barbaro esta mañana, antes del amanecer?

Maso le contó la historia, le explicó que todos los días hacía ese recorrido para ir al taller, añadió que las personas que lo conocían podían atestiguar que era una persona honrada, con un trabajo y un porvenir. Su excelencia podía preguntárselo a la dueña de la tejeduría donde trabajaba.

—Querrás decir la esposa del dueño —precisó el secretario.

—No, señor, la señora, mejor dicho, la señorita Chiara Renier, no está casada y es la dueña. Heredó el taller de su padre y es muy buena —añadió Maso con una punta de orgullo, a la vez que se enjugaba los ojos—. Producimos los brocados y los paños de oro más bonitos de Venecia y los exportamos a toda Europa. La señorita Renier me conoce muy bien. ¿Qué motivo podía tener yo para matar a ese desgraciado?

A Pisani no le costó nada creerlo. Era evidente que el joven solo había tenido la desgracia de encontrar el cadáver y de tropezar con unos guardias estúpidos, que estaban convencidos de haber capturado al asesino. Además, por lo visto, Barbaro era pobre, así que era difícil que alguien hubiera querido robarle. A saber por qué lo habían matado.

—Por el momento —dijo Marco dirigiéndose a Maso—, estás arrestado y están indagando sobre ti, así que deberás tener paciencia, ya que pasarás aquí unos días, como prescribe la ley. Tu familia puede visitarte y traerte comida, te tratarán bien, pero no podrás salir de la cárcel hasta que no descubramos algo que te exculpe.

Mientras hablaba pensaba que con la excusa de instruir el proceso contra él podría evitar que la *Quarantia Criminale* lo investigara, ya que este órgano era capaz de hacer confesar lo que fuera a un desgraciado como él.

Marco Pisani se detuvo en la sala de la guardia para examinar el puñal ensangrentado y para interrogar a los esbirros que habían arrestado a Maso y que habían llevado el cadáver a su casa. El más viejo de ellos, Luigi Biasio, tenía una mirada pícaro.

—¿Qué piensas? —le preguntó.

—Barbaro vivía en un cuchitril de Dorsoduro, cerca del *campo* San Barnaba —le explicó el esbirro—. Lo cuidaba una vieja criada, que se echó a llorar al verlo llegar en ese estado. Lo echamos en la cama con la cuerda que el asesino utilizó para estrangularlo. La criada está segura de que lo mataron mientras volvía de casa de su amante, Lucrezia Scalfi, donde solía quedarse hasta el amanecer. Dice que no sabe nada más sobre él. En cualquier caso, hemos atrapado al asesino.

—Pero si el cadáver tenía un puñal ensangrentado en una mano, el asesino debe estar herido y el joven Tommaso Grassino no lo está —objetó Pisani—. Siendo así, ¿por qué está en la cárcel?

—Bah, estaba allí, todos aseguraban que había sido él.

Una vez más, Pisani pensó que si esa era la manera de razonar de los esbirros hacía bien fiándose exclusivamente de sí mismo. A continuación, dijo:

—Ya que está aquí, prefiero que se quede, pero os advierto que si lo tratáis mal lo pagaréis caro. Comunicad a Lucrezia Scalfi que quiero verla esta tarde en mi despacho.

Cuando dejó la toga y la peluca en las procuradurías viejas, Marco se detuvo un momento para contemplarse de nuevo en el espejo. Este reflejó la imagen de un hombre atractivo, en plena madurez. A sus treinta y cinco años conservaba la figura esbelta y ágil que tenía cuando era joven, una cabellera abundante de color castaño, recogida en la nuca, la frente amplia y una nariz aristocrática, ligeramente aguileña. Vestía una chaqueta de ceremonia, la *velàda*, un chaleco de corte magnífico, pero sin excesivos adornos, y una capa oscura, unas prendas ideales para no llamar la atención. El anonimato era una elección a la que se negaba a renunciar, pese a que muchos lo consideraran extravagante.

Se asomó un instante a la ventana del entresuelo que daba al pórtico para admirar la plaza que quedaba a un lado, inmersa en la pálida luz del sol invernal. A la izquierda se encontraba la basílica de San Marcos, una fábula oriental compuesta de numerosas cúpulas, que dominaban los picos góticos de los arcos, con el espléndido Palacio Ducal al fondo, una fortaleza de encaje tan ligero como una nube, y, a lo lejos, los destellos del mar. Frente a él se extendían las procuradurías nuevas, el corazón pulsante del Estado.

La gran plaza empedrada con traquita estaba ocupada por la consabida multitud heterogénea: señoras con amplias faldas y envueltas en chales variopintos, los *zendade*, que examinaban las telas de los puestos de los

vendedores ambulantes, protegidos por grandes sombrillas; caballeros vestidos de raso de color amarillo o azul claro, con medias de seda, que charlaban en pequeños grupos; burgueses ajetreados, que caminaban apretando el paso. Entre ellos deambulaban una pareja de frailes dominicanos, vendedoras de buñuelos con la bandeja de madera colgada del cuello y algún que otro mendigo.

Pisani no tenía ganas de unirse a las conversaciones de los patricios que abarrotaban a esa hora los cafés de la plaza de San Marcos, así que se dirigió a las Mercerie, donde se encontraba el local de Menegazzo, famoso por ser lugar de encuentro de los literatos. Eligió una mesa que estaba en un rincón, pidió que le sirvieran sepia, bacalao *mantecato*, sardinas en *saòr*, y se concentró en la lectura de los diarios. Frecuentado por los intelectuales venecianos, que se reunían allí para conversar, el local ofrecía a sus clientes una amplia selección de periódicos de varios países europeos.

Lo interrumpió la llegada de su amigo Daniele Zen, un abogado perteneciente a una rica familia burguesa con el que había estudiado en la Universidad de Padua. Su aparición fue providencial, porque Marco había decidido ya involucrarlo en la investigación, como había hecho en otras ocasiones. Apreciaba su agudeza y su discreción y lo estimaba mucho.

—¡Siempre en tu guarida como un oso! —lo saludó Daniele mientras se sentaba delante de él. Era un joven atractivo, rubio, con los ojos claros y el cuerpo atlético, asiduo de los salones mundanos, que tenía un gran éxito entre las jóvenes casaderas y las cortesanas—. Eres demasiado serio, amigo mío. Apuesto a que has trabajado toda la mañana.

—Tengo que volver al palacio esta tarde —reconoció Marco—. A propósito, me estoy ocupando de un caso que podría interesarte. Se trata de un joven aprendiz que ha tenido la desgracia de tropezar con el cadáver de un *barnabotto* detrás de la iglesia de San Silvestro. Un grupo de esbirros idiotas decidió que era el asesino y lo llevaron a la cárcel. No creo que haya pruebas contra él, es más, creo que la muerte del tal Marino Barbaro es un poco extraña, pero, si no encuentro pronto una pista buena, tendrás que prepararte para defenderlo.

—A sus órdenes, excelencia —bromeó Zen—, pero el asesinato de un *barnabotto* puede deberse a peleas de juego, estafas, deudas y a saber qué más cosas. Esa gente no le hace ascos a nada. No es fácil saber cómo se las arreglan para vivir.

—Por eso me echarás una mano —dijo Pisani bebiendo de buen grado

su taza de café.

Daniele tenía razón. Los *barnabotti* eran una plaga del siglo y un testimonio vivo de la decadencia de la Serenísima. Pertenecían a las familias nobles que desde que habían terminado los negocios lucrosos de Venecia con Oriente no habían sabido reciclar sus posesiones en fincas de tierra firme, que a mediados del siglo XVIII se habían convertido en la mejor inversión. Por si fuera poco, muchos de ellos, al encontrarse de repente desocupados, habían dilapidado el resto de su patrimonio en juegos de azar.

Los que se encontraban en peor situación eran, sobre todo, los jóvenes que rechazaban la carrera de las armas o los empleos en la magistratura, porque, como no tenían dinero, debían contentarse con los cargos inferiores. Los más cultos y voluntariosos se empleaban como tutores o bibliotecarios en las grandes familias, poco menos que criados, pero la mayoría salía adelante como podía. Los más pobres de la Serenísima tenían la posibilidad de vivir en las humildes casas que se encontraban cerca de la iglesia de San Barnaba, en el barrio de Dorsoduro, de ahí su nombre. Pero lo absurdo es que conservaban todos los privilegios de la aristocracia, entre los que se encontraba el derecho de voto en el *Maggior Consiglio* o Gran Consejo.

Marco estaba sentado en su cátedra de la sala de la *Avogaria* cuando entró Lucrezia Scalfi. Su belleza de antaño estaba en ruinas. Ojos muy marcados, exceso de maquillaje, joyas falsas y llamativas y prendas retocadas en más de una ocasión. Una cortesana, pensó Marco, que antaño debía de haber sido de lujo, pero que no había sabido encontrar un arreglo para la madurez y aún se veía obligada a ejercer su oficio.

—Señora Scalfi —dijo Pisani mirando fijamente a la mujer, que se había inclinado hacia él—, según sabemos, usted tenía una buena relación con Marino Barbaro.

—Sí, éramos amigos. Qué muerte tan espantosa. Espero que no piense que yo tengo algo que ver con ella —contestó la mujer adoptando una actitud defensiva.

—No se preocupe por lo que yo pueda pensar. ¿Anoche estuvo en su casa?

—Sí —admitió ella reluciente—. Me visitaba dos o tres veces por semana, se quedaba a cenar, después venía algún amigo y...

—Y jugaban a las cartas. ¿Sabe que el juego de azar está prohibido en las casas privadas?

La mujer alzó la cabeza con vivacidad.

—¡No jugábamos! Oíamos música, charlábamos, a veces íbamos en grupo a una taberna. Cosas inocentes.

—Pero usted vive de esas cosas inocentes —se ensañó Pisani—. ¿Barbaro tenía dinero? ¿Cómo lo ganaba?

—Tenía poco, imagínese. A veces trabajaba en el Casino de los Nobles, la casa de juego que está cerca de su casa, y tenía un banco, una actividad legítima que, como usted sabe, está reservada a los patricios. A veces hacía algún negocio...

—Y otras vendía sus votos en el Gran Consejo. Estoy al tanto de lo que sucede.

La mujer calló.

—¿Le daba dinero? —continuó Pisani.

—No mucho —admitió Lucrezia—, pero lo conocía desde hacía muchos años. Además, me traía amigos más acomodados, así que lo invitaba.

—A su cama.

—Pues sí, a mi cama. —La mujer sonrió con descaro. Apartó un rizo que le caía sobre la frente. Aún tenía una cabellera abundante, de color rubio rojizo.

—Ahora quiero que me diga si Barbaro tenía enemigos, alguien que pudiera desear su muerte —prosiguió Pisani buscando su mirada.

Lucrezia bajó los ojos.

—Que yo sepa no. Había hecho algún que otro negocio no del todo legal, pero de ahí a asesinarlo... En mi opinión, lo mató un borracho por error.

—Gracias por su parecer, pero, dígame, ¿por qué anoche volvió a casa a pie? ¿No tenía una góndola?

Lucrezia soltó una carcajada.

—¿Una góndola? ¿Marino? ¡Si no tenía dónde caerse muerto! Iba a pie a todas partes. Despidió a su gondolero hace casi cuatro años. Solo conservaba una vieja criada. Hasta la casa pertenecía al Estado.

—¿Y quiénes eran sus amigos, los que llevaba de vez en cuando a su casa? —insistió el *avogadore*.

La mujer se agitó de forma visible, enrolló un dedo en el collar de perlas falsas, su mirada vagó por la sala.

—Bueno..., no lo sé. Nunca me decían los apellidos. Siempre cambiaban. No los conozco.

Saltaba a la vista que estaba mintiendo, que no quería comprometer a

sus clientes, pero Pisani no tenía prisa. Si era necesario, la haría hablar tarde o temprano. Sin recurrir, desde luego, a la tortura, que en Venecia había sido prohibida hacía mucho tiempo. Con ese tipo de mujer bastaba con insinuar una amenaza.

—Cuando Barbaro la visitaba, ¿volvía siempre a su casa a la misma hora? —continuó Pisani—. ¿Qué recorrido hacía?

—Vivo cerca de Santa Maria Formosa, en la *salizàda* San Lio —respondió Lucrezia cambiando de tema de buena gana—. Él salía siempre pasadas las dos de la madrugada e iba a Rialto y, una vez allí, se dirigía por la *ruga* San Giovanni y la *rughetta* del Ravano hacia la parte trasera del palacio Pisani y de ahí a su casa.

Así pues, el asesino lo estaba esperando en uno de los zaguanes que hay detrás de San Silvestro, seguro de que lo vería llegar desde allí. Desde hacía varios años, las calles que Barbaro recorría por la noche estaban iluminadas por unos cuantos faroles y eso había ayudado al asesino a reconocerlo.

Pero Barbaro también podía haber sido víctima casual de un carterista, en ese caso, ¿por qué lo había matado? Los ladrones no se ensuciaban con esos delitos, era inútil, además de peligroso. Dado que la víctima había sacado su puñal, cualquier ladrón con sentido común habría escapado.

Era más probable que Barbaro fuese una víctima señalada. Quizá su amigo Zen tenía razón: deudas de juego, una estafa, a saber qué había hecho ese desgraciado para acabar siendo blanco de la ira de alguien. Pero ¡un homicidio! Debía de haberse metido en un buen lío. Seguro que esa mujer, que lo estaba mirando de soslayo mientras se preguntaba si él se habría tragado su historia, sabía muchas más cosas de las que decía.

Había llegado el momento de tomar una iniciativa, que sus compañeros *avogadori* no aprobarían. Marco se despidió de Lucrezia, mandó a buscar a Daniele Zen y a Nani, que en ese momento estaba cortejando a una criada en una taberna próxima a San Moisè. Los tres fueron en góndola a casa de Marino Barbaro.

Capítulo 3

Los barqueros se afanaban en el muelle del Vin descargando los últimos toneles del día procedentes de tierra firme. Los huéspedes y los hosteleros las disponían en sus carros y a continuación se abrían camino entre las mujeres cargadas con bolsas, las aguadoras, que llamaban a voz en grito a los posibles clientes, y los niños traviesos que corrían entre las piernas de los transeúntes. Una mujer asomada a una ventana vociferaba llamando a su hijo. El humo de las numerosas chimeneas se perdía en el cielo, que se iba oscureciendo.

Marco y Daniele bajaron de la góndola empuñando dos linternas.

—Puedes irte a casa, Nani —dijo Pisani—. Di a Rosetta que el abogado Zen viene cenar.

¡Que saque un buen borgoña! Nosotros vamos a dar un paseo.

En realidad, Marco quería examinar la escena del crimen. Los dos amigos se abrieron paso entre la multitud, rebasaron la iglesia de San Silvestro y llegaron a la *ruga* del Ravano. Para encontrar el lugar en que habían hallado a Barbaro les bastó con hacer unas cuantas preguntas en las tiendas del vecindario.

—Mira —observó Marco iluminando el zaguán con la linterna—. El asesino, el de verdad, pudo esconderse en este *sotopòrtego* y esperar a que llegara Barbaro.

—Se escondió en el sitio justo: de noche nadie pasa por aquí —corroboró Zen mirando alrededor—. La luz del nicho no llega al patio donde encontraron el cuerpo y aún era demasiado temprano para que la gente empezara a salir para ir a trabajar.

—El que lo hizo quería matarlo. No fue un intento de robo —concluyó Marco—. Le pasaron la cuerda por el cuello y lo arrastraron hasta aquí abajo sin darle tiempo a reaccionar. No obstante, luchó: en la hoja de su puñal hay rastros de sangre. El asesino debe de estar herido, aunque sea de forma leve. En cualquier caso, vayamos a ver el cadáver.

La casa de Barbaro estaba cerca, en las *fondamenta* Rezzonico, frente al *campo* San Barnaba. Se trataba de un curioso edificio coronado por un imponente tragaluz. En la planta baja, en la fachada, había una tienda de ropa usada y cuatro puertas que conducían a la parte alta; al piso superior se podía acceder también por las otras dos puertas que se abrían a un lado. La casa estaba concebida de manera que los pequeños apartamentos del primer piso tuvieran cada uno una entrada independiente: eso era lo máximo que la Serenísima podía hacer para aliviar las incomodidades que padecían los nobles arruinados.

Una de las puertas estaba entornada y, por la otra, se oía el lamento continuo de una mujer. La escalera estaba débilmente iluminada. Marco y Daniele subieron tratando de no respirar el apestoso olor a cocina y moho que la impregnaba. Desde el rellano entraron directamente en una habitación con las paredes desconchadas en las que danzaba el reflejo de las llamas de la chimenea, flanqueada por dos bancos desencajados. Una mesa a medio poner y unas cuantas sillas completaban el mobiliario.

Al otro lado de un arco, junto a un fogón apagado, una vieja desgredada se lamentaba acurrucada en un jergón. Al ver a los recién llegados, se levantó, a la vez que se enjugaba los ojos con el delantal. Los años la habían encorvado y las arrugas formaban una tela de araña en su cara.

—¡Qué desgracia! —gimió saliéndoles al encuentro—. ¿Adónde iré ahora? ¿Los señores eran amigos de mi amo? ¿Pueden hacer algo por una vieja como yo?

Marco sentía una aversión instintiva por las personas que se compadecían de sí mismas, pero, antes de que la miserable escena lo sacara de sus casillas, Zen intervino.

—Somos funcionarios de la República, hemos venido a ver el cuerpo.

—¡Qué honor! —La vieja hizo una torpe reverencia—. Mi señor era pobre, pero debía de ser muy importante si unas personas tan distinguidas se molestan por él. —Marco alzó los ojos al techo—. Vengan, acomódense en su habitación.

Los postigos estaban cerrados. Marino Barbaro yacía en la cama, echado sobre una manta manchada, iluminado por la luz de una sola vela. Alguien le había entrelazado las manos. Su cara se había petrificado en una mueca de terror. Era joven, menos de treinta años, muy delgado, casi consumido; incluso muerto tenía algo que resultaba repelente y que la ropa desaliñada que vestía no hacía sino acentuar. En el cuello destacaba el surco

morado que había dejado la cuerda con que lo habían estrangulado.

—¿Dónde está la cuerda? —preguntó Pisani.

La vieja lo miró perpleja, a la vez que se echaba hacia atrás un mechón de pelo entrecano.

—La cuerda con la que lo mataron —explicó Zen—. Los esbirros nos han dicho que la trajeron aquí con el cuerpo.

—Ya, la cuerda —recordó la mujer—. Debe de estar por aquí. —Se puso a apartar la ropa que cubría el único sillón—. ¡No, aquí está! —exclamó por fin abriendo una caja.

—Qué extraña —consideró Pisani—. Es bastante basta y está deshilachada. A lo mejor nos ayuda a aclarar algo. —Se la metió en un bolsillo.

—¡Maldito sea el que lo dejó en este estado! —despotricó la criada exprimiendo dos lágrimas, las primeras que vertía en honor del muerto—. Me han dicho que han arrestado ya al asesino —prosiguió en tono quejoso—. Pero ¿dónde acabaré yo? ¿Quién querrá tomarme a su servicio a mi edad? El amo casi nunca me pagaba, pero al menos con él tenía un techo y algo en la mesa. Ahora solo me espera el asilo.

—Ahora, hablemos —dijo Pisani a la mujer al mismo tiempo que se sentaba en un banco de la sala, después de haber cerrado la puerta de la capilla ardiente.

Daniele Zen pensó que su amigo habría sido un magnífico *Messer Grando*, el jefe de los esbirros, si no hubiera nacido en casa Pisani. Sin lugar a dudas, era el único *avogadore* que no dudaba en entrar hasta en los tugurios más sórdidos para interrogar a los testigos.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Marco a la vieja mientras Zen tomaba notas en un cuaderno.

—Me llamo Lucia Piumazzo, para servirle, excelencia, y no siempre he sido como me ve ahora. —Una chispa de orgullo brilló en los ojos de la mujer mientras se levantaba para encender una lámpara de aceite con viejo pedernal—. Cuando era joven servía en casas de señores, incluso fui criada de los Mocenigo. Después, ya sabe cómo son estas cosas, los demás criados me tenían envidia, empezaron a decir que bebía a escondidas, metieron unos cubiertos de plata entre mis cosas y el mayordomo me despidió.

—Me lo imagino —comentó Pisani en tono sarcástico, porque ya se había hecho una idea de la vieja—. ¿Cómo llegaste a casa de Barbaro?

—Hace unos cinco años. Por aquel entonces vivía en la calle. Un día,

mientras hacía cola delante de la parroquia de San Polo para que me dieran un cuenco de sopa, el señor se paró a mi lado. Me preguntó quién era, porque tenía que limosnear comida. Por lo visto, advirtió que yo no era como los demás mendigos. Cuando se enteró de que había sido criada y de que había tenido la desgracia de que me despidieran por culpa de la maledicencia de mis compañeros, se echó a reír. «En mi casa, no hay nada que robar ni nada para emborracharse. Necesito una criada. Tendrás un jergón en la cocina y comerás con regularidad», dijo. Así que me fui con él. Pero, ahora, ¿adónde iré?

—Ya hablaremos luego de eso. ¿Quién era Marino Barbaro? ¿Le quedaba algún pariente vivo?

—No, estaba solo en el mundo. Tuvo una vida desgraciada, como la mía. —De sus ojos resbalaron algunas lágrimas—. De vez en cuando me hablaba de sus abuelos, quienes, pese a tener tierras y una casa en la región de Padua, pasaban todo el tiempo en Venecia y se dejaban robar por el administrador. Sus padres murieron cuando él aún era un niño y se crio en la Academia de los Nobles de la Giudecca, con cargo a la República. Al cumplir dieciocho años, salió y le asignaron esta casa.

Una historia como muchas otras, pensó Pisani.

—¿De qué vivía? —inquirió.

—Juro por Dios... —Lucia tocó la cruz de madera que llevaba colgada del cuello—que nunca lo he sabido muy bien. Creo que comerciaba con antigüedades: gracias a su nombre lo invitaban a algunas casas importantes.

—Y se metía la plata en el bolsillo.

—No lo sé. Sí que sé, en cambio, que a veces alguno de sus amigos jóvenes quería vender, qué sé yo, un cuadro, una figura de porcelana, y él se encargaba de ir a un anticuario. También trabajaba a menudo en el Casino de los Nobles, que está aquí al lado. Ya sabe cómo es, debía tener el banco siempre animado.

—¿Jugaba? —insistió Marco.

—Le gustaba jugar, sí, incluso por cuenta propia. De cuando en cuando llegaba a casa con varios ducados en el bolsillo, pero la mayoría de las veces lo hacía desesperado y sin blanca. Debía ir bien vestido, ¿sabe? De otra forma, no lo habrían dejado entrar en las sesiones del Gran Consejo.

Marco contuvo una sonrisa al recordar la ropa remendada que había en la habitación de al lado.

—¿Frecuentaba a alguna mujer?

—Solo a la señora Lucrezia, que, en mi opinión, lo estimaba. No sé más.

La vieja respondía al vuelo, se veía a la legua que quería colaborar para congraciarse con esos señores tan poderosos.

—¿Quiénes eran sus amigos?

—Nunca los he visto, no los traía a esta casa, desde luego.

—Así que era gente rica —terció Zen.

—No lo sé. Conmigo no hablaba de esas cosas.

Marco y Daniele se miraron. Al igual que Lucrezia, la vieja Lucía también se cerraba en banda cuando mencionaban a los amigos de Barbaro. Así pues, no debían insistir por el momento. Pisani había planeado ya la manera de obtener la información que necesitaba.

—Pero ¿nunca presenciaste ninguna discusión, quizá en la calle, nunca oíste nada? ¿Nunca viste a nadie deambulando por aquí? Si alguien lo mató debía de tener buenos motivos para hacerlo —continuó.

—Una vez, hace mucho tiempo... —La mujer guiñó los ojos haciendo un esfuerzo para recordar—.Sí, hace mucho, vino a buscarlo un hombre. Parecía un campesino, hablaba de su hija y se puso a gritar en medio de la calle... Me encerré en casa y el tipo se marchó.

—¿Y últimamente?

La mujer parecía estar ordenando sus recuerdos, a la vez que arrugaba el delantal.

—Lo único que me viene a la mente..., pero es una tontería. En las últimas semanas he visto dos o tres veces a un hombretón, un turco con turbante, andando por el muelle. Me llamó la atención, porque el *fondaco* donde almacenan sus mercancías y hacen negocios los turcos queda lejos de aquí, así que no vemos muchos. Se lo comenté al amo, pero no me hizo caso.

—Bueno, Daniele, ya sabes lo que debemos hacer. —Suspiró Marco levantándose y poniéndose los guantes.

Su amigo lo imitó. La vieja los miraba atónita, con los ojos casi cerrados y la barbilla inclinada hacia delante.

Volvieron a la habitación del muerto, abrieron la ventana al helor de la noche y rebuscaron con repugnancia entre sus efectos personales. Varias monedas en los bolsillos, pañuelos usados, ropa interior sucia, todo exhalaba un hedor desagradable que se unía al que emanaba ya el cadáver. En el catre que hacía las veces de escritorio, Daniele encontró algunos papeles que despertaron su curiosidad.

—Mira, Marco. ¿Qué te recuerdan estas notas?

Marco leyó en voz alta:

—Dogressa, 12 de abril-24 de septiembre; Airone, 15 de mayo-28 de octubre; Sirenella, 28 de marzo-15 de octubre. Y hay más. Parecen las fechas de arribo y partida de los barcos de las caravanas marítimas, las *mude*. ¿Qué hacía Barbaro con ellas? ¿Cómo las había conseguido?

En el fondo de la caja varios folios llamaron su atención. En uno de ellos aparecía el dibujo de la sección de una galera; en otro, de un arpeo, un ancla pequeña; otros mostraban la forma de algunas velas y el perfil de lo que bien podía ser el afuste de un cañón. En uno de los bocetos aparecía escrito «Hornos viejos» y el último dibujo parecía copiado a toda prisa por una mano torpe. Representaba una extraña embarcación compuesta de dos cascos paralelos unidos por un cilindro que terminaba en dos ruedas dentadas. Del cuerpo del cilindro salían cuatro brazos giratorios que acababan en unas palas para dragar, en tanto que la pequeña balsa que se encontraba entre los dos cascos estaba a todas luces destinada a recoger el material que caía de las palas. Los dos se miraron a la cara.

—Jamás había visto una máquina similar —dijo Marco—. Evidentemente, es una draga para excavar fango, solo que distinta de las habituales.

En Venecia, las dragas se utilizaban para vaciar los canales de residuos y para eliminar el fango que se depositaba en las vías de agua por donde pasaban los barcos en el puerto.

—Es un caso de espionaje —observó Zen en voz baja—. Ese desgraciado... —Se volvió un instante para echar una ojeada al cuerpo—. Sí, ese desgraciado se disponía a vender los documentos del Arsenal a una potencia extranjera.

—Ya. Barbaro estaba metido en un asunto gordo. Quizá debiéramos avisar a los inquisidores.

—Espera —le aconsejó Daniele—. Asegurémonos antes del valor que tiene la información. Podemos hablar con el Arsenal.

Tras meterse los documentos bajo el brazo, Marco se despidió de la vieja.

—¿Qué será de mí, excelencia? —preguntó ella llorando—. Ustedes que son personas importantes, encuéntrame un arreglo, un convento, por ejemplo. A mi edad, ¿quién me querrá para trabajar?

—Nos ocuparemos de eso —la tranquilizó Pisani—. Ahora, cierra la

puerta y no dejes entrar nadie. ¿Tienes dinero para comer? —Sin esperar respuesta, puso varias monedas en la mano de la mujer.

—Que Dios lo bendiga. —Lucia hizo una reverencia con la intención de besar la mano de Marco, pero este se la metió a toda prisa en un bolsillo.

Marco y Daniele seguían oyendo sus lamentos mientras bajaban por la escalera y volvían a respirar el aire puro de las *fondamenta*.

Caminaron un rato en silencio a la luz de las linternas.

—No lo pensé —dijo de repente Daniele—, pero podría haber llamado a mi góndola.

—Un poco de movimiento no nos hará daño —objetó Marco—. ¿Qué piensas de la vieja?

—No es, lo que se dice, amable, pero seguro que no sabe nada, lo único que le preocupa es su futuro.

—Es desagradable, no lo niego —corroboró Pisani—, pero también tiene derecho a vivir. Se lo comentaré a mi madre, que se ocupa de obras de beneficencia, para ver si encuentra sitio en un convento. —Se detuvieron en un pequeño puente para mirar el agua oscura. —No te oculto —prosiguió— que este caso me turba. Toda esa miseria, esa ratonera, la suciedad. ¿Cómo es posible que una ciudad que ha sido la primera del mundo en civilización y riqueza permita que sus ciudadanos vivan en esas condiciones? Me dirás que en todas partes hay mendigos, que son la hez de los más débiles, que todas las sociedades los marginan, pero aquí no había ninguno hace dos siglos y aún menos de origen patricio. Estamos en Venecia, en la Serenísima. ¿Por qué se han arruinado tantas de nuestras familias nobles? ¿Por qué tantos viejos se encuentran en la situación de Lucia? Es como si un cáncer nos estuviera corroyendo, a nosotros, a los muros de nuestros palacios, a los atracaderos de los canales. ¿No te asusta que nuestro mundo termine?

Daniele sacudió la cabeza.

—Me asustaría si nuestro mundo fuera el mejor de los mundos posibles —contestó—, pero no lo es, Marco, no lo es. Aún estamos muy apegados al pasado, a las tradiciones, a las pasiones. Nos dejamos llevar demasiado por los sentimientos. ¿Sabes? Creo que los hombres tenemos una gran fuerza, la fuerza de la razón, que por sí sola puede mostrarnos nuevos caminos, el progreso que mejora las condiciones de vida, los principios económicos para dar bienestar a todos.

—Eres un ilustrado, Daniele —afirmó Marco sonriendo—. Sí, yo también he leído a los filósofos ingleses y franceses. Sus ideas son

interesantes, pero me pregunto: si un día los franceses vinieran aquí a difundir sus ideas, a ponerlas en práctica, ¿conseguirían un mundo mejor, un mundo en que la gente ya no padecería la miseria, donde ya no habría injusticias, donde la razón, su razón, triunfaría? Lo dudo mucho.

Capítulo 4

Rosetta, que había servido en casa de los Pisani, adoraba al *avogadore*, al que había criado desde la infancia. Era una mujer con carácter, que gobernaba con mano firme la casa y la cocina de Marco, pero que no podía hacer nada sobre su estilo de vida y su trabajo, a pesar de que trataba de entrometerse en ellos por todos los medios. Con todo, sentía gran simpatía por el abogado Zen y había preparado personalmente una cena apetitosa.

El comedor adyacente al *pòrtego*, el salón central del primer piso, estaba iluminado por una lámpara de cristal de Murano y en la mesa resplandecían la cristalería y el servicio de plata, correctamente colocados sobre un mantel blanco de Flandes.

—Vamos a refrescarnos —dijo el amo de la casa a su amigo mientras subían al piso de arriba, donde estaban los dormitorios. El de Marco, que vivía solo, contaba con un cuarto de baño, que en Venecia era objeto de numerosos comentarios, debidos sobre todo a la servidumbre, ya que el *avogadore* nunca recibía a nadie.

Había pasado la época en que se utilizaba ámbar y algalia para disimular el mal olor que emanaba de los cuerpos mal lavados. En Venecia, como en el resto de Europa, las bañeras portátiles y los palanganeros, además de las mesitas para el afeitado y las sillas con inodoro incorporado bastaban para la higiene personal.

No obstante, Pisani, antes de ocupar el cargo de *avogadore*, había viajado varias veces a Inglaterra y a Francia, donde había podido apreciar las últimas novedades en cuartos aseos y no había dudado en contar con ellas en su casa.

Las paredes del cuarto de baño estaban revestidas por un zócalo de nogal oscuro, coronado por grandes espejos; los sanitarios, sumamente modernos, venían de París. Había una palangana de cerámica pintada con flores azules y una bañera de cobre con grifos para el agua corriente, que se

calentaba con la caldera que se encontraba en un local adyacente. En varios estantes había pastillas de jabón aromáticas, también francesas, que emanaban un delicado aroma a violeta. Pero lo más insólito era el inodoro que estaba en el cuarto contiguo, dotado de una cisterna que descargaba en un pozo negro, que se vaciaba con regularidad.

—Eres genial —afirmó Daniele sonriendo mientras se lavaba las manos y la cara inclinándose hacia el lavabo—. Te vistes como un burgués, solo te pones la peluca cuando es necesario, nunca recibes a nadie, pero luego te gastas una fortuna en el cuarto de baño. —He tenido la suerte de ser el segundo hijo, así que puedo vivir como quiero —le recordó su amigo.

Daniele sabía que Marco no envidiaba a su hermano mayor, Giovanni, quien vivía en el palacio familiar que daba al Gran Canal, con sus salones gélidos, sus estucos dorados y retratos de antepasados en las paredes, magnífico, desde luego, pero incómodo a más no poder. Los dormitorios tenían muchas corrientes de aire y el comedor estaba tan lejos de las cocinas que la comida llegaba fría a la mesa. Los padres de Marco se habían retirado a un ala del palacio y el hermano mayor debía ocuparse de las tierras, llevar la contabilidad y dirigir a unos cuarenta criados. Un trabajo nada envidiable. Giovanni fingía escandalizarse de la sencillez con que vivía su hermano menor, pero en ocasiones le habría gustado estar en su lugar.

—En el fondo —concluyó Marco—, no deshonro el nombre de los Pisani. El cargo de *avogadore* es uno de los más importantes de la República y lo ejerzo con competencia y seriedad.

—Incluso demasiada —replicó riéndose su amigo a la vez que bajaba al primer piso—. ¿Cuándo se ha visto que un *avogadore* registre en persona las casas de las víctimas y vaya a ver a los testigos para interrogarlos en lugar de citarlos?

—¿Sabes? —objetó Marco sentándose a la mesa y desplegando la servilleta—. Me gusta trabajar, es más, sigo confiando en que la ley y la justicia puedan ser una misma cosa, al menos aquí, en Venecia, donde no existen las absurdas discriminaciones que he observado en mis viajes al extranjero. Si quieres averiguar la verdad en un caso, debes tener en cuenta el contexto en que se mueven los protagonistas del drama. Cuando los cito en el Palacio Ducal, los testigos se ponen tensos, lo noto, y se preparan para mentir, quizá sobre menudencias, pero esas menudencias pueden ser fundamentales. Es más fácil que cuenten la verdad cuando están en su ambiente. Y a mí no me importa desplazarme, ir a ver cómo vive la gente, lo

preferiero a estar encerrado en el despacho como hacen mis compañeros.

La administración de justicia en Venecia era sumamente complicada. Con el pasar de los siglos, la Serenísima había instituido casi ciento treinta tribunales, cuyas competencias se entrecruzaban. Además de las *Quarantie*, civiles y penales, los tribunales más importantes eran las seis cortes subalternas, que juzgaban sobre asuntos de herencias, alquileres y arrendamientos de barcos. Además, estaban los jueces del *Piovègo*, con competencia sobre las aguas y los canales, y los seis Señores de la noche, que se ocupaban de los delitos cometidos en las horas nocturnas y tenían su propia guardia, que hacía la ronda por la ciudad. La Justicia vieja entendía en las causas laborales y en la tutela de las mujeres y los niños y a la Justicia nueva correspondían los litigios entre huéspedes y hosteleros. Por último, los tribunales de última instancia eran los dos poderosos Colegios de los Sabios. Este sistema permitía además a la prudentísima República efectuar controles cruzados de la actividad de los magistrados.

La cena era exquisita. La sirvió Giuseppe, que había sido criado en el palacio Pisani y que luego había seguido a Marco a su casa. Reluciente y rechoncho, aparentaba menos años de los cuarenta que, en realidad, tenía. Para empezar, les llevó un consomé y a continuación pulpitos guisados y gallina asada.

Tras concluir con las galletas típicas de la ciudad, las *baicoli*, acompañadas de vino dulce, los dos amigos se acomodaron en el despacho de Marco, en cuya chimenea ardía un buen fuego, para saborear la ratafia. Platone los siguió y se acurrucó en la tarima, calculando con precisión la distancia que lo separaba de la llama para recibir el máximo calor sin quemarse el pelo.

La chimenea estaba coronada por el espléndido retrato de una joven morena ataviada con un vestido de encaje negro.

—Claro que si ella aún viviera... —Marco miró el retrato suspirando—. Quizá viviría de otra forma, quién sabe, tal vez no estaría tan obsesionado por el trabajo. Aunque Virginia siempre me animó a trabajar y, en su casa, en Padua, vivían con sencillez, pese a que su familia tenía una buena posición.

—Pobre Virginia. —Daniele exhaló un suspiro.

Marco tenía los ojos brillantes. A pesar de que habían pasado ya doce años, el recuerdo de su esposa, que había fallecido muy joven al dar a luz a un hijo, que había muerto con ella, aún lo turbaba profundamente. La dulce Virginia, el destino se había ensañado con ella, llevándosela a la vez que el

niño con el que tanto habían soñado.

Guardaron silencio un rato.

—¿Los Foscarini aún te quieren endilgar a su hija? —preguntó Daniele para aligerar el ambiente.

—Continuamente, y no son los únicos. —Marco se estremeció—. Si tuviera que ir a todas las meriendas, conciertos, bailes y cenas a los que me invitan, no podría trabajar. Me consideran un viudo de oro.

—Por eso dicen que te haces de rogar demasiado.

—¡Mira quién habla! Tienes la misma edad que yo y aún vives en casa con tu familia, a pesar de que la joven Maddalena Santelli, que tiene una buena dote, te mira arrobada cada vez que te ve.

—Un día de estos me decidiré —dijo Daniele suspirando. Frunció el ceño—. Tendré que casarme, entre otras cosas, para complacer a mis padres. Santelli es una buena chica y no me disgusta, pero de ahí a perder la cabeza...

—¿No eras tú el que querías eliminar las pasiones? —preguntó Marco en tono socarrón—. Pero tienes razón: el amor... ¡Sí, el amor! Dicen que ya no está de moda, pero no es cierto: vale la pena cometer locuras por amor. Lo sé porque lo he sentido y sé que no volverá a sucederme.

—Siempre charlando, vosotros dos. ¡Y luego dicen de las mujeres!

Rosetta había entrado en el despacho con el chocolate de las buenas noches. Veneciana de pura cepa, desconocía el servilismo y tenía la lengua larga, pero le encantaba malcriar a su amo. Dejó la bandeja con la jarra humeante y las tazas encima de una mesita lacada.

—No os acostéis tarde, no tardará en amanecer —les advirtió—. Y tú, Platone —añadió dirigiéndose al gato—, si duermes en la cama, te las verás conmigo.

El gato abrió un ojo y se ovilló aún más.

—¿La has visto? —comentó Marco—. Me trata como si fuera un niño.

Platone se desentumeció y saltó a uno de sus hombros ronroneando.

—¿Cómo piensas proceder ahora con la investigación? —preguntó Zen dando un sorbo al chocolate.

Marco acarició distraído al gato, que ronroneó más fuerte.

—En teoría, debería instruir el proceso contra el culpable, pero antes hay que encontrarlo y es evidente que no es el desgraciado de Tommaso Grassino, que por ahora está en la cárcel nueva, al amparo de los interrogatorios de la *Quarantìa*. El caso no es tan sencillo. Tenemos un

muerto y ningún testigo. Solo puedo indagar sobre la víctima. ¿Y qué hemos descubierto hasta ahora?

—Que era un menesteroso que vivía como podía —enumeró Zen—, que además guardaba unos documentos sospechosos que podrían relacionarlo con el mundo del espionaje, que fue estrangulado con una cuerda extraña y que un turco podría estar involucrado.

—Si existe sospecha de espionaje, debería comunicar de inmediato el hecho a los tres inquisidores, que vigilan la seguridad del Estado, pero tienes razón, es mejor esperar. No sé por qué, pero tengo la impresión de que aún es demasiado pronto para pasar el caso a otras manos. Antes quiero averiguar algo más sin exponerme demasiado. Iré al Arsenal, como me has aconsejado.

Daniele jugueteaba pensativo con las puntillas de un puño.

—Además hay otra coincidencia extraña —consideró—. Tanto la criada de Barbaro como, por lo que me has dicho, su amante Lucrezia se han negado a hablar de los amigos de la víctima. Puede que se trate de gente importante, aunque no alcanzo a imaginar qué podía hacer un desgraciado semejante con jóvenes patricios.

—Entonces tratemos de averiguar quiénes son. Lo he pensado ya: mañana será el día de Nani.

—Tu gondolero...

—Es inteligente, le gustan las aventuras y es un joven atractivo. Nadie mejor que él para tirar de la lengua a la gente, sobre todo a las mujeres. Cuando lo mando en búsqueda de noticias a sitios donde un guardia o un esbirro de la *Avogaria* suscitarían desconfianza, vuelve siempre con información preciosa. A saber qué estratagemas utiliza. Ahora mismo lo llamo y hablo con él, así te llevará a casa en góndola.

—No, es tarde, déjalo dormir. Iré a casa a pie, tengo la linterna —replicó Daniele, que vivía cerca, en el *campo* Santa Margherita.

Marco lo acompañó a la puerta que daba a la calle y los dos amigos se despidieron.

—Ven, Platone, vamos a la cama —ordenó después al gato, que había salido con ellos al jardín. Y Platone, satisfecho de las aventuras de la noche anterior, lo siguió obediente.

Capítulo 5

La triunfal puerta de los Leones y las dos torres de guardia del canal se recortaban con toda su magnificencia en el cielo azul pálido cuando, la mañana del viernes, tras haber dejado la góndola atada a un palo, Marco, seguido de Nani, se dispuso a entrar en el Arsenal.

Se detuvo un momento para contemplar los leones de mármol que vigilaban la puerta, recordando con amargura que habían llegado de Grecia cuando el poder de la Serenísima estaba en la cima y sus barcos dominaban los mares.

Del Arsenal salían las galeazas, las cocas y las galeras que enriquecían a Venecia con los productos procedentes de Oriente y la defendían de sus enemigos. En el año 1571, en vísperas de la batalla de Lepanto, que, gracias a los barcos venecianos, salvó a la Europa cristiana de la invasión turca, los astilleros, los almacenes, las oficinas y los espejos de agua del Arsenal ocupaban veintisiete hectáreas y en ellos trabajaban tres mil obreros especializados, además de un sinfín de peones. En ese año, dado el fatal enfrentamiento que iba a tener lugar en breve, se construyeron cien galeras en dos meses, casi dos al día, con sus velas, jarcias, cañones, anclas y provisiones destinadas a las tripulaciones.

Pero el descubrimiento de América había desplazado el baricentro del tráfico naval al Atlántico, favoreciendo las flotas de los países costeros y, con ello, había iniciado la decadencia. La paz de 1718 había supuesto para Venecia la pérdida de Morea y, en el Adriático, Austria, la potencia emergente, competía despiadadamente con ella desde el puerto de Trieste.

En consecuencia, apenas se construían ya nuevos barcos. Con todo, el Arsenal, que se ocupaba del mantenimiento y del aprovisionamiento de la flota mercantil y militar, seguía siendo el corazón de la República, empleaba aún a mil cuatrocientos obreros y su acceso era objeto de estrecha vigilancia.

De hecho, uno de sus guardias salió de inmediato al encuentro de los

visitantes, pero al reconocer al *avogadore* Pisani se apresuró a abrir la puerta.

—Tú, Nani, ya sabes lo que debes hacer: pregunta a los guardias cómo se va a las cordelerías —dijo Marco, después, dirigiéndose al guardia del Arsenal, añadió—: Quiero hablar con el patrón Alvise Cappello. —Los patronos eran los patricios que, además de los funcionarios y del almirante, formaban el Colegio del Arsenal, el máximo órgano de control.

Mientras Nani doblaba a la derecha rodeando el almacén de las velas, Marco se detuvo un momento para contemplar la dársena vieja, flanqueada por la hilera de astilleros cubiertos, que albergaban algunos barcos en reparación, y delimitada al fondo por un puente levadizo por el que se accedía a la amplia dársena de las galeazas.

Conocía el camino, así que entró sin vacilar en el edificio del Colegio Magnífico; después, atravesó la sala de armas de la planta baja y subió a las oficinas de la dirección sin que nadie se atreviese a detenerlo. Encontró casi enseguida el despacho de su amigo Cappello.

—¡Qué honor! —dijo el patrón a modo de saludo levantándose de su amplio escritorio y estrechando a su amigo en un abrazo. De media estatura, con algunos kilos de más, tenía una mirada perspicaz y una sonrisa irónica—. Cuánto tiempo sin vernos. ¿Qué buen viento te trae a nosotros, pobres trabajadores del mar?

—Supongo que te habrás enterado del asesinato del desgraciado de Marino Barbaro —explicó Marco saltándose las formalidades.

—Sí, ayer por la mañana. En Venecia las noticias vuelan: pese a que Barbaro no contaba mucho, no dejaba de ser un patricio del Gran Consejo. Pero ¿qué tiene que ver con el Arsenal? —preguntó Cappello intrigado.

Marco se quitó el abrigo y sacó de una carpeta los folios que había encontrado en casa del muerto.

—Por desgracia te necesito para una investigación muy delicada. Nada de lo que te diga ahora debe salir de esta habitación antes de que haya concluido mis averiguaciones.

—¿Tiene que ver con la seguridad del Estado? —Cappello se había puesto serio.

—Podría ser... Ahora te enseñaré algo. —Marco desplegó sobre la mesa los dibujos y los documentos que había encontrado en casa del *barnabotto*—. Echa un vistazo. A primera vista, parecen documentos secretos, de ser así eso supondría que Barbaro estaba involucrado en un asunto de espionaje, pero algo no encaja. Me gustaría saber de qué se trata

antes de informar a los inquisidores.

Alvise Cappello apoyó un par de gruesas gafas en su larga nariz y se inclinó hacia la mesa para observar con atención los dibujos. Se detuvo en el folio que contenía las fechas.

—Este documento carece de valor, desde luego —dijo—. Parece una lista de los vencimientos de las arribadas y partidas de los barcos y este tipo de listas se venden bien a los espías de los piratas del Adriático. Pero no me explico por qué está también indicado el día en que deberían volver a Venecia, dado que el mismo nunca es seguro. El resto son dibujos de barcos, como habrás supuesto. No sé a quién pueden servir, me parecen dibujos viejos. No obstante..., un momento. —Cappello miró el dibujo de la draga—. ¿Este lo encontraste con los demás? —preguntó a Marco.

—Claro que sí. Debe de ser un dibujo copiado a toda prisa. A mí también me intriga.

Cappello se limpió meticulosamente las gafas con un pañuelo de encaje y se las volvió a poner. Se inclinó de nuevo hacia el folio.

—Supongo que habrás entendido que es una draga para excavar fango. Las dragas que se suelen utilizar solo tienen un casco y se basan en el antiguo proyecto de Francesco di Giorgio Martini. Sé que en el Arsenal están estudiando el diseño de Leonardo, que supondría un perfeccionamiento de la máquina, pero esto es aún secreto. ¿Quién copió este boceto? ¿Qué tramaba ese hombre?

—Algo lo suficientemente grave como para que alguien lo matara.

—De manera que no fue un robo. El joven que habéis arrestado no tiene nada que ver con el asesinato.

—Así es, pero, antes de soltarlo, quiero saber qué terreno piso.

—Dame unos cuantos días y te diré lo que quieres saber, Marco. Podría convocar enseguida a los directores de los almacenes de armas, de velas y de anclas y a los diseñadores de barcos, pero para evitar posibles rumores es mejor que me informe en persona, preguntando aquí y allí, sin llamar la atención. En especial, sobre este proyecto, las potencias extranjeras estarían encantadas de disponer de algo similar para limpiar los puertos —concluyó señalando el boceto de la draga.

—Estoy de acuerdo —corroboró Marco antes de despedirse—. Cuando vuelva, iremos a comer algo a Poste Vecie, en Rialto, así podremos charlar.

—Quizá de mujeres. —Alvise sonrió guiñándole un ojo—. Y comeremos polenta y bacalao, en Poste Vecie lo hacen de maravilla.

Nani aún no había vuelto de su misión, de manera que Marco lo esperó junto a la góndola.

El joven se había tomado su tiempo, no sucedía todos los días tener la posibilidad de pasear por ese lugar protegido que guardaba los secretos militares más importantes de la República. Siguiendo las indicaciones de los guardias, rebasó los almacenes de las velas y cuando se disponía a doblar a la derecha vio en el muelle a varias jóvenes tendiendo velas en unas largas cuerdas.

—¿Por dónde se va a las cordelerías? —preguntó para pegar la hebra.

Dos de ellas lo miraron con interés: saltaba a la vista que Nani no trabajaba en el Arsenal y si era un extraño debía de ser alguien importante para poder vagar libremente por allí.

—Por el otro lado —respondió una—. Al fondo de la calle, entre las fundiciones y la zona donde se calafetean los barcos, hay que doblar a la izquierda: las cordelerías están justo enfrente.

—Podrías acompañarme... —osó Nani dirigiéndose a la rubia que había hablado. Tenía los tobillos finos y un bonito trasero.

—Estoy trabajando.

—Pero esta noche puedo venir a esperarte a la salida —replicó Nani esbozando una de sus irresistibles sonrisas—, podemos ir a beber algo juntos, una *ombra de vin*, para agradecerte la información. Luego te llevaré en góndola a casa.

—Eso sería estupendo —dijo la rubia exhalando un suspiro—, pero en casa me esperan un marido y dos hijos.

Le había salido el tiro por la culata, ¡paciencia! Nani llegó sin demasiadas dificultades al edificio de las cordelerías y se detuvo extasiado ante él. Desde el umbral podía ver el salón enorme con el techo de cerchas, sostenido por una doble hilera de columnas imponentes. En todas partes trabajaban a destajo: hombres, pero sobre todo mujeres, conocidas como *fusère*, hilaban las fibras en los telares a pedales. Otros retorcían los hilos y los cubrían con brea o enrollaban tres o cuatro a la vez alrededor de uno central para formar cuerdas de diferente grosor. Los trabajadores del cáñamo enrollaban las cuerdas en madejas alrededor de unos cilindros o las amontonaban cerca de la salida. Varias pilas de cuerdas finas de cáñamo, de cabos más robustos y de gúmenas aguardaban a que alguien las depositase en los almacenes de las inmediaciones. El olor a cáñamo era penetrante, casi aturdí, y en el aire flotaba un polvo que se acumulaba como una densa nube.

Micheli, el capataz, se acercó a Nani. Este se presentó y le enseñó la cuerda que habían encontrado en el cuerpo de Barbaro.

—Mi jefe, el *avogadore* Pisani —le explicó—, quiere saber de dónde procede, la hechura le parece inusual.

Micheli giró la cuerda entre las manos, la olfateó, probó su consistencia, sacó un hilo.

—En efecto, no es de las nuestras. ¿Dónde la habéis encontrado?

—No se lo puedo decir —contestó Nani a su pesar, sabedor de las reglas que se aplicaban a las investigaciones judiciales.

—Sí, claro. A primera vista parece esparto de África del Norte, la gramínea que brota en ciertas tierras de Libia, cerca del mar. El trenzado basto me recuerda a los astilleros de Levante, donde los esclavos griegos, los menos hábiles para construir y armar barcos, trabajan para la Marina turca. ¿Ves cómo se deshilacha? Además, es una cuerda gruesa, de manera que no se maneja tan bien como las que fabricamos aquí.

Sacó del bolsillo un pedazo de cuerda y lo comparó.

—Espera, voy a hablar con alguien que sabe de esto. Gigio, llama al Levantino —exclamó dirigiéndose a un mozo que pasaba por allí.

El mozo se alejó a toda prisa y al cabo de un cuarto de hora volvió acompañado de un hombretón vestido de marinero, con las manos enfundadas en unos guantes desgastados de piel.

—Tú, Menico —dijo Micheli al recién llegado—, pasaste una temporada en Levante y trabajaste para los turcos. ¿Qué te parece esta cuerda? ¿Viene de allí?

El hombre la agarró con dos dedos para examinarla mejor. Tenía la piel curtida por el sol y surcada por profundas arrugas, sus ojos casi desaparecían debajo de sus párpados hinchados.

—Es posible —dijo, por fin—, pero no estoy seguro.

—No hagas caso de la ropa —le explicó mientras tanto Micheli a Nani—. Va vestido de marinero, pero ahora trabaja en tierra para nosotros.

—El material es norteafricano, desde luego —prosiguió Menico—, pero la elaboración puede ser turca o portuguesa. Portugal suministra ahora a Libia y los portugueses también saben trenzar cuerdas. Siento no poder ser más útil.

Había llegado la hora de volver con su amo, que debía de estar esperándolo. Nani recuperó el arma del delito y volvió al lado de Pisani, que lo aguardaba con impaciencia.

—Nada concreto, *paròn* —dijo—. El capataz dijo que le parecía una cuerda turca, pero luego vino un tipo, uno al que llaman el Levantino, porque ha navegado en esa zona, y puso en duda lo que había dicho el otro. En su opinión, podría ser también una cuerda portuguesa —añadió y, a continuación, le contó la conversación.

—Así pues —razonó Marco mientras se dirigían en góndola hacia la plaza de San Marcos—, la cuerda es turca o portuguesa. Bueno, al menos estamos seguros de que no es veneciana.

—Una persona lo está esperando —le comunicó el guardia mientras Pisani, ataviado como un *avogadore*, se encaminaba hacia su despacho—. Lleva allí mucho tiempo.

Marco abrió la puerta y se quedó petrificado en el umbral. De perfil, contemplando el cielo a través de los cristales del ventanal, vio la figura encantadora de una mujer. Iba envuelta en una capa de brocado de un cálido color albaricoque y, de su cabellera, muy rubia y recogida en lo alto de la cabeza, escapaba algún que otro mechón rebelde. La luz de primeras horas de la tarde la rodeaba formando una aureola resplandeciente. Se volvió, su sonrisa era aún más radiante y sus ojos eran de color aciano.

—Disculpe la intromisión, excelencia —dijo haciendo una leve reverencia—. Soy Chiara Renier, la maestra del joven que ha arrestado, Tommaso Grassino. —La inquietud ensombreció su armonioso rostro—. Me gustaría saber qué va a sucederle, cómo puedo ayudarlo. Estoy segura de que es inocente, lo conozco bien, es el mejor de mis aprendices, debe tratarse de un error. Sus padres están muy alterados...

Marco se había quedado inmóvil, boquiabierto, con una expresión de estupefacción pintada en la cara, temía que si se precipitaba para invitar a la mujer a tomar asiento tropezaría con la toga. Maldijo la peluca, se sentía ridículo ante la gracia que veían sus ojos. Por fin, se rehízo y esbozó una sonrisa.

—Por favor, señora —dijo señalando la silla que había delante de su escritorio, al que se sentó tratando de parecer lo más desenvuelto posible—. Veamos, Grassino... No, yo también estoy seguro de que no es culpable, pero hasta que no pueda exonerarlo por completo es mejor que se quede donde está. —Calló cohibido, por temor a balbucear.

Chiara observaba con cierto temor el cambio de expresiones en Pisani. Sintió un estremecimiento que le resultaba familiar. «No está nada mal —

pensó sorprendida—. Es joven para el cargo que ejerce. Debe de ser sensible, dada la sonrisa, un tanto oblicua, que ilumina sus ojos, unos ojos dulces, dulces e inteligentes.»

El estremecimiento se transformó en un ligero polvo luminoso, que danzó delante de sus ojos. Se animó: no era momento para dar vía libre a sus intuiciones paranormales. Volvió en sí.

—Su excelencia tiene razón. —Suspiró por fin bajando la mirada. Marco tuvo la impresión de que el cielo se cubría—. Lo dejo en manos de su benevolencia, no quiero molestarle más. Tranquilizaré a sus padres. —Se levantó con un movimiento fluido dejando a la vista un pie menudo y calzado con un zapato de brocado y un tobillo fino.

—Vuelva, vuelva cuando quiera —se apresuró a decir Marco. ¿Adónde había ido a parar su desenvoltura con las mujeres?—. Si tengo alguna novedad, ¿dónde puedo encontrarla? Quiero decir, ¿dónde puedo hacérsela llegar?

—En la calle Vernier, cerca de la iglesia de los jesuitas. —Chiara Vernier le lanzó una mirada traviesa y sonrió. Tenía una boca vibrante y generosa y una sonrisa capaz de aclarar un día tempestuoso—. Soy la dueña de la tejeduría Renier. ¿Ve este abrigo? —añadió con una punta de complacencia—. Producimos esta tela con los telares más modernos, pero siguiendo los modelos tradicionales, y la vendemos en toda Europa.

—Un abrigo digno de una reina —aventuró Marco.

—De hecho, somos proveedores de la corte de Francia y de la de Turín.

Una mujer estupenda y hermosa como un ángel. Marco se devanó los sesos, pero no encontró ninguna excusa para retenerla.

—Hasta pronto, señora —concluyó con pesar y la observó mientras ella entraba a paso ligero en el salón contiguo.

Suspiró. ¿Qué le estaba sucediendo? Quizá era una mujer casada. No, Maso había dicho que no lo estaba. Quizá vivía sola porque... quién sabe por qué. Le habría gustado saber algo más sobre ella. ¿Con qué excusa podía llamarla? Podía invitarla a un concierto o a una de las recepciones que daban sus padres en el palacio familiar, por ejemplo. Deberían de organizar una antes de Nochevieja, pero no recordaba con exactitud cuándo. Debía elaborar una estrategia. La próxima vez se presentaría ante ella sin toga ni peluca.

Capítulo 6

Escondido en la penumbra del *sotopòrtego*, el pasaje que desembocaba en el amplio *campo* de San Barnaba, Nani observaba desde hacía un rato desde el otro lado del canal las idas y venidas en casa de la víctima. En la zona solo vivían nobles arruinados como Marino Barbaro, a cada cual más miserable que el otro.

Había visto salir por la puerta a un viejo con la capa rota, pero con medias de seda. Una criada con aire contrariado había salido por otra puerta para reunirse con un mozo que la estaba esperando y habían desaparecido juntos en la esquina para retozar. Una vieja dama con el vestido pasado de moda y mitones de encaje había entrado en su casa por la puerta entreabierta, que se había cerrado tras ella.

Como le había sugerido su amo, la única fuente de información podía ser la joven un poco torpe que trabajaba en la tienda de ropa de segunda mano. Tenía unos ojos pequeños pero inquisitivos, a los que no debía de escaparse nada de lo que ocurría en el edificio.

Mientras se ponía el sol, Nani cruzó el puente de los Pugni y entró en la tienda.

—¿En qué puedo servirte, guapo? —dijo con descaro la joven saliéndole al encuentro.

Nani fingió que deambulaba por la tienda. Levantó con dos dedos una chaqueta que yacía en un montón de ropa, rebuscó un poco en el interior de una caja de camisas de encaje de color sospechoso, simuló que se probaba una media máscara con la capa negra con la que la gente se ocultaba en carnaval.

—¿Busca algo para una fiesta? —preguntó la joven. Tenía una cara redonda de campesina, que no carecía de cierta belleza; la muchacha era alta, de formas opulentas, y con un pecho generoso que rebosaba del corpiño—. Me llamo Zanetta, para servirle. Con ese cuerpo puede ponerse una peluca

blanca y un tricornio y hacerse pasar por un señor. Pruébese esta.

Nani observó disgustado los rizos blancos que colgaban de un portapelucas que había en un rincón. Calculó cuántos parásitos podía tener y evitó acercarse a él, había aprendido de su amo el amor por la limpieza.

—Bah, tengo que pensármelo —objetó—. Ahora necesito beber algo para entrar en calor, el invierno está siendo sereno, pero frío. ¿Por qué no me acompañas al *bàcaro* que hay aquí cerca? Me llamo Nani. —No era el tipo de joven con la que podía dejarse ver en un café elegante.

Zanetta no se hizo de rogar. Además de ser atractivo y ancho de hombros y de tener unos ojos del color del mar, el joven parecía acomodado.

—Dame un segundo, cierro la tienda y voy contigo. —Se echó a la cabeza un *zendado* de encaje, cerró la puerta y echó a andar ufana con Nani. El día había sido flojo, pero el final era prometedor.

La taberna no estaba tan mal como temía Nani, dada la zona. En la chimenea ardía un buen fuego, que iluminaba el local. Los vasos que estaban en la barra de la taberna parecían limpios y la dueña lucía un delantal immaculado. Eligieron una mesa apartada y pidieron dos copas de espumoso.

—Salud. —Nani sonrió alzando la copa—. Supongo que después de un día de trabajo estarás cansada.

—En San Barnaba no se trabaja mucho —confesó la joven suspirando, halagada por el tono confidencial—. Los pobretones que viven en el edificio no tienen siquiera dinero para comprar ropa de segunda mano. Y eso que vendo ropa bonita, casi nueva. Algunos vestidos me los dan las criadas de las casas aristocráticas y son elegantes, pese a que las dueñas les quitan antes las perlas y la pasamanería de oro.

—Pero estás cerca del Casino de los Nobles, la casa de juego.

—Oh, esos. Algunos tienen dinero, pero, cuando vienen aquí, solo piensan en el juego y, además, los ricos no compran cosas de segunda mano y muchos no tienen dónde caerse muertos.

Había llegado el momento de abordar el tema.

—Me han dicho que ayer murió un inquilino del edificio —dijo Nani casi para sus adentros, con aire distraído.

—Ya, Barbaro, pobre. Lo estrangularon.

—¿Lo conocías? Seguro que hacía la corte a una joven tan guapa como tú —insinuó Nani.

Zanetta sonrió complacida.

—¿Cómo lo sabes? De vez en cuando venía a verme, entraba en la

tienda y se quedaba un rato, pero nunca compraba nada. En cambio, apenas podía alargaba las manos, pero yo no soy una cualquiera, así que lo echaba.
—Apretó los labios en una expresión virtuosa.

—A saber quién lo mató. Pero, dime, ¿era un solitario o tenía amigos?

—Vaya si tenía amigos, peores que él.

Nani debía tener cuidado, Zanetta no debía sospechar nada.

—¿Y ellos también te cortejaban?

—No, eran señores, al menos dos, el tercero era un criado.

—Qué grupo tan extraño. —Nani debía ser prudente, así que cambió de tema—. ¿De dónde vienes, Zanetta? No hablas como una veneciana.

—Es que no lo soy. Vengo de Polesine. Mi padre es campesino, yo conseguí un puesto de aprendiz y hace tres años compré la tienda de ropavejera. Vender vestidos usados no es difícil, el gremio deja entrar también a los que vienen de fuera.

—Así que eres rica. ¿Seguro que Barbaro no quería casarse contigo?

—¿Él? A pesar de no tener una perra, era altivo, como cualquier noble, se comportaba como si fuera tan rico como sus amigos. También el criado que iba con ellos era un engreído, además de un verdadero canalla. Los oí hablar cuando creían que estaba en la otra habitación. Porque los amigos de Barbaro jamás subían a su casa, así que, cuando hacía frío, a veces lo esperaban en mi tienda.

—¿Qué oíste?

—Lo suficiente como para estar atenta.

Daba la impresión de que Zanetta no quería seguir hablando. La gente adoraba charlar en Venecia, pero solo cuando se trataba de chismorreos intrascendentes. Apenas alguien sospechaba que sus palabras podían llegar a oídos de las fuerzas del orden, se cerraba como una ostra. La ciudad aún temía al tribunal de los inquisidores y a sus espías, pese a que hacía más de un siglo que sus procesos estaban envueltos en un aterrador silencio.

—¡No me digas que querían hacerte daño! ¡A una chica tan respetable como tú! —La indignación de Nani parecía sincera, a pesar de que le estaba costando mucho tirarle de la lengua. ¿Cómo lo hacía su amo para interrogar a la gente?

Zanetta pareció complacida por el interés de Nani.

—A mí no, pero sé que a otra chica le sucedió algo terrible.

—¿Qué le ocurrió? ¿La... violaron? —aventuró Nani.

Zanetta enrojeció.

—Ocurrió hace varios años, yo acababa de llegar. En ese periodo los cuatro desgraciados conspiraban en un rincón, como si tuvieran un problema que resolver, pero yo los escuchaba escondida detrás de un montón de ropa.

Nani se imaginó la escena: la joven acurrucada en silencio, con los ojos entornados y aguzando las orejas para no perder ripio.

—Había uno...

—¿Quién? ¿Cómo se llamaba?

—Era un tal Labia, Paolo Labia. Siempre decía: «Yo no tengo nada que ver, sois vosotros los que os metéis en líos, el problema es vuestro». Y Barbaro replicaba: «Pero todos nos divertimos, incluso tú, que solo miras».

—¿Y los demás? —insistió Nani.

La joven apuró el vaso. Nani hizo una señal a la tabernera, que se lo volvió a llenar.

—Los otros dos eran los peores —contestó Zanetta, que había superado la vergüenza inicial. Se ajustó con coquetería el chal sobre los hombros—. El patricio decía siempre que había sido estupendo, que una virgen no se encuentra todos los días, y su criado aseguraba que, en el fondo, ellos eran nobles y que por eso le habían hecho un gran honor. «¡Sí, pero ahora está embarazada. Cuando su padre se entere, nos mata. Ya sabéis cómo son los campesinos», dijo una vez Barbaro

—¿Y cómo acabó el asunto? —preguntó Nani con la voz entrecortada.

—Un día llegaron más tranquilos. Oí que el joven aristocrático mascullaba: «Me ha costado un montón de dinero». Barbaro respondió: «Te he resuelto el problema, convencí a tu madre. La criada era tuya, así que eras tú el que debía pagar y, ahora, para agradecérmelo, puedes regalarme una de estas capas». Dicho esto, eligió una casi nueva, que su amigo pagó sin rechistar.

—Pero ¿quién era el otro? Has hablado de un tal Labia, ¿y los otros dos?

—¿Por qué quieres saberlo? —preguntó la joven con suspicacia.

El momento era delicado. Nani debía comunicar a Pisani los nombres de los miembros de la banda de Barbaro, pero la joven no debía sospechar que él trabajaba para un *avogadore*. El gondolero sabía que uno de los jóvenes era Paolo Labia, pero aún le faltaban los nombres del patricio y de su criado. De improviso, tuvo una inspiración.

—Quiero que me digas quiénes son para protegerte. ¿Sabes, Zanetta? Eres guapa, me gusta estar contigo. No soy noble, pero tengo un colmado en

Murano que va bien. —Dado que estaba mintiendo, le convenía decir que vivía lejos—. Estoy pensando en casarme y me gustaría conocerte mejor. No quiero que te pase nada.

Zanetta sonrió cada vez más complacida: aquello era poco menos que una declaración. Nani sintió una punzada de remordimiento.

—¡Oh, Nani, eres un encanto! Pero ¿qué puedes hacer? Esos tipos son ricos, poderosos. Además, si he de ser franca, hace más de un año que casi no los veo.

—No te preocupes. Dime quiénes son y no volverán a molestarte.

La joven se decidió.

—El patricio es Piero Corner, el que tiene el palacio en el Gran Canal, y el otro es su gondolero personal, creo que se llama Biagio.

—Quiero averiguar qué hacen. Tranquila, yo te protegeré, tengo muchos amigos en la guardia. La próxima vez que nos veamos, te llevaré a cenar a una taberna que conozco, donde se come el mejor pescado frito de la laguna.

—Ah, se me olvidaba —lo interrumpió Zanetta, ansiosa ya por contárselo todo—. Como te he dicho, hace más de un año que apenas los veo, pero Corner ha desaparecido por completo. Ya no va con ellos.

Nani sujetó su mano entre las suyas en ademán de gratitud y cambió de tema. Misión cumplida. Bebieron y charlaron un rato más.

—Es tarde —dijo cuando le pareció que había llegado el momento de despedirse—. ¿Me permites que te acompañe a la tienda?

—¿Cuándo piensas volver? —le preguntó con atrevimiento Zanetta en el umbral, segura de su conquista.

—Muy pronto —mintió Nani echando a andar.

Mientras remaba hacia casa, manejando con habilidad el remo en la horquilla, pensaba que era un desaprensivo y que más le valía no pisar el *campo* San Barnaba por cierto tiempo.

Pisani lo estaba esperando en el despacho, pensando en Chiara, un pensamiento que le resultaba muy dulce.

—Has tardado mucho —le reprochó con severidad cuando lo vio llegar.

—Pero ha valido la pena —replicó Nani sin dejarse impresionar y le contó la conversación con pelos y señales.

Al oír que Nani había hecho a la joven una promesa de matrimonio, Marco se echó a reír.

—Eres un sinvergüenza, Nani, no te detienes ante nada.

—Es por amor a la justicia, *paròn*, y por la recompensa que me he merecido.

Cuando se volvió a quedar solo, Marco reflexionó: de manera que Barbaro frecuentaba una pandilla de amigos poco recomendables entre los que se encontraban Paolo Labia y Piero Corner, dos nombres importantes, dos familias poderosas. ¿Estarían relacionados con su muerte? ¿Qué era esa historia de que habían dejado embarazada a una criada? ¿Era la muerte de Barbaro un crimen de honor? ¿Después de todos esos años? ¿O lo habían matado por un asunto de espionaje? A buen seguro, entendería algo más cuando su amigo Cappello le explicase si los documentos que habían encontrado en casa del muerto eran relevantes.

Marco conocía de vista a los dos jóvenes patricios y sabía que no honraban, desde luego, sus apellidos: Corner era un famoso depravado, cliente asiduo de prostitutas, jugador empedernido y camorrista. No obstante, se decía que desde que se había casado, hacía casi un año, había cambiado de vida. Sobre Labia circulaban rumores contradictorios: jamás se había visto envuelto en un escándalo, pero algunos juraban que era usurero y quizá también pederasta. ¿Serían también asesinos los dos amigos? ¿Qué papel representaba en todo ello Biagio?

Pese a que le repugnaba un poco, esa era la única manera de averiguar algo sobre las aventuras de la banda. Debía recurrir a un confidente profesional, uno de esos personajes ambiguos de los que se servían sin demasiados escrúpulos los servicios secretos y los inquisidores.

Capítulo 7

Las noticias sobre Piero Corner llegaron por sí solas e inesperadas y retumbaron en Venecia como un cañonazo.

A primera hora del lunes 11 de diciembre, Marco encontró al secretario Tiralli visiblemente turbado, esperándolo delante de la puerta del entresuelo de las procuradurías viejas.

—Excelencia. —El joven jadeaba como si hubiera corrido—. ¡Qué desgracia! ¡Dentro de poco lo sabrá toda Venecia! Ha ocurrido una desgracia terrible.

—Dime qué ha sucedido en lugar de agitarte tanto —resopló Marco.

—Esta mañana, hace casi una hora, el farolero que apaga las luces al amanecer encontró debajo de un pórtico el cadáver del patricio Piero Corner, de los Corner de la Ca' Granda. Según parece, lo estrangularon con una cuerda, igual que a Marino Barbaro. Volvía de jugar en el Ridotto. Su gondolero no estaba muy lejos, lo encontraron en la góndola, atado y amordazado.

—¿Dónde está? —exclamó Marco—. ¿Qué se sabe? —Era el amigo de Marino Barbaro que había mencionado la tendera en su conversación con Nani.

—El cadáver aún está donde lo encontraron, los guardias han querido que lo vea de inmediato un magistrado y como usted siempre llega el primero...

—Tú te has apresurado a avisarme —concluyó Pisani—. ¡Bien hecho! Pero ¿dónde está?

—No muy lejos de aquí, debajo del pórtico del Fondeghetto della Farina, donde se encuentra la Academia de Pintura. He pensado que si murió igual que Barbaro los dos delitos podrían estar relacionados.

—No te equivocas. Vamos.

Pisani había pasado el fin de semana inquieto. Las conjeturas sobre el

misterioso homicidio de Barbaro se mezclaban en su mente con la imagen de Chiara Renier, que volvía a ella más a menudo de lo que jamás habría pensado. Caramba, ya no era un crío como para perder la cabeza por una mujer y su vida sentimental estaba felizmente colmada por los favores de la hermosa Annetta, la bordadora con la que se veía desde hacía varios años en un piso de la zona de San Rocco, una compañía agradable que no lo turbaba.

Chiara, en cambio, lo intrigaba, jamás había conocido una mujer tan vivaz y con tanto sentido del humor. Debía hacer todo lo posible por volver a verla, pero no sabía cómo.

El domingo anterior se había despertado tras una noche agitada. Recordaba que había soñado que Virginia se despedía de él al mismo tiempo que se encaminaba hacia unos campos luminosos. Había tratado de llamarla, pero todo había sido en vano y se había despertado en plena noche empapado de sudor.

Había pasado el día arrastrándose del despacho a la sala, leyendo un poco y meditando. En más de una ocasión había empezado a revisar unos expedientes, pero no había podido concentrarse. El recuerdo de Chiara volvía una y otra vez a su mente y, al pensar en ella, notaba que sonreía. En más de una ocasión, Rosetta lo había mirado con suspicacia al cruzarse con él, pero no había dicho una palabra.

Por la noche fue a cenar con sus padres en el bonito palacio gótico de la familia, que daba al Gran Canal. Con el mayordomo pisándole los talones como buenamente podía, subió a toda prisa la imponente escalinata hasta el piso noble, cruzó a toda prisa el suntuoso *pòrtego*, que daba al canal, y se reunió con su familia en su salón preferido, cuyo techo estaba decorado por una pintura al fresco de Tiepolo que representaba el encuentro entre Venus y Marte.

—¡Ha llegado el tío! —gritaron al unísono los dos hijos de su hermano al verlo entrar en la habitación mientras corrían hacia él.

—¿Qué nos has traído? —preguntó Stefano, el mayor, un angelito rubio de seis años.

Marco tendió a los niños una caja con las deliciosas galletas que preparaba Rosetta.

—Primero yo, que soy el pequeño —exigió Carlo, que era un terremoto, además de robusto como un torito.

Una vez resuelta la disputa, se sentaron a cenar en la sala rosa, cuya chimenea estaba flanqueada por una valiosa colección de porcelanas y

objetos de cristal antiguos.

Marco estaba sentado delante de su padre y notó que la mano le temblaba un poco al sujetar el tenedor. «Tampoco él, uno de los senadores más brillantes de la República, además de embajador en Inglaterra y España, se libra de la vejez», se dijo con pesar.

Teodoro Pisani, que rayaba los ochenta años, seguía teniendo un cuerpo imponente, pero había perdido mucho del gesto firme que lo había convertido en uno de los personajes más relevantes de Venecia. También su mirada se ofuscaba a veces.

Su madre, Elena, mucho más joven que su marido y elegantemente vestida con un vestido de encaje azul, iluminado por un collar de perlas, hablaba con vivacidad.

—Los niños me alegran —observó de repente—. Sin embargo, a veces pienso en ti, Marco. Sé que jamás olvidarás a tu mujer, pero ¿nunca piensas en rehacer tu vida?

El rostro de Chiara Renier volvió a pasar por la mente de Marco.

—Debo encontrar la mujer adecuada, mamá. No es fácil —contestó en tono evasivo.

—Eres demasiado complicado —replicó su cuñada, una belleza veneciana de tez rosácea y pelo cobrizo. Esperaba su tercer hijo—. Mira cuánto se esfuerza Giovanni. —Sonrió señalando su prominente barriga.

Dándose por aludido, Giovanni protestó escandalizado.

—Pero ¿qué dices, Rossana? Los hijos los envía el Señor...

—Y tú le echas una buena mano —replicó su esposa en medio de la hilaridad general.

—Casi me olvido —dijo la madre de Marco cuando volvieron a guardar silencio—. Este año celebraremos nuestra recepción tradicional el 26 de diciembre, el día de San Esteban. Me encantaría que no vinieras solo.

—Por supuesto, mamá, vendré con Daniele Zen —bromeó Marco.

—Ya sabes a qué me refiero. Será una bonita velada. El célebre coro del conservatorio de los Mendicanti ha aceptado cantar para nosotros. Además, he invitado a varios artistas, como Tiepolo, que ha regresado de Baviera. Puede que venga también Rosalba Carriera, pese a que apenas sale ya. ¡Qué lástima que una artista tan grande como ella haya perdido la vista! Luego vendrán los habituales amigos de la familia e incluso Carlo Goldoni.

Mientras se dirigía al lugar donde habían hallado el cadáver, Marco

pensaba con melancolía en la noche anterior, en su padre, que estaba envejeciendo, en sus sobrinos, en la evidente felicidad de su hermano; él, en cambio, se sentía un descarriado.

Curiosamente, en el muelle que había delante de los imponentes edificios del palacio de la Zecca y de los graneros de Terranova no se veía un alma, los puestos de comida, pegados al muro, estaban desiertos, las cestas de pollos yacían abandonadas en un rincón. También las góndolas, atracadas a los embarcaderos de madera, estaban vacías. Al fondo, cerca del Fondeguetto, se había formado una multitud variopinta; mientras se acercaba a ella, Marco vio que un grupo numeroso de esbirros intentaba mantener a raya a la gente.

Al verlo llegar, los guardias le abrieron paso y Pisani, tras cruzar el pequeño puente, vio el cadáver.

Corner yacía boca arriba bajo el pórtico, con los ojos inyectados en sangre, mirando al cielo, sus manos aferraban la cuerda que le había apretado el cuello, como si tratara de aflojarla de forma espasmódica. La costosa peluca blanca había resbalado al suelo dejando a la vista su cabeza pelada. Lucía traje de gala; la máscara, necesaria para poder entrar en el Ridotto, estaba en un rincón.

El *avogadore* se inclinó hacia él, le cerró piadosamente los ojos y le quitó la cuerda. Enseguida notó que era idéntica a la que había matado a Barbaro. Se la metió en el bolsillo para que no se perdiera. Sintió un nudo en la garganta: la muerte, sobre todo la de un joven, siempre le parecía una tremenda injusticia, jamás lograría acostumbrarse, pero ese cadáver significaba que en Venecia había un asesino suelto que estrangulaba a la gente y él debía detenerlo.

No era necesario que interviniera un médico para saber cuál era la causa de la muerte; así pues, ordenó a los guardias:

—Tapadlo. Preparad una camilla y llevadlo al palacio Corner. Podéis ir a pie, está cerca, pero protegedlo de la mirada de los curiosos con su capa. Y dejad la cuerda en mi despacho.

Después escrutó al secretario Tiralli, que iba vestido de negro, su aire formal le pareció adecuado para la tarea más desagradable de todas.

—Ve con ellos a la casa, Jacopo —dijo—. Tendrás que adelantarte para darles la noticia.

Tiralli habría evitado el encargo de buena gana, pero no se atrevió a replicar.

La gente empezaba a marcharse, muchos se encaminaban hacia San Marcos o hacia Rialto para comunicar a sus conocidos lo que acababa de suceder. Marco divisó al gondolero de la casa Corner, que llevaba el escudo familiar en la ropa, sollozando en el suelo. Se aproximó a él.

—¿Qué ha pasado? —preguntó.

—Ay, excelencia, casi me matan a mí también.

Hablaba con dificultad. Le contó que la noche anterior su amo había ido al Ridotto, como hacía algunos domingos, y le había ordenado que lo esperara junto a la góndola. Pero, cuando era casi la hora a la que su amo solía volver, alguien salió de la oscuridad, se abalanzó sobre él y le dio un fuerte golpe en la cabeza. Se había despertado en el fondo de la góndola, atado como un salchichón y amordazado. Eso era todo.

—¡Pobre amo, querían matarlo! —dijo sin dejar de sollozar.

Era cierto. Un guardia enseñó a Marco la bolsa llena de ducados de Corner. No había sido un robo.

A esa hora no había nadie en el Ridotto, solo quedaban algunos pajes limpiando. Pisani no frecuentaba el local, jamás le había atraído el juego. Así pues, miró con curiosidad el lugar donde se habían dilapidado muchos patrimonios de la Serenísima.

El ambiente era lujoso: el gran salón central, que tenía las vigas del techo pintadas y que solía estar abarrotado por las noches, daba acceso al resto de salas destinadas a los distintos juegos de azar, todas tapizadas con damascos preciosos, decoradas con cuadros y espejos e iluminadas por numerosas lámparas de madera dorada y siete brazos.

Pisani aguardó al director cerca de la mesa del cajero. Estaba casi seguro de que allí no iba a sacar nada en claro, pero debía seguir esa pista por escrúpulo.

El director se había vestido a toda prisa: un borde de la camisa de puntillas asomaba por los pantalones.

—Disculpe, excelencia. —Hizo una reverencia a Marco a la vez que se ajustaba la ropa con movimientos torpes. Estaba al corriente de lo acaecido—. ¡Qué desgracia! ¡Es increíble, a dos pasos de aquí, y con el gondolero esperándole fuera! —Se miraba al espejo para ver si tenía la peluca recta. Debía de tener unos sesenta años, pero era evidente que le gustaba demostrar menos.

—Haga memoria, señor Baldi —lo exhortó Pisani—. ¿Recuerda si

sucedió algo anoche? ¿Un rifirrafe debido al juego, una disputa? ¿Un asunto de faldas?

—Nada de nada. —Baldi frunció el ceño y las arrugas formaron en su maquillaje una tela de araña—. Recuerdo perfectamente que nada más llegar el pobre Corner jugó a *bassetta* y luego a *faraone*. Se divirtió, no hubo ninguna discusión. A eso de medianoche, si no me equivoco, fue a comer algo a la sala donde están los refrescos. Lo noté porque se quitó la máscara mientras bebía chocolate. Después volvió a jugar. ¿Mujeres? No, Piero Corner no. Antes, quizá. Hasta el año pasado venía de vez en cuando con una prostituta, pero desde que se casó nada. Por lo visto estaba muy enamorado de su mujer. Además, desde que nació su hija...

—¿Tenía una hija?

—Sí, nació hace pocos meses, él la adoraba, hablaba a todos de ella. — Los ojos de Baldi se empañaron y Marco también se entristeció al pensar que la niña nunca conocería a su padre. ¿Qué le estaba pasando? ¿Se estaba convirtiendo en un sentimental?

Al salir del Ridotto no tenía ganas de ir al palacio de justicia, así que se detuvo en la plaza de San Marcos. Varios nobles envueltos en capas de colores llamativos se calentaban al pálido sol invernal comentando lo sucedido; muchos alargaron el cuello cuando pasó y lo saludaron con la esperanza de que se parase y les contase las novedades. Un grupo de mujeres charlaba también animadamente, ajenas a las protestas de los niños que llevaban de la mano. Dos o tres perros ladraban y se perseguían. Al fondo de la plaza se entreveían los mástiles de varios veleros, que se balanceaban perezosos en las aguas de la cuenca San Marcos.

Pisani dio unas monedas a un joven para que fuera a buscar a Nani y entró en Florian. Era probable que a esa hora Daniele Zen estuviera bebiendo un café y, de hecho, encontró a su amigo sentado a una mesa, al fondo del local.

—¿Qué pasa, Marco? —preguntó el abogado al verlo.

Pisani le contó con todo detalle lo ocurrido y lo que habían averiguado; la visita de Nani a la tienda de Zanetta hizo reír a Zen.

—Este segundo homicidio arroja una nueva luz sobre los hechos, el caso se complica, porque es evidente que las dos muertes están relacionadas —concluyó Marco.

—Ahora puedes soltar al joven que los guardias encarcelaron.

—Pues sí, ya no hay ningún motivo para retenerlo. Me parece un buen

chico. Imagínate que... —dijo Marco titubeando— que el viernes vino a verme su patrona para defenderlo.

—¿Y cómo es esa patrona? —preguntó Daniele, que había notado que su amigo había vacilado. Lo conocía como la palma de su mano.

—Bueno, nada especial, tiene una tejeduría de seda, la dirige sola.

—¿Es joven o vieja? ¿Guapa o fea? —insistió Daniele escudriñándolo con sus ojos azules.

Marcos se ruborizó.

—Joven, sí, no es fea, pero ¿qué más da?

—Te conozco, Marco. Aquí hay gato encerrado.

—Si he de ser franco —Pisani se dio por vencido—, me gusta mucho, pero casi no la he visto.

—En ese caso, arréglatelas para volver a verla. —Daniele sabía cómo cortejar a una dama.

—No sé qué hacer, no es una cortesana ni una noble, de ser así sabría cómo comportarme. No la conozco. Temo parecerle indiscreto —observó Marco, que en esos asuntos era tímido.

—Te estás enamorando de ella —afirmó Daniele—. ¿Sabes lo que debes hacer? Sube a ese joven, a Maso, en tu góndola y llévalo al taller.

Y fue así como, los guardias de la cárcel se quedaron boquiabiertos al ver al *avogadore* Pisani invitando a subir a un sospechoso a su góndola y alejándose con él y con Nani hacia rumbo desconocido.

Capítulo 8

Desde que se había despertado, Chiara estaba muy inquieta y sabía por experiencia que cuando se sentía así era porque estaba a punto de ocurrir algo.

Mientras pasaba por delante de su tocador, el espejo había reflejado la imagen desenfocada, pero inconfundible, del *avogadore* Pisani. Por un instante se había sentido envuelta en una nube vortiginosa y había reconocido los síntomas de sus premoniciones. Percibía un aroma floral y una alegría desconocida le colmaba el corazón y le hacía sentir ganas de cantar. Se tocó una mejilla al sentir que una mano la acariciaba.

Pero ¿en qué estaba pensando? No era una de las visiones que solía tener gracias a sus poderes de clarividencia. Eran, sin más, quimeras de solterona.

Había hecho enloquecer a la doncella que la peinaba, porque sus rizos se negaban a estar en su sitio. Dado que no habían lavado el vestido verde, debía conformarse con una falda y un corpiño de color púrpura con un generoso escote. No encontraba el collar de coral y lanzó al aire el contenido del cajón mientras lo buscaba y, cuando bajó a desayunar, protestó porque el café estaba frío.

—¿Qué le pasa hoy, ama? —masculló Giannina exasperada—. ¿Ha dormido mal?

—Tengo que pensar en todo —contestó Chiara con resentimiento—, sobre todo hoy, que Marta se ha marchado.

Fue a sentarse a la sala. Era una habitación luminosa y decorada a la moda, con muebles lacados de color marfil y la tapicería azul celeste. Un bonito espejo *trumeau* ponía en evidencia los objetos más valiosos. En una pared colgaba una vista de la cuenca de San Marcos, de Canaletto.

A Chiara le gustaban los objetos hermosos y con frecuencia agradecía de todo corazón a su padre que le hubiera procurado una educación señorial,

primero en el internado de las Orsoline y luego en casa, como una dama de la aristocracia, con maestros de música y literatura. Al mismo tiempo, él le había enseñado los secretos de la contabilidad, de los balances con partida doble y del cambio de monedas.

Pero ese día no lograba concentrarse, tiró al suelo la *Gazzetta*, que había intentado leer en vano y bajó al taller de tejeduría.

Los telares estaban ya en funcionamiento. Eran unas máquinas bonitas, algunas procedentes de la lejana Inglaterra, con unos armazones de madera que se erigían hasta el techo, que transformaban en piezas de tela las complicadas telas de araña, de hilos, dispuestas con sabiduría. Una veintena de jóvenes movía los mecanismos de los telares con ritmo regular, produciendo un latido que siempre la calmaba.

Chiara deambuló por la amplia sala saludando a los obreros, que le sonrieron agradecidos: trabajaban a gusto con la joven, conocía el oficio, inventaba siempre nuevos diseños, recibía numerosos pedidos y no era avara. Lástima que fuera una mujer sola, daba la impresión de que no tenía la menor intención de casarse, a pesar de que tenía muchos pretendientes entre los comerciantes.

La patrona examinó varias de las piezas de seda que estaban fabricando, dio algunas sugerencias, echó una ojeada al telar de Maso, que estaba parado, con el trabajo a medias, exhaló un suspiro y se sentó al escritorio del pequeño despacho contiguo al taller. Agarró algunas cartas de sus clientes, pero no pudo concentrarse. De vez en cuando alzaba la mirada hacia la puerta.

Nani ató la góndola a un palo del canal que atravesaba la calle Vernier. Marco salió del *felze*, la cabina que cubría la embarcación, y saltó al muelle seguido de Maso.

—Busca a Baldo Vannucci —ordenó al gondolero—. Ve a las tabernas de Rialto, seguro que lo encuentras allí.

—Pero, *paròn*, Baldo Vannucci es...

—Sé perfectamente quién es. Dile que lo espero mañana a la una en la taberna de la Pergola, en el muelle de las Zattere, y que quiero saber todo sobre Marino Barbaro, Piero Corner y Paolo Labia. No hables con nadie y pasa a recogerme dentro de un par de horas.

Nani no parecía muy convencido, se debatía entre el estupor y la curiosidad.

—Dígame una cosa, *paròn* —dijo sin poder contenerse—. Ahora que

hemos traído a Maso a su casa, mejor dicho, al taller donde trabaja, ¿qué piensa hacer en esta zona llena de fábricas durante dos horas?

Marco resopló. ¿Por qué a todos sus criados les daba por vigilarlo?

—Lo que haga o deje de hacer es asunto mío, Nani. Procura no decir tampoco una palabra sobre esto.

El joven Maso cruzó el pequeño puente a toda prisa y, después, con la cara enrojecida por la emoción, abrió poco a poco la puerta del taller y su figura se recortó en la luz procedente del exterior.

Chiara alzó la mirada de sus papeles y lo reconoció.

—Maso —exclamó corriendo a su encuentro—, ¡has vuelto! —Lo abrazó con vehemencia.

Al mirar por encima del hombro del joven, se quedó petrificada. Titubeaba.

—Usted... —murmuró confusa—. Excelencia, usted es el *avogadore* Pisani. Lo ha acompañado personalmente. Eso significa que han liberado a Maso. —Pensó en la inquietud que la había turbado hasta ese momento. Así que era eso lo que iba a suceder.

Marco entró e hizo una leve reverencia.

—Sí, ya no queda ninguna duda sobre su inocencia. Debía venir a esta zona —mintió—, así que me dije... —«Qué mujer tan singular. A pesar de dirigir personalmente su taller, tiene la clase de una gran dama», pensó mientras hablaba.

Chiara lo observaba con atención. Sin la toga ni la peluca, el *avogadore* era un hombre muy atractivo. Además, la estaba mirando casi con timidez, con una sonrisa oblicua, leve, que hacía brillar sus ojos oscuros. Pero ¿por qué había ido a verla?

—Gracias, excelencia. —Se rehízo—. ¿Cómo podemos agradecersele Maso y yo? A propósito —recordó de repente—, ¿podemos dejar que Maso vaya enseguida a ver a sus padres y los tranquilice?

El joven estaba rodeado por sus compañeros, que lo felicitaban con abrazos y palmadas en los hombros. No se lo hizo repetir dos veces, salió corriendo hacia su casa. Chiara y Marco lo miraron en la penumbra del taller.

—Ahora debo irme. —De nuevo, frente a los ojos azules y risueños de Chiara, Marco no sabía qué decir.

Chiara salió en su ayuda.

—Permita que le ofrezca un refresco, excelencia. La verdad es que,

dada la hora, me gustaría mucho que se quedara a comer.

Pisani no se hizo de rogar y subió la escalera tras ella, hasta las habitaciones del primer piso. Mientras Chiara Renier iba a ordenar que prepararan la comida miró alrededor: vio una casa agradable, llena de libros, una espineta finamente pintada con escenas pastorales debajo de una ventana e incluso un cuadro de Canaletto. La dueña de la casa era una mujer culta y refinada.

—¿Está mirando el cuadro? —Lo interrumpió ella al volver—. Me gustan los objetos bonitos, mi padre tuvo tiempo de enseñarme muchas cosas antes de fallecer. Mi madre, en cambio, murió siendo yo una niña. —Exhaló un suspiro—. Además, nací en octubre, soy libra. —Se estremeció—. Las personas de ese signo solo pueden vivir serenas en un ambiente armonioso.

—¿Cree en la astrología?

—Creo en algunas cosas del mundo sobrenatural, a pesar de que están envueltas en el misterio —explicó sentándose con Marco en un sofá—. Por ejemplo, para comprender la influencia que tienen los astros en el carácter de una persona, basta con pensar en el mundo de la naturaleza: las flores y los frutos otoñales son diferentes de los del resto de las estaciones. Pero, al margen de la astrología, creo que nuestra existencia tiene más de una dimensión.

La conversación estaba tomando un rumbo inesperado.

—¿Es usted creyente? —aventuró Marco.

—Creo en un dios de amor y misericordia, pero no me refería a eso —respondió Chiara. Se concentró mirando sus manos entrelazadas—. Creo que existe una vida invisible, espiritual, paralela al mundo sensible. Los artistas son los únicos que saben percibir y dar forma a esa armonía sobrenatural. Por ejemplo, piense en el cuadro de Canaletto. Aquí no lo aprecian mucho como pintor, vende más en el extranjero. En Venecia lo consideran un ilustrador. En cambio, a pesar de que sus obras parecen una copia de la realidad, yo veo en ellas ese aspecto mágico, un mundo hechizado.

Marco se quedó pensativo. Las palabras de Chiara le abrían unos horizontes inusuales. Miró la espineta.

—¿Sabe tocarla? —preguntó.

—Estudié música varios años. La música es un bálsamo para el alma. ¿Quiere escuchar algo?

Chiara tocaba con dulzura e ímpetu a la vez. Las notas de Monteverdi salían del instrumento con sonoridad y armonía. Marco pudo contemplarla a

sus anchas. Era una mujer sorprendente, que transmitía una profundidad insondable. Tenía un perfil delicado, con una naricita impertinente, y un cuerpo ágil. Deseó estar a su lado. Pero ¿qué le estaba ocurriendo?

En la comida, Marco saboreó un pescado fresquísimo y cocinado con esmero y un *zabaione* exquisito. Chiara era una buena conversadora. Hablaron un poco de libros y de música, después él le contó que habían encontrado el cadáver de Piero Corner y que el delito estaba relacionado con el de Barbaro, dado que en los dos casos había aparecido una extraña cuerda.

Mientras conversaban, el *avogadore* pensaba en la manera de pedirle una cita sin parecer indiscreto. En Venecia, las reglas de etiqueta eran muy rígidas para las jóvenes solteras y Chiara no tenía unos padres que la protegieran de la maledicencia.

Al final se lanzó:

—Me gustaría volver a conversar con usted, Chiara. ¿Puedo llamarla así? Olvide el excelencia. Me llamo Marco. ¿Quiere, bueno, quieres venir conmigo mañana al Leon Bianco? —Era el local más refinado de Venecia, frecuentado por nobles e incluso por los soberanos que visitaban la ciudad.

Chiara vaciló. No solía aceptar invitaciones de los hombres, pero en este caso se trataba de un *avogadore*, de un magistrado muy importante, de una persona estimada. Además, por primera vez en su vida un hombre la turbaba.

—Está bien —aceptó, por fin—. Pero usted, mejor dicho, tú, debes hacer una cosa: trae la cuerda. —Al ver la mirada de asombro de Marco añadió—: Entiendo un poco de esas cosas, me gustaría verla.

Canturreando las notas de Monteverdi, Marco caminó hasta su góndola, fingió que no notaba las miradas inquisitivas que le dirigía Nani y le ordenó que lo llevara al despacho de Zen, que estaba en las inmediaciones de la iglesia de San Moisè. Una vez allí, atravesó la sala de los secretarios, entró sin llamar y se sentó delante de su amigo, que estaba consultando unos documentos. Se veía a la legua que estaba eufórico.

—¿Qué te pasa? —preguntó Daniele riéndose a la vez que cerraba el expediente. Marco era como una botella de vino espumoso a punto de descorcharse, de manera que a su amigo no le costó mucho que le contara el encuentro con Chiara.

—Te has enamorado —sentenció, por fin—. ¡Ya era hora!

—No sé qué me ocurre, pero esa mujer es diferente. Cuando estoy con ella me siento bien. Solo que después pienso en Virginia y me avergüenzo.

—Tu esposa murió hace mucho tiempo, Marco. Y ella te habría

entendido. Pero, dime, ¿qué piensas hacer? Por muy guapa, rica y culta que sea no deja de ser una burguesa y ya sabes que para un patricio supone un problema casarse con una mujer de esa clase.

—Ya, es necesario el permiso de un *avogadore*. —Los dos amigos se echaron a reír—. Pero antes de hablar de boda tenemos que conocernos mejor —prosiguió Marco—. Por ahora, me contento con verla.

«Menuda suerte tienes de no tener problemas sentimentales, Platone», pensaba esa noche Marco mientras observaba a su gato, que se había acurrucado en un sillón de su despacho. La habitación estaba en penumbra, iluminada exclusivamente por las llamas bailarinas de la chimenea. Los ojos verdes del felino resplandecían como dos linternas.

Marco pensaba que había sido una feliz casualidad que los cuatro esbirros arrestaran a Maso por error, porque, de otra forma, jamás habría conocido a Chiara, que además de ser guapa, inteligente y refinada, tenía algo más, una luz interior que lo había impresionado desde el primer momento.

Alzó la mirada hacia el retrato de su mujer, que le sonreía desde lo alto de la chimenea.

—Sabes de sobra cuánto te quise y cuánto he llorado por ti y por nuestro hijo —murmuró—. Te llevaré siempre en el corazón, pero he de seguir adelante.

Se estremeció al ver entrar a Rosetta, que le llevaba el chocolate.

—¿Qué hace a oscuras, *paròn*? ¿Pensando en cosas tristes? —Mirando también el retrato añadió—: La señora ya no está y a usted le hace daño estar aquí rumiando, más solo que la una.

—Tienes razón, Rosetta. —Marco exhaló un suspiro—. Enciende las lámparas.

Se sentó al escritorio. El gato lo siguió y se tumbó encima de una pila de documentos.

—Veamos, Platone —dijo en voz alta en cuanto salió la criada—. Tenemos dos cadáveres, los dos fueron estrangulados de noche en la calle con una cuerda que podría ser turca o portuguesa. Los dos hombres eran amigos, pero uno pasaba apuros y frecuentaba malas compañías, incluso guardaba en casa material más o menos secreto del Arsenal. Es urgente que el patrón Cappello me diga algo sobre esos documentos. El otro, en cambio, pertenecía a una familia ilustre y rica y tenía un pasado de calavera, pero, por lo visto, el matrimonio le había hecho sentar la cabeza. Según parece, la

banda, de la que también formaban parte Paolo Labia y un criado, abusó de una criada, pero luego todo se arregló a saber cómo.

Platone emitió un largo gemido mientras dormía.

—¿Qué estás soñando? —lo reprendió su amo. El gato abrió un ojo—. Sigue mi razonamiento. —El gato bostezó—. Si Barbaro era un espía, podría haber sido asesinado por el contraespionaje. Pero los servicios secretos hacen desaparecer los cadáveres en mar abierto con una piedra atada al cuello, nunca los abandonan en la calle. Además, ¿qué tendría que ver Corner en ese caso? Él no necesitaba correr un riesgo similar por tan poca cosa. A menos que lo mataran porque conocía los negocios sucios de su amigo. ¿Y esa cuerda tan extraña, que parece una firma? Quizá Barbaro engañó a un turco y este se vengó. No debo olvidar que la vieja Lucia vio un turco rondando cerca de su casa no hace mucho. Pero, de nuevo, ¿qué tiene que ver entonces Corner? Debemos averiguar algo más sobre la banda y puede que también sobre la criada a la que violaron, a pesar de que de eso hace más de un año. Por aquel entonces, un campesino amenazó a Barbaro. Y aquí Corner sí que estaba metido hasta las orejas, según lo que Zanetta, la ropavejera, le contó a Nani. ¿Sabes lo que vamos a hacer ahora, Platone? —concluyó Marco acariciando al gato—. Nos daremos un buen baño caliente y luego nos iremos a la cama.

Al oír hablar del baño el gato saltó del escritorio y, con un par de movimientos elegantes, alcanzó el estante más alto de la librería.

Capítulo 9

El palacio Corner, enlutado, destacaba en el Gran Canal. Banderas de terciopelo negro bordado de oro colgaban de los ventanales renacentistas y se reflejaban ondeando en el agua, trazando oscuras pinceladas. El gran escudo familiar que coronaba la puerta del canal también estaba cubierto por una tela negra.

Acompañado de Daniele Zen, Marco salió de la góndola y subió los peldaños que llevaban, cruzando una triple arcada, al gran atrio con el suelo pavimentado con mármoles de varios tipos y amueblado con dos simples arcones.

Había preferido visitar a la familia del difunto a primera hora de la mañana para evitar la multitud de invitados que, a buen seguro, invadiría el palacio después de las exequias.

—Ya sabes lo que debes hacer, Nani —susurró al gondolero, que se dirigió a toda prisa hacia las habitaciones de servicio—. Vamos —dijo a Zen al mismo tiempo que empezaba a subir la escalinata.

En la primera planta reconoció al mayordomo, que iba ataviado con una librea negra y que les abrió paso por una serie de salas. Los ambientes espaciosos, proyectados por Sansovino en el siglo XVI, conservaban la austeridad de esa época: techos altos, vigas pintadas, muebles severos y paredes cubiertas por enormes tapices. Los ventanales estaban tapados en señal de luto, de forma que en su recorrido solo los iluminaron unos cuantos candelabros.

La cámara ardiente se había dispuesto en el salón central. Piero Corner yacía en el centro, en un solemne catafalco dorado. Las llamas de cuatro gruesos cirios excavaban sombras bailarinas en su rostro inmóvil. En el banco que había a la derecha del féretro, una hilera de monjas salmodiaba las oraciones del rosario, un grupo de visitantes susurraba al lado de una ventana y dos criadas ancianas sollozaban con la cabeza inclinada, junto a una mesa

de pared.

Marco y Daniele se detuvieron al lado del féretro con aire pensativo. El joven Corner, compuesto en la paz de la muerte, era un hombre atractivo, de facciones regulares, e iba vestido con una chaqueta de ceremonia, una *velàda* de seda azul bordada con hilos de plata; una mano piadosa había levantado la puntilla blanca de la camisa inmaculada para esconder la marca morada que la cuerda del asesino le había dejado en el cuello.

Otro joven cruzaba en ese momento la sala en dirección al catafalco. Cojeaba un poco. Marco lo reconoció: se trataba de Dario Corner, el hermano pequeño del muerto, que se parecía mucho a Piero, si bien era de complexión más robusta y tenía una cara blanda y pàlida, parecía enfermo. Además, de cerca se notaban las cicatrices rojizas que le había dejado la viruela. Tenía los ojos hinchados, como quien ha llorado mucho.

Marco y Daniele se aproximaron a él y murmuraron las frases de rigor. Lo abrazaron.

—¡Qué tragedia! —los interrumpió Corner enjugándose los ojos con un pañuelo de encaje—. ¿Cómo nos las arreglaremos ahora sin él? Era el jefe de la familia: nuestro padre murió hace varios años. Piero se acababa de casar, tenía una hija de dos meses. Mi cuñada está destrozada. Pero usted, Pisani —añadió mirando a Marco con desconfianza—, ¿ha venido para investigar sobre el homicidio?

—He venido para rendir homenaje a la familia —precisó Marco— y, además, me gustaría dar el pésame a su madre y a la viuda.

—Mi madre no está para recibir a nadie, discúlpela, un golpe así, tan repentino... Puede que mañana se sienta con fuerzas para hablar con usted. No obstante, mi cuñada está en su habitación con la niña y seguro que se alegrará de verlo. —Con un ademán ordenó a un criado que anunciara a los huéspedes—. Disculpen si no los acompaño —añadió—. He tenido una mala caída y me cuesta subir las escaleras —dijo señalando el vendaje que cubría una de sus rodillas.

Eleonora Corner, vestida ya para el funeral, con su hermosa cara contraída por el dolor, los recibió en el gran dormitorio del segundo piso. Estaba al lado de la cuna donde su hija, de tez rosácea y ajena a todo, dormía con placidez entre puntillas. Al verlos, estalló en sollozos, sofocados a duras penas por el pañuelo de encaje inmaculado que llevaba en la mano y que contrastaba con el color negro de su vestido.

—Excelencia Pisani —exclamó alzando los ojos anegados en lágrimas

—, debe encontrar al que hizo esto. Piero y yo éramos muy felices. ¿Quién puede haber querido destrozar a mi familia?

Marco estaba realmente afligido. El dolor de la joven era auténtico y le recordaba su propia tragedia. Al igual que su esposa Virginia, Eleonora procedía de una familia rica de Padua. Acababa de salir del colegio cuando conoció a Corner y se casó con él y, desde entonces, este, según le habían dicho, se había convertido en un marido irreprochable.

—¿Sabe usted si tenía enemigos, si alguien lo había amenazado? —la interrogó con el mayor tacto posible.

—No, todos lo querían, incluso los criados lloran por él como si se les hubiera muerto un pariente —respondió Eleonora con un hilo de voz.

—¿Había peleado con algún amigo? ¿Había despedido a algún criado? —La pregunta estaba, a primera vista, fuera de lugar, pero Marco recordaba lo que había contado Zanetta, la ropavejera de la casa de Barbaro. La mujer le había dicho que Piero había seducido a una joven hacía unos años y que después la había obligado a volver a casa de sus padres. La criada de Barbaro, en cambio, recordaba que un campesino había amenazado al *barnabotto*. Además, estaba la cuerda, la misma cuerda gruesa y deshilachada con la que habían estrangulado a los dos hombres y que, por tanto, ponía en relación los dos delitos. Pero la historia de la criada había ocurrido antes de que Corner se casara. Eleonora no sabía nada.

De hecho, la mujer sacudió la cabeza y se echó a llorar de nuevo en silencio.

—Su marido, señora, ¿tenía algún negocio entre manos, pensaba hacer, por ejemplo, una compra importante que pudiera interesar a otras personas? —preguntó Daniele—. ¿Le dijo alguna vez que sospechaba que un conocido estaba pasando información confidencial a una embajada extranjera? ¿Conocía algún turco? —La Serenísima, indulgente en muchos tipos de delitos, era severa con los espías.

—¡No! Piero me contaba todo y no había ningún lado oscuro en su vida, no tenía rivales, no conocía secretos peligrosos, me lo habría dicho. Lo mataron para robarle, estoy segura, y usted debe averiguar quién lo hizo.

Marco y Daniele se despidieron de la viuda. Ninguno de los dos le recordó que la bolsa llena de ducados que habían encontrado encima del cadáver excluía el robo.

Fuera del edificio, en la calle y en el cercano *campo* San Moisè, se estaba formando ya la multitud que iba a acompañar al féretro hasta la iglesia

de los Santi Apostoli, donde se encontraba la tumba familiar.

Los Corner habían organizado unas exequias imponentes. Poco a poco iban acudiendo los representantes de los gremios de artesanos y de las escuelas de caridad con sus estandartes; las delegaciones de los principales conventos y los sacerdotes de las parroquias vecinas habían llegado ya. Además, había algún que otro magistrado con su toga y Marco reconoció a varios miembros de las familias patricias y a numerosos senadores. Todos esperaban a embarcar en las góndolas enlutadas del cortejo fúnebre, que iban arribando al palacio.

En un rincón del *campo* se había reunido un nutrido grupo de hombres y mujeres del pueblo llano con intención de disfrutar del espectáculo, mientras algunos mendigos se habían apostado cerca de la puerta de servicio para recibir las limosnas que la familia haría en memoria del difunto.

Mientras saludaban a sus conocidos, Marco y Daniele aguardaban a que Nani volviera de las dependencias de la servidumbre, después de haber cumplido con su misión.

El gondolero había encontrado con facilidad las cocinas. Eran un hervidero de actividad. En la chimenea más grande se estaba asando un grueso jabalí bajo la atenta mirada de un mozo, que lo untaba con unas plumas de oca cada vez que giraba la manivela. En la larga mesa de madera varias criadas desplumaban perdices y capones, varios gallos jóvenes, ya limpios, colgaban de unos ganchos del techo. Dos criadas sacaban brillo con energía a unas bandejas grandes de plata.

En una estancia contigua, con las paredes cubiertas de sartenes y ollas de cobre, el cocinero jefe extendía en una bandeja la masa de las galletas que debían hornear, a la vez que sus ayudantes descamaban grandes peces encima de la encimera de mármol que estaba debajo de la ventana.

Nani vio enseguida a su hombre: el gondolero iba vestido con la librea de la casa y estaba sentado en un rincón, abatido y con la cabeza gacha. Bajo y robusto, tenía la cara cubierta de pecas.

—Hola —dijo—. Soy el criado del *avogadore* Marco Pisani, que ha venido a ver a tus amos. ¿Podéis darme algo de beber?

—¡Trae algo de beber, Elvira! —gritó el gondolero a una joven que, al ver a Nani, se precipitó hacia él sonriente con un vaso de vino.

—¿Quién es este chico tan guapo, Beppino? —preguntó descarada.

—¿Eras tú el que acompañaba al pobre Corner? —preguntó Nani al

gondolero sin hacer caso a la criada—. ¿Qué te pasó?

—Ay, aún me duele... —Beppino suspiró a la vez que se acariciaba la cabeza—. ¿Qué quieres que te diga? Estaba allí como todos los domingos, porque era la única noche de la semana en que mi amo iba al Ridotto. Debían de ser las dos de la madrugada, yo estaba cerca de la góndola, estaba muy oscuro, porque la luz del farol no llega al muelle.

—¿Y qué ocurrió?

—De repente oí un crujido cercano, me volví y recibí un buen leñazo en la cabeza. Pobre de mí...

—¿Y luego?

—Luego me desperté en la góndola, maniatado y amordazado como un salchichón, y tuve que esperar a la mañana siguiente, a que me encontraran los esbirros. ¡Ay, mi pobre amo!

—¿Hace mucho que trabajabas para él?

—No, desde que se casó. El gondolero anterior fue despedido por la señora madre y luego llegué yo.

—¿Por qué lo despidieron? —insistió Nani.

—¿Y yo qué sé? Yo no estaba aquí. El que sabe todo lo que sucede en esta casa es Matteo, el viejo que está sentado al lado de la chimenea más pequeña. —Nani vio un hombre anciano vestido de criado, con el pelo cano y bien peinado, removiendo el contenido de una olla que estaba al fuego.

—¿Y tú no habías notado nada extraño? —prosiguió—. No sé, ¿alguien que siguiera a tu amo, quizá en los días anteriores a su muerte?

Beppino empezaba a cansarse del interrogatorio.

—Pero ¿el *avogadore* eres tú o tu amo? —dijo resentido—. ¿Quieres dejarme en paz? —Se levantó y se sirvió un vaso de vino.

Cuando el gondolero volvió a sentarse, Nani cambió de tema.

—¿Vas a seguir sirviendo en esta casa, Beppino? Lo digo porque me gustaría trabajar para los Corner. No estoy mal con el amo que tengo ahora, que conste, pero me obliga a trotar de la mañana a la noche.

—La verdad es que, después de lo que ha ocurrido, no tengo muchas ganas de quedarme. Los Corner son buenos, no lo niego, pero dado que el amo Dario tiene ya gondolero, tendré que acompañar a las señoras y eso no me gusta.

—En cambio, a mí me encantaría —replicó Nani riéndose—. Es cierto que las señoras están de luto, pero seguro que visitarán a sus amigas y estas tendrán alguna criada guapa. Pero ¿qué tipo de persona era el difunto? —

insistió.

—Bueno, se dedicaba por completo a la casa y a su familia —continuó Beppino—, pero era un hombre alegre, siempre estaba de buen humor, aunque la verdad es que últimamente había cambiado.

Nani aprovechó al vuelo la ocasión.

—¿En qué sentido? ¿Cuándo cambió?

—Hace poco, la semana pasada, cuando murió su amigo, el tal Barbaro. Se quedó de piedra. Le dije que se habían equivocado de persona, que en Venecia no hay asesinos deambulando por las calles, pero él estaba aterrorizado. Como si hubiera intuido algo. Y murió de la misma forma.

—¿No te dijo de quién tenía miedo?

—No me hacía confidencias. Pero ¿tú quién eres? ¿Un esbirro?

Nani comprendió que Beppino no le podía decir más y se despidió. Al pasar junto a la mesa, donde un mozo trabajaba con un mortero, sintió un fuerte aroma a especias. Se acercó a la chimenea, donde Matteo seguía removiendo la olla.

—¿Qué hierve ahí dentro? —preguntó.

El viejo se volvió y lo escrutó con dos ojos claros, perspicaces y curiosos.

—Son las habas que se dan a los pobres en las ceremonias fúnebres. Pero, tú, ¿quién eres?

Nani se presentó.

—He estado hablando con Beppino —prosiguió—. Quiere dejar la casa y me gustaría ocupar su puesto. —El pretexto era bueno para hacer preguntas—. ¿Qué tipo de gente son los dueños?

—¿Quién sabe? Ahora cambiaré todo. —Suspiró el viejo al mismo tiempo que acercaba una silla a Nani—. Yo era el criado personal del viejo amo, que murió hace seis años. Entonces sí que se trabajábamos duro y sin rechistar, pero luego, cuando murió el padre, el hijo Piero se dedicó a la buena vida y su madre lo protegía. La señora Francesca tiene un carácter endiablado. Me relegó a la cocina porque de vez en cuando me permitía decir que añoraba los buenos tiempos en que su marido llevaba la batuta. La de cosas que he visto... ¡Mejor no hablar!

—Pero es una lástima mandar a la cocina a una persona tan distinguida como usted —lo aduló Nani.

—Bueno, siempre es mejor que me despidan o que me manden a un hospicio. Ya no soy joven. ¿Quién me querría a su servicio?

—Pero ¿qué hacía el pobre Piero? ¿Quiénes eran sus amigos? Quizá lo mató uno de los jóvenes que salían con él.

—No, desde que se casó, y de eso hace ya un año, había sentado la cabeza.

—¿Y antes?

Matteo se sentó en el banco que había delante del fuego y se enjugó el sudor con un pañuelo enorme.

—Bueno, antes bebía, jugaba y era un mujeriego. No se contentaba con las cortesanías. No se salvaba ninguna. Mesoneras, las mujeres de los comerciantes, incluso las criadas de la casa. —Vaciló de forma imperceptible—. Hubo alguna que otra historia lamentable. —Cabeceó—. Había hecho buenas migas con su gondolero, un tal Biagio, un mal tipo, la señora lo despidió cuando Piero se casó. Siempre iban acompañados de otros dos.

—¿Uno de ellos no era acaso Barbaro, el que mataron de la misma forma que a su amo el jueves pasado?

Mateo lo observó de nuevo intrigado.

—Pero ¡qué bien informado estás! ¿Por qué te interesa tanto?

—Por nada en especial, soy curioso. Además, es una verdadera coincidencia que los hayan muerto de la misma forma.

—Bueno, ya no se veían. Será eso, una coincidencia.

—¿Y Biagio, dónde está? —insistió Nani.

—Según me han dicho, su madre tenía una taberna cerca del almacén de los turcos.

—Pero, hace unos años, ¿no ocurrió algo con una criada? —Nani tenía que destaparse para sacar al viejo la información que Pisani esperaba de él.

—Veo que sabes más que yo. —Matteo lo escudriñó con aire suspicaz, pero después se encogió de hombros, se acercó a la olla para remover de nuevo y a continuación llenó dos vasos de vino blanco. Ofreció uno a Nani y apuró el otro de un trago—. ¡Menudo calor hace al lado del fuego! Tú quieres saber qué pasó con la criada. No debería decirte nada, porque el ama se apresuró a ocultarlo todo, pero dado como me han tratado... Sí, fue toda una historia. Ella se llamaba Lucietta Segati, era de Dolo, ocurrió hace unos tres años. Fue justo antes de Navidad. Venía siempre a llorar a la cocina, decía que el amo abusaba de ella. Sucede. Luego, un buen día, desapareció, supongo que volvió a su casa.

—Entonces, la muerte de tu amo podría ser una venganza por honor.

El viejo sacudió la cabeza.

—¿Después de tres años? Además, Lucietta era hija de campesinos. ¿Cómo pueden haber venido hasta Venecia y haber cometido un asesinato con tanta habilidad? Son unos desgraciados, están acostumbrados a los abusos. Seguro que se resignaron enseguida.

La joven Elvira, que entró con una bandeja en ese momento, los interrumpió.

—Charlas con todos salvo conmigo —dijo mirando a Nani con malicia—. ¿Quieres un pastel?

Nani se metió uno en la boca.

—Ya sabes cómo son estas cosas, estoy esperando a mi amo.

—Y pregunta porque quiere venir a trabajar aquí —lo atajó Matteo.

—Pero ahora, ¿quién heredará todo? —prosiguió Nani apenas se alejó la muchacha—. ¿Quién será el nuevo amo?

—El señor Dario, claro. Le ha salido redondo.

—¿Por qué?

—La ley ha jugado a su favor. Su hermano tuvo una hija hace dos meses y, como supongo que sabrás, entre los nobles las mujeres no heredan si hay un hombre en la familia. La niña tendrá una buena dote, pero el patrimonio será de su tío.

—Ya. ¿Y cómo es el tal Dario?

—Un inútil. Heredó ya cuando murió su padre y no poco, pero tiene la manía de invertir, como los antiguos nobles. Solo que él no es capaz. Según parece se ha comido ya buena parte de su patrimonio. A los criados no nos dicen estas cosas, pero hemos oído a la vieja señora insultarlo a voz en grito.

«Qué interesante», pensó Nani. Se había hecho tarde y Pisani y Zen lo estaban esperando. Se despidió de Matteo, lanzó un beso al aire a Elvira, que estaba lavando unos cacharros, y se reunió con su amo fuera del palacio.

Capítulo 10

—¿Traes buenas noticias? —preguntó impaciente Marco a Nani cuando lo vio llegar sonriente y achispado.

—Magníficas, *paròn*. Noticias que valen bastantes ducados.

Zen se echó a reír.

—Pero ¿a ti no te pagan ya? Creo que muy bien, además.

—Claro que sí, abogado —replicó con vivacidad Nani abriendo desmesuradamente sus ojos límpidos—, pero este es un trabajo muy especializado y tiene un precio aparte.

Esta vez fue Marco el que soltó una carcajada, a la vez que daba un afectuoso pescozón al gondolero.

Los tres se encaminaron al despacho del abogado, que estaba a unos pasos. Las ventanas daban al *campo* San Moisè, donde la multitud susurraba aguardando las exequias. Las noticias eran, a decir poco, interesantes y Marco quiso que Nani se las contara con todo detalle mientras él tomaba notas.

—¿Qué opinas? —preguntó por fin a Daniele cuando Nani fue a recuperar la góndola.

—Cuanto más excavamos en el asunto, más se complica —observó Zen—. Es evidente que los delitos están relacionados: las dos víctimas eran viejos conocidos y murieron en circunstancias idénticas.

—Pero ¿qué tenían en común que pudiera ser tan grave como para causarles la muerte? ¿Espionaje? Corner no necesitaba dinero, aunque, a veces, quién sabe... Quizá era víctima de un chantaje o se trata de un delito de honor. Si bien hace tres años que sedujo a esa criada, creo que vale la pena averiguar qué ha sido de ella.

—Puedes encargar a Nani que se ocupe de eso: sabe interrogar e investigar mucho mejor que los esbirros.

—Sí, de una forma u otra tengo que buscar a esa chica. No te equivocas

sobre Nani, no sé qué haría sin él, es listo, leal y tiene fantasía e iniciativa. Además, ha estudiado. Sería un funcionario del Estado magnífico, a veces siento que solo sea un criado, quizá debería hacer algo por él.

—Pero contigo está bien, gana bastante y se divierte. Fue una suerte que llegara a tu casa.

Marco sonrió al recordar cómo fue. Una mañana de invierno de hacía cinco años un jovencito había llegado corriendo a la puerta de su casa, había tocado con furia la campana y había gritado para que alguien le abriera como si lo estuvieran persiguiendo. Era un crío, debía de tener unos dieciséis años. Se había enterado de que el *avogadore* buscaba un gondolero, porque su fiel Martino era ya viejo y prefería que se quedara en casa ayudando a las mujeres, y el otro criado, Giuseppe, que sabía servir la mesa y limpiar la plata de maravilla, se negaba a tocar un remo. Nani le había suplicado que lo tomara a su servicio, le había asegurado que jamás se arrepentiría, y no le faltó razón.

La historia de Giovanni Casadio, llamado Nani, era similar a la de muchos jóvenes. No era hijo de nadie, había sido abandonado a las puertas de una iglesia y había crecido en el orfanato de los padres escolapios. Una trayectoria bastante frecuente en Venecia, donde las cortesanas, las criadas y las campesinas de los alrededores, aunque también las jóvenes de la nobleza o las pobres, se deshacían en secreto de los hijos indeseados. Los orfanatos, numerosos en la ciudad, los mantenían hasta los dieciséis años, les daban cierta instrucción y les enseñaban un oficio.

Pero, por desgracia, Nani había demostrado ser muy inteligente y los padres escolapios habían proyectado que entrara en el seminario y se hiciera sacerdote, pese a que el joven no había mostrado la menor vocación. Así que, una noche se había escapado y había corrido a pedir protección a Pisani, que lo había asumido como criado y había consolado a los padres escolapios con una generosa donación.

—¿Cómo va con Chiara? —preguntó Zen cambiando de tema.

—La he invitado esta noche al Leon Bianco, he elegido para ella el local más elegante y no creo que la decepcione. No puedo cortejarla en su casa, dado que vive sola. ¿Cómo crees que debo presentarme? ¿Puedo ir directamente a su casa con la góndola a la hora de cenar? ¿Tengo que escribirle antes un mensaje? Tú que tienes experiencia en estos asuntos, ¿qué se suele hacer? —A pesar de que Marco no había vivido en castidad los años de viudedad, Chiara lo hacía sentirse tan inseguro como un adolescente

inexperto.

Daniele se levantó de la silla.

—Ponte el abrigo y ven conmigo —le ordenó.

Lo llevó a las Mercerie, la calle donde se encontraban las tiendas más exclusivas, que, a esa hora, casi mediodía, estaba abarrotada de gente elegante. En el escaparate de una tienda, la *Piàvola* de Francia, un maniquí de tamaño natural al que vestían siempre siguiendo los dictados de la moda de París, lucía un espléndido vestido de brocado verde *à l'andrienne*, el estilo por excelencia de la época, con la capa, que arrancaba en los hombros formando una cola corta. Los dos amigos entraron.

—No mires el vestido —lo advirtió Daniele—. Los vestidos se regalan a las amantes, yo compraría un abanico.

De esta manera, Nani, asombrado, llevó al taller de Chiara Renier, que se encontraba junto a la iglesia de los jesuitas, un elegante paquete con una nota que Marco había sellado por prudencia, sabedor de lo curioso que era su gondolero.

—Pero, *paròn* —pudo objetar apenas Nani—, es una mujer joven y muy guapa. Pensará que la está cortejando.

—No seas entrometido, Nani —lo puso en guardia Marco—. Es justo lo que debe pensar. Procura ser amable y espérame en el muelle de las Zattere a eso de las tres.

—Por eso el otro día acompañó a casa al joven que salió de la cárcel y luego se quedó allí dos horas —masculló Nani mientras se alejaba—. Debería de haber comprendido que se trataba de una mujer.

—Pero ¿cómo es posible que en mi casa nadie me tenga un poco de respeto? —Marco sonrió a Daniele—. Si ese fanfarrón se va de la lengua, juro que le retorceré el pescuezo.

La fonda de la Pergola, situada en el muelle de las Zattere, frente a la isla de la Giudecca, era una amplia sala iluminada incluso de día por unas lámparas de aceite que colgaban de las vigas del techo, entre pedazos de tocino y jamones. Las mesas estaban cubiertas por manteles a cuadros y una vajilla de terracota. El local estaba ya muy frecuentado: numerosos parroquianos, mercaderes minoristas que habían estado en la aduana, comerciantes, vendedores mayoristas extranjeros y algún que otro marinero.

Marco entró envuelto en su capa y vio de inmediato a Baldo Vannucci

sentado a una mesa próxima a la barra, cerca del gran fogón, del que emanaban unos aromas succulentos. La dueña estaba cerca de él, friendo sardinas rellenas, que un mozo iba pasando por harina. Una joven criada removía un estofado en un caldero.

Vannucci era un hombre de mediana edad y aspecto descuidado: bajo y delgado, iba embutido en un traje oscuro que había conocido tiempos mejores. Tenía una pequeña tienda de joyas usadas cerca del *campo* de Santo Stefano y era un espía a las órdenes de los inquisidores. Pisani lo había citado el día anterior a través de Nani. Al ver al *avogadore*, Vannucci se levantó con aire ceremonioso y se quitó el sombrero.

A Pisani no le gustaba recurrir a espías en sus investigaciones, sabía que por un puñado de ducados no dudaban en calumniar incluso a sus amigos y parientes. Pero nadie conocía como Vannucci los bajos fondos de la ciudad. Todos iban a confiarle sus cosas y a venderle objetos preciosos: los nobles endeudados, las cortesanas en declive, los criados que sisaban, además de los vendedores ambulantes, los obreros, los literatos pobres, gente que hablaba de buena gana del prójimo, que conocía secretos no muy honorables y que frecuentaba distintos ambientes. Vannucci sabía a quién dirigirse cuando necesitaba información, y en el poblado y abigarrado mundo de los espías era uno de los más fiables.

Pidieron polenta con codornices y Marco abordó enseguida el tema.

—No es necesario que te pida que seas lo más discreto posible sobre el objeto de nuestro encuentro. —Vannucci asintió con vehemencia—. Sé que dos jóvenes patricios que han sido asesinados en los últimos días, me refiero a Piero Corner y a Marino Barbaro, se veían mucho hace tiempo. Quiero que me cuentes todo lo que has oído decir sobre el grupo al que pertenecían, cómo se divertían, si tenían deudas o si ofendieron gravemente a alguien.

—Sí, excelencia, ayer su criado me dijo algo sobre el motivo de nuestro encuentro, que me honra...

—Vayamos al grano —lo interrumpió Marco.

Saltándose los prolegómenos, que al *avogadore* nunca le habían gustado, Vannucci ordenó sus ideas. Acto seguido habló en voz baja, aunque de manera nítida, recalcando bien las palabras.

—Algo sabía ya —admitió—, pero en estas últimas horas he tenido tiempo de hacerme una idea más precisa. Antes de que Corner se casara, el grupo lo componían cuatro jóvenes. A Corner lo conoce ya. Dinero en el bolsillo, incluso demasiado, su madre le había soltado las riendas, de manera

que, dado que era el jefe de la familia, no se privaba de nada. Todas las noches iba a jugar al Ridotto y a los casinos de los nobles, a menudo acudía también a los salones de las cortesanas y no solo a los de las más refinadas, le gustaban también las putas de la calle de las Tette. Por lo visto, aunque apenas sé nada de esa historia, sedujo y dejó embarazada a una criada joven de la casa. Iba a beber con sus amigos a las peores tabernas y a menudo debían llevarlo a casa en brazos. Fue un milagro que no se ahogara una noche en un canal, pero los demás nunca lo dejaban solo: era el que pagaba, así que no les convenía que le ocurriera nada malo.

—¿Tenía algún enemigo que hubiera jurado vengarse de él?

—No creo, porque el dinero de los Corner arreglaba siempre todos los problemas.

—Pero luego cambió.

—Cuando se casó. Su madre, que no podía más con el calavera de su hijo, eligió y le impuso a la novia, pero, por milagro, los dos jóvenes se enamoraron locamente y él cambió de vida.

En ese momento llegó el mozo con los platos y los dos hombres callaron.

—¿Y los demás? —prosiguió Marco comiendo de buena gana la polenta con el estofado de codornices. También el vino, un blanco fresco, era muy agradable. Al vestir de forma anónima, podía permitirse esos pequeños placeres sin llamar la atención.

Baldo comía con educación, dando pequeños bocados. Estaba un poco cohibido, no todos los días compartía mesa con un *avogadore*. Quería contarle hasta el último detalle, complacer a Pisani. Sabía que era un hombre que se acordaba de los que le habían servido bien y estar en buenas relaciones con él podía ser provechoso, sobre todo teniendo un oficio tan ingrato como el suyo.

—Supongo que ya lo sabe todo de Barbaro —continuó—. Un desgraciado que no honraba a sus nobles antepasados, que vivía de pequeños negocios rayanos en la estafa y que se divertía a costa de Corner. Barbaro era el que lo instigaba a beber y a jugar, me han dicho que los locales adonde lo llevaba le pagaban un porcentaje. Por lo visto, lo adulaba, le decía que él era el mejor de todos, que las reglas no valían para la gente de su categoría, ese tipo de cosas. El tercero del grupo era Paolo Labia.

La información que Zanetta había dado a Nani era exacta, pensó Marco, pero Vannucci le estaba trazando un perfil completo.

—Labia —añadió el otro— era el más inocuo. Nadie lo vio tomar jamás la iniciativa en una bribonada, pero se unía a ellas sin pensárselo dos veces, a él también le divertía beber y jugar. Las mujeres no, por lo visto, no le gustan, pero las furcias de los burdeles aseguran que no le importaba quedarse a mirar. Los Labia también son muy ricos, pero a Paolo no le daban mucho dinero, así que la bolsa de Corner pagaba también por él.

A saber en qué inframundo iba a pescar información ese hombre si en un solo día se había hecho una composición tan precisa, pensó Marco.

—¿Y el cuarto? —insistió.

—El cuarto era Biagio, Biagio Domenici, un tipo realmente perverso. A veces ha venido a verme para venderme cosas robadas. —Vannucci se calló, temiendo haber dicho demasiado, sus ojitos penetrantes revelaron cierta preocupación.

Pisani hizo un ademán a la dueña para que les sirviera otra jarra.

—Sigue, no me interesa lo que haces tú —lo animó a la vez que le escanciaba el vino.

—Domenici... Según parece era el gondolero de Barbaro hasta hace cuatro años. Cuando este ya no pudo pagarlo, Corner lo tomó a su servicio para que el grupo no se deshiciese.

—Y lo despidieron hace justo un año, cuando Corner se casó —concluyó Pisani.

—Así es, excelencia. Pero he descubierto algo extraño: la madre de Biagio tenía una *furàtola*, una taberna cerca del almacén de los turcos, un tugurio pequeño y lleno de humo con el que a duras penas salía adelante. Pues bien, el verano del año pasado, seis meses antes de que despidieran a su hijo, compró en esa misma zona un local grande y bien amueblado, nadie ha sabido nunca cómo lo pagó.

—¿Dónde está Biagio ahora?

Vannucci bebió un sorbo de vino. Se había relajado y casi sonreía.

—Según parece está en la taberna de su madre. Pasa el día jugando, sobre todo, a las cartas. El local atrae a tipos depravados, turcos, albaneses, marineros de paso, pero Biagio ha encontrado un buen arreglo, porque, dado dónde está, lo tienen siempre abarrotado, a pesar de que no está muy limpio.

De nuevo la pista turca, pensaba Marco en la góndola que lo llevaba al Arsenal. Antes de pasar la velada con Chiara tenía tiempo de visitar a Alvise Cappello, quizá su amigo supiera ya algo sobre el material que habían encontrado en casa del *barnabotto*.

Para averiguar algo más sobre Lucietta Segati, la criada que había sido seducida y que, por lo visto, se había quedado embarazada, lo único que podía hacer era ir a buscarla a su pueblo.

Capítulo 11

El patrón Cappello esperaba a Marco en su despacho del Arsenal. Al verlo entrar se levantó y le salió al encuentro. Los dos amigos se abrazaron.

—¿Sabes que me dejaste un bonita serie de adivinanzas por resolver? —dijo Alvisé. Sus ojos pequeños y penetrantes brillaban divertidos encima de su gran nariz. Los documentos que Pisani había encontrado en casa de Barbaro estaban esparcidos por el escritorio.

—Lo peor es que ahora tenemos dos cadáveres —respondió Marco quitándose la capa y acercándose al escritorio—. Supongo que sabrás que Piero Corner fue asesinado con una cuerda del mismo tipo que la que utilizaron para estrangular a Barbaro.

—He oído lo de Corner, pero no sabía lo de la cuerda.

—El otro día, mientras estaba contigo, envié a Nani, mi gondolero, a la cordelería. Por lo visto se trata de una cuerda portuguesa o turca.

—¿Quién la identificó? —preguntó Alvisé intrigado.

—Un tal Levantino, uno que trabajó en Oriente.

—Ah, Menico. Una persona excelente. Pobre, desde que murió su hija se queda a menudo a dormir en el Arsenal para no volver a su casa vacía. En fin. Pero es totalmente de fiar. Y ahora dime —prosiguió retomando el tema—, ¿significa eso que, en caso de que se trate de una historia de espionaje, Corner estaba involucrado en ella? Él no necesitaba dinero.

—¡Quién sabe! —Marco exhaló un suspiro—. Veamos lo que has descubierto. ¿Qué es esto? —preguntó señalando los dibujos.

—Para la mayoría de la gente nada importante —explicó Alvisé poniéndose las gafas—. El ancla, las velas y los afustes de cañón son modelos conocidos en todo el Mediterráneo y el dibujo de despiece de la galera es de hace un siglo. Si tu Barbaro pensaba vender todo esto a un estado extranjero se habría llevado un buen chasco. Cualquiera que entienda un poco de navegación se habría dado cuenta de que era una estafa. Creo que los robó

en la Escuela Náutica, donde usan este tipo de dibujos para dar clase.

—Imagínate, quería hacerse el listo con los espías extranjeros. ¿Y el dibujo de los hornos?

—Lo mismo. Son los viejos hornos de fusión que están a punto de dismantelar, porque se han quedado viejos. Aquí, en cambio, la cosa cambia. —Señaló el boceto de la draga para extraer fango con aire grave—. Me he informado con discreción y, como sospeché enseguida, es la copia de un proyecto secreto que nuestros arquitectos están desarrollando a partir de un antiguo dibujo de Leonardo. Como habrás notado, tiene dos cascos, que le dan más estabilidad, y las ruedas dentadas enganchan el cable de amarre, gracias al cual se puede hacer avanzar la máquina desde la orilla, pero eso no es todo: las cajas que hay en los extremos de las palas rotatorias descargan los residuos aquí, en esta pequeña balsa, de manera que no es necesario limpiarlas continuamente.

Marco se quedó pensativo.

—Un proyecto genial —comentó— que vendría muy bien a muchos estados extranjeros para mantener limpios los puertos, sobre todo en nuestros mares, que tienden a llenarse de tierra, pero ¿cómo pudo acabar en manos de Barbaro?

—Seguro que procede de algún despacho del Arsenal.

—¿Quieres decir que Barbaro entró aquí?

Cappello se echó a reír.

—No era necesario. Por el Arsenal pasa mucha gente, proveedores con sus ayudantes, marineros que se alojan en los dormitorios de la laguna, las mujeres de los obreros que viven en el *rio* Tana. Alguien encontró estos dibujos, sustrajo varios y otros los copió a toda prisa. Luego pensó que podía ganar un poco de dinero vendiéndoselos a algún papanatas: Barbaro, en nuestro caso. Puede que ni siquiera se diera cuenta de que había un proyecto importante entre la basura.

—Quizá fue el mismo Barbaro el que se introdujo a hurtadillas y pilló lo primero que encontró.

Alvise asintió con la cabeza.

—Es posible, como ya te he dicho, los guardias del Arsenal vigilan, pero hay un sinfín de entradas y durante la noche la oscuridad ayuda a los malintencionados.

—Así pues —continuó Marco—, nunca sabremos cómo se apoderó Barbaro de estos documentos o si comprendió la importancia que revestía el

proyecto de la draga. Pero, al menos, espero descubrir si había entrado en contacto con algún espía extranjero y si este llegó a ver el material. Puede que el asesino sea un emisario de los turcos o de los portugueses, que, por un motivo u otro, temió una denuncia anónima. Imagina, por ejemplo, que no se pusieran de acuerdo sobre el precio.

—Bah, todo es posible. —Cappello se acercó a la ventana y contempló la dársena vieja flanqueada por los astilleros cubiertos y, más allá, el puente levadizo, que se encontraba a la entrada de la dársena de las galeazas. Había poco movimiento, los astilleros estaban casi desiertos—. Yo excluiría a los portugueses. Ya sabes que las cosas cambiaron hace varias décadas —prosiguió—. Ya no somos la potencia de antaño. Ahora el tráfico marítimo relevante es el que cruza las rutas occidentales y el Atlántico, hasta el mar del Norte. Así pues, las invenciones náuticas también proceden de Holanda, Alemania, Inglaterra y Portugal. Los únicos que se interesan aquí por ellas son los turcos.

—Esta historia está llena de turcos —observó Marco.

—Sé lo que piensas: no es fácil interrogarlos. Turquía no tiene una representación diplomática en Venecia, pero el mercader Matteo Vitale se encarga oficialmente de velar por sus intereses y el acceso a su *fondaco* está protegido por el derecho de extraterritorialidad.

Absorto en sus pensamientos, Marco se acercó a Alvise y contempló con él por la ventana las cuencas del Arsenal.

—Puede que haya una manera de saber con quién se relacionaba Barbaro —murmuró por fin, casi como si estuviera hablando para sus adentros—. Si frecuentaba la taberna de su amigo Biagio pudo haber conocido a su hombre allí, porque el local está lleno de turcos. Alguien tuvo que verlo. ¡Si supiera dónde está Biagio! —concluyó—. ¿Y la lista de nombres de los barcos? —recordó de improviso dirigiéndose a Cappello.

Se aproximaron de nuevo al escritorio, se inclinaron sobre los documentos y el patrón abrió la correspondiente carpeta.

—Otro enredo —dijo—. Como habrás entendido, se trata de una lista con las fechas de las salidas y llegadas de las *mude*, es decir, los convoyes de mercancías o de pasajeros que organiza la República, pero si aparece la fecha de llegada significa que los viajes han concluido. Basándome en ello he hecho algunas averiguaciones y he descubierto que las fechas son del año pasado, el documento no sirve para nada, es la enésima burla.

—De manera que Barbaro era un estafador no muy listo. Por lo que

dices presumo que no sabía juzgar la importancia del material. Por lo visto, lo que mejor se le daba era sacar dinero a su amigo Corner, pero ¿qué tenía que ver Corner con el espionaje? ¿Por qué lo mataron también? Los Corner son muy ricos, aunque me he enterado de que los dos hermanos despilfarraban el dinero.

El patrón reflexionó un instante en silencio.

—Ahora que lo dices —exclamó luego—, ¿sabes que el más joven, Dario, casi se arruinó el año pasado? Los mandos del Arsenal conocemos bien la historia, pero fuera de aquí no se ha hablado de ella por respeto a la casa.

—Vaya, vaya, ¿qué historia es esa? —Intrigado por la noticia, Marco se sentó en una silla que había delante del escritorio y se dispuso a escuchar a su amigo.

Cappello sirvió dos copas de vino de Chipre y lo imitó.

—A Dario —prosiguió bebiendo a sorbos el vino con ojos risueños— se le metió en la cabeza multiplicar su capital con el comercio marítimo, como hacían los patricios en el pasado.

—Algo me han contado, pero dime, ¿qué hizo?

—Hace poco más de un año compró una gran cuota de un barco que zarpaba rumbo a Constantinopla cargado con mercancías valiosas, damascos de oro y seda, ya sabes que allí se vuelven locos por los tejidos venecianos. El problema era que no tenía bastantes ducados para la empresa y renunció a estipular el seguro confiando en el buen tiempo. Pero la desgracia se ensañó con él: cuando estaba en medio del Adriático el barco se vio envuelto en una tormenta inusual para la época y se hundió con todas las mercancías. La tripulación se puso a salvo en las chalupas, pero el cargamento acabó en el fondo del mar y Dario Corner perdió hasta la camisa. Se quedó casi sin patrimonio personal.

—Ahora entiendo por qué no se habla del asunto. Los Corner habrán hecho todo lo posible para ocultarlo para poner a salvo el buen nombre de la familia —objetó Marco—. Por suerte, ahora heredará. La herencia le viene como anillo al dedo, desde luego.

—¿Qué quieres decir?

Marco vaciló un instante, pensativo. Después se rehízo y apuró su copa.

—No, nada, lo he visto esta mañana, cuando visité la cámara ardiente. Parecía destrozado.

El sol invernal estaba poniéndose cuando Pisani cruzó la cuenca de San

Marcos en dirección a su casa. Como solía suceder en los días serenos, a espaldas de la basílica el cielo aparecía cubierto de pinceladas de color rosa mientras una luz dorada bañaba las cúpulas y los campanarios.

«¡Qué ciudad tan maravillosa!», pensaba. Había ordenado que quitaran la cubierta para disfrutar del panorama. Era consciente, sin embargo, de que, pese a su belleza sobrecogedora, estaba admirando una ciudad en decadencia. Los palacios antiguos, con sus encajes de mármol y los enlucidos desconchados, los cimientos, que se iban hundiendo poco a poco, y los atrios inundados de agua. ¿Cuánto podrían resistir aún? Marco sabía que en el interior de las casas las cortinas estaban hechas jirones, que las tapicerías se iban descoloriendo de forma inexorable, que los cuadros antiguos partían rumbo a Inglaterra. ¿Y las iglesias? Tesoros artísticos y abandono, oro y suciedad. Las ratas corrían de noche por las calles, ellas sí que se encontraban a sus anchas en Venecia.

Alvise tenía razón, pensaba Marco. Parecía que hubieran pasado mil años desde que era una gran potencia y, en cambio, hacía solo un siglo. Con Austria dominando el Adriático, las nuevas rutas comerciales hacia Inglaterra, Holanda y Alemania obligaban a los barcos venecianos a efectuar unos viajes largos y peligrosos. Los venecianos solo seguían siendo imbatibles en el cristal y la seda, pero ¿hasta cuándo?

Aún quedaban algunas familias ricas como la suya, pero solo eran las que poseían tierras y casas en el campo. La ciudad había perdido el impulso vital. ¿Cuántos jóvenes inútiles como los hermanos Corner había? ¿Cuántos nobles decadentes vivían a trancas y barrancas como Barbaro?

Pero lo que más desaprobaba Marco era la moda de los casinos privados, los locales alquilados en los que los jóvenes y los menos jóvenes se reunían para jugar, bailar y coquetear. ¡En la ciudad había casi ciento veinte! Recibiendo en esos minúsculos apartamentos muchos nobles creían que la gente no notaría su pobreza. Y se cubrían de encajes y de seda, gastaban lo poco que quedaba de su patrimonio para ocultar la miseria que se cernía sobre ellos. Jueguistas que cerraban los ojos al desastre.

Además, los gobernantes no eran capaces de elaborar programas de recuperación económica y de relanzamiento internacional. Si uno examinaba los restantes cargos del Estado, reflexionaba Pisani, no había muchos motivos para la alegría: de los trescientos patricios que se sentaban en el Senado apenas unos veinte eran capaces de comprender los temas que se trataban en las sesiones. A menudo era un suplicio asistir a ellas.

Con todo, aún quedaba una parte sana, se decía Marco: los artesanos, los obreros, los pequeños comerciantes. Vivían del gusto por el lujo de los patricios, pero, sobre todo, salían adelante gracias a los extranjeros que acudían durante todo el año a la ciudad atraídos por sus fiestas. Las mejores fuerzas estaban en las ciudades de provincia: los comerciantes, los profesionales y los intendentes de las propiedades agrícolas.

«Pero ahora fuera la melancolía, Chiara me está esperando», concluyó con una sonrisa.

El *avogadore* Pisani tenía reservada en el Leon Bianco una salita apartada, revestida de seda de color marfil. Unos grandes espejos multiplicaban la luz de la araña. Al sentarse Chiara se quitó el abrigo y le sonrió, una sonrisa traviesa que se iniciaba en los ojos. Delante de ella, Marco se mostraba tan cohibido como siempre. Esbozó también una de sus irresistibles y vacilantes sonrisas oblicuas. Chiara abrió el magnífico abanico azul que había recibido esa tarde.

—Esto..., espero que te guste.

—Jamás me habían regalado uno tan bonito.

Lo sacó del apuro el camarero, que llegó para tomar nota y llenarles las copas con un vino blanco espumoso. Brindaron y volvieron a sonreír.

Chiara lucía un collar de valiosas aguamarinas, tan brillantes como sus ojos, y llevaba su melena rubia y resplandeciente como el oro recogida en lo alto de la cabeza. A Marco le latía con fuerza el corazón, debía decir algo, pero el miedo a equivocarse lo paralizaba. La joven aguardaba palpitante, temiendo también lo que él se disponía a decirle.

—Chiara —murmuró al final Marco—, no sé cómo empezar. No estoy acostumbrado a cortejar a las mujeres, no frecuento los salones, no rindo homenaje a las señoras, voy poco al teatro y a las recepciones. Soy un oso totalmente pasado de moda. Quería decirte que espero que no te aburras en mi compañía.

—No esperaba que el más estimado de los tres *avogadori* que tiene Venecia fuera uno de esos petimetres que se pasan el día cortejando a las damas. —Chiara sonrió—. Por lo demás, soy una mujer trabajadora, una burguesa, creo que los hombres galantes nunca buscarán mi compañía.

—Yo no estaría tan seguro —observó Marco a la vez que la contemplaba. Era encantadora.

Los interrumpió el camarero, que llegó con una bandeja de *risotto* humeante. El hechizo se rompió por el momento.

—¿Cómo va la investigación? —preguntó Chiara cuando el camarero se retiró.

Marco le contó a grandes rasgos el asunto que estaban desentrañando, intuía que se podía fiar de su discreción. El día anterior le había dicho que Corner había muerto, así que esta vez le refirió la visita a su viuda, el descubrimiento de la pista de espionaje, la vida libertina de los cuatro hombres, la desaparición de Lucietta.

—Pero ¿cómo has podido descubrir tantas cosas en tan poco tiempo? —preguntó ella intrigada.

—Gracias a los guardias no, desde luego. Ni siquiera he informado aún a su jefe, *Messer Grando*, ni al Consejo de los Diez ni a los inquisidores. Pero ahora, después de la muerte de Corner, miembro de una familia tan ilustre, seguro que están esperando un informe oficial. No obstante, has de saber que yo tengo mis métodos de investigación: voy en persona a ver a los testigos, sin avisarlos, y, cuando debo interrogar a la servidumbre, mando a mi gondolero, porque sé que delante de mí no abrirán la boca.

—¿Ese joven tan guapo de ojos verdes que nos trajo aquí y que no me quitó los ojos de encima en todo el trayecto?

—Nani, eso es. Es tan curioso como una serpiente y no está acostumbrado a verme con señoras hermosas.

Llegó a la mesa un magnífico asado de pato y callaron mientras el camarero se lo servía.

—Entonces, ¿vives como un monje? —dijo Chiara cuando volvieron a quedarse solos.

—Casi —asintió Marco y, para su sorpresa, describió a la joven la vida solitaria que llevaba, dedicada al trabajo, al amor por la sobriedad, a sus ideales, a la ilusión de que su compromiso con la justicia, al menos, contribuyera al orden universal.

—Yo también estoy sola —murmuró ella— y también me dedico en cuerpo y alma al trabajo. No recuerdo nada de mi madre, ya sabes que murió siendo yo niña. Mi padre fue maravilloso, pero falleció hace cinco años.

Acariciándola levemente, Marco apoyó una mano en la mano menuda de la joven. Con un ademán inesperado, Chiara la tomó y le dio la vuelta. A continuación, escudriñó los surcos de la palma.

—Eres un hombre muy sensible —afirmó con seriedad—. ¿Ves el monte de Venus? —Señaló la protuberancia que tenía en la base del pulgar—. También eres capaz de sentir un gran amor. Y eres fuerte y valiente —

prosiguió señalando el relieve que había debajo del meñique—. Pero ¿qué te ha sucedido? —Calló pasmada y lo miró titubeante.

La sonrisa triste de Marco y sus ojos quietos la animaron a continuar.

—Quisiste mucho a una mujer, pero ella ya no está.

Marco se sobresaltó, en su cara se dibujó una mueca de dolor.

—Sigue.

—Subió al cielo hace muchos años. —Alargó más la palma de la mano y la escrutó con mayor atención. Con un hilo de voz añadió—: Ahora está envuelta en la luz..., con un niño. Te protegen. —De improviso comprendió todo y se echó a llorar—. Perdóname, Marco, no lo sabía.

—Era mi mujer Virginia —le explicó él con los ojos brillantes—. Me dejó hace doce años con el niño que acababa de traer al mundo. No te había dicho nada. ¿Cómo lo has sabido? ¿Está escrito en mi mano? Siempre he pensado que los quirománticos son unos charlatanes.

—Y en su mayoría lo son —admitió Chiara—. Para leer una mano no es suficiente conocer las líneas, además hay que establecer un contacto especial con el sujeto.

—¿Cómo aprendiste? —preguntó Marco con curiosidad.

—Te lo diré. Pero ¿me has traído la cuerda como te pedí? —exclamó ella como si se hubiera concentrado en un nuevo pensamiento.

—¿La cuerda con la que mataron a Barbaro? Qué interés tan inaudito en una joven. Sí, está en la góndola.

—Entonces, vamos a mi casa.

Capítulo 12

Dócil al enérgico remar de Nani, la góndola surcaba silenciosa los canales internos del barrio de Cannaregio en dirección a la casa de Chiara. Los golpes rítmicos del remo levantaban estelas de pequeñas gotas, que brillaban plateadas a la luz de la luna.

Marco observaba los palacios, las casas y las plazas que desfilaban ante sus ojos, mientras Chiara charlaba desenvuelta con Nani. Le había contrariado que ella lo hubiera invitado. Pensaba que era una joven extraña. ¿Por qué me está llevando a su casa? La he subido a un pedestal y ahora ella se comporta como una... No, no es posible, no puedo haberme equivocado. Chiara no tiene doblez. Tendrá sus motivos.

Entraron en la casa desierta por una pequeña puerta que daba a la calle y subieron al apartamento del primer piso. Chiara se quitó el abrigo, guio a Marco a través del salón y del comedor hasta llegar a un balcón corrido y abrió resuelta la puerta de su dormitorio. Dos candelabros lo iluminaban y Marco miró alrededor confuso: no quería entrar en su intimidad, aún no, no estaba preparado.

Chiara lo sacó del apuro. Abrió con una llave una puerta disimulada en la tapicería. Se adentró en la oscuridad y encendió dos lámparas de aceite.

—Ven —le dijo sin sospechar la incomodidad que sentía él—. Debes saber algo de mí.

Cada vez más asombrado y temeroso, Marco la siguió. Era un local grande y casi vacío, las ventanas estaban herméticamente cerradas. En las paredes había varias estanterías con tarros de farmacia. Al fondo se veía una mesa cubierta de majaderos, morteros, retortas y alambiques, además de varios volúmenes antiguos.

Chiara cerró la puerta tras de sí.

—No soy una bruja, tranquilo, pero dado lo fácil que es atraer la maledicencia, nadie sabe lo que hago aquí dentro.

—¿Y qué haces? —murmuró Marco sin entender una palabra.

—Preparo fármacos. Mi abuela conocía las hierbas del campo y sus cualidades. Una dote que va pasando de unos a otros en la familia. Así pues, me enseñó a reconocerlas, a recogerlas en la estación adecuada y a aprovechar sus propiedades para curar. Cuando los médicos solo intervenían con purgantes y sangrías, ella tenía remedios para cicatrizar en poco tiempo las heridas, para curar el dolor de dientes y la fiebre o para quitar las lombrices a los niños. Por aquel entonces, las madres acudían a los curas para las novenas. La enfermedad, en cambio, es una cosa terrena y la tierra es la que nos da los remedios para combatirla.

Un nuevo aspecto de esa extraña joven. Marcos estaba estupefacto, a la vez que intrigado. Observó los tarros que había en las estanterías, ordenadamente etiquetados.

—¿Para qué sirven? —preguntó.

—En ese tarro hay semillas de alholva, es un buen reconstituyente para el organismo y favorece la subida de la leche en las puérperas. En el otro guardo santoreja seca, que detiene las diarreas y los cólicos intestinales. Con el vinagre de esa botella limpio las heridas para que cicatricen enseguida, aunque para eso es aún mejor el aceite de clavo. Está en esa alcuza, ahí arriba; lo guardo aparte porque es muy caro. Nada de brujería, como ves.

—¿Y esos recipientes? —preguntó Marco señalando un estante apartado.

—Ahí guardo el centeno con el que preparo las pócimas para los catarros. La botella de al lado contiene aceite de semillas de granada, que es eficaz como vermífugo, pero no te he traído aquí para enseñarte mis medicamentos —concluyó Chiara—. Volvamos a la sala, quiero hacer un experimento.

La habitación estaba en penumbra, solo el fuego que ardía en la chimenea formando unas sombras bailarinas en las paredes rompía la oscuridad. Chiara encendió un par de candelabros que había sobre la mesa pegada a la pared e iluminó la espineta pintada que había tocado en la anterior visita de Marco. Pisani se sentó en un sofá dorado tapizado con un brocado blanco. La finura de la tela llamó su atención.

—¿Te gusta? —le preguntó ella mientras sacaba de una vitrina un par de vasos grabados y una botella de rosolí—. Es de mi taller. Realizamos una igual para el palacete Stupinigi, el pabellón de caza de los Saboya. —Tendió un vaso con el licor a Marco y se sentó en un sillón delante de él—. ¿Tienes

la cuerda con la que cometieron el delito? —continuó.

Marco la sacó del bolsillo de su *velàda* y la dejó encima de la mesa que había entre ellos.

—¿Qué quieres hacer con ella? —preguntó sintiéndose con derecho a hacerlo.

Chiara sonrió.

—Un experimento, como te he dicho. No estoy segura de conseguirlo. Luego hablaremos de él. Pero ahora observa sin interrumpirme, porque debo concentrarme.

Aferró la cuerda y se sentó en un sillón delante del fuego. En ese momento, un tronco resbaló y varias chispas alzaron el vuelo debajo de la campana. En el silencio que se hizo a continuación solo se oía el repiqueteo rítmico del péndulo que había encima de la repisa.

Chiara parecía absorta en las llamas, que serpenteaban hacia arriba y hacían resplandecer su rostro. Estaba seria, pero relajada, y tenía los ojos entornados. Marco la miraba fijamente, esperando también.

Al cabo de unos minutos, Chiara exhaló un suspiro y habló:

—Veo algo. Hay un cuerpo. —Su voz era plana, monocorde—. El cuerpo de una mujer. —Se pasó una mano por el pelo—. Está envuelto en una capa, una capa roja, una capa de esa tela... de escarlata, escarlata veneciano. —Calló unos instantes—. Una cabellera rubia huye de todo ese rojo, puede que haya también sangre, también la sangre es roja, como el escarlata veneciano.

Las llamas de la chimenea se elevaron, como si siguieran el ritmo de su voz. Marco se sentía en paz mientras la contemplaba, como si el tiempo se hubiera detenido.

—Ahora veo a un hombre —prosiguió Chiara—. Es un hombre joven, pero no le distingo la cara. Espera —exclamó tendiendo una mano como si quisiera detener la visión. La otra apretaba de forma convulsa la cuerda—. Veo su vestido: lleva un fajín en la cintura, como el de los gondoleros. Se ha ido. Qué extraño. Un joven gondolero, una capa de color escarlata, unos rizos rubios. —Chiara se sobresaltó—. Ha terminado. —Se quedó pensativa unos segundos, luego se puso en pie. La cuerda cayó al suelo—. No sé si he conseguido ayudarte —dijo volviéndose a sentar delante de Marco. Bebió un sorbo de su licor—. Supongo que habrás imaginado lo que he visto: una capa de color escarlata, una cabellera rubia, un hombre joven con un fajín de gondolero. —Sacudió la cabeza y sus rizos claros ondearon robando luz a las

llamas de las velas—. Me hablaste de la muerte de Marino Barbaro y de Piero Corner, que fueron estrangulados con una cuerda, de su vida libertina, de un posible asunto de espionaje y de una criada, Lucietta, que desapareció. Todo eso no tiene nada que ver con mi visión. Solo la chica. Quién sabe — reflexionó en voz baja—. Quizá sea ella la rubia envuelta en la capa, porque en ese caso...

—Explícate —la interrumpió Marco desconcertado.

—La capa estaba ensangrentada, aunque podría equivocarme.

Marco exhaló un suspiro.

—Es la noche de las sorpresas. —Sonrió—. En el restaurante me leíste la mano y adivinaste que soy viudo.

—No lo adiviné —lo interrumpió Chiara—. Estaba escrito.

—Tú misma me has dicho que lo que cuenta es la sintonía que se crea entre la vidente y el sujeto. Y eso es un hecho sobrenatural.

—No es sobrenatural —replicó Chiara—. Del mundo solo conocemos lo que percibimos con los sentidos, pero alrededor de nosotros hay energías invisibles que se entrecruzan como telas de araña. Considera la más común, el pensamiento. No se ve, pero no se puede decir que no exista, desde luego. ¿Te parece imposible que ciertas personas puedan leer los pensamientos ajenos? La ciencia jamás ha encontrado pruebas tangibles de esta comunicación y, sin embargo, existe. Estoy segura de que alguna vez has sabido lo que te iba a decir una persona antes incluso de que abriera la boca.

—Es cierto —corroboró Marco.

—Con todo —prosiguió Chiara—, eso requiere una sensibilidad especial.

La velada había tomado un extraño rumbo. ¿Quién era esa mujer tan especial que razonaba como un filósofo y que se movía en un mundo paralelo, poblado de fuerzas invisibles?

—Me das miedo —confesó Marco en voz baja—. ¿Y las visiones?

—¿Quieres saber lo que siento? Cuando empiezan, poco a poco voy teniendo la impresión de estar flotando en un río, un río intemporal, es agradable. Me siento como una gota de agua entre muchas otras. Después veo escenas, como si estuvieran iluminadas por un rayo, en un principio no sé lo que significan. A veces son nítidas, pero en la mayoría de los casos son confusas, como un mosaico que se va formando. En otras ocasiones oigo fragmentos de palabras. Nunca pierdo la conciencia, es como un duermevela, me muevo entre la vigilia y el sueño y luego puedo contar lo que he visto,

porque siempre lo recuerdo.

—¿Por qué me dijiste que era un experimento si conoces tan bien la materia, si eres capaz de desvelar los secretos de la gente leyendo las rayas de la mano y ves cosas cuando miras el fuego? —preguntó Marco.

Chiara sonrió con una punta de tristeza.

—Te he asustado —consideró—. No querrás volver a verme. Es cierto, leyendo las rayas de la mano a menudo puedo intuir el carácter de las personas y su destino, pero, como ya te he dicho, se trata simplemente de una sensibilidad más acentuada de lo normal. Con las hierbas que recojo en el campo preparo remedios para los achaques de la gente, pero es ciencia médica, es más, los antiguos egipcios usaban ya muchas de estas medicinas. Mi madre lo hacía y, antes de ella, mi abuela. El resto es un don natural que se ha ido transmitiendo de una generación a otra en nuestra familia: igual que mi madre y mi abuela, yo también tengo visiones. No sé a qué se deben. Te he hablado de las energías que tienen las cosas, con las que es posible entrar en contacto, pero quizá me equivoco. Es cierto que, de vez en cuando, siento que el tiempo se detiene. Sucede de improviso, no sé por qué.

Chiara resultaba encantadora mientras se esforzaba para explicar sus sensaciones. Se llevó las manos a la cabeza como si quisiera concentrarse mejor.

—¿Te puede ocurrir en cualquier momento? —inquirió Marco.

—Me he dado cuenta de que me suele suceder cuando estoy contemplando algo móvil: las nubes que se deslizan por el cielo, las olas del mar o las llamas, como antes. No me duermo, por unos minutos me alejo de lo que me rodea y veo cosas, cosas que van a ocurrir o que han ocurrido ya. Son como rayos, inconexos. Luego compruebo que lo que veo ha sucedido o estaba a punto de suceder de verdad. No hablo con nadie de esta capacidad, sé que a las personas como yo las llaman videntes, pero es fácil que te acusen de brujería, incluso ahora que, por suerte, la caza de brujas terminó hace tiempo. En mi casa lo llaman el don. Me enseñaron a usarlo exclusivamente para hacer el bien a los demás y sin recibir nada a cambio.

—¿Tienes alguna explicación racional para lo que te ocurre? —insistió Marco, que jamás había presenciado un fenómeno semejante. Quería comprender a fondo a esa extraña y fascinante mujer y a sus misterios.

Chiara se levantó y se sirvió un vaso de agua. Bebió con avidez.

—He intentado encontrar una explicación —continuó—. Creo que, además del pensamiento, hay más cosas invisibles. Toda la materia está

impregnada de energía. Nosotros somos energía vital y vivimos inmersos en un flujo ininterrumpido de energías que se cruzan e interactúan entre ellas. También los objetos que nos rodean están sumergidos en ese flujo, de hecho, no es raro que un lugar o un objeto que han asistido a un hecho dramático como, por ejemplo, un delito, hayan sufrido una descarga de energías y guarden de alguna manera el recuerdo o incluso absorban los pensamientos del protagonista del drama.

Marco se acercó a Chiara y tomó sus manos entre las suyas. Estaban heladas y ella parecía pálida y anhelante.

—Pero tú quieres saber por qué hablé de un experimento —prosiguió con valentía—. Pues bien, suelo tener las visiones de forma espontánea, sin necesidad de desencadenarlas. Esta ha sido la primera vez que la he provocado teniendo en la mano el arma de un delito. Pero no recuerdo haberte dicho nada que pueda guardar relación con tu investigación.

—Quién sabe —dijo Marco pensativo—. ¿Lo hiciste para ayudarme?

—Lo intenté. —Chiaraapuró el rosolí y el licor devolvió un poco de color a su cara—. Entre otras cosas, podemos usar el don para averiguar la verdad.

Un cadáver femenino, una cabellera rubia, un gondolero. Nada que tuviera que ver con las muertes de Barbaro y Corner ni con posibles espías turcos, pensó Marco. Aun así, la visión de Chiara era intrigante, quizá permitía enfocar la investigación desde otra perspectiva. Esa fascinante criatura lo atraía cada vez más.

—Chiara —dijo retomando la conversación—, como tú misma has dicho, puede tratarse de la criada de los Corner, Lucietta, la que desapareció hace varios años. ¿Podría ser el cuerpo que viste?

—No sé qué decirte, Marco. Las visiones nunca son definidas en el tiempo.

—En ese caso, te ruego que vengas pasado mañana conmigo a Dolo. Era su pueblo. Quiero saber si volvió a casa. Podría mandar a alguien, pero creo que puede ser bonito hacer el viaje juntos. Embarcaremos en el *burchiello*, subiremos el Brenta y nos apearemos en Dolo. Creo que si encontramos a Lucietta tu presencia nos ayudará a sonsacarle.

—Encantada de acompañarte. —Chiara sonrió—. Pero te advierto que Marta, mi aya, vendrá también. Me vigila día y noche.

En ese momento se oyeron unos pasos apresurados y la puerta de la sala se abrió sin más preámbulos. Una mujer menuda de edad indefinida, de

aspecto agradable y bien peinada apareció como en respuesta a las palabras de Chiara. Hizo una cortés reverencia.

—¡Qué honor recibirlo en esta casa, excelencia! Le agradezco que liberara a nuestro Maso.

Chiara se echó a reír.

—Aquí tienes a mi querida Marta —exclamó—. El otro día no la viste porque había ido a visitar a sus sobrinos. —A continuación, añadió dirigiéndose al aya—: Pero ¿tú no llamas nunca a la puerta?

—¿Por qué debería hacerlo? —replicó ofendida la anciana—. Las verdaderas señoras nunca esconden nada. He preparado una jarra de chocolate, lo acabo de hacer y aún está caliente. Ahora lo traigo. Pero tú, Chiara, dime la verdad: ¿has tenido una visión? Estás tan acalorada y despeinada como cuando te visitan los espíritus.

Chiara exhaló un suspiro.

—A Marta le gustaría que dejara de tener visiones, como si dependiera de mí. No dejo de decirle que no es cosa de espíritus, pero ella asegura que tarde o temprano me sucederá algo malo.

—¡Cuántas historias! —la interrumpió Marta—. Lo único que digo es que con los espíritus no se bromea.

Marco volvió a casa eufórico. Tuvo que defenderse de las insinuaciones de Nani, que no dejó de alabar a Chiara mientras remaba.

—Es una joven muy guapa, *paròn*, y también muy simpática. El tipo de mujer que le conviene.

—Si vas hablando por ahí, me las pagarás, Nani.

—¡Soy una tumba! Pero no estuvo mucho en su casa. Creía que me iba a pasar la noche en la góndola.

¡Menudo cara dura!

—Te equivocaste. No es de ese tipo de mujeres. Procura hablar de ella con respeto, mejor dicho, no hables de ella.

«Vaya, de manera que va en serio. Ya era hora, ¡el *paròn* se merece una buena mujer!», pensó Nani.

Al franquear la puerta del jardín, Marco se cruzó con Platone, que salía con la cola erguida.

—¿Adónde vas a estas horas? ¿Te está esperando alguien? —El gato se frotó contra una de sus piernas ronroneando y se alejó trotando en la oscuridad.

Una vez en su habitación, Marco vio que tenía un mensaje en la mesilla. Lo abrió intrigado.

«¿Por qué no sé nada de ti desde hace una semana? ¿Te he ofendido?».

¡Dios mío! Se había olvidado por completo de ella y ahora le remordía la conciencia. Era Annetta, la bordadora. Decidió dejar ese asunto para el día siguiente.

Capítulo 13

—¡Le juro que es la mujer más hermosa de Venecia! Jamás he visto una igual. Además, es elegante, ¡una señora de la cabeza a los pies!

—Señora, señora... ¿En tu opinión una señora vive en las inmediaciones de la iglesia de los Jesuitas y dirige una tejeduría?

—¡Qué más da el origen! Te aseguro que muchas damas no llegan a la suela del zapato de la señorita Chiara Renier.

Nani discutía con Rosetta a primera hora de la mañana en la cocina de casa Pisani, que se encontraba en el entresuelo del palacio. El ambiente era claro y luminoso, muy limpio, y el sol iluminaba los platos de peltre que decoraban las paredes. A esa hora el estofado hervía ya en un fogón, emanando un olor succulento, y una cesta de marisco goteaba colgada de un gancho encima de la pila de cobre. Los dos criados, el viejo Martino y Giuseppe, habían salido y Nani desayunaba en compañía de las mujeres, Rosetta y la cocinera Gertrude. Platone, aún desgredado por las aventuras nocturnas, lamía un tazón de leche.

El tema era la velada que el amo había compartido con Chiara. Nani no se había podido contener y en ese momento la describía con todo lujo de detalles.

—Llevaba una capa forrada de piel y un vestido de terciopelo. Una maravilla. El pelo, además, es oro puro, una cascada de rizos, y dos ojos... ¡dos pedazos de cielo! ¿Sabéis que habló mucho conmigo? —Nani alargó el cuello complacido para echar un vistazo prudente al jardín y asegurarse de que su amo aún no había bajado.

—Más que una señora me parece una descarada —terció Gertrude, que estaba desplumando una perdiz con el ceño fruncido. Rechoncha, la nariz grande y la frente huidiza hacían que aparentase muchos más años de los veintinueve que en realidad tenía.

—Ya sabemos que bebes los vientos por el amo, Gertrude —se burló

Rosetta—, pero no estás a su altura.

Gertrude se puso roja como un tomate.

—No la conocí, pero la señora Virginia, a quien Dios tenga en su gloria, ¡esa sí que era una gran dama! ¡Basta mirar el cuadro!

—Supongo que no pensarás que el amo se puede pasar la vida mirando un cuadro —dijo Nani remedando la voz de la criada—. ¡Tiene derecho a formar una familia, así no tendrá que pensar siempre en el trabajo!

—Eso es —lo interrumpió Rosetta—, el pobre no ha hecho otra cosa que trabajar. Hace doce años que es fiel a la memoria de la difunta, ya va siendo hora de que vuelva a vivir. Pero esa mujer es una artesana, puede que sea propietaria de un taller, pero ¿por qué el amo no ha elegido una noble?

—La señorita Renier —la defendió Nani— es mucho mejor que esas jóvenes caprichosas y afectadas que se crían en los palacios y que solo saben dar órdenes y chismorrear.

—Bueno, a ti basta que una te haga un cumplido... ¿Y quién te dice que va en serio? —Ahí quería ir a parar —terció Gertrude—. Todas corren detrás del amo, será una más.

Cuando Nani se disponía a replicar oyeron rechinar la puerta del jardín. El gondolero se asomó a la ventana.

—Hola, ¿está en casa el amo? —Era la voz sonora de Daniele Zen.

—Entre, abogado, ordenaré que lo llamen enseguida. —Mientras Rosetta iba a avisar a Marco, Nani acompañó al huésped a la sala.

Pisani bajaba en ese momento, afeitado y perfumado, listo para ir a palacio. En lugar de sus habituales botas, se había puesto unas medias de seda y zapatos de cabritillo.

—Debes salvarme, Marco —lo imploró Daniele abrazándolo con ojos sonrientes, que desmentían el tono grave de su súplica.

—Estoy a tu disposición. Tráenos café, Nani. —Encima de un chaleco de brocado insólito en él, Marco se puso la *velàda* que llevaba al hombro, y se sentó delante de una mesita del salón.

—Me han invitado a comer los Santelli, la familia de Maddalena —le explicó entretanto Zen sentándose a su vez.

—Tu novia...

—Aún no. He venido por eso. La excusa es que quieren presentarme a un primo que es *attaché* en la embajada de Constantinopla, según dicen es la mano derecha del *bailo*, nuestro embajador allí, pero tengo buenas razones para temer que sea una encerrona, que intenten oficializar una relación que en

realidad no existe. No sé qué excusa dar para no ir, se ofenderán. Pero si vienes tú, evitaré el compromiso y, de paso, me ayudarás a circunscribir la conversación a temas generales. Además, se alegrarán tanto de sentar a la mesa a un *avogadore* que olvidarán sus tejemanejes. Solo tú puedes salvarme.

—No se diría que estás enamorado. En cualquier caso, de acuerdo. Me he emperifollado así porque esta mañana debo ver a los tres inquisidores.

De hecho, Pisani había decidido pedir una entrevista a los tres poderosos magistrados, porque tras la muerte de Corner, que era patricio, eran ellos los competentes para juzgar al culpable, si es que aparecía, no la *Quarantìa Criminale*. Había llegado el momento de informarles sobre la investigación que estaba llevando a cabo y, en cualquier caso, era conveniente tenerlos de su parte. Eso sin tener en cuenta a los fantasmas turcos que seguían apareciendo en el fondo del asunto. Si al final resultaba ser un caso de espionaje, debía poner al corriente a los inquisidores lo antes posible.

—Pero antes de verlos he pensado pedir consejo a nuestro príncipe —prosiguió Pisani—. Espero que me diga qué debo contarles y qué debo guardarme para mí. Con esto quiero decir que ahora debo marcharme, pero estaré libre a la hora de comer.

—Sabía que me salvarías. —Daniele se levantó para despedirse. Era evidente que se sentía aliviado—. Iré a recogerte a Palacio.

—Sí, pero a cambio quiero que por la tarde vengas conmigo a casa de los Corner. Tengo que interrogar a la madre de Piero y es preferible hacerlo en presencia de un abogado —bromeó Marco.

—¿Abogado tuyo o suyo?

—Mío, mío, todos dicen que la señora tiene un carácter endiablado.

La sala de los Scarlatti y la del Scudo, donde dominaba el escudo familiar del dux reinante, Francesco Loredan, estaban abarrotadas de nobles con peluca y medias de seda, y de magistrados con sus togas. Pero apenas el alabardero comunicó al dux que el *avogadore* Pisani quería verlo, Marco fue introducido en la sala Grimani, donde entró apretando el paso, seguido de los murmullos de desaprobación de los demandados.

—Por fin una cara amiga —exclamó el dux levantándose de su estrado y abrazando al joven—. Vienes poco a verme y eso que trabajas cerca. ¡Dejas demasiado solo a este pobre viejo, que está rodeado de un sinfín de

cortesanos chismosos y ávidos!

Marco hizo una leve reverencia.

—No quiero molestarlo, serenísimo príncipe, pero ya sabe que cuando se trata de un asunto grave tengo la osadía de recurrir a su experiencia.

—¡Cuántos cumplidos! —bromeó Loredan tomando a Marco del brazo y guiándolo hacia los sillones antiguos que había delante de la chimenea—. ¿No recuerdas que antes me llamabas «tío Francesco»?

Los Loredan siempre habían sido amigos íntimos de los Pisani y Francesco, que antes de convertirse en dux se había dedicado con éxito al comercio sin viajar apenas, porque se negaba a aceptar cargos diplomáticos, iba a menudo al palacio de los Pisani, donde mantenía largas conversaciones con el senador Teodoro.

Había visto crecer a los niños, con los que cabalgaba durante las vacaciones a orillas del Brenta, y asistía a todas las recepciones de la señora Elena.

—¿Cómo está tu madre? —se apresuró, de hecho, a preguntarle.

—Como siempre, vivaz y llena de energía, sobre todo ahora, que tiene unos nietos a los que cuidar. Supongo que recordará, príncipe, que cuando mi hermano y yo éramos pequeños tampoco nos dejaba nunca con las criadas, se ocupaba en persona de nuestra educación.

El dux esbozó una sonrisa y su cara se surcó de arrugas. Era de complexión fina y delicada.

—Tu madre es toda una señora, además de una de las más mujeres hermosas de Venecia, que, como ya se sabe, se distingue por sus bellezas. ¡Ojalá hubiera conocido una mujer como ella! En cambio, me quedé soltero y ahora estoy prisionero en estas cuatro paredes. —Trazando un círculo con la mano señaló la sala con un magnífico techo azul y dorado—. Estoy desesperadamente solo —concluyó con tristeza.

Marco lo entendía a la perfección: en calidad de representante oficial de la Serenísima, el dux asistía a todas las reuniones de los órganos principales del Estado, pero, exceptuando el voto, no tenía ningún poder, solo era el primer servidor de la República. Encerrado en el palacio, del que apenas podía salir, y con los miembros de los colegios y de la burocracia como única compañía, su mayor satisfacción era asistir a las ceremonias oficiales y a los banquetes, donde aparecía con los emblemas propios de su rango: el cuerno ducal, la capa de oro, la espada y la silla, rodeado de los estandartes y precedido por las ocho trompetas de plata. Y en la ceremonia de los

Esponsales con el mar, aparecía en la proa del Bucintoro, la embarcación de oro que el mundo le envidiaba, acompañado de un gran séquito de *peote*, góndolas y *caorline* engalanadas para la fiesta.

El problema era que debía pagar todas esas solemnidades de su bolsillo y no era tan rico, dado que los Loredan se habían gastado una fortuna en su carrera pública, ni tan estimado, porque las críticas y el mal humor que habían acompañado el gobierno de su predecesor, Pietro Grimani, el dux poeta, habían recaído también en él.

—Quédate un poco, Marco —prosiguió Loredan—, pediré que te sirvan un chocolate. —Tocó un timbre y dio la correspondiente orden al criado que apareció casi al instante.

—Pero fuera hay un montón de gente esperando —objetó Marco.

—Que esperen —replicó Loredan—. Por lo general, soy yo el que me adapto a sus deseos.

Mientras bebían la bebida aromática, el viejo dux y el joven *avogadore* se acercaron al ventanal que daba al patio, animado por un vivaz vaivén de funcionarios, secretarios, magistrados y militares.

—¿Qué es lo que te preocupa, Marco? —preguntó Loredan rompiendo el silencio—. ¿Por qué has venido a verme?

—Supongo que se habrá enterado de la muerte de los dos patricios, Barbaro y Piero Corner —respondió Pisani.

Loredan asintió con la cabeza.

—Por supuesto, sé que los estrangularon. Según he entendido es un caso de tu competencia y que tú, como de costumbre, te estás encargando personalmente de él en lugar de dejar investigar a los esbirros. Lo sé, lo sé —prosiguió el dux interrumpiendo las explicaciones de Pisani—. No creas que no te entiendo. Los guardias no están preparados para investigar: es una vieja laguna de nuestra administración. Cuéntame todo.

Marco le explicó el asunto, deteniéndose en especial en las declaraciones de los testigos, que aseguraban haber visto a un misterioso turco, y en los dibujos que obraban en poder de Barbaro, sobre todo en el proyecto secreto de la draga para excavar el fango.

—Dentro de poco debo reunirme con los tres inquisidores, a los que debo informar de todo, porque Corner no era una persona cualquiera —concluyó—, pero no sé si debo pasar por alto la posibilidad de que se haya cometido un delito de espionaje, ya que ni siquiera estoy seguro de que sea así. Es más, como ya le he dicho, estoy siguiendo otras pistas.

El dux sacudió la cabeza.

—Tienes razón, Marco. Los inquisidores ven espías por todas partes. De nada sirve alarmarlos, sobre todo porque el material aún estaba en casa de Barbaro, de manera que no llegó a caer en manos de ningún espía.

—No querría ser responsable de un incidente diplomático con la Sublime Puerta.

—Exacto —concluyó Loredan—. No menciones los documentos del Arsenal ni a los turcos. Sigue investigando por tu cuenta y ya veremos qué pasa. Entretanto, trataré de averiguar si se sospecha de la presencia de un espía extranjero en Venecia.

Los tres inquisidores, ataviados con sus togas y sus grandes pelucas, esperaban a Pisani en la sala del Tribunal Supremo, sentados en sus sillones de madera. Los acompañaba *Messer Grando*, el jefe de la guardia, que iba envuelto en una capa larga de color negro.

Como cada vez que iba allí, Marco sintió que se ahogaba en ese ambiente sombrío, recargado por los cueros de bordes dorados que revestían las paredes. Y, como en cada ocasión, alzó los ojos al techo para recrearse un instante con la obra de Tintoretto.

El encuentro fue cordial. El *avogadore* Pisani era famoso por sus excentricidades, pero los temibles magistrados de la República lo estimaban, porque no discutía su autoridad y, debían reconocerlo, entregaba a la justicia un buen número de criminales.

Pisani resumió los hechos: el hallazgo del cadáver de Barbaro el jueves anterior, es decir, la mañana del 7 de diciembre, después la muerte de Corner, la noche entre el domingo y el lunes, y el *modus operandi*, que inducía a pensar que se trataba de un único asesino, como la cuerda que había sido utilizada en los dos delitos. Les contó que el *barnabotto* llevaba una vida precaria y aludió de pasada a la juventud disipada del patricio, omitiendo la historia de la criada seducida, el extraño vínculo que unía a las víctimas con el gondolero Biagio y a Paolo Labia, ya que aún no sabía qué papel jugaba en todo el asunto. Pero, por encima de todo, no dijo una palabra sobre los documentos de Barbaro.

—¿Tiene el vicio de buscar siempre solo las pruebas, Pisani? —le preguntó sonriendo Antonio Condulmer.

—Sí, estoy convencido de que el ambiente es relevante en muchos crímenes. Además... —prosiguió dirigiéndose al *Messer Grando*—, en este

caso tengo que moverme en el mundo de la aristocracia, debo interrogar a gente que jamás hablaría con los esbirros.

—Claro, claro —convino el jefe de la policía—, pero si necesita ayuda puede contar con nosotros. —En realidad, le daba igual que Pisani se encargara de una investigación tan escabrosa.

—¿Cuándo piensa instruir el proceso? —preguntó Pietro Fontana, que, como siempre, había seguido distraídamente la exposición de los hechos.

—No tengo la menor idea —admitió Marco—. Como ya le he dicho, aún no he encontrado al culpable. Si fuera un homicidio por robo podría indagar en los bajos fondos, delegar en la policía —explicó aludiendo al *Messer Grando*—, pero se trata del asesinato de dos patricios que eran amigos y que murieron de la misma forma, lo que me hace pensar que existe un móvil preciso. Cuando averigüe si fue una venganza, un litigio amoroso o una cuestión de dinero podré encontrar al asesino.

—No será fácil —concluyó Condulmer—. Estamos en sus manos, Pisani. Creemos que aún no ha llegado el momento de plantear el asunto al Consejo de los Diez.

Capítulo 14

Mientras salía del Palacio Ducal, Marco pensaba que no podía tener menos indicios de los que disponía. Aunque también era cierto que aún debía interrogar a los otros dos miembros del grupo, el gondolero Biagio y Paolo Labia, y que quizá surgiera una nueva pista de sus testimonios. Por otra parte, si decidía tomar en serio la visión de Chiara, había también una joven rubia asesinada, que bien podía ser Lucietta Segati, la criada de los Corner. Pensaba ir al día siguiente a Dolo, el pueblo de la joven, para resolver, al menos, ese misterio.

Daniele Zen lo esperaba cerca de las procuradurías; debajo de su capa se entreveía un traje de brocado de color carmesí y un chaleco de seda bordado. Una peluca blanca le enmarcaba la cara.

—Por culpa tuya voy a hacer el ridículo —dijo Marco—. Voy vestido como siempre, solo me he arreglado un poco más de lo habitual, porque debía ver a los inquisidores y al dux. Por suerte, el novio eres tú, tú eres el que debes presentarte de punta en blanco —concluyó riéndose.

—Bromea cuanto quieras, pero tengo la impresión de que el que está a punto de comprometerse eres tú. ¿Cómo fue la cena?

Marco prefirió no responder. Cuanto más intimaba con Chiara, más dudaba en confiarse. La velada que había pasado con ella lo había dejado confuso, no estaba muy seguro de que ella se sintiera también atraída por él. Le habían impresionado mucho sus dotes de vidente y, por el momento, no quería decírselo a nadie.

Fingió que le llamaba la atención un grupo de personas que, en medio de la plaza, rodeaban a una vieja desdentada sentada en una silla. Una criada joven le tendió la palma de una mano y aguardó ansiosa su respuesta. Varias mujeres plebeyas y algún que otro joven hacían fila detrás de ella.

—Ha vuelto la vieja Rina, la adivina —observó recordando de nuevo a Chiara—. Hacía mucho que nuestra quiromántica no se dejaba ver por aquí.

Quién sabe, quizá debería preguntarle quién mató a Corner y a Barbaro.

Los Santelli eran unos ricos comerciantes de grano y vivían en un bonito palacio del *campo* de Santa Maria Formosa, en cuya planta baja se encontraban los depósitos y los almacenes, en tanto que en el entresuelo estaban las oficinas.

Marco y Daniele fueron alegremente recibidos por la familia, que se había reunido en la sala grande. La cara rosácea y redonda y la prominente barriga de Giovanni Santelli manifestaban su jovialidad. Su esposa, Agostina, que también era regordeta, brillaba de oro y piedras preciosas. Maddalena, por su parte, era menuda y agraciada, pero se intuía ya que con el pasar del tiempo engordaría como su madre. Al ver a Daniele se ruborizó y miró al suelo.

—Qué placer, excelencia —exclamó Santelli saliendo al encuentro de los recién llegados y haciendo una reverencia a Pisani—. No esperaba que usted viniera también a honrar mi humilde morada.

Marco se mostró cortés en las presentaciones. Conoció al famoso ayudante del *bailo*, un tal Giorgio Priuli, un tipo menudo de facciones femeninas y mirada sagaz. Estaban también el matrimonio Zardo, dueños de numerosas tierras, y el abogado Berengo, todos eran amigos de la familia.

Mientras los presentes hablaban entre ellos, Marco miró alrededor. La prosperidad de los Santelli se evidenciaba en la decoración a la última moda: sofás lacados, mesitas de maderas exóticas rodeadas de sillas tapizadas de seda y retratos recientes de los dueños de la casa.

Apenas se sentaron a la mesa y sirvieron el arroz con *castradina*, se inició el rito típicamente veneciano de la conversación. Giorgio Priuli empezó alabando las bellezas de Constantinopla, la mezquita azul, los atardeceres en el Bósforo, las riquezas del bazar.

—¡Y el palacio del sultán! —decía exaltado—. ¡Es una maravilla! Las habitaciones están decoradas con encajes de piedra, los suelos son auténticos cuadros de mosaico y los jardines, ¡ah, los jardines!, todos florecidos, con fuentes donde el agua sale a chorros. —Saltaba a la vista que estaba acostumbrado a que lo escucharan y que eso lo complacía—. Pero lo más increíble es el harén —prosiguió—. El sultán tiene muchas mujeres, todas bellísimas, y no permite que nadie las vea.

—Si es por eso, en Venecia algunos también tienen más de una mujer —lo interrumpió su primo—. ¡Y muchas mujeres tienen más de un marido!

—Pero ¿qué dices, Giovanni? —le regañó su legítima consorte—. Recuerda que Maddalena está aquí.

—Tienes razón, querida, disculpa. Pero no me refería a nuestras familias. Los burgueses sabemos vigilar a nuestras mujeres. En cambio, algunas familias aristocráticas...

Daniele Zen tosió para interrumpirlo y miró de reojo a Marco, que se estaba divirtiendo mucho. Los cónyuges Santelli enrojecieron sin saber cómo salir del apuro. La señora Zardo salió en su ayuda.

—Me han dicho que Maddalena ha hecho grandes progresos en el canto. ¿Puede interpretarnos algo después de comer?

—Por supuesto —balbuceó la joven—, pero no quiero aburrir al *avogadore*.

—Será un placer —aseguró Marco y Daniele lo fulminó con la mirada.

Los criados sirvieron un delicioso plato de carne cocida y verdura y por un rato reinó el silencio.

—¿Se han enterado de la muerte de Barbaro y Corner? —preguntó de repente el abogado Berengo.

—Sí, claro —terció Maria Zardo, que se había iluminado al oír nombrar a las víctimas—. Era de esperar que tarde o temprano sucediera algo así —añadió con aire misterioso.

—Ya —convino Agostina Santelli—, Barbaro era un tipo turbio. No lo conocía, desde luego, pero mi doncella me ha dicho que tenía un montón de deudas y que se emborrachaba a menudo. No honraba a la aristocracia —concluyó dedicando una sonrisa de complicidad a Pisani.

—No me refería a él —continuó la señora Zardo, que se moría de ganas de capturar la atención de los presentes—. Donde van mal las cosas es en la familia Corner de la Ca' Granda, que es la rama principal.

Marco se concentró en sus palabras. Pese a que no tenía la menor intención de revelar que era el responsable de la investigación, cualquier información podía ser preciosa.

—Mi gondolero dice lo mismo —terció, inventando una mentira para no comprometerse—, pero son muy ricos.

—Por supuesto que son ricos, excelencia, pero no se llevaban bien.

Daniele comprendió al vuelo las intenciones de su amigo y lo secundó.

—¿Quiénes no se llevaban bien?

—Los dos hermanos, claro. La gente no sabe nada, pero yo me he enterado de que hace tiempo riñeron de forma espantosa —prosiguió la

señora Zardo encantada de ser, por fin, el centro de la atención—. Soy clienta del modisto de la señora Francesca, la madre. Me cuesta una fortuna, pero es el mejor de Venecia. Así pues, un día, hará cosa de un año, el pobre Piero aún no se había casado, fui a verlo y lo encontré desecho. Al principio no quería decirme nada, pero después me contó que hacía unas horas, mientras estaba en casa de la señora Corner para enseñarle unas telas, oyó gritar fuera de la puerta del salón. Después los dos hermanos, Piero y Dario, irrumpieron en él peleando encolerizados y poco faltó para que llegaran a las manos. —Maria Zardo bebió un sorbo de vino dejando a su auditorio en suspenso.

—¿Por qué reñían? —la apremió Agostina interesada en el relato.

—Dario era el que estaba más furioso —contestó la señora Zardo sin hacerse rogar—. Gritaba que su hermano no quería prestarle dinero para invertir en negocios: lo necesitaba para pagar el seguro de un transporte de seda a Oriente. Piero, a su vez, pedía a su madre que confirmara que Dario no daba una en el clavo y que había despilfarrado ya su patrimonio. «Mira quién habla. ¡Tú, que te gastas el dinero en putas y en el juego! Hasta le has dado un buen montón al bribón de Biagio, que ha comprado una taberna a la bruja de su madre. ¡Y luego no quieres prestar nada a tu hermano!», despotricó Dario.

—¿Y la señora Corner?

La señora Zardo bebió un poco.

—Me dijo el modisto —continuó— que se quedó paralizada, tan pálida como una estatua de mármol.

—¿Qué decía Piero para defenderse? —preguntó Marco, intrigado también por la historia.

—Por lo visto, Piero gritaba que él era el jefe de la familia y que, por tanto, le correspondía decidir sobre su patrimonio, que era joven y que se divertía un poco, pero que no hacía nada que pudiera arruinar a la familia, que había dado dinero a Biagio porque le debía un favor. «Me las pagarás», replicó Dario aferrando a su hermano por la camisa y sacudiéndolo hasta romper el encaje, un encaje carísimo, según me dijo el modisto. «¡Un día de estos me las pagarás!», gritaba sin cesar Dario y de repente le rodeó el cuello con las manos y apretó.

—Dario Corner parece frágil, pero en realidad es muy fuerte —observó el abogado Berengo—. Una vez lo vi enfrentarse en una taberna a un tipo que se había sentado donde solía hacerlo él. Dario es un hombre colérico. Pues bien, en lo más encendido de la discusión, vi que levantaba una mesa de

madera maciza, que pesaba un quintal, y que la volcaba como si nada.

—Pero eso no es todo —retomó la señora Zardo decidida a no renunciar a la atención de los presentes—. Biagio, el gondolero de Piero, entró de improviso en la sala, puede que para defender a su amo. Dario soltó a su hermano y se abalanzó sobre el criado. Para empezar, lo amenazó. «¡Sinvergüenza, canalla, fuera de esta casa! ¿No has tenido bastante? Tú y esa sanguijuela de Barbaro. Estáis dilapidando los bienes de mi familia. Y mi hermano os ayuda. ¡Uno de estos días os pararé los pies!» Y, dado que Biagio había aferrado el puño que agitaba bajo su nariz, le dio un izquierdazo bestial y lo tiró al suelo.

—¿Y la madre no hacía nada? —preguntó Zen.

—Por lo visto, después de la sorpresa inicial, se puso a llorar desesperada, se interpuso entre los dos como pudo para separarlos y, entonces, se dio cuenta de que el modisto seguía allí, así que lo echó y le dijo que procurara tener la boca cerrada.

—Lo bueno es que Dario tenía buenas razones para pedir el dinero del seguro —terció Giovanni Santelli, que había permanecido callado hasta ese momento—. Me han dicho que el barco que transportaba sus mercancías se hundió a causa de una tormenta y que ha perdido todo porque no estaba asegurado.

«Eso es justo lo que me dijo mi amigo Cappello», pensó Marco mientras le servían el postre, una tarta de crema deliciosa.

—Ahora Dario Corner heredará todo, ha tenido mucha suerte —continuó Santelli—. Si Piero hubiera tenido un hijo Dario no habría recibido nada. Pero, como la mujer de Piero tuvo una hija, el patrimonio familiar se queda en la familia, es decir, pasa al hermano menor. Piero ha muerto, así que ya no podrá tener hijos varones.

—Y pensar que Piero sentó la cabeza después de la boda —concluyó Berengo—. Sé que había empezado a ocuparse con pasión de las tierras en lugar de su madre, que había administrado bastante bien los bienes familiares desde que había enviudado. Se convirtió en un experto en agronomía y ganadería, y sabía cuáles eran los mejores mercados para sus productos. A saber si Dario se espabilará también y sabrá estar a la altura del nombre de la familia.

Capítulo 15

—Empiezo a pensar —dijo Pisani— que es un error estar siempre en casa y no ir a las reuniones sociales. En Venecia se sabe todo de todos. Soy el único que no tiene ni idea de lo que sucede entre bastidores. El chismorreo es una fuente preciosa de información.

—Además de un arte —corroboró Daniele—, requiere unas dotes inusuales de observación, buena memoria y un archivo mental que permita seleccionar la información más apropiada en cada momento.

Los dos amigos se echaron a reír. Caminaban por la *salizàda* San Moisé en dirección al palacio Corner y se pararon a mirar unos deliciosos zapatos femeninos de terciopelo en un escaparate.

—A propósito —dijo Daniele—, ¿a Chiara le gustó el abanico?

—Creo que sí —contestó Marco esquivo. Aún no tenía ganas de confidencias—, pero ahora nos toca enfrentarnos a la leona.

El *avogadore* había anunciado su visita esa mañana. El mayordomo guio a los huéspedes a través de la habitual sucesión de salas austeras hasta llegar a la sala Cornaro, la única en que había muebles dorados, como dictaba la moda más reciente. Unas pesadas cortinas oscurecían aún más el ambiente, impidiendo que la luz de un invierno inusualmente soleado entrara por los ventanales.

Vestida de negro, enjuta, con la cabeza erguida en una pose altiva, Francesca Corner los esperaba sentada a una mesa junto a la gran chimenea de mármol blanco. Las llamas ondeantes de un candelabro hacían brillar el magnífico servicio de café de plata.

La dama tendió una mano a Pisani, que se inclinó ligeramente para besarla.

—Mi más sentido pésame, señora —murmuró con aire grave.

—Es la voluntad de Dios. —La señora Corner exhaló un suspiro sin poder contener las lágrimas—. Pero acomódense —añadió—. Supongo que la

investigación sobre la muerte de mi hijo lo ha traído aquí, *avogadore* Pisani, pero antes de hablar permita que le sirva un café.

Francesca vertió la bebida humeante mientras Marco se disculpaba por visitarla inmediatamente después de la tragedia.

—Por desgracia, señora, debo descubrir quién estaba interesado en matar a su hijo y usted puede ayudarme.

Francesca había sido una mujer hermosa: aún conservaba los pómulos altos, los ojos profundos y la figura esbelta que en el pasado la habían convertido en una de las damas más admiradas de Venecia. Miró a Marco con arrogancia.

—¿Qué quiere que le diga? Espero que no piense que mi hijo se merecía un final tan espantoso. ¿Vio cómo me trajeron al pobre?

La conversación había empezado mal, así que a Marco le convenía ir enseguida al grano.

—¿Quién heredará el patrimonio? —preguntó, a pesar de que toda la ciudad sabía la respuesta.

—¿Qué está insinuando? Mi hijo pequeño, Dario, que ha demostrado ser un hábil hombre de negocios, se ocupará ahora de los asuntos familiares. —Marco contuvo como pudo una sonrisa—. Los Corner esperan su venganza, *avogadore* Pisani.

—Justicia, señora, no venganza. Pero, ahora, dígame, ¿sus hijos se llevaban bien?

Francesca se tensó de forma visible, su boca se contrajo en una mueca.

—Se querían mucho, no entiendo adónde quiere ir a parar. Somos una familia unida. A veces discutían, claro, como todos, pero se querían mucho. Dario, además, está loco de alegría desde que nació la niña. Pobre criatura, se ha quedado sin padre.

A Marco no le impresionó el comportamiento inconstante de la dama; lamentaba tener que provocarla en un momento tan delicado, pero sabía por experiencia que la verdad a veces emergía cuando el interlocutor bajaba la guardia.

—Me han contado que sus hijos tuvieron una fuerte discusión por razones de dinero —insistió.

—¡Ese chismoso del modisto! En Venecia la gente siempre se mete donde no la llaman. Sí, discutieron, pero luego todo se arregló. —La señora Corner estaba ahora roja de rabia, atormentaba la puntilla de su pañuelo y una vena pulsaba en una sien.

—Pero su hijo Dario se arruinó debido a un transporte de seda — continuó Marco.

—Los Corner no se arruinan por tan poca cosa. Se equivocó con ese negocio, eso es todo. En nuestra familia no rompemos nuestras relaciones por un puñado de monedas. —Francesca se levantó irritada y con un ademán ordenó a una criada que quitara la mesa.

—También me han dicho que su hijo Piero tenía motivos para estar agradecido a su gondolero, un tal Biagio. —Marco era implacable—. Le compró un local y esto enojó a su hermano.

—¡Cómo imaginar a un Corner agradeciendo algo a un criado! — exclamó la dama escandalizada, alzando con altanería la cabeza—. Mi hijo era generoso, lo reconozco, le gustaba hacer regalos y Biagio le servía bien. Quiso resolverle la vida.

—Además se habla de una joven criada, Lucietta Segati. —Marco se encarnizó al ver la actitud de la dama—. Se dice que fue objeto de las atenciones de su hijo. Algunos aseguran que él la sedujo hace unos tres años. Luego la joven desapareció.

Francesca Corner se volvió a sentar e inclinándose hacia Pisani murmuró:

—Me sorprende, excelencia, que preste atención a los chismes de la servidumbre. —Marco hizo un esfuerzo para dominarse—. Debería saber cómo son las jóvenes: cuando el amo es joven, guapo y, sobre todo, rico, se insinúan para ver si este les soluciona la vida. —Calló unos segundos mientras el recuerdo de su hijo le llenaba los ojos de lágrimas—. Además, Lucietta era una fresca. Por lo visto, probó, le salió mal y decidió marcharse.

—Desapareció.

—¡De eso nada! Las criadas se marchan cuando no encuentran lo que van buscando. Hoy en día se lanzan a la aventura, igual que los hombres, y nadie vuelve a saber nada de ellas. Hace tiempo venía a casa una joven lencera muy fina y educada, que me traía la ropa confeccionada. Era de la familia, conocía a mis hijos, yo le ofrecía siempre pastelitos, chocolate. Luego, un buen día, se la tragó la tierra. Supe que había desaparecido de su casa. A saber. Supongo que se escaparía con un enamorado o en busca de aventuras. Por lo demás, era hija de un marinero. ¿Y qué me dice de la mujer del vidriero Tiraboschi? —La dama soltó una carcajada—. Toda Venecia habla de ella. Se cansó de vivir en Murano, pese a que no le faltaba de nada, y se marchó con una compañía de comediantes. ¡Va de un pueblo a otro

representando el papel de Colombina! O la lavandera de casa Mocenigo: un buen día, plantó todo y se fue a vivir a costa de un viejo notario a un buen barrio, donde recibe al amante viejo y al joven. ¿Y usted me pregunta por Lucietta? —La señora sacudió la cabeza—. Habrá terminado mal, como las demás.

—De manera que estamos otra vez en el punto de partida —comentó Daniele, que había asistido en silencio a la conversación.

Los dos amigos estaban sentados en el café Florian, en la plaza de San Marcos, delante de dos vasos de ratafia. Debajo del pórtico, a la luz de los faroles, estaba teniendo lugar el *listòn*, el ritual de paseo vespertino: los caballeros con peluca y envueltos en sus capas, algún que otro religioso, damas empolvadas seguidas de criados cargados de paquetes, empleados ataviados con trajes oscuros, que volvían a casa después del trabajo, los habituales mendigos ciegos o lisiados, al menos en apariencia. De cuando en cuando pasaba una cortesana, que se distinguía por el maquillaje, las joyas y el vestido llamativos, y los hombres se paraban a mirarla como jamás habrían hecho con una señora.

—Después de haber hablado con su madre, empiezo a preguntarme si Dario no estará involucrado en la muerte de su hermano —consideró Marco.

—¡Bah! Los dos delitos se cometieron de noche y él podría haber salido del palacio sin que nadie lo viera. Por lo visto, es colérico, además de robusto.

—Pero matar a su hermano a sangre fría...

—Quizá pagó a alguien para que lo hiciera.

—Tienes razón, pero, si lo hubiera hecho, se habría expuesto a que lo chantajearan el resto de su vida —replicó Marco—. Además, si lo descubrieran le aplicarían la pena capital. La Serenísima no es muy tierna con los asesinos, aunque sean patricios, sobre todo con los que matan a un familiar por dinero.

—Y, a fin de cuentas, los Corner son suficientemente ricos como para remediar sus errores en asuntos de negocios. En eso tiene razón su madre.

Marco se quedó pensativo.

—No obstante, no descartaría del todo la pista de Dario —dijo al final—. ¿Sabes qué te digo, Daniele? Si la suerte no me ayuda, no sé qué voy a hacer. Hoy he visto a los inquisidores, están deseando resolver el caso. No les he dicho que puede haber espías extranjeros involucrados en el asunto, pero,

de ser así, ¿qué tendría que ver Corner con eso? Puede que los Segati hayan cometido un delito de honor. Mañana iré a Dolo a buscar a esa joven.

—¿A Dolo? ¿Vas a ir en persona? ¿Por qué no mandas a la guardia?

—Podría hacerlo, pero... La verdad es que aprovecharé para navegar por el Brenta a bordo de un *burchiello*.

—¡Ahora lo entiendo! —Daniele se echó a reír—. Vas a dar un paseo con Chiara. Eso significa que la historia sigue adelante.

—No sé qué pensar —confesó por fin Marco, cansado de esquivar el tema—. Ella me gusta, mejor dicho, me emociona, pero no sé si ella siente lo mismo por mí, es tan comedida, y, por si fuera poco, siempre va acompañada del aya. Pero hablemos mejor de ti, ¿te vas a prometer o no? —preguntó tratando de cambiar de tema.

—Hoy observé a Maddalena mientras cantaba —dijo Zen en voz alta con aire pensativo—. Es un encanto, lo reconozco, a pesar de que desentona de forma terrible, pero tuve la impresión de estar viendo a su madre cuando era joven. Maddalena se convertirá en una mujer gorda y chismosa, igual que ella. Además, me imaginé en el lugar del padre, sentado en el sillón dorado, contando el dinero todas las noches con una sonrisa de satisfacción en la cara. No, no estoy hecho para esa vida.

—La verdad es que tienes unos gustos muy refinados —concluyó Marco riéndose.

Esa noche, mientras cenaba, Marco se sentía irritado. La investigación no avanzaba, no sabía adónde iría a parar su relación con Chiara y, por si fuera poco, Francesca Corner se había comportado de manera odiosa. Comió de mala gana y criticó tanto la perdiz como el estofado.

—¡Ah, las mujeres! —Rosetta exhaló un suspiro mientras le quitaba el plato—. ¡Todas causan problemas!

Marco se enfureció aún más: era evidente que Nani se había ido de la lengua, lo iba a oír, ¡se merecía que lo enviara de vuelta al seminario para convertirse en un cura descontento, como muchos otros!

—¿Qué pasa, Rosetta? —preguntó airado al ama de llaves.

—Que va siendo hora de que encuentre una mujer, pero debe elegir una apropiada.

—¿Y cómo debería ser, en tu opinión?

—Bueno, yo qué sé, una de su clase, no una comerciante, que vive como un hombre y a saber a qué se dedica —soltó Rosetta de un tirón.

Marco dio un puñetazo a la mesa y los vasos se tambalearon.

—Rosetta, soy un hombre paciente, pero me niego a escuchar sermones sobre mi vida privada, no te lo permito ni siquiera a ti, que me has criado. Y no hables de los que no conoces.

Marco subió a su despacho y miró el retrato de su esposa que coronaba la chimenea. A veces, cuando estaba en esa habitación, le parecía oír el crujido del vestido de Virginia, como si ella aún estuviera allí. Un leve fantasma que el simple recuerdo de un gesto podía evocar: la manera de ofrecerle la taza de café, encima de la palma de la mano, como si fuera un regalo, o la forma en que ordenaba sus papeles tocándolos apenas, como si estuviera acariciándolos. La joven parecía sonreírle desde el retrato.

Sacudió la cabeza para ahuyentar los recuerdos, se sentó a la mesa y se puso a leer las notas de la investigación, pero no podía concentrarse. Los nombres bailaban ante sus ojos, las declaraciones de los testigos le parecían irrelevantes.

Fue a la planta baja, se puso un viejo tabardo, agarró una linterna y salió para ir a la calle de los Preti, que estaba detrás de la escuela de San Rocco, donde vivía su amiga Annetta.

La noche era límpida y fría, la ciudad estaba desierta. De lejos le llegaba una voz de tenor, que cantaba una barcarola acompañado de un violín. Era una melodía sonora, tierna y sentimental en ciertos momentos, que le hacía recordar su juventud en Padua, cuando cantaba bajo las ventanas de Virginia.

Pasó por delante de la iglesia de San Barnaba, donde un bulto informe, un mendigo, se había agazapado pegado a la pared. Dejó caer unas monedas cerca de él.

Se detuvo a contemplar la casa de Marino Barbaro, la primera víctima, y cayó en la cuenta de que había olvidado la cuerda, el arma del delito, en casa de Chiara. La joven era un enigma: a pesar de que parecía la más dulce de las mujeres, disertaba sobre filosofía como un profesor. Era risueña y serena, pero a la vez se dedicaba a prácticas misteriosas ignorando las prohibiciones de la Iglesia. Pero ¿de verdad tenía dotes de vidente? Le había bastado echar un vistazo a su mano para comprender que era viudo e intuir el drama que había vivido. ¿O conocía ya su historia y lo había engañado?

¿Y la sesión de espiritismo a la que había asistido? Él también había percibido una fuerza misteriosa, pero ¿qué tenían que ver la joven rubia, el gondolero y la capa de color escarlata con la muerte de Barbaro y Corner?

De una calle llegaba un hedor desagradable y las voces roncadas de unos hombres que estaban vaciando el pozo negro de un palacio. Marco pasó por delante de una taberna, miró a través de las ventanas del local, que estaba abarrotado, y decidió entrar. Se abrió paso entre las mesas donde los parroquianos jugaban a las cartas; algunos parecían ya borrachos. Se acercó a la barra, pidió un vaso de vino y lo apuró de un trago. El dueño, un hombretón empapado de sudor y con aire de cansancio, observó su traje, su cara afeitada y su pelo, bien peinado, y comprendió que era un caballero, pero no dijo una palabra.

Marco salió y echó a andar de nuevo. El recuerdo de Chiara lo asaltó una vez más haciéndolo sonreír. Apenas la conocía y se había adentrado ya en su alma. Si de verdad era una vidente, debía considerar sus poderes como una dote más y no sentirse turbado por ello. Chiara no era ni una bruja ni una estafadora, no sacaba partido de su don, lo aceptaba con sencillez y se valía de él para hacer el bien, igual que regalaba sus pociones para curar las enfermedades.

Una ramera vieja lo apostrofó en el *campo* San Pantalòn:

—¿Estás solo, guapetón? ¿Quieres un poco de compañía? Soy la mejor de Venecia. —Marco le dio una moneda y siguió su camino dejando a la mujer estupefacta.

Había llegado a la calle de los Preti. Annetta aún estaba despierta en su apartamento del segundo piso, una luz se filtraba por las cortinas de la sala. Lo estaba esperando. Se alegraría de verlo, pobre Annetta, solo lo tenía a él.

Marco Pisani miró la ventana con aire pensativo, después exhaló un suspiro y regresó a su casa.

Capítulo 16

La laguna seguía sumergida en la oscuridad nocturna cuando la góndola de Marco atracó en Fusina, donde el canal del Brenta desembocaba en el mar, y sus pasajeros se apearon en el embarcadero del *burchiello*. Chiara iba envuelta en un abrigo de piel y tenía las manos metidas en un manguito, la vieja Marta se había arrebujado en una capa gris con capucha, y el *avogadore*, por una vez, llevaba guantes.

—Recuerda, Nani —dijo Marco al joven gondolero—, son las siete de la mañana. Supongo que estaremos de vuelta dentro de doce horas. Durante el día, sin embargo, debes hacer una cosa: debes buscar la taberna de Biagio, el criado de Corner. Lo único que te puedo decir es que está cerca del *fondaco* de los turcos, ya sabes, el almacén. Además, pide al abogado Zen que investigue un poco por los cafés para averiguar qué tipo de persona es Labia y dónde puedo encontrarlo sin que sospeche nada. La muerte de sus compañeros debe de haberlo puesto muy nervioso. Seguro que tiene algo interesante que contar.

—A sus órdenes, amo —asintió Nani muy serio. Marco le acababa de echar una buena bronca por haber hablado de Chiara con las mujeres de la casa.

—Vuelve a recogernos esta tarde a las siete. Me contarás todo después de cenar.

—¡Pobre de mí! —protestó Nani—. Esta noche tengo que ir al palacio Priuli. Una doncella de la señora, Caterina, la rubia que se ríe siempre, celebra su cumpleaños.

—Eso significa que te han invitado a las cocinas.

—No deja de ser el palacio Priuli. ¿Le importa si le cuento lo que he descubierto cuando venga a recogerlos esta tarde, mientras lo llevo a casa?

¿Qué podía decir? Marco había oído hablar de las fiestas que se celebraban en las habitaciones de los criados, donde estos comían, cantaban y

bailaban. La servidumbre se divertía mucho y no escatimaba el vino.

—De acuerdo, Nani, nos vemos aquí a las siete, luego puedes ir adonde quieras.

—Viva mi *paròn* —exclamó el joven exultante—. ¡Es el mejor del mundo! —Y se puso a remar después de haberse quitado ceremoniosamente el sombrero para saludar a Chiara.

Los tres subieron riendo al barco. La vieja Marta quería ir a la antesala de la servidumbre, pero Marco se negó. Así pues, se acomodaron en uno de los pequeños salones tapizados de seda desde el que se podía contemplar la vista por un ventanal. El aya sujetaba una cesta tapada con un mantel de cuadros.

—Es la comida —explicó—. En el campo no es tan fácil encontrar un sitio donde comer.

—Ella es así. —Chiara esbozó una sonrisa—. Como una clueca. —Se había quitado el abrigo de piel y a la luz trémula de las linternas su tez aparecía un poco enrojecida por el frío y sus ojos brillaban risueños.

Marco sintió que el corazón le daba un vuelco. Deseaba besarla, abrazarla. Quién sabe si ella también... «Mejor que haya venido Marta», pensó. Chiara tenía una reputación que defender y Marta era como una madre para ella. Esbozó una de sus sonrisas torcidas, un poco amargas.

«Me gusta este hombre. Me estoy acostumbrando a su compañía —pensaba entretanto Chiara—. A saber qué intenciones tiene, ojalá no lo estropee todo. No debería haberlo dejado entrar en mi habitación la otra noche, no quiero imaginar lo que habrá pensado, por suerte Marta estaba en casa. Pero, por otra parte, es un Pisani y, por añadidura, un *avogadore*, una de las personas más ilustres de Venecia, a pesar de que vive con sencillez. ¿Qué puede hacer con una artesana como yo? Sé que le intereso, pero soy una burguesa y un Pisani es siempre un Pisani. No debo hacerme ilusiones.»

Mientras tanto, el *burchiello* se había llenado. Los demás salones del barco habían sido ocupados por un grupo de sacerdotes muy charlatanes, por una dama elegante, acompañada de su doncella y por tres estudiantes de la Universidad de Padua, que se habían dejado caer en los sillones, aún soñolientos. Unos cuantos malabaristas, que debían entretener a los viajeros, se maquillaban en un rincón.

Fuera, en el camino de sirga, engancharon dos grandes caballos de tiro a la embarcación y el *burchiello* se movió con la primera luz del día.

Cada vez que recorría el Brenta, Marco no podía por menos que admirar el trabajo titánico que habían llevado a cabo los antiguos habitantes de Venecia, que habían reforzado las orillas con millones de estacas procedentes de los bosques del interior. El río ya no se desbordaba y las ciénagas que lo flanqueaban se habían convertido en fértiles campos.

El paisaje invernal tenía una belleza serena. Las ramas esqueléticas de los chopos y las acacias se reflejaban en el agua, los sauces se curvaban para acariciar la corriente y las bayas rojas de los majuelos ponían una nota de color en el campo dormido.

—Hemos llegado a la esclusa de Moranzani —observó Chiara cuando las puertas de madera, tiradas por unas gruesas cuerdas, se cerraron en el río detrás del barco. El agua empezó a subir a toda velocidad. Marta, que solo había hecho ese viaje una vez en el barco nocturno, destinado a la gente del pueblo y a las mercancías, lo miraba todo boquiabierta.

El *burchiello* reinició el viaje entre los meandros del río y no tardaron en aparecer las villas, unas construcciones espléndidas que la nobleza veneciana había empezado a edificar hacía un par de siglos al amparo del agua, en las inmediaciones de sus terrenos agrícolas.

—Ahí está villa Foscarì, la Malcontenta —observó Marco—. No es grande, pero es una de las más armoniosas de las más de cuarenta mansiones que costean el río. Los Pisani también tenemos una, te llevaré a verla.

—Lástima que en esta época las villas estén cerradas —replicó Chiara—, porque no es época de vacaciones. Sé que por dentro son magníficas.

Marta tosió. Se puso a observar el espectáculo de los malabaristas, que lanzaban al aire y recogían cinco bolas rojas a la vez. Después actuó un cantante, que interpretó una vieja melodía veneciana con la guitarra.

En Oriago, el barco se detuvo en la taberna Sabbioni, que estaba justo en la orilla, y Marco y Chiara bajaron para beber un vaso de vino y entrar en calor. El local era amplio y oscuro, con vigas en el techo. Un alegre fuego ardía en la chimenea y debajo de la campana había colgadas varias ollas, que emanaban un aroma apetitoso.

—Me gusta viajar contigo —dijo Marco acariciando la mano de Chiara. La joven no la retiró—. Ya sabes que cuando lleguemos a nuestro destino cuento contigo para tirar de la lengua a Lucietta Segati. No les diré quién soy, claro está. Me presentaré como el capitán de los esbirros.

Chiara sonrió.

—¡Tú, esbirro! ¡No se lo creerá nadie! ¿Y quién se supone que soy yo?

—Bueno, una amiga o mi novia. —La miró de forma deliberada. Chiara se ruborizó y Marco sintió que el corazón volvía a darle un vuelco—. Lo importante es que la ayudes a contarme lo que le sucedió en casa de los Corner. Podría ser la joven que aparecía en tu visión. —Era la primera vez que Marco aludía a la velada que había pasado en casa de Chiara.

—Así que crees un poco en ellas —apuntó ella—. A propósito, ¿sabes que olvidaste el arma del delito en mi casa?

—La cuerda, sí, pasará a recogerla.

Se pusieron de nuevo en marcha. Nada más rebasar Oriago, vieron villa Mocenigo, recién construida, y la gran villa Gradenigo, decorada con las pinturas al fresco de Benedetto Caliaris, hermano del célebre Veronese. Después aparecieron villa Widman y villa Valmarana, con el correspondiente granero o *barchessa*, donde se celebraban también fiestas campestres. Cuatroocas paseaban por el camino de sirga balanceándose pomposamente.

El *burchiello* se detuvo de nuevo mientras el agua subía en la esclusa de Mira, después de la cual seguían sucediéndose las mansiones.

—Esa es villa Contarini —enumeraba Marco señalando a la derecha—. Enfrente está la fábrica que produce velas para toda Venecia. Luego está villa Corner, cerca de un monasterio de carmelitas. Esa otra es villa Fini y ahí tienes villa Velluti, que pertenece al famoso soprano, a lo lejos se entrevé villa Grimani.

Cuando llegaron a Dolo, su meta, el *burchiello* se arrimó a la orilla delante de la taberna La Posta, donde se cambiaban los caballos. Chiara despertó a Marta, que se había quedado dormida, y entraron en el local. Marco quería comer allí, pero el aya se negó en redondo.

—¡A saber qué nos darán! Basta pedir el vino, el resto lo he traído yo —dijo, a la vez que empezaba a sacar la carne mechada con piñones y el asado de ternera.

Marco disfrutó con la comida.

—¿Sabes una cosa, Marta? Tu cocina no tiene nada que envidiar a la de mi Rosetta —comentó.

—Ah, excelencia, quiere hacerme un cumplido. Solo soy una vieja aya, no pretendo competir con la cocina de la casa Pisani —dijo en tono defensivo. Pero en el fondo empezaba a pensar que el patricio era muy simpático. Si al menos supiera qué intenciones tenía para su Chiara...

Cruzaron el pueblo en una carroza de alquiler, costearon los molinos de agua y la grada, el pequeño astillero donde se construían las embarcaciones

fluviales. Llegaron al centro de la ciudad y se detuvieron delante de la iglesia, que tenía un alto campanario.

Marco preguntó por la familia Segati al sacerdote que los recibió en la penumbra de la nave de la iglesia.

—Son parroquianos míos —dijo el sacerdote—. El año pasado cambiaron de casa. Tomen el sendero que se abre entre los campos que hay detrás de la iglesia y caminen hasta llegar a un canal. Doblen a la derecha, sigan otro medio kilómetro más y encontrarán la casa.

Llegaron a una pequeña casa rural aislada en medio del campo, flanqueada por un establo, con el granero encima. En la era reinaba el silencio. Un viejo estaba inclinado sobre una hilera de coles en el huerto adyacente al edificio.

Marta se quedó al lado de la carroza mientras Marco y Chiara cruzaban la era, bañada por un pálido sol, y entraban en la cocina, cuya puerta estaba abierta.

—¿Quiénes son ustedes? —les preguntó en tono agresivo un hombre que estaba sentado delante de una botella de vino. Vestía una chaqueta y unos pantalones lisos de fustán, era joven, pero tenía ya la nariz hinchada y enrojecida propia de los bebedores habituales. El pelo, enmarañado, le tapaba los ojos.

—Soy un capitán de la guardia —dijo Marco a modo de presentación—. Tengo que ver a Lucia Segati.

—¿Qué ha hecho esa estúpida? Debe de estar en el establo, lleva allí al menos una hora para cambiar el lecho a los animales. La muy holgazana cree que aún trabaja de criada en un palacio, siempre con el mocosito pegado a las piernas.

Marco y Chiara se miraron con aire interrogativo mientras volvían a la era.

—Al menos está viva —observó Marco en voz baja.

En ese momento, salía del establo una mujer de edad indefinida y en avanzado estado de gestación. Empuñaba una horca en una mano y con la otra arrastraba contra su voluntad a un niño de unos dos años.

—Soy Lucia Segati —se presentó—. El hombre que han visto en la cocina es mi marido. —De cerca se veía que era joven, si bien la fatiga había marcado su cara. Se había recogido de cualquier manera el pelo negro en un moño alto—. Para servirle, excelencia —añadió amagando una reverencia,

como había aprendido a hacer en casa de los Corner.

¿Qué desgracias habían transformado a la que, en apariencia, había sido una criada agraciada en una mujer gris y envejecida antes de hora?, se preguntó Marco.

—Queremos hablar contigo de lo que te sucedió en casa de los Corner —dijo—. ¿Podemos ir a un sitio tranquilo?

—¡Lucia! —Se oyó la voz alterada del marido—. ¡Se ha acabado el vino! No te entretengas, que además hay que preparar el salvado para las gallinas.

La joven trajinó con torpeza en la cocina para servir al hombre y después acompañó a los visitantes al huerto. El viejo se acercó a ellos sin decir una palabra.

—Les presento a mi padre —dijo Lucia—. Insistió mucho para que me casara después de la desgracia. —Exhaló un suspiro.

—Cuando regresó a casa había perdido el honor y estaba embarazada —terció el viejo. Saltaba a la vista que se había repetido esa excusa muchas veces—. Momo dijo que estaba interesado en ella, era un jornalero, un hombre acostumbrado a trabajar, así que pensé que era lo mejor.

—¿Podemos empezar la historia desde el principio? —propuso Marco, que no estaba entendiendo nada.

Chiara lo interrumpió.

—¿Cuándo volviste a casa? —preguntó a Lucia.

—Hace más de dos años, en enero de 1750. Me había quedado embarazada. —Bajó la mirada—. Estábamos desesperados. Aunque los Corner me habían dado dinero para la dote.

—Fui a Venecia —la interrumpió su padre—. Quería que el desgraciado que la había seducido se casara con ella, como hacemos nosotros. No me recibieron, los muy arrogantes. Grité incluso delante de la casa de su amigo, el tal Barbaro, pero allí tampoco me hicieron caso.

Marco sonrió al imaginar al primogénito de los Corner aceptando a una criada como esposa.

—¿Qué hicieron con la dote? —insistió Chiara. Quería tranquilizar a los dos antes de pasar a las preguntas más delicadas.

—Eran bastantes ducados —contestó el viejo. Se rascó la cabeza y alargó una mano para hacer una tosca caricia al niño, que no soltaba la falda harapienta de su madre—. En primavera era evidente que Lucia estaba embarazada y la gente murmuraba. Momo vino a vernos, se ofreció a casarse

con ella y a dar su apellido al niño. Era un jornalero más pobre que las ratas, pero el dinero de la dote nos daba para alquilar al menos este terreno, que es de los padres barnabitas, y para comprar también las herramientas necesarias para trabajarlo, además de los animales. Convencí a Lucia y se casaron.

—¡Una buena boda! —comentó la joven—. Nada más casarnos, Momo dejó de trabajar y ahora se pasa el día bebiendo. Mi padre y yo debemos hacer todo el trabajo, incluso en estas condiciones. —Se tocó la barriga prominente—. Y al niño jamás lo acaricia.

—Luciaaaa... —Se volvió a oír la voz ronca de Momo—. ¡Deja ya de perder tiempo! ¡Tenemos que trabajar!

Marco se volvió y se dirigió con paso firme hacia la cocina.

—Escúchame bien —exclamó aferrando a Momo por la chaqueta y alzándolo de la silla—. Estás obstaculizando la labor de la justicia y te puedo meter en la cárcel por eso. —El joven palideció y se puso a temblar—. Pero eso no es todo: si descubro que vives a costa de la dote de tu mujer, que te emborrachas, que maltratas a ella y al niño, te aplicaré la ley 348 del Gran Consejo y pasarás el resto de tu vida remando en las galeras. ¡Recuerda que de ahora en adelante te vigilaré sin que te des cuenta!

Había hablado en voz alta, de forma que Chiara lo miró con aire inquisitivo cuando se acercó de nuevo a él.

—Me he inventado una ley —explicó Marco en voz baja riéndose—. No existe, pero debería existir, ya verás cómo, en cualquier caso, funciona.

Era hora de abordar la cuestión que los había llevado hasta allí.

—¿Qué te pasó exactamente en casa Corner? —preguntó Chiara.

La joven rompió a llorar.

—¿Por qué vienen ahora a hacerme esas preguntas?

Marco le contó que Corner y Barbaro habían sido asesinados y que se estaba llevando a cabo una investigación.

—No pensaré que hemos sido nosotros —imploró el viejo aterrorizado.

—Por supuesto que no —lo tranquilizó Pisani, quien, en cambio, sí que lo había pensado—. Pero todo lo que averigüemos sobre el comportamiento de Corner y de Barbaro puede ayudarnos, así que nos gustaría saber qué le ocurrió —concluyó dirigiéndose a Lucia.

—Muerto —murmuraba Lucía como si estuviera hablando sola—. Piero Corner ha muerto. —Acarició al niño de forma instintiva.

Marco vio entonces los pómulos altos y la nariz aristocrática de Francesca Corner en la cara del pequeño. Ahí estaba el hijo varón que Piero

no había podido tener con su mujer, pensó.

—Hacía tiempo que el señorito Piero me había echado la vista encima —prosiguió Lucia enjugándose una lágrima—. Alargaba las manos cuando pasaba cerca de él, me abrazaba en la cocina, cuando no había nadie, e intentaba besarme, ese tipo de cosas. Nunca le hice caso, sabía que algunos amos se aprovechaban de las criadas jóvenes y que debía tener cuidado. Por la noche me encerraba con llave en mi habitación, pero una noche, a mediados de noviembre, oí unas risas fuera de la puerta. Reconocí al señorito Piero y a su amigo Barbaro, parecían borrachos. Después la llave giró en la cerradura: habían encontrado una que servía. Me refugié bajo las sábanas. — Lucia se echó a llorar.

Chiara la abrazó en un gesto espontáneo.

—¿Quieres que hablemos solas?

—No, no, se me pasará enseguida. Estaba sola contra los tres, porque Biagio, que siempre me había dado un poco de miedo, iba con ellos. «Ya sabes lo que quiero, ¿te ha contado tu madre lo que hacen los hombres con las putitas como tú?», dijo Corner. Yo no sabía nada. Me puse a gritar, pero Biagio me tapó la boca mientras Barbaro me desnudaba. —Al recordar la escena Lucia se ruborizó, pero tuvo valor para continuar—. Después, Corner se abalanzó sobre mí mientras sus amigos me sujetaban. Yo lloraba. «No olvides que, si vas y se lo dices a alguien, sobre todo a mi madre, haré que encuentren unas cuantas joyas en tu habitación y te enviaré a la cárcel por ladrona», me dijo al final.

—¿Sucedió solo esa vez? —preguntó Marco.

—Por desgracia, no —admitió la mujer bajando la mirada—. A partir de entonces, Corner empezó a visitarme cada tres o cuatro noches. Cuando supe que estaba embarazada, no pude resistirlo más. «A saber de quién es el niño. Todos saben que sales de noche con los gondoleros», dijo él. Así que me armé de valor y le conté todo al ama.

«Y la señora Corner que decía que no sabía nada», pensó Marco.

—¿Qué dijo ella? —preguntó en voz alta.

—La señora no me pareció muy sorprendida. Me soltó un pequeño sermón, como si yo tuviera la culpa, luego me dio dinero y me dijo que me fuera. Así que me tuve que contentar con Momo, que ahora no hace otra cosa que beber.

—Estoy seguro de que de ahora en adelante se portará mejor —la consoló Marco.

—Lucietta, ¿has tenido alguna vez una capa de color rojo escarlata?

Lucia abrió sorprendida los ojos al oír la pregunta.

—¿Yo una capa escarlata? Jamás. Son demasiado caras para mí.

Al volver a la era, encontraron a Momo tirando en el estercolero la paja sucia que había sacado del establo.

—Estás cansada, Lucia —dijo a su mujer—. ¿Quieres sentarte en la cocina mientras acabo de trabajar?

Marco lo miró con aire severo.

—Recuerda que te vigilaré. ¡A la primera nos vemos en la cárcel!

Capítulo 17

En el viaje de vuelta, el *burchiello* estaba casi desierto, solo dos mercaderes jugaban a las cartas en un rincón, a la luz de una vela. El tiempo seguía siendo bueno, pero se había levantado un viento gélido que penetraba por los resquicios de la cabina. Aun así, Chiara prefirió envolverse en su abrigo de piel y salir a popa para respirar el aire del río. Marta se arrebujó en su capa y se quedó sentada al lado de Marco.

—Quiero a esa chica como si fuera mi hija. —La anciana rompió el silencio de repente, como si estuviera pensando en voz alta—. Su padre me rogó que la cuidara cuando estaba agonizando. Por lo demás, la crié yo, así que debe creerme, excelencia, no hay otra igual.

Marco sonrió al oír el ingenuo alegato y quiso satisfacer una curiosidad que lo atormentaba desde hacía tiempo.

—Reconozco que Chiara es una mujer excepcional, pero ¿por qué no se ha casado?

Marta suspiró.

—Acaba de ver, excelencia, cómo ha acabado la pobre Lucia... ¿y me lo pregunta? Mi Chiara tiene veinticinco años, es una mujer independiente, instruida, rica. Está acostumbrada a hacer negocios con una clientela internacional, ha viajado y, dado que tiene un taller propio, es miembro de pleno derecho del gremio de tejedores, administra su dinero como quiere, dibuja ella misma los estampados de las telas, en fin, que es dueña de todo. Usted sabe mejor que yo que si se casara lo perdería. El dinero, los negocios, las relaciones con el gremio, todo pasaría a su marido. A Chiara no le faltan los pretendientes, desde luego, algunos grandes comerciantes y varios dueños de tiendas de lujo hacen cola para pedir su mano, pero ella no necesita un hombre. —Se rio y añadió—: Imagínese, excelencia, que un viudo riquísimo que comercia con seda en Oriente se ha prendado hasta tal punto de mi Chiara que cada dos o tres meses le envía un ramo de flores y una joya:

collares de perlas, pulseras, agujas, todo de gran valor.

—¿Y Chiara? —preguntó Marco con la voz alterada.

Marta se arrebujo aún más en la capa.

—Se lo devuelve todo acompañado de una nota amable, por supuesto: no quiere estar en deuda con nadie.

Marco sentía celos al pensar en los pretendientes de Chiara.

—¿Nunca se ha enamorado?

—¡Jamás! —aseguró el aya—. Esos mercaderes están muy por debajo de ella, son demasiado materialistas.

Marco pensó en la familia de Maddalena Santelli, que había puesto los ojos en su amigo Daniele, y convino que Chiara no podía entrar en un círculo similar, pero él no era comerciante ni codiciaba dinero, sus ideales eran elevados, como los de la joven, y sentía por ella algo que había llegado a pensar que no volvería a sentir, pero ¿ella le correspondía?

Chiara también parecía pensativa cuando volvió a la cabina.

—Pero yo vi el cuerpo de una mujer —murmuró—. Iba envuelta en una capa escarlata, aunque tenía el pelo rubio y Lucietta es morena. Y nunca ha tenido una capa de ese color.

—¿Estás pensando en tus visiones? —preguntó Marco.

—¡Qué raro! La mujer que se me apareció no era Lucia Segati. Eso significa que hay otra joven involucrada en este asunto.

—No creo —replicó Marco—. Lucietta está viva, quizá te equivocaste. Puede que vieras el momento en que la violaron.

—No —se obstinó Chiara—. Había un cadáver, un cuerpo que debía ser enterrado. Siento esas cosas. Pero bueno, tú debes venir a mi casa a recoger la cuerda del asesino.

Marta se entrometió.

—Sé en qué estás pensando. Quieres provocar otra visión. No te lo permitiré, es peligroso. Tarde o temprano te pasará algo malo.

—Solo lo haré una vez más, Marta —insistió Chiara—. Se me escapó algo, tengo que ir hasta el fondo. —Dio un fuerte beso a la anciana en la mejilla.

Nani había cumplido con su deber. Mientras remaba vigorosamente en la laguna, desde Fusina hasta la parroquia de los jesuitas, donde vivía Chiara, contó a Marco lo que había averiguado.

La madre de Biagio, que no gozaba de gran simpatía en el vecindario,

tenía una *furàtola*, un tugurio mugriento donde servía vino de la peor calidad, además de sopa y pescado frito por la noche. Luego, de buenas a primeras, hacía cosa de un año, en junio de 1751, se había instalado en un bonito local en el muelle del Megio, los graneros de la República, justo detrás del *fondaco* de los turcos. Sus conocidos, a los que Nani había interrogado con mucha circunspección, no se explicaban de dónde había sacado el dinero.

La historia coincidía con lo que les había contado Vannucci, el espía de los inquisidores, y con lo que Marco había oído durante la comida en casa de los Santelli. Era casi seguro que el dinero procedía de los bolsillos de los Corner, pero no estaba claro por qué favores Biagio había sido recompensado con tanta prodigalidad.

Nani había ido a la taberna, pero no había visto a nadie que pareciera el hijo de la dueña y había preferido no hacer preguntas.

El salón de Chiara era alegre y acogedor. Mientras Marta trajinaba en la cocina preparando el chocolate, los dos jóvenes entraron en él. La cuerda seguía allí, a los pies del sillón, como si nadie se hubiera atrevido a tocarla.

—¿Qué piensas hacer? ¿No te da miedo provocar de nuevo una visión? No sabemos qué fuerzas se ponen en movimiento —dijo Marco preocupado—. Te lo ruego, Chiara, no lo hagas. Soy yo el que debe descubrir cómo murieron esos dos, no quiero que corras ningún riesgo.

—Sí —admitió la joven—, quizá no debería repetir la experiencia tan pronto, pero siento que se me escapó algo. Tengo que cruzar de nuevo el confín. —Se sujetó la cabeza con las manos como si quisiera concentrarse mejor—. Tengo que captar algún elemento más, algo que te ponga en el buen camino —continuó—. Relájate y vacía la mente como la otra vez.

Mientras Marco se sentaba en el sofá, Chiara apagó las velas, de manera que el fuego de la chimenea fuera lo único que iluminaba la habitación. Esta vez no se sentó. Agarró la cuerda y empezó a pasear en la penumbra, inquieta.

—¿Ves? —susurró a Marco—. No hago nada para atraer..., ¿cómo puedo llamarla? ¿La memoria de las cosas? Me limito a estar aquí, preparada, por si alguna fuerza desconocida se manifiesta.

En esta ocasión la espera fue larga, de hecho, a Marco le pareció interminable. La atmósfera era extraña. Solo se oía el chapoteo de las olas en el canal cercano y los tacones de Chiara, que recorrían la habitación.

De improviso, esta se sobresaltó y se dejó caer en el sillón que estaba

delante del fuego. Las llamas se elevaron formando unas lenguas rojizas que parecían emitir unos lamentos desgarradores.

Marco estaba turbado, se dio cuenta de que también se había quedado como hechizado, Chiara estaba pálida, se había contraído y retorció la cuerda entre los dedos con movimientos convulsos. Se llevó la mano a la garganta, como si se estuviera ahogando, y lanzó un grito.

La luz oscilaba, los lamentos se volvieron a repetir, esta vez más débiles. Chiara tenía la cara surcada de lágrimas.

¿Qué estaba sucediendo? Marco no podía interrumpir la visión, pero cada vez estaba más asustado, se había quedado rígido como un palo, con el pecho inclinado hacia delante. El tiempo parecía haberse detenido. Con los ojos muy abiertos, Chiara tendía hacia delante las manos como si estuviera implorando piedad. La cuerda había resbalado al suelo y parecía que se estuviera retorciendo sola como una serpiente.

Tras un largo estremecimiento, Chiara volvió en sí y miró alrededor con aire extraviado, deteniéndose en particular en los objetos familiares, tras lo cual cayó al suelo y lloró de forma incontenible.

Marco se precipitó hacia ella para levantarla y la meció. Los sollozos de ella se recrudecían.

Marta llegó en ese momento, abrazó a su niña y, con la ayuda de Marco, la llevó a la cama.

—¿Qué ha pasado, cariño? No deberías haberlo hecho, era demasiado pronto.

—No lo sé —balbuceó, por fin, Chiara—. Ha sido terrible, creí que iba a morirme. —Marta le hizo beber un sorbo de agua—. Ahora déjame a solas con Marco —imploró.

Pisani no se atrevía a preguntarle qué era lo que la había asustado tanto, de manera que fue Chiara la que rompió el silencio.

—La visión era nítida y parecía que no iba a acabarse nunca. Jamás he visto las cosas con tanta claridad. He vuelto a ver a esa joven, Marco, pero no era Lucia: he vuelto a ver su melena rubia. Va envuelta en una capa de paño de color escarlata, escarlata veneciano. Detrás de ella hay una iglesia de estilo oriental, parece San Zaccaria. —Se detuvo para beber otra vez mientras Marco le mantenía la cabeza levantada y aspiraba el aroma de su pelo—. Le hacen daño, mucho daño, y ella grita, gime. Después muere. Marco, siento que está muerta y que hay que enterrarla; el rojo es también el rojo de la sangre. Luego he visto un barco de repente, sabía que procedía de Levante y

he oído que alguien pedía auxilio.

—Ahora duerme, pequeña —murmuró Marta entrando en la habitación—. Dejémosla reposar un poco —añadió dirigiéndose a Marco—. Sígame, excelencia.

Lo condujo al salón para servirle el chocolate.

—Chiara tiene unas dotes extraordinarias y quiere ayudar a la gente —dijo—. No me entrometo cuando prepara infusiones y pócimas, pero cuando evoca a los espíritus siempre tengo miedo.

—¿De verdad son los espíritus?

—No lo sé, dice que ve fragmentos de realidad, que tiene visiones fugaces.

—Sí, me lo ha contado.

—Sea como sea, no se inventa nada, entra en comunicación con algo misterioso y eso me asusta. Por lo general sucede de repente, ¡espero que ahora no le dé por provocarlas! Ni siquiera ella sabe qué fuerzas se ponen en movimiento.

La vieja dio un largo sorbo a su bebida y se quedó un momento pensativa.

—Pero lo peor es cuando tiene una premonición —continuó—. Porque mi Chiara no solo consigue reconstruir el pasado, a veces, con menos frecuencia, prevé el futuro y, si ve que va a suceder una desgracia, hace todo lo posible para evitarla. Dice que el destino existe, pero que los hombres pueden cambiarlo, porque Dios les ha concedido el libre albedrío. Qué cosas tan complicadas, ¿verdad, excelencia? Para poder vivir en esta casa he tenido que acostumbrarme a los misterios. ¿Sabe que todas las mujeres de la familia tienen ese don?

Marco escuchaba con avidez las palabras de Marta, que le revelaban en cierta medida la atmósfera mágica que rodeaba a Chiara.

—Me lo ha dicho —respondió.

Al aya empezaban a gustarle las confidencias.

—Yo servía ya a los Renier en tiempos de la abuela y de la madre de Chiara —prosiguió—. ¡Si supiera cuántos casos resolvieron! Una vez, por ejemplo, se perdió el hijo de la panadera. La abuela de Chiara le dijo que estaba en un islote de la laguna y al final resultó que era verdad. Se había escondido en una barca, había bajado de ella sin ser visto y no podía volver. Si no lo hubiéramos encontrado se habría muerto de frío. Otra vez, la madre

de Chiara tuvo una visión y dijo a la esposa del médico que su marido, que había desaparecido, estaba debajo de un puente. Por desgracia, lo encontraron muerto. En otra ocasión, el mercader Bembo no lograba recordar dónde estaba el testamento de su padre, que había muerto de repente. Chiara le dijo que lo había guardado debajo de un ladrillo del desván. No sabe cuántas cosas podría contarle. Pero bueno, ¿le sirve lo que Chiara ha averiguado invocando al misterio?

—Aún no lo sé —reconoció Marco sacudiendo la cabeza—. Si lo que me ha dicho esta noche es cierto, debo volver a empezar desde cero.

Llegó a su casa muy tarde. En su despacho solo lo esperaba Platone, que dormía sobre dos cartas selladas que alguien había dejado encima de su escritorio.

Marco apartó al gato, que emitió un sordo gruñido, y abrió la primera. Era de Zen: «He preguntado por Paolo Labia en los sitios que frecuenta: Barbaro, la farmacia y los cafés. Por lo visto hace tiempo que nadie lo ha visto».

La segunda carta emanaba un aroma intenso y muy vulgar. Estaba dirigida al *avogadore* Marco Pisani. Iba acompañada de una nota en la que el secretario Tiralli le explicaba que había considerado oportuno llevarle la carta a su casa.

—Mira, querido Platone —adivinó Marco rompiendo el sello—, un típico ejemplo de carta anónima veneciana —leyó en voz alta—: «Si quiere seguir la buena pista, busque al que desapareció en Castello». ¿Eso es todo? —preguntó Pisani a su gato—. Si es correcto lo que me han comunicado esta noche los espíritus y si la carta dice en alguna medida la verdad, temo que tendré que ampliar las pesquisas para descubrir al asesino de Corner y Barbaro. Ya, pero ¿en qué dirección?

Platone se había acercado a la carta y la estaba olfateando.

—Qué perfume más vulgar, ¿verdad? ¿Quién usará un perfume así? ¿Podría ser una cortesana? En ese caso, será una barata. A ver, ayúdame: ¿hay alguna cortesana involucrada en este asunto? Por su puesto que la hay: la amante de Barbaro, Lucrezia Scalfi, con la que debería haber hablado otra vez si no fuera porque los acontecimientos me han llevado por otro lado. Apuesto a que se pondrá en contacto conmigo. Si lo hace, eso significará que se me ha escapado algo. Pero no tiene importancia, querido Platone: mañana pensaré en las preguntas que debo hacerle y seguro que me dice todo lo que

sabe.

Capítulo 18

El tiempo había cambiado de repente. El viernes había amanecido en una ciudad envuelta en la niebla. Una niebla tan densa que las casas, los palacios y los puentes parecían sombras confusas, fantasmas que se erigían en los muelles de los canales de los barrios de Dorsoduro y Santa Croce, mientras Marco y Daniele los surcaban en dirección a la taberna de Biagio Domenici.

—Pasa por detrás de San Giacomo y atraca en el muelle del Megio —ordenó Zen a su gondolero, Bastiano, asomándose desde la cabina.

Los dos amigos viajaban en la embarcación del abogado, porque a media mañana Nani debía desempeñar el delicado encargo de entregar a Chiara un ramo de flores y una carta en la que Pisani se interesaba por su salud. Por la tarde, en cambio, debía averiguar dónde se escondía Paolo Labia.

—Cuéntame qué sucedió ayer —prosiguió el abogado—. ¿Cómo va con Chiara? ¿Encontrasteis a la criada de los Corner que desapareció?

Marco ignoró la primera pregunta y habló largo y tendido de Lucietta, de la violencia que había sufrido cuando trabajaba para los Corner y de la arrogancia de su marido, con el que había cometido el error de casarse.

—Piensa que su hijo es el vivo retrato de su abuela, Francesca Corner —concluyó—. Es el hijo varón que Piero no tuvo y que jamás sabrá nada sobre su verdadero padre. Imagínate qué destino: el descendiente de un Corner de la Ca' Granda matándose a trabajar en el campo como un pobre campesino.

—Dos víctimas predestinadas, él y su madre —comentó Zen—, pero al menos están vivos.

—Sí, pero nosotros hemos vuelto al punto de partida. Si queremos resolver los dos asesinatos, debemos apresurarnos. Ese grupo de sinvergüenzas se está deshaciendo: dos han muertos y no se sabe nada del

tercero. Solo podemos interrogar a Biagio para saber en qué estaban involucrados. Ojalá el asesino no le esté dando caza como nosotros.

La taberna Domenici, situada en el muelle del Megio, era un local amplio y pretencioso. Dado lo temprano de la hora, de las treinta mesas que había en el interior solo unas cuantas estaban ocupadas por una extraña fauna: albaneses ataviados con unos voluminosos pantalones bombachos, esclavos altos y musculosos, comerciantes de pimienta y jengibre procedentes de Oriente Medio, de tez oscura, y turcos, que en Venecia compraban telas de Flandes y lanas inglesa, gente que vivía y frecuentaba el *fondaco* vecino, alrededor del cual gravitaban los negocios. En la barra había tanto jarras de vino para los clientes cristianos como zumos de fruta para los musulmanes. Una joven alta y de formas generosas corría de los fogones a las mesas con platos de pescado frito, que en Venecia se comía a cualquier hora, y un hombre corpulento de mediana edad, al que la camarera llamaba Lele, lavaba vasos en una gran pila de piedra.

Daniele se dirigió a él:

—Soy el abogado Zen. Me gustaría hablar con Biagio.

—Biagio no está —dijo el hombre sin alzar la mirada—. ¿Por qué lo busca?

—Se trata de un asunto privado. ¿Dónde podemos encontrarlo?

Lele se rascó la cabeza con expresión perpleja.

—A decir verdad, todos nos preguntamos dónde se habrá metido. Hace una semana que no lo vemos. Aunque no lo echamos de menos, desde luego. Por lo general, pasa todo el día aquí, bebiendo y armando camorra con los clientes, jugando a las cartas o molestando a las mujeres. ¡Todo menos echar una mano cuando hace falta! Pregúntenle a su madre dónde está, suponiendo que lo sepa. —Luego, como si lo hubiera asaltado un pensamiento repentino, añadió guiñando los ojos—: ¿Por qué lo está buscando un abogado? ¿No será que le espera una herencia? Ya, la fortuna llama siempre a la puerta de los que no la merecen.

—¿Dónde está su madre? —insistió Daniele armándose de paciencia.

—¿La señora Maria? A esta hora estará aún en la cama. Esperen, ahora pediré a alguien que les acompañe. ¡Pina! —gritó dirigiéndose a la trastienda, de la que asomó una muchachita, poco menos que una niña, ataviada con un delantal manchado y el pelo cubierto por un pañuelo—. Acompaña a los señores a casa del ama, Pina, pero antes asegúrate de que está despierta,

porque si aún sigue durmiendo luego no habrá quien la aguante.

—Si duerme, la despertaremos nosotros —resopló Marco, harto de tanto esperar.

Los dos amigos dejaron al gondolero Bastiano bebiendo un vaso de vino y siguieron a la niña por la escalera que unía el local con las habitaciones del piso de arriba.

Pina llamó con timidez a una puerta. A modo de respuesta les llegó desde el otro lado una retahíla de improperios.

—¿Quién demonios viene a incordiar a esta hora? —Era una voz femenina ronca—. Como seas tú, Pina, me lo pagarás, maldita sea, ¡a ver si te partes el morro en la escalera una de estas mañanas! —Un ataque de tos interrumpió los insultos.

Marco abrió la puerta sin pensárselo dos veces y entró en la habitación, que estaba en penumbra. Se arrepintió enseguida, porque al hacerlo lo embistió un tufo a sudor, efluvios alcohólicos y orina rancia.

—Abre la ventana —ordeno a la criada, que se apresuró a obedecerle, subyugada por el tono de voz del magistrado, que era más imperioso que el de su ama.

—¿Quiénes sois? —chilló una forma indefinida bajo las sábanas—. ¿Cómo os atrevéis a entrar en la habitación de una señora? ¡Llamaré a la guardia!

—Soy el *avogadore* Pisani —se presentó Marco—, y el señor que me acompaña es el abogado Zen. Tengo que hablar con usted de algo serio, así que levántese y no me haga perder tiempo.

El nombre del *avogadore* hizo emerger de las mantas una cofia por la que asomaban unos mechones ralos y rubios, a continuación, apareció una cara pálida y arrugada en la que destacaban una nariz aguileña, dos ojos penetrantes rodeados de unas profundas ojeras y una boca sutil. La sonrisa, seductora, dejaba a la vista una hilera de dientes estropeados.

—Disculpe, excelencia, no sabía... Me encuentra así... En diez minutos estoy con usted.

—Me temo que Biagio ha escapado —comentó Daniele mientras aguardaban en el rellano.

—Al menos oiremos lo que su madre tiene que decir —replicó Marco—. ¡Menuda bruja!

Maria Domenici los recibió envuelta en una pretenciosa bata de

terciopelo llena de manchas y sentada en un sillón dorado. Le había dado tiempo a ponerse una peluca rubia, que debía de haber conocido tiempos mejores, y a pintarse la cara: sus pómulos rojos contrastaban con la palidez de su piel. Además, se había pegado un lunar encima del labio superior y lucía dos grandes anillos en la mano derecha. Encima de una mesita había tres vasos y una botella de vino tinto.

La habitación era espaciosa y, pese a que aspiraba a ser sofisticada, en ella reinaba un gran desorden. Al ver la cama deshecha, la ropa apilada en una silla, los restos de comida y las botellas de vino que había encima de una mesita, debajo de la ventana, los visitantes hicieron una mueca de disgusto.

La mujer señaló el sofá con un amplio ademán.

—Si los señores quieren acomodarse... ¿Puedo servirles un poco de este magnífico borgoña? —Tras ver que los dos amigos lo rechazaban, llenó su vaso y se lo llevó de inmediato a los labios.

—Señora Domenici —dijo Pisani—, hemos venido a ver a su hijo Biagio.

—Ah, mi querido Biagio —gorjeó la mujer sonriendo con afectación—. Lo siento, pero no está en este momento. Ha salido de viaje, asuntos de negocios. Aquí siempre hay mucho que hacer y él trata con los proveedores, entretiene a los clientes, en fin, es responsable del local que, como habrán visto, tiene mucha clase.

—Lo hemos visto, sí. Supongo que sabrá dónde podemos encontrar a su hijo.

—Lo siento mucho, pero no tengo la menor idea de dónde está. Va y viene sin decirme nada. No puedo ayudarle, excelencia. —La mujer hablaba de forma artificiosa, pero su mirada no se despegaba de sus interlocutores.

Marco perdió la paciencia.

—Señora, ¿ha entendido quién soy yo? ¿Ha entendido que puedo ordenar a la guardia que busque a su hijo por toda Venecia y que me lo traiga a la sala de interrogatorios del Palacio Ducal? Además, debe saber que no he venido para pedirle que me ayude, sino para salvarlo de un grave peligro.

—¿Mi hijo, la guardia? Pero ¿por qué? Es el chico más bueno del mundo. No ha hecho nada malo. Imagínese que aún vive con su madre. Es el mejor hijo que podía desear —diciendo esto pellizcó un poco de tabaco y lo inhaló de buena gana.

«Bonita manera de desayunar», pensó Pisani.

—Si se niega a hablar, señora, asumiré una gran responsabilidad —

continuó—. Y quizá luego se arrepienta amargamente. Pero, dígame, ¿cómo consiguió abrir este «local tan elegante»?

—De forma honesta, ¿en qué está pensando? —dijo en tono resentido la mujer alzando la cabeza con orgullo—. Ya le he dicho que mi hijo es un buen chico, se hace querer. Fue secretario durante varios años de un gran señor y este le recompensó regalándole el local.

—Según me han dicho, su hijo era el gondolero de Piero Corner, no el secretario.

—Gondolero, secretario, ¿qué más da? Era su hombre de confianza, iba con él a todas partes.

—¿Sabe lo que le ha pasado a Corner? Y al otro, al tal Barbaro, el que su hijo sirvió también hace años.

—Han muerto, pobres, un final espantoso. Pero ¿eso qué tiene que ver? —La mujer sacó un pañuelo de un bolsillo y se enjugó una lágrima de forma teatral. Con todo, parecía menos segura, la mano le temblaba un poco.

Pisani se inclinó hacia delante, mirándola a los ojos.

—La fuga de su hijo me hace suponer que usted sabe mucho sobre las dos muertes. Quizá su hijo sea el asesino.

—¡Menuda ocurrencia! —La vieja contrajo la boca en una expresión de ira y el lunar que tenía encima del labio se despegó y cayó al suelo—. ¡Cómo pueden pensar que mi hijo ha matado a sus amigos! Somos gente respetable, ¿qué se ha creído? Además, aunque hubiera querido, no habría podido hacerlo. —Se repuso—. Las noches en que se cometieron los delitos, las dos, Biagio estuvo aquí jugando a las cartas. Lo vieron decenas de personas.

—En ese caso, si es inocente, él también corre peligro y lo sabe, porque se ha escondido. Si nos dice dónde está, le hará un gran favor.

La señora Domenici desvió la mirada, vaciló, se veía a la legua que estaba combatiendo consigo misma. Jugueteadó absorta con la tabaquera.

—No lo sé, de verdad —dijo al final, exhalando un suspiro y bajando la mirada. El instante de vacilación había pasado—. Haría lo que fuera por el bien de mi hijo.

—¿Es el único que tiene? —terció Daniele para cambiar de tema—. ¿Dónde está su padre?

Fue como abrir el dique de un torrente.

—Es lo único que tengo —declamó la mujer con el tono de quien ha repetido las mismas palabras un sinnúmero de veces—. Es hijo de un gran señor, un aristócrata de Verona, ¿qué creen? Yo era joven y muy guapa —recalcó

esbozando una sonrisa coqueta—. Él venía a menudo a Venecia por asuntos de negocios, juraba que me quería y me prometió que se casaría conmigo, que celebraríamos una gran boda. A pesar de que aún no había conocido a sus padres, sabía que estaban preparando una ceremonia magnífica. Le escribí que estábamos esperando un hijo y, un mes después, una mañana, lo recordaré mientras viva, vino a verme un amigo suyo de Verona para decirme que él había muerto de repente de una enfermedad fulminante. Me contó que había expirado pronunciando mi nombre. Me dio también un poco de dinero, pero yo me quedé sola y embarazada.

Marco y Daniele se miraron. La mujer se enjugó una lágrima, se sonó la nariz y retomó su relato:

—Todos me aconsejaron que fuera a una de esas..., a una de esas comadronas, que ella solucionaría el problema, pero yo tenía demasiado miedo, así que me quedé con Biagio. He sido una buena madre, ¿qué creen? He trabajado mucho para criarlo, incluso en cosas humildes.

—Usted tenía una *furàtola* —la interrumpió Daniele.

—Sí, pero apenas ganaba lo necesario para mantenerme, de forma que Biagio tuvo que entrar a trabajar para Barbaro, que apenas le pagaba, cuando aún era casi un niño. No obstante, su amo era un patricio y eso me gustaba, porque pensaba que mi hijo aprendería las maneras señoriales. En el fondo, Biagio también era hijo de un noble. Después tuvo la suerte de entrar en casa de los Corner y las cosas mejoraron. —La señora Domenici bebió otro largo sorbo de vino.

—¿Por qué Corner le regaló este local, que no deja de tener cierto valor, y que cuenta también con una vivienda, por lo que veo?

—Ya se lo he dicho, excelencia: Biagio se hacía de querer y su amo quiso recompensarlo.

—Pero lo despidió... —insistió Pisani.

—De eso nada, ¿quién se lo ha dicho? Dejó que disfrutara en paz del fruto de su trabajo.

—Suponiendo que su hijo esté de viaje de negocios, usted debe de saber cuándo piensa volver —dijo Marco antes de darse por vencido.

La vieja sacudió la cabeza.

—No lo sé. Solo me dijo que debía marcharse.

Era imposible sacarle nada más. La señora Domenici pertenecía al género de personas que, debido a la atávica desconfianza que los pobres sienten hacia los poderosos, no abren la boca ante las autoridades. Los dos

hombres se pusieron en pie y, exhalando un suspiro de alivio, bajaron a la taberna y fueron a la barra.

Lele se acercó a ellos secándose las manos en el delantal.

—¿Puedo invitarles a un vaso de vino en nombre de la casa? —preguntó observando con curiosidad a los señores que habían visitado a su ama.

—No queremos vino —replicó Daniele—. Pero al *avogadore* le gustaría saber algo. —Se volvió señalando a Marco.

—Antes nos has dicho que Biagio suele jugar a las cartas y armar camorra con los clientes —dijo Pisani—. Concéntrate y respóndeme con precisión: ¿con cuáles pasaba más tiempo?

Lele frunció el ceño, sacó un pañuelo grande de un bolsillo para enjugarse el sudor del cuello y carraspeó.

—Bueno —dijo—, el desgraciado al que han asesinado, el *barnabotto*, venía a verlo mucho.

—Marino Barbaro.

—Exacto. Jugaban a las cartas, bebían, pero creo que Barbaro venía sobre todo para comer gratis. De hecho, la señora se enfadaba cuando lo veía porque nosotros le servíamos, pero solo obedecíamos a su hijo.

Marco se quedó pensativo unos segundos.

—¿Pelearon alguna vez? —preguntó por fin.

—Ahora que lo dice —dijo Lele abriendo desmesuradamente sus minúsculos ojos—, recuerdo que a veces discutían. Hace cosa de un mes tuvieron una buena bronca. Por suerte la taberna estaba vacía y la señora dormía.

—¿Qué decían?

Lele se puso a la defensiva.

—No les escuché, porque estaba decantando el vino de los toneles, pero hablaban de dinero. Biagio decía que era demasiado poco, que podía pedir mucho más.

—¿Y Barbaro?

—Tenía unos folios en una mano y golpeaba la mesa con ellos. «Ni siquiera sé lo que son. ¡Si pido demasiado, no conseguiré nada!», decía.

Marco y Daniele se miraron con aire de complicidad. ¿Era los proyectos que Barbaro había sacado del Arsenal? ¿Significaba eso que Biagio estaba involucrado en el asunto? ¿Quién estaba interesado en dichos proyectos? ¿Un espía turco, como suponía el patrón Cappello?

—¿Con qué clientes hablaba más a menudo tu amo? —continuó Daniele.

El tabernero recorrió el local con la mirada, como si estuviera viendo la escena.

—Jugaba a las cartas con un albanés, además solía beber con un par de comerciantes austriacos.

—¿Algún turco?

—Sí, solía conversar con un turco, pero hace meses que no lo veo. Habrá vuelto a casa.

Daniele se inclinó hacia la barra.

—¿Un turco? ¿De qué hablaban? ¿Barbaro estaba con ellos? —insistió.

Lele cabeceó.

—No sé de qué hablaban. Se sentaban a una mesa apartada, a menudo los acompañaba Barbaro, y conversaban en voz baja. Pero, como ya les he dicho, hace tiempo que no he visto al turco, era un hombre rico y bien vestido.

—¿Cómo se llamaba? —terció Marco.

—¿Cómo quiere que lo recuerde? —dijo Lele con pesar—. ¡No! Un momento..., se llamaba... Ibrahim, Ibrahim Derali. Lo sé porque en una ocasión vino a buscarlo uno de sus compatriotas y traía el nombre escrito en un papel.

—¡Abre bien los ojos! —concluyó Pisani en tono de amonestación—. Si ese Ibrahim aparece manda enseguida a alguien a Palacio para avisarme e intenta retenerlo, haz lo que puedas hasta que yo llegue. Pero ¡procura que no sospeche nada!

Mientras salían, tras haber dejado a Lele estupefacto, Marco sintió que una manita se apoyaba con delicadeza en su brazo. Se volvió. Era la pequeña criada.

—La señora sabe dónde está su hijo —murmuró bajando la voz.

—¿Has escuchado detrás de la puerta?

—Yo..., sí, bueno, no, les he oído sin querer. La puerta tiene una grieta por la que se oye todo.

—¿Tú también sabes dónde está Biagio?

—Eso no, pero hace varias noches acompañé a un hombre a ver a la señora, oí que hablaban del amo y que ella decía: «Si eso es cierto solo le diré a usted dónde encontrarlo». Pero no le digan nada, por favor, o me matará a palos.

—¿Cómo era ese hombre? ¿Cómo consiguió hacer hablar a tu ama? ¿Dónde le dijo que está Biagio? —preguntó Pisani agitado.

La criadita frunció el ceño para concentrarse.

—Era un tipo alto y robusto y llevaba un abrigo viejo —recordó—. Mientras hablaba con la señora oí que agitaba una bolsa llena de monedas, que tintineaban. Por desgracia, en ese momento oí también unos pasos en la escalera y tuve que refugiarme en la buhardilla. Además, todo aquello no era asunto mío.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó Daniele rompiendo el silencio cuando regresaron al muelle del Megio—. ¿Entramos y sonsacamos a la vieja por las buenas o por las malas?

—No —contestó Marco—. Meteríamos en un lío a la cría y, dado lo astuta que es, la señora Domenici nos daría una dirección falsa y entretanto mandaría a alguien a buscar a su hijo para decirle que cambiara de escondite. Tampoco hace falta que los esbirros registren todas las fondas de Venecia: son casi cien, por no hablar de las habitaciones de alquiler. Los guardias tardarían semanas en hacerlo. Siempre y cuando Biagio siga en Venecia. Se me ha ocurrido otra manera de averiguar dónde está.

Fueron en góndola al Palacio Ducal. El sol trataba en vano de disipar la niebla, lo único que conseguía era crear una aureola amarillenta alrededor de los edificios, de manera que el gondolero Bastiano se las veía y se las deseaba para esquivar las demás embarcaciones, que parecían emerger de la nada en el Gran Canal.

Daniele rompió el silencio:

—Esta visita no ha sido del todo inútil.

—Nunca lo son. Ahora estamos seguros de que Biagio no mató a sus dos amigos. Aunque, a decir verdad, nunca hemos sospechado de él. No obstante, es extraño que su madre nos haya dado la coartada antes de que se la pidiéramos. Una coartada de hierro, según ella, ya que las noches en que se cometieron los dos delitos lo vieron un montón de personas. Podemos verificarlo. Además, ¿qué motivo podía tener Biagio para matar a Corner, la gallina de los huevos de oro?

—Al menos, ahora sabemos más cosas de esa banda de rufianes. Empecemos por Barbaro, el caballero venido a menos, dispuesto a cualquier bajeza, incluso al espionaje, para poder frecuentar la flor y nata de la sociedad y pagar sus vicios. El jefe era Corner, a quien su madre había

educado para conseguir todo lo que se proponía, no solo se consideraba superior a los comunes mortales, sino que tenía dinero más que suficiente para satisfacer todos sus deseos y procurarse cómplices.

—Por último, queda Biagio. —Pisani se arrebujo en la capa—. No debe de haber tenido una vida fácil: nació de un padre que desapareció en cuanto supo que iba a llegar al mundo y lo crio una madre borracha y con manías de grandeza. Esa mujer, ya lo has oído, no solo se cree las historias que se inventa, sino que además pretende que los demás se las crean también. Su hijo debió de crecer pensando que la verdad, la honradez y la rectitud son unos principios muy elásticos. Un criado ideal para amos disolutos. ¿Y el turco misterioso del que habló el tabernero? ¿Era el mismo que pasaba por delante de la casa de Barbaro? ¿El destinatario del material secreto del Arsenal? ¿Será la clave de todo? Además, Barbaro y Biagio pelearon porque no sabían cuánto dinero pedirle.

—Te olvidas de Paolo Labia. Al igual que Biagio, nadie sabe dónde está —consideró Daniele—. Según parece, temen la venganza de alguien. ¿Tendrán miedo de que Ibrahim los esté buscando?

Marco recordó la visión de Chiara: la joven rubia ensangrentada y envuelta en la capa de color escarlata, los gemidos y el gondolero, que podía ser Biagio. ¿Sería esa la pista que debía seguir? Fuera como fuera, por el momento era mejor callar.

—Esta mañana, antes de salir —prefirió responder—, pedí a Nani que entrara en las habitaciones de los criados de casa de los Labia, ya verás cómo no vuelve con las manos vacías. Puede que a esta hora esté cortejando a una criada guapetona para que le diga dónde se esconde su amo —concluyó riéndose.

Capítulo 19

La niebla se había alzado a mediodía y el frío era menos penetrante, pero debajo de los pórticos de las procuradurías, que por lo general eran un hervidero de gente, apenas había unos cuantos transeúntes: mujeres que salían de la iglesia de San Geminiano, mensajeros de las oficinas públicas, mendigos a la puerta de San Marcos. Faltaban diez días para Navidad y en ese periodo estaba prohibido enmascararse, organizar recepciones y jugar, de forma que el Ridotto había cerrado sus puertas. La ciudad estaba como suspendida, esperando las fiestas.

Pisani se dirigió a buen paso a su despacho y al entrar en secretaría vio a Maso, el aprendiz de Chiara que habían sido arrestado por error, esperándolo. De espaldas a una ventana, el joven se balanceaba incómodo sobre sus largas piernas.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó Marco esbozando una sonrisa.

Maso se puso como un tomate.

—Yo..., bueno, excelencia —dijo haciendo una torpe reverencia—, he venido para entregarle esta carta de parte de mi patrona.

¡Una carta de Chiara! Un rayo de luz en un día tétrico.

—¿Espera respuesta?

—No, yo, bueno, tengo que volver al taller.

Marco esbozó una sonrisa y le dio una palmada en un hombro.

—Ve, tranquilo. Entiendo que no te guste estar aquí. Ya me las arreglaré para enviarle la respuesta.

Maso se marchó aliviado y Marco entró en su despacho. La carta era breve: «Hoy debes ser muy prudente. Me he despertado con la sensación de que va a sucederte algo grave. No he tenido una visión, pero me siento inquieta. Ten cuidado, por favor», había escrito Chiara.

Las sensaciones de Chiara... Marco casi se alegró. De hecho, pese a su brevedad, la misiva reflejaba un vivo interés por él, además la investigación

llevaba demasiado tiempo estancada, de manera que cualquier giro inesperado sería bienvenido. Pero por el momento tenía bastantes asuntos pendientes. Llamó al secretario Tiralli y le dio órdenes precisas.

Mientras la máquina de la justicia se ponía en movimiento, fue al despacho de Zen. Tenían un par de horas para volver a examinar las actas de las declaraciones de los testigos.

Lucrezia Scalfi había esperado una hora antes de entrar en la sala de los interrogatorios del Palacio Ducal. Pasadas las doce del mediodía, mientras aún dormía a pierna suelta, unos fuertes golpes en la puerta la habían despertado. La criada había entrado como una exhalación, jadeando.

—¡Guardias, señora! ¡Han venido unos guardias! ¡La buscan a usted!

La mujer había bajado. El salón había sido invadido por una decena de hombres armados. Entre ellos había reconocido a Ignazio Beltrami, el tristemente famoso ujier del Tribunal de los Inquisidores.

—¿Qué hacen en mi casa? —le preguntó la mujer en tono desafiante, aunque la voz le temblaba.

—Vístete y acompáñanos. —La orden sonó seca y perentoria.

Un barco la llevó a las prisiones. Lucrezia sabía que no estaba arrestada, pero también que Beltrami solo intervenía cuando el asunto era grave.

Con el corazón en puño, recorrió acompañada de los guardias un sinfín de escaleras y pasillos hasta llegar al puente cubierto que atravesaba el *rio* de Palacio. Atravesaron una galería y varias salas y luego tuvo que esperar un buen rato en una antesala desierta, a solas con sus pensamientos.

Así pues, tuvo tiempo de hacer examen de conciencia. Lucrezia era, en esencia, una buena persona. Cuando era joven, había ejercido el oficio de forma decorosa, sacando dinero a sus acaudalados amantes, pero sin llegar a arruinarlos. Por aquel entonces tenía un bonito piso próximo a San Marcos, la mesa bien abastecida, vestidos suntuosos y joyas.

Creyendo que su belleza era eterna, no se había preocupado por el futuro. De esta forma, ahora que esta se había marchitado, ya no podía permitirse el lujo de elegir a sus protectores. Sabía de sobra que Barbaro y sus amigos eran unos canallas, pero le pagaban las cuentas y compartían sus gracias. No era quién para juzgarlos, habían acordado de forma tácita que ella no debía molestarlos y que su casa debía estar siempre a disposición de ellos.

De por sí, no tenía mucho que reprocharse. Si la habían llevado a Palacio con todos esos guardias, era, sin duda alguna, para interrogarla sobre

la muerte de Barbaro y Corner. Era consciente de que hacía ocho días se había mostrado reticente con el *avogadore* Pisani. Tenía que decidir si prefería callar o contarlo todo.

Porque tenía mucho que contar, vaya que sí. Los cuatro amigos no solo eran unos sinvergüenzas, además habían cometido un crimen del que nadie sabía nada. De hecho, sospechaba que las dos muertes estaban relacionadas con una venganza o con un ajuste de cuentas tardío.

Exhaló un suspiro y se levantó del banco en que estaba sentada para mirar por la ventana; la vista no la consoló mucho, porque la antesala daba a la prisión nueva, que estaba al otro lado del *rio*. Se arregló el pelo, ni siquiera le habían dejado tiempo para peinarse.

En el fondo, ¿de qué podían acusarla? ¿Le reprochaban, acaso, que no los hubiera denunciado? Pero si no la hubieran creído, ¿quién la habría protegido de esos bellacos? ¿De qué era culpable? ¿De haber ignorado un asunto que, en cualquier caso, no tenía remedio? Aunque, ahora que dos de ellos habían muerto y que no se sabía nada de los demás, podía hablar. Hacía tiempo que ninguno de los cuatro le había dado dinero y su principal preocupación era encontrar nuevas fuentes de ingresos.

Pero ¿y si la acusaban de complicidad? Quizá fuera mejor guardar silencio, con la justicia siempre era lo mejor. Por lo demás, se había comportado ya como una ciudadana responsable, había dado a los investigadores un indicio importante que los había puesto sobre la pista justa, aunque, ¿era de verdad la justa?

La puerta se abrió mientras se ajustaba una media en el tobillo, que seguía siendo fino. Dos soldados de la *Avogaria* la introdujeron en la sala de los interrogatorios. La habitación era sombría y sus paredes estaban revestidas de roble; la apertura que había a la altura del techo no era suficiente para iluminarla y un par de antorchas ardían en los rincones. En la luz vacilante se entreveía el perfil de la rueda de las torturas, que ya no se usaba desde hacía decenios, pero que no por ello dejaba de ser temible, y unas cuantas cuerdas que colgaban del techo.

Varias personas la estaban esperando: sentado en el centro de la cátedra que había en el estrado, Lucrezia reconoció al *avogadore* Pisani en calidad de magistrado. Él sí que sería un buen protector, aunque su expresión no presagiaba nada bueno. A su derecha estaba su amigo, el abogado que lo acompañaba a todas partes, y a su izquierda *Messer Grando*, el jefe de la

policía, ataviado con una toga negra. Como si se tratara del proceso a un reo de alta traición, los bancos laterales estaban ocupados por los escribanos, los secretarios y los oficiales de la guardia.

Messer Grandó tomó la palabra:

—¿Eres Lucrezia Scalfi, con domicilio en *salizàda* San Lio, parroquia de Santa Maria Formosa, prostituta de oficio?

El escribano empezó a escribir.

Impresionada por la escena, Lucrezia se quedó sin voz y tuvo que tragar saliva dos veces.

—Sí, pero no soy prostituta, jamás he hecho la calle, vivo de lo mío.

—¿Qué relación tenías con los difuntos Marino Barbaro y Piero Corner y con Paolo Labia y Biagio Domenici?

Messer Grandó estaba al corriente de los últimos acontecimientos.

—Eran amigos míos —admitió Lucrezia. Levantó la cabeza mostrando en la luz tenue la tela de araña de arrugas que surcaban su cara—. Se lo dije al *avogadore* Pisani en el primer interrogatorio. —La mujer se expresaba con cierta propiedad, fruto de los años que había pasado en los salones—. Venían a cenar a mi casa, a hacer solitarios con las cartas, a conversar.

Messer Grandó sonrió.

—Pero no dijiste cómo se llamaban. Te pagaban.

—Me ayudaban, eso sí, por lo demás, mi casa estaba a su disposición.

—¿Tu cama también?

—No sabía que fuera delito.

Pisani terció agitando un folio.

—¿Esta carta anónima es tuya?

Aún se percibía el perfume que emanaba la misiva.

Lucrezia no se esperaba el ataque y se maldijo por haberla escrito. De manera que la habían llevado al palacio por la carta; eso era lo que se conseguía por querer ayudar a la justicia, pero ¿cómo habían averiguado que era suya?

Puso una expresión de asombro.

—¿Qué es? ¿Por qué suponen que es mía?

Pisani bajó del estrado y la rodeó olfateando el aire.

—El perfume te ha traicionado. Es tuyo. Y ahora —añadió tras volverse a sentar—, ¿quieres contarnos qué significa? ¿Quién desapareció en Castello?

Marco estaba improvisando, no tenía la menor idea de lo que podía confesar la mujer. Se oía la pluma del escribano raspando el papel.

Lucrezia sacó un pañuelo de su bolso y se enjugó el sudor que perlaba su frente, a pesar de que la sala estaba helada. Le habría gustado poder sentarse, porque se sentía desfallecer y había palidecido. Comprendió que no tenía salida.

—Desapareció una joven —balbuceó al final.

—¿Cuándo? —insistió Pisani.

—Hace año y medio, pero..., por favor, dejen que me siente —imploró la mujer.

Obedeciendo a una señal de *Messer Grando*, un guardia le llevó una silla. Lucrezia tomó asiento. Pidió algo de beber y apuró el vaso.

—Y ahora cuéntanos todo —le apremió de nuevo Marco.

—Era el periodo de la feria de la Sensa, la Ascensión del año 1751, hace unos dieciocho meses. No recuerdo con exactitud el día, la feria dura dos semanas. —Se enjugó de nuevo la cara—. Era bien entrada la noche, oí unos golpes en la puerta, me asomé y vi que eran ellos, los cuatro. Los abrí yo, porque la criada estaba en casa de unos parientes. Cuando entraron, noté que estaban muy alterados, jamás los había visto así. Habían bebido, pero eso no era todo. Permanecieron un buen rato en silencio, echados en los sofás. Paolo Labia lloraba. Corner daba puñetazos a un cojín. Barbaro miraba al suelo con expresión sombría. El primero que rompió el silencio, lo recuerdo muy bien, fue Biagio. «Y ahora ¿qué hacemos?», preguntó. Piero Corner se levantó, me agarró un brazo y me obligó a volver a la cama.

Los presentes pendían de sus labios.

—Pero tú, claro, escuchaste a escondidas —la animó Pisani.

Lucrezia esbozó una sonrisa tensa.

—En la habitación de al lado hay un armario que comunica con el salón a través de una pequeña apertura, oculta por la tapicería. Se me ocurrió hacerla para echar un vistazo a la gente que viene a verme. Nadie la conoce.

—Precauciones de prostituta —comentó *Messer Grando* con acritud.

—Precauciones de mujer sola —replicó Lucrezia.

—Sigue. ¿Qué viste y oíste? —Marco estaba deseando saber la historia.

—Apenas los dejé solos empezaron a discutir —prosiguió Lucrezia—. «Yo me lavo las manos en este asunto. La culpa es vuestra. No tenéis sentido de la medida», lloriqueaba Labia. Corner replicaba: «¡Te divertiste igual que nosotros y ahora quieres echarte atrás!». Y gritó Barbaro: «¡Basta! Lo hecho, hecho está. Ahora debemos remediarlo para que no nos corten la cabeza. Somos aristócratas y ella era una plebeya, pero las leyes de Venecia no hacen

distinciones: está muerta y si nos arrestan nos ahorcarán, si escapamos, en cambio, nos condenarán al exilio. Hay que hacer desaparecer el cuerpo».

Lucrezia tembló al recordar.

—Estaba aterrorizada —continuó—. Comprendí que los muy imbéciles habían matado a una mujer y me arrepentí de haberlos escuchado, pero tenía miedo de que me descubrieran si salía de allí. Así que me quedé. De repente, Labia se enfadó con Corner y gritó: «¡Eres incapaz de controlarte. Con todas las mujeres que tienes, ¿debías atormentar justo a una que no quería?». Corner lo tumbó de un puñetazo y replicó: «¿Qué sabes tú de mujeres? Llevaba meses provocándome. Venía a casa a traer la ropa limpia, se inclinaba hacia mí, me sonreía. Se veía a la legua que se moría de ganas. Así que era normal que bromeáramos un poco cuando la vimos en la feria con su amiga. Después, cuando su amiga se marchó, pensé que había querido quedarse a solas conmigo». Paolo Labia se había secado la sangre que le salía por la nariz. «Pero cuando Biagio la agarró y le tapó la boca, ella se debatió.» Corner respondió: «Las mujeres se hacen de rogar, ya se sabe, a veces hay que forzarlas un poco».

El auditorio se había quedado en silencio. Habían imaginado de todo, pero no esa revelación repentina; de las palabras de la mujer se deducía que habían cometido un delito y que este seguía impune desde hacía mucho tiempo. Ese era el secreto que los cuatro amigos guardaban celosamente. Eran culpables de violar y asesinar a una pobre chica, uno de los crímenes más graves, que la ley castigaba con gran severidad.

—De manera que oíste que confesaban haber matado a una joven durante la fiesta. —Pisani se rehízo—. ¿La mataron en la calle? ¿Dónde está el cuerpo?

Lucrezia retomó su relato. Según había entendido, de una forma u otra los cuatro habían atrapado a la desgraciada en una calle oscura, apenas su amiga la había dejado sola. Luego a Biagio se le había ocurrido llevarla al picadero de Corner, un pequeño apartamento de soltero que no quedaba muy lejos de allí. En él había sucedido lo peor, con toda probabilidad habían violado a la joven y esta había muerto, no habían sido muy explícitos al respecto. De una forma u otra, se habían repuesto y habían ido a su casa para decidir cómo deshacerse del cadáver.

Mientras la mujer hablaba, Marco sentía aflorar un recuerdo que lo atormentaba, pero que no alcanzaba a ver con claridad. Por fin, le volvieron a la mente las palabras de Francesca Corner.

—Esa joven —exclamó—, ¿era la lencera que llevaba la ropa a la casa Corner y que un día desapareció?

Eso era lo que había dicho la dama para justificar la desaparición de su criada.

—Exacto —corroboró Lucrezia, deseando contar ya todo lo que sabía—. No dijeron su nombre, pero les oí decir que vivía en el barrio de Castello. Al final, Biagio tomó las riendas de la situación. A pesar de que era un criado, parecía el más lúcido de todos y prometió señalando a Corner y a Labia: «Yo haré desaparecer el cadáver, pero no lo haré gratis. Vosotros dos sois ricos y os resultará fácil encontrarme un buen acomodo.» Discutieron un buen rato, al final oí que Biagio había conseguido que le regalaran una taberna elegante y una renta para su madre y para él.

«El local que obtuvieron honradamente», pensó Pisani.

—¿Qué hicieron con el cadáver?

—No lo sé. Las últimas palabras de Biagio fueron: «Si borramos todas las huellas la gente pensará que huyó con alguien. El cuerpo está en la góndola, envuelto en la capa roja; yo lo esconderé, nadie lo encontrará jamás y no tendréis que preocuparos por él».

Las visiones de Chiara, la joven rubia envuelta en la capa de color escarlata, el gondolero, los gritos y los gemidos, todo encajaba. Pisani sintió un deseo repentino de ver a Chiara y de reflejarse en sus ojos transparentes.

El auditorio había enmudecido. Venecia era una ciudad tranquila, donde no eran frecuentes los homicidios tan feroces como aquel.

—Pero ¿por qué has callado durante tantos meses y ahora has escrito esta carta para darnos una pista? —preguntó Pisani intrigado—. Podrías haberlo contado todo en el primer interrogatorio.

Lucrezia suspiró.

—Ya se lo he dicho, excelencia, temía que me hicieran daño.

—Además eran tu fuente de ingresos.

La mujer fingió que no lo había oído.

—Bueno, últimamente han sucedido cosas extrañas, alguien quiere matarlos y tengo miedo de verme implicada.

—Es curioso —concluyó *Messer Grando*—. Buscando al asesino de Barbaro y Corner hemos descubierto que son culpables de un delito.

Lucrezia se había puesto en pie, el interrogatorio parecía haber terminado, pero Zen, que lo había escuchado todo con suma atención, tomó la

palabra por primera vez:

—Un momento, aún queda un cabo suelto —dijo dirigiéndose al auditorio—. Quizá la testigo sabe dónde se esconde Biagio Domenici.

Si, Biagio había escapado. Marco recordó el mensaje de Chiara, su sensación de que iba a suceder algo. Se alarmó.

—¡Habla! —ordenó a Lucrezia—. Biagio está en peligro, si sabes dónde se esconde, dínos dónde está, ¡debemos encontrarlo lo antes posible!

La mujer cayó en la cuenta de que, si la policía atrapaba a Biagio, este dejaría de ser una amenaza para ella.

—Sé que a veces, cuando debía huir de los que lo buscaban para hacerle pagar una de sus bromas, Biagio se refugiaba en una taberna.

—En Venecia hay casi un centenar. ¿A qué taberna te refieres? —gruñó Pisani.

—A la fonda del Principe —confesó Lucrezia, aún relucante—. Está en la Giudecca, detrás de la iglesia del Redentore.

—¡Rápido! —Marco se quitó la toga y la peluca—. Vamos a por él.

Estaba furibundo consigo mismo. El relato de Lucrezia lo había turbado y, de no haber sido por Daniele, se habría olvidado de preguntarle dónde se escondía Biagio.

Mientras la comitiva se disolvía, impartió las órdenes pertinentes.

—Cuatro guardias vendrán conmigo, tú también, Daniele. Tiralli, que preparen dos *bissone* de la *Avogaria*, las góndolas son demasiado lentas. Bajamos enseguida.

Messer Grando, dos escribanos y los oficiales estaban ya en la puerta. Lucrezia se había quedado de pie en medio de la sala.

—Tú también puedes irte —prosiguió Pisani—, pero no salgas de Venecia, porque seguramente tendremos que volver a interrogarte.

Lucrezia no se lo pensó dos veces, se escabulló de la sala, encontró sola la salida del Palacio y se perdió entre los callejones que había a espaldas de San Marcos.

Capítulo 20

Movidas cada una por seis remeros, las *bisnone* surcaban veloces las aguas de la cuenca de San Marcos en dirección a la isla de la Giudecca. Estaba anocheciendo y la gran mole de la iglesia de la Salute emergía de la niebla como un fantasma. Los timoneles trataban de esquivar las barcas de carga que se dirigían a atracar antes de que cayera la noche a los embarcaderos de la aduana y de los almacenes de sal.

Las barcas estaban descubiertas y Marco y Daniele, que viajaban a bordo de la primera, temblaron de frío.

—¿Por qué piensas que Biagio está en peligro? ¿A qué viene tanta prisa para salvar la vida de un asesino? —preguntó Zen.

—Porque debo comprender. —Pisani parecía pensativo—. Si la banda es culpable del asesinato del que nos ha hablado Lucrezia Scalfi, puede que Barbaro y Corner murieran a manos de alguien que quiere vengar a la víctima, de manera que los siguientes serán Biagio y Labia. Pero si los encontramos antes que el desconocido podremos arrestar a los dos, a Biagio por la muerte de la joven de la capa escarlata y al otro por la de Barbaro y Corner. —No quería confesar a Zen, al menos por el momento, que su inquietud, su urgencia, se debían a las premoniciones de Chiara y a sus dotes de vidente.

—Pero ¿por qué no indagamos antes sobre la víctima? ¿Quién era esa joven?

—Pronto lo sabré, ya he pensado en lo que debo hacer. Ahora, sin embargo, intentamos apresar dos asesinos a la vez. Luego me ocuparé de Labia. Esta noche debería saber dónde se esconde.

Daniele prefirió no insistir: pese a que la situación era confusa, Marcos parecía seguro de sí mismo. Notaba que su amigo parecía querer confiarle algo, pero dudaba, y sabía que en esos casos debía dejar que se tomara su tiempo.

Las barcas atracaron ante la iglesia del Redentore cuando ya había oscurecido por completo. Pisani, Zen y los cuatro guardias recorrieron un breve tramo de la calle que se abría a un lado, guiados por la luz y la música que salían de un local cercano. Era una taberna de dudosa reputación. Daniele dejó a dos hombres a la puerta y entró con los demás.

El local parecía una cueva, pocas lámparas rompían la oscuridad y la luz trémula que emanaban apenas dejaba entrever varios grupos de parroquianos sentados a las mesas o acodados a la barra. Todos contemplaban absortos al par de jóvenes de generoso escote que tocaban la guitarra y cantaban un aria en un escenario improvisado. Al fondo, una escalera conducía al piso superior, sumido en las tinieblas.

El tabernero era una forma indistinta, que, agachada delante de la chimenea, atizaba las brasas para la cena. Zen se dirigió a él:

—¿Vive aquí Biagio Domenici?

El hombre se levantó a duras penas, como si le dolieran las rodillas. Parecía bastante viejo.

—¿Biagio? —preguntó para ganar tiempo, como si oyera el nombre por primera vez—. ¿Quiénes son ustedes?

—Tiene delante al *avogadore* Pisani —respondió Zen—, acompañado de los guardias de los inquisidores.

—Ah, bueno, en ese caso... Biagio me pidió que no dijera nada a nadie, pero... —Se enjugó la cara con un borde del delantal.

—¿Dónde está? —gritó Marco exasperado.

—En el primer piso, excelencia, tercera habitación a la derecha —soltó el tabernero entre dientes, con evidente disgusto.

Daniele agarró una lámpara de una mesa y los cuatro hombres subieron a toda prisa la escalera. La primera habitación estaba desierta. En la segunda, que tenía la puerta abierta, entrevieron a una pareja abrazada en la cama. La mujer, que tenía las piernas desnudas y que no parecía turbada en lo más mínimo, debía de ser una puta, al igual que sus compañeras de la planta baja. Eso explicaba que el local estuviera lleno por la tarde. La tercera puerta estaba cerrada por dentro.

—¿Biagio Domenici! —gritó Zen—. Estás arrestado. ¡Abre!

Le respondió el silencio.

Obedeciendo a un ademán de Pisani, los guardias golpearon la puerta con los hombros.

El tabernero, que había subido con ellos, empezó a gritarles.

—Pero ¿qué estáis haciendo? ¿Queréis destrozarme el local?

La pareja a la que habían sorprendido en la cama se asomó al pasillo, casi desnuda.

La puerta cedió y los cuatro hombres irrumpieron en la habitación. Los recibió una ráfaga de aire gélido procedente de la ventana, que estaba abierta de par en par. Una masa oscura yacía en el suelo a los pies de la cama.

—Rápido, levantadlo, traed más lámparas —gritó Marco corriendo hacia la ventana. Esta daba a la parte trasera del edificio. Una vid robusta trepaba por la pared. Debajo de ella la sombra de un hombre corpulento se estaba levantando en ese momento. Echó a correr cojeando ligeramente y se perdió en la oscuridad de la calle.

—No hubieras podido hacer nada, corrimos en cuanto intuimos... —Daniele trataba de consolar a Pisani, que se movía por la habitación como un león enjaulado—. ¿Cómo podías saber que el peligro era inminente?

Se habían quedado solos en la habitación, mientras los guardias impedían la entrada a los curiosos.

Habían echado en la cama el cadáver de Biagio, que aún estaba caliente. La luz amarillenta de las lámparas mostraba la cara tumefacta, los ojos inyectados en sangre y una cuerda, la consabida cuerda gruesa y deshilachada, ciñendo su cuello, hundida en la carne. No hacía falta que un médico determinase la causa de la muerte.

Biagio Domenici había sido un hombre alto y robusto, la nariz aguileña de su madre debía de haberle conferido una expresión rapaz. Los labios entreabiertos conservaban una turgencia lasciva. Era evidente que no esperaba visitas, porque solo iba vestido con una camisa blanca, que llevaba por fuera de los pantalones.

En la habitación había signos de una lucha feroz: una silla yacía rota en un rincón, las sábanas habían sido arrancadas de la cama y el grueso bastón que estaba apoyado en un sillón tenía rastros de sangre. Cerca de la puerta, en medio de un charco, había una jarra de terracota hecha añicos.

Marco se acercó con repugnancia al cadáver y examinó la cabeza: la herida profunda que tenía en la nuca había ensangrentado el pelo.

—Esto es lo que sucedió —consideró—. No era fácil vencer a un hombre tan corpulento como Biagio Domenici. El asesino lo sabía y trajo un bastón para dejarlo fuera de combate, luego lo estranguló como a los demás. Pero ¿cómo pudo llegar antes que nosotros?

Daniele paseaba nervioso por la habitación.

—¿Recuerdas a la criada de su madre? —dijo—. ¿No fue ella la que nos dijo que la señora Domenici había dicho a un tipo dónde se escondía su hijo? ¡Menudo error!

—Ahora nos lo dirá, puedes estar seguro, ahora estará dispuesta a confesarlo; tarde, demasiado tarde. —Marco exhaló un suspiro mirando la oscuridad que había al otro lado de la ventana—. Vamos a ver qué pueden contarnos los clientes del local y daremos la orden de que lleven el cuerpo a su casa.

Los esbirros habían detenido a los presentes en la planta baja y los habían identificado. Los dos que habían sido enviados a perseguir al asesino habían regresado con las manos vacías después de haber corrido en vano por calles y pasajes sumidos en la oscuridad.

La mayoría de los parroquianos formaban parte de un grupo de albañiles de Brescia que había sido contratado por el párroco de la iglesia del Redentore para restaurarla. Como estaban medio borrachos y no habían visto nada, los dejaron irse.

—Y usted —preguntó Zen al tabernero—, ¿qué me dice de Biagio? ¿Desde cuándo se alojaba aquí? —Las jóvenes y los pocos clientes que aún seguían en el local aguardaban su turno en silencio.

—Si mal no recuerdo, llegó el lunes pasado. Saltaba a la vista que se estaba escondiendo. Me rogó que no dejara subir a nadie a su habitación, que no dijera a nadie dónde estaba. Le servíamos la comida en la habitación. No salió en toda la semana. —El hombre respondía sin necesidad de que le tiraran de la lengua. Sentado a una mesa, bebía metódicamente una botella de vino blanco, suspirando.

—No era la primera vez que venía aquí.

—Claro que no, pero nunca se había quedado tanto tiempo.

Daniele se volvió hacia las jóvenes, que habían tenido tiempo de vestirse adecuadamente.

—Vosotras, ¿no visteis subir a nadie? ¿No oísteis ruido de pelea?

—Abajo había mucho ruido —respondió la mayor de ellas, la que habían sorprendido en la habitación con un cliente—. Las voces llegaban hasta aquí arriba. Mientras estaba en la habitación oír caer una silla, pero pensé que debían de estar jugando a la gallina ciega.

—Yo, en cambio —la interrumpió una joven menuda de tez rosácea, semejante al melocotón—, vi al hombre que subió.

—¿Era alto, bajo, joven, viejo? —la apremió Pisani.

—Bueno, era un hombre alto, desde luego, pero iba envuelto en una capa y llevaba el sombrero encasquetado hasta los ojos. Me llamó la atención porque, en lugar de pararse a escuchar como hacen todos, agarró una jarra de vino de una mesa y subió a toda prisa como si tuviera algo que hacer.

—¿No viste el bastón?

—Si tenía uno, debía de llevarlo escondido bajo la capa.

Por el momento no iban a sacar nada más en claro. Exhaustos, Pisani y Zen subieron de nuevo a la *bissona* y ordenaron que los llevaran al Palacio Ducal.

—¿Sabes cuál es el riesgo? —observó Daniele—. Han muerto tres personas. Por el momento no podemos divulgar la historia del asesinato de la joven de Castello y dentro de poco, cuando se sepa que un asesino deambula por sus calles de noche y estrangula a la gente sin motivo, la ciudad será presa del pánico.

—En cambio, existe un motivo, desde luego —consideró Marco—. El asesino puede ser el turco Ibrahim, que quiere borrar las huellas de su actividad de espionaje, porque si los inquisidores se enteran, no podrá volver a hacer negocios en Venecia; pero también puede ser alguien relacionado con la joven a la que asesinaron. Aunque me pregunto por qué ha tardado tanto en actuar. En cualquier caso, mañana sabré más sobre su desaparición —concluyó Marco desembarcando en la orilla—. Para ello basta consultar los expedientes de esa época. ¿Por qué no vienes el domingo a mi casa y hablamos de todo con calma? Creo que Chiara vendrá también —anunció a su amigo.

—Iría aunque tuviera fiebre alta. Estoy deseando conocer a la maga que te ha hechizado. —Zen sonrió.

«Si supieras hasta qué punto tienes razón», pensó Marco, despidiéndose de su amigo con un abrazo.

Era la hora de cenar y el Palacio Ducal estaba casi desierto. Marco encontró a Nani, que lo estaba esperando en el despacho saltando con impaciencia para calentarse delante de la chimenea apagada.

—Sé todo, *paròn* —dijo al verlo—. Sé dónde está escondido Labia. —Al ver el ademán que hacía Pisani para que hablase prosiguió—: Esta tarde he dado unas cuantas vueltas alrededor del palacio de su familia. Los Labia son suspicaces y no es fácil entrar en él. Aun así, paré a una criada que

llegaba con un gran fardo de ropa, me ofrecí a ayudarla y entré. Ella se sintió obligada a invitarme a beber algo y, ya sabe cómo es, una cosa lleva a otra...

—¿Y bien? —lo apremió Pisani.

—Según parece, el joven Paolo, que lleva una vida más bien disipada, se marchó de repente hace unos días de vacaciones. Para ser más exactos, se fue el martes 12 de diciembre, mientras se celebraba el funeral de Piero Corner.

—¿En esta estación? —dijo Marco sorprendido. Los venecianos solían ir al campo en septiembre para la vendimia. En el mes de diciembre las villas del Brenta estaban vacías.

—Bueno, lo de las vacaciones es una excusa. Se marchó a la villa Labia, en Mira, y no fue solo. Por lo visto viajó escoltado por seis de los criados y gondoleros más robustos de la casa, capaces de usar las armas.

—Al menos él está a buen recaudo. Puedo encontrarlo cuando quiera —dijo Pisani, al que no preocupaba tanto la seguridad de ese canalla como el hecho de que era el último que podía revelar detalles sobre la desgraciada joven de Castello—. Pero ahora debes acompañarme a la calle Vernier. —Nani apenas pudo contener la sonrisa—. Aunque antes quiero que pases un momento en el palacio Corner, donde tienes algunos amigos.

Pisani esperó pacientemente en la góndola, mientras Nani iba a la Ca' Granda a cumplir con su cometido. Volvió al cabo de media hora con aire satisfecho.

—He vuelto a dar en el blanco —dijo con legítimo orgullo remedando una reverencia a la manera de Arlequín—. Espero, excelencia, que en Nochevieja se acuerde de su humilde servidor.

Marco le dio un afectuoso pescozón mientras subía a la góndola.

—Dime.

—Su recuerdo era correcto: una joven iba a casa de los Corner a entregar la ropa confeccionada, como le dijo la señora Francesca. Elvira, la criada que el otro día coqueteó conmigo en la cocina, la conocía mucho, porque de vez en cuando se entretenían charlando. Según ella, era una buena chica, tenía novio y estaba a punto de casarse.

—¿Quién era?

—Se llamaba Marianna Biondini y era hija de un marinero de Castello. Por lo visto, vivía en una calle que da al *rio* Sant'Anna.

—¿Cómo era?

—Elvira dice que era bastante guapa, rubia y elegante, pero, de repente, la primavera pasada dejó de ir. La señora Corner se puso hecha un basilisco, porque no sabía a quién pedir que cosiera para ella. Envió a alguien a Castello, pero allí le dijeron que había desaparecido de casa.

Después de tanto ir a tientas, tenían una certeza.

—Pídeme lo que quieras, Nani —prometió Pisani, mientras el joven remaba por los canales internos hacia casa de Chiara.

Chiara bajó en persona a abrirle la puerta y lo encontró jadeante y emocionado.

—Chiara... —murmuró emergiendo de la oscuridad de la noche y entrando en el vestíbulo—. Chiara... —La contempló a la luz que procedía de la escalera—. Chiara... —La abrazó con delicadeza, le acarició un rizo, deseaba besarla, pero titubeaba.

Ella sonrió, alzó la cabeza, le ofreció sus labios. Por fin su boca suave, que olía a rosas.

—Chiara —murmuró por fin Marco—, ¡cuánto te he echado de menos! Daría lo que fuera por pasar un rato aquí, contigo.

Era un Pisani, un *avogadore*, pero en ese momento se sentía un mendigo. Las emociones del día, la visita a la taberna de Biagio, las dramáticas revelaciones de Lucrezia y la muerte de Domenici lo habían turbado en lo más hondo. Pero, por encima de todo, no podía quitarse de la cabeza el asesinato de la joven.

Chiara le aferró una mano y lo llevó al piso de arriba.

—Apuesto a que no has cenado. Puede que Nani tampoco. Pediré que te traigan algo. Nani puede ir a la cocina con Marta y comer lo que quiera.

Lo obligó a sentarse a la mesa, le sirvió carne fría y un delicioso vino blanco de las colinas Euganei y lo observó mientras él daba buena cuenta de todo. Su cara cansada y sus ojos tristes y profundos le producían una emoción que jamás había experimentado. Tenía la impresión de que lo conocía desde siempre, aunque su corazón latía por temor a perderlo. Le habría gustado acariciarlo, estrecharlo contra su pecho hasta arrancarle una sonrisa.

Después de cenar, mientras se relajaba en el sofá con las manos de Chiara entre las suyas, Marco le contó el turbulento día que había pasado.

—¿Cómo supiste que iba a ocurrir algo grave? —concluyó—. Espero que no hayas provocado otra visión.

—No, a veces tengo presentimientos muy fuertes, que me dejan muy

inquieta. Quise avisarte para que tuvieras cuidado. Temía que estuvieras en peligro.

—¿Por qué? —aventuró Marco—. ¿Tienes miedo de que me suceda algo malo?

Chiara inclinó la cabeza a la vez que se ruborizaba.

—No sé qué debo contestarte. Me dijiste que eres un oso y que no sabes cortejar a las mujeres, pero yo tampoco conozco las estratagemas de los salones. —Retorció un rizo que resbalaba por su cuello—. Sí, Marco, quiero que seas feliz, siempre.

—¿Sabes qué significa eso? —dijo él en nombre de los dos—. Que nos queremos, Chiara. —Se rio—. Yo te quiero y tú me quieres. ¡Estamos enamorados!

La estrechó contra su pecho, era blanda, olía bien. Hundió la cara en su pelo.

—Chiara —murmuró—, tú me haces feliz. Dios mío —continuó separándose de ella—, ¡cuántos años hace que no me sentía tan completo como ahora! Es un regalo del cielo que nos hayamos conocido, había perdido la esperanza.

Poco a poco iban cayendo las defensas que habían erigido. Se miraron.

De repente, se sobresaltaron al oír que alguien llamaba quedamente a la puerta.

—Permiso, excelencia. —Marta se asomó—. He preparado una taza de chocolate caliente. —El aya se valía de esta estratagema para vigilar a su niña.

Los dos despertaron de su sueño, sonriendo.

—No hay prisa —murmuró Marco—. Tendremos todo el tiempo que queramos —dirigiéndose a la anciana añadió—: Mi querida Marta, el domingo deberás acompañar a Chiara a comer a mi casa. Ya es hora de que vea dónde vivo y de que conozca a mi amigo Zen. En cuanto a ti, tendrás que enfrentarte a Rosetta: es entrometida y gruñona, pero más buena que el pan.

Capítulo 21

Encerrado en su despacho, el sábado por la mañana, Pisani examinaba los expedientes que Tiralli había buscado en el archivo. Se trataba de las carpetas relativas a los casos de personas desaparecidas en la primavera de 1751. Solo eran tres, de manera que a Marco no le llevó mucho tiempo confirmar la identidad de la víctima.

El primer expediente correspondía a un comerciante de grano que había desaparecido dejando un sinfín de deudas. Su familia lo había buscado en vano en los territorios de la República y se pensaba que había huido al extranjero. Luego estaba el caso de un pescador que una mañana, después de una tormenta, no había regresado de su habitual expedición de pesca. Al cabo de una semana, su barco había aparecido vacío, encallado en un banco de arena. Eran desgracias raras, pero podían ocurrir. El tercer expediente, bastante fino, era el de Marianna Biondini.

Marco leyó con atención las declaraciones de los testigos y el resultado de la investigación. La desaparición de Marianna Biondini, de dieciocho años, lencera, residente en el barrio de Castello, en la calle Grimana, había sido denunciada por su tía, Giannina Biondini, el lunes 24 de mayo de 1751. Según el acta, la tarde anterior la joven había ido con su amiga Angela Sporti a la plaza de San Marcos y no había regresado.

Al ser interrogada, su amiga había declarado que ella y Marianna estaban volviendo a casa después del anochecer cuando, de repente, había recordado que había prometido a su madrina que iría a verla. Por eso se había separado de Marianna, no sabía lo que le había sucedido después.

El capitán de la guardia responsable del caso, un tal Giandomenico Brusin, había realizado las oportunas averiguaciones. Según el informe escrito de su puño y letra, la joven vivía con la mencionada tía y con su padre, que era marinero en un barco mercante y que en ese momento estaba ausente de casa.

En opinión de Brusin, un hecho podía explicar la desaparición: Biondini era novia de Giorgio Sporti, al que llamaban Giorgione debido a su complexión, hermano de Angela, hornero de oficio, que vivía también en la calle Grimana y que trabajaba como aprendiz en el horno del maestro Luca, en el *campo* San Zanipolo. Cuando los esbirros habían ido a buscarlo para interrogarlo habían descubierto que Giorgione había desaparecido; según sus padres había partido a bordo de un barco con rumbo desconocido.

Al cabo de un mes, dado que la joven Biondini no había aparecido ni viva ni muerta, habían llegado a la conclusión de que la joven debía de haber abandonado su domicilio por voluntad propia, con toda probabilidad había escapado con su novio. De esta forma, Giandomenico Brusin, capitán de la guardia de la Serenísima República de Venecia, había declarado resuelto el caso.

Pisani cerró iracundo la carpeta, se puso de nuevo la peluca que había dejado encima de la mesa y ordenó a Tiralli que fuese a buscar a Brusin.

—¿Te parece una manera de concluir una investigación? —le reprochó nada más verlo.

Con la cara cuadrada y partida en dos por un bigote negro, el aliento apestando a vino, a pesar de la hora matutina, y embutido en el uniforme, que llevaba desabrochado, Brusin tembló.

—Yo..., excelencia..., no lo entiendo. ¿Qué investigación? ¿Qué he hecho?

—¡Mira qué bonito trabajo! —bramó Pisani golpeando la mesa con la carpeta, de la que salió una pequeña nube de polvo—. Supongo que lo recordarás.

El capitán se acercó al escritorio arrastrando los pies y se puso a hojearlo.

—Yo, sí, bueno..., la joven desaparecida. Hace tanto tiempo... —No lograba comprender qué había hecho mal, pero prefirió mantener la boca cerrada delante del *avogadore*.

—¿Eso es todo? ¿Te parece que cumpliste con tu deber?

Brusin se rascó la cabeza. Recordaba vagamente el caso, pero había olvidado los pormenores.

—Hicimos todas las averiguaciones posibles, pero no encontramos nada.

—Estoy seguro. —Pisani se ensañó con él, a la vez que lo rodeaba

como un león que olfatea su presa y daba tirones a su toga para no tropezar —. ¿Preguntaste en el Arsenal cuándo se había marchado su novio y adónde había ido? ¿Averiguaste si en los días sucesivos a la desaparición de Biondini, embarcó una joven de su edad? ¿Interrogaste bien a su amiga, a los vecinos, a los parientes? ¿Sabes si tenía problemas? ¿Solía ausentarse de su casa? ¿Qué se rumoreaba de ella? ¿Dónde entregaba la ropa que cosía? ¿La molestaba algún pretendiente? ¿Su familia tenía deudas?

Abrumado por los reproches, Brusin se iba encogiendo, curvaba los hombros, inclinaba la cabeza.

—¡Basta! —concluyó Marco más irritado que nunca, señalándole la puerta—. Esfúmate y, al menos, ve a asearte. Si te vuelvo a ver medio borracho mientras estás de servicio te encerraré en Piombi sin demasiados miramientos.

Brusin no se lo hizo repetir dos veces y se precipitó hacia la puerta.

—Bonita justicia. —Oyó refunfuñar a Pisani—. Con esta gente tan superficial y vaga no me sorprende que los sinvergüenzas vivan tranquilos.

Mientras Marco aún estaba tratando de calmarse, Tiralli le llevó el mensaje que le había entregado uno de los numerosos friulanos que recorrían Venecia repartiendo el correo. La caligrafía era vacilante, casi infantil. «*Excelencia Pisani* —rezaba el texto—, acaba de entrar en el local el mercader Ibrahim Derali y yo obedezco la orden que me dio de avisarle enseguida. Trataré de retenerlo lo más posible. Siempre a su reverente servicio, Lele.»

Era el encargado de la taberna de Biagio Domenici, que, por lo visto, se había acordado de comunicarle el regreso del mercader turco que había sido visto conversando con las víctimas en varias ocasiones. Marco se quedó pensativo. Después ordenó a Jacopo:

—Busca enseguida una *bissona* de la *Avogaria* para ir más rápido. Debes ir a recoger a un testigo importante. Dado que es un ciudadano turco, no puedo enviar a la guardia, porque daría la impresión de que quiero arrestarlo. Ya me entiendes. —Sonrió al joven—. Podríamos causar un problema diplomático con la Sublime Puerta. Deberás desplegar toda tu gracia y cortesía para que venga a mi despacho por voluntad propia. —Calló, interrumpido por un pensamiento repentino—. Pero antes de embarcarte pasa por Florian y pídeles que traigan café y pasteles dentro de una hora. Eso también es diplomacia. —A continuación, explicó al secretario adónde debía

ir y qué debía hacer.

Mientras salía a toda prisa del despacho, Jacopo tropezó con Maria Domenici, la madre de Biagio, que también había sido citada por el *avogadore*. La acompañaba y sostenía la muchachita que había hablado a Pisani y a Zen del hombre que, agitando una bolsa de monedas, había conseguido que la señora Domenici le dijera dónde estaba su hijo. La criada estaba a todas luces aterrorizada: era evidente que temía que su ama la descubriera. Marco le hizo un leve ademán de complicidad para tranquilizarla.

—Espérame fuera, Pina —ordenó Maria Domenici con voz trémula y entró en el despacho.

Pisani lamentaba haber incomodado a la vieja, pero debía preguntarle algo urgente. La mujer estaba destrozada, caminaba encogida y con dificultad, la arrogancia que la animaba el día anterior había desaparecido por completo. Se había puesto su mejor vestido, pero las puntillas descosidas de su corpiño colgaban y por la peluca asomaba un mechón de pelo de color indefinido, que le caía sobre la frente.

Hizo como pudo una reverencia, con la cara surcada de lágrimas, y se acercó a Marco para besarle la mano, pero este la apartó de inmediato y la ayudó a sentarse.

—Siento haberla molestado en un momento así —dijo—, pero debo saber algo para poder capturar al asesino de su hijo.

—Pregunte, excelencia. Le diré todo lo que pueda para ayudarle. —Se enjugó las lágrimas con un pañuelo arrugado.

—Ayer por la mañana me mintió. —Pisani la miró con severidad—. Si no lo hubiera hecho, su hijo aún estaría vivo. —La vieja agachó la cabeza—. No me dijo dónde se escondía y, de esta forma, el asesino lo encontró antes que nosotros.

—No es cierto —gritó la mujer sollozando—. Yo no podía saber... Mi querido Biagio... ¿Qué haré ahora sin él?

Pisani esperó a que se calmase.

—Ahora, sin embargo, debe decirme la verdad. Sé que usted ocultó a la justicia dónde se escondía Biagio, pero se lo reveló a una persona. ¿Quién era?

Maria Domenici se sobresaltó.

—¿Cómo lo sabe? ¿Quién se lo ha dicho? —balbuceó.

—¡Tenemos espías en todas partes! —declamó Marco con aire

misterioso. No quería mencionar a la criada—. En palacio sabemos todo lo que sucede en la ciudad. Así pues, ¿quién era ese hombre?

—Yo... —dijo la mujer—, lo conozco, pero nunca he sabido quién es. Vino a verme unos días antes, me dijo que tenía que hablar con mi hijo.

—Y usted, pese a que Biagio le había pedido que no revelase a nadie su escondite, ¿se lo dijo al primero que se lo preguntó?

La señora Domenici se sonó ruidosamente la nariz.

—Es que..., bueno, será mejor que se lo cuente todo. Ese hombre vino a verme por la tarde. Parecía tener mucha prisa. Me dijo que debía saldar una deuda importante que tenía con mi hijo. Hasta me enseñó una bolsa llena de monedas de oro.

—¿No podía haberle dicho que volviera en otro momento?

—¡Claro que no! Me contó que estaba en Venecia de paso y que tardaría un año en volver, así que le dije dónde estaba Biagio. Creí que hacía lo correcto. —Se tapó la cara con las manos—. ¿Era el asesino? —murmuró.

—Puede ser —admitió Pisani—. Pero ¿cómo era ese hombre? ¿Hablaban veneciano? ¿Cómo iba vestido? ¿Era turco? ¿Dijo algo sobre él?

—No lo sé —balbuceó la mujer—. La habitación estaba oscura, no lo vi. No recuerdo cómo hablaba. No obstante, lo hacía en tono autoritario, diría que casi amenazador. Me atormentó con un montón de preguntas, no supe plantarle cara.

Pisani se la imaginó con los ojos brillantes de codicia y la cabeza ofuscada. Tuvo un arranque de rabia.

—Había bebido demasiado, como de costumbre —la acusó.

El mercader Derali era muy distinto a como Pisani se lo había imaginado. Lo identificó mientras cruzaba la sala de los secretarios, en el preciso momento en que el camarero del café Florian acababa de dejar el café y los pasteles encima de la mesa que había entre los sillones.

Ibrahim Derali se había presentado a bombo y platillo para dejar patente desde un principio su posición relevante. Bajo de estatura y delgadísimo, iba a la cabeza de una pequeña procesión. Jacopo Tiralli brincaba a su alrededor abriéndole camino. Matteo Vitali, el comerciante que avalaba a los turcos en Venecia, lo seguía. Cerraban el cortejo dos criados moros inclinados bajo el peso de unas alfombras enrolladas.

Al llegar delante del *avogadore*, Derali hizo una artificiosa reverencia.

—He venido en cuanto me ha sido posible, obedeciendo a su orden,

excelencia —dijo. Hablaba bien italiano—. Además, me he permitido pedir al señor Vitali que me acompañara, por si desea que hablemos de negocios, pero antes me gustaría que aceptara un humilde regalo. —Hizo un ademán a los moros, que se apresuraron a desenrollar las alfombras en el suelo.

Marco lo observó en silencio: Derali era un hombre muy elegante, lucía una chaqueta corta y ceñida de terciopelo negro bordado con hilos de oro, y unos pantalones anchos y oscuros, sujetos a la rodilla por unas suaves botas de piel. En un brazo sostenía una capa sumamente fina de color blanco, igual que el turbante. Tenía la tez oscura, unas facciones regulares y la nariz aguileña típica de los orientales, además de una pequeña barba negra esmeradamente cuidada.

Pero era muy menudo, pensó Marco con cierta decepción, porque todos habían dicho que el hombre misterioso era corpulento; él mismo, la noche anterior, había entrevistado al asesino y podría jurar que era treinta centímetros más alto que Derali y que pesaba el mismo número de kilos más. Por si fuera poco, Derali no cojeaba.

—Le agradezco infinitamente la gentileza —dijo por fin, a la vez que hacía acomodar a su invitado y al comerciante Vitali—, pero supongo que sabe que los magistrados no podemos recibir regalos. Con todo, se lo agradezco como si los hubiera aceptado. —Con un ademán ordenó a los criados que se llevaran las alfombras, mientras Jacopo se sentaba en un rincón para tomar apuntes de forma discreta—. No es una orden, sino una invitación —quiso precisar por razones diplomáticas.

Derali tomó asiento en un sillón. Parecía tranquilo, pero sus ojos oscuros estaban en alerta.

Pisani carraspeó.

—Me han dicho —dijo— que usted es uno de los comerciantes más importantes del imperio otomano presentes en Venecia.

El turco esbozó una sonrisa aguda.

—Gracias a Alá mis negocios prosperan —declaró—. Como habrá adivinado, traigo a Venecia las alfombras más bonitas de Anatolia, las que tejen nuestras mujeres con los dibujos tradicionales, y las vendo en toda Europa. Además —precisó—, importo especias. Regreso a mi país con las inimitables sedas venecianas y los magníficos cristales de Murano.

—¿Es usted de Constantinopla?

—No, de Esmirna. Mis almacenes del puerto son los más grandes de la ciudad.

—El señor Derali —terció Matteo Vitali mientras servía el café— es una persona estimada y conocida en todo el imperio otomano por la importancia de sus negocios.

Estaba advirtiéndolo a Marco de que debía tratar con respeto al turco. Este comprendió que iba a ser una conversación con muchos sobrentendidos.

—¿Tiene relaciones directas con el gobierno?

Ibrahim se apoyó en el respaldo y cruzó las piernas.

—¿Me está preguntando si la corte compra los productos que importo de Venecia? Por supuesto. Nuestro sultán, que Alá lo proteja, y sus dignatarios aprecian mucho las sedas y el cristal venecianos.

El turco era hábil, pensó Marco. Había esquivado la pregunta con elegancia. No podía seguir interrogándolo sobre sus relaciones con la corte sin crear un incidente diplomático.

Probó otra vía.

—Me han dicho, señor Derali, que usted frecuenta el local de Maria Domenici, que se encuentra en el muelle del Megio.

Los ojos oscuros del mercader resplandecieron.

—Supongo que no me habrá citado para saber a qué dedico mi tiempo —objetó—. En cualquier caso, es cierto: voy con frecuencia a ese local, porque está cerca de nuestro almacén y porque lo frecuentan muchos de mis compatriotas. Pero no entiendo para qué necesita saberlo. —Pisani no se dejó enredar. Era evidente que Derali estaba a la defensiva porque tenía algo que ocultar y la ostentación con la que había entrado iba dirigida, precisamente, a eludir posibles preguntas incómodas.

—Usted conversaba a menudo en ese local con el hijo de la propietaria, Biagio Domenici, y con su amigo Barbaro. No sé si sabe que los dos han sido asesinados, al igual que su amigo, Piero Corner.

—No entiendo qué tiene que ver eso con el señor Derali —terció Matteo Vitali irritado y a continuación procuró a su asistido una coartada irrefutable—. Regresó a Venecia anteayer a bordo del barco Fulminante, después de una ausencia de dos meses. Puede verificarlo.

Ibrahim, en cambio, sonrió mientras bebía su café.

—Me he enterado de la desgracia —admitió sin perder los nervios, aceptando el desafío de Pisani—. En Venecia las noticias vuelan. Antes de que partiera este otoño conversé varias veces con Barbaro y Domenici —confesó—. Pero no vi a Piero Corner. Me sorprende que un feroz asesino pueda pasearse impune por una ciudad tan tranquila como Venecia.

Era una provocación. Derali había comprendido que Pisani trataba de relacionarlo con los homicidios, pero la coartada que le había procurado Vitali había eliminado cualquier posible sospecha sobre él.

—Cuando se investiga un crimen —explicó el *avogadore*—, cualquier detalle puede contribuir a resolverlo. Dado que habló con las dos víctimas, ¿qué impresión tuvo? ¿Qué le parecieron?

El turco comprendió al vuelo adónde quería ir a parar Pisani.

—No los estimaba mucho —reconoció—, pero los dos eran buenos conversadores, sobre todo Barbaro, y me divertía escuchar sus historias. Siempre estaban pensando en la manera de ganar dinero, me propusieron varios negocios. ¡Imagínese! Últimamente me prometieron incluso que cuando volviera me entregarían una información muy valiosa, que nos haría ricos. Enseguida comprendí que era un asunto sucio y no quise saber más.

¿Estaba diciendo la verdad o los había animado a hacerlo? Pisani jamás lo sabría, pero el mensaje de Derali era claro: no había tocado los documentos que habían sido robados en el Arsenal.

Cuando se quedó solo, Marco envió un mensaje al patrón Cappello en el que le pedía que comprobara en los registros del Arsenal si Ibrahim Derali había viajado a bordo del barco Fulminante. Era un exceso de escrúpulo, porque era evidente que el turco no estaba relacionado con la muerte de los jóvenes: no se encontraba en Venecia en los días cruciales ni había recibido los documentos, aunque quizá había participado en la organización de la operación de espionaje, pero eso jamás se podría probar. Por último, era muy menudo, a diferencia del asesino que, según los que lo habían entrevistado, él incluido, era un hombre robusto.

La investigación debía concentrarse en otras pistas.

Capítulo 22

A mediodía empezó a llover, unas gotas tan grandes que penetraban hasta los huesos, pero para desanimar a Marco se requería mucho más. Comió algo rápido en Menegazzo y, sin leer los periódicos, se dirigió a pie hacia el barrio de Castello.

En el muelle de los Schiavoni la lluvia azotaba gélida, empujada por el viento, de manera que Marco tuvo que arrebujarse en la capa y encasquetarse el sombrero. En su camino se cruzó con unos cuantos transeúntes que, con la cabeza inclinada, corrían hacia sus respectivas metas. En el Lido, el mar era de color gris y el oleaje grueso.

Estaba convencido de que en casa de los Biondini se enteraría por fin de algo concreto sobre la desaparición de la pobre Marianna. Escucharía a su tía y a los vecinos, después a su amiga. No les diría que había muerto. Aún debía verificar la declaración de Lucrezia Scalfi.

Los pequeños astilleros de la cuenca de San Marcos, de los que salían las góndolas y las barcas de carga, estaban desiertos. Marco rebasó el Arsenal y las casas de la Marinarezza, destinadas a los obreros especializados, y enfiló la *salizàda* del *rio* Sant'Anna. El agua, sacudida por la lluvia, se encrespaba en olas oscuras.

No le costó mucho encontrar la calle Grimana, un callejón al que se accedía por un pasaje que daba al *rio* Tana, adyacente al Arsenal. Buscaba una casa de dos pisos de color rosa. Marco llamó con la aldaba de latón.

—¿Quién es? —En el segundo piso se entreabrió una ventana y apareció la cara de una mujer, que retrocedió de inmediato—. Bajo enseguida a abrirle, señor.

Marco notó el tono de respeto. Se oyeron unos pasos apresurados en la escalera y la puerta se abrió dejando a la vista una mujer anciana pero aún vigorosa, con el pelo recogido en un moño de un bonito color cobre.

Un par de ojos curiosos lo escudaron un instante y a continuación

adoptaron una expresión de asombro. La mujer se hizo a un lado, inclinándose.

—¡Excelencia, usted en mi casa en un día como hoy! Acomódese, arriba está encendido el fuego. —Se llevó una mano al corazón—. ¿Hay alguna novedad? —Ahora estaba asustada—. Entre, le enseñaré el camino. —Subió la escalera.

En el primer piso Marco entrevió dos bonitos dormitorios y en el segundo entró en una cocina amplia y confortable.

—¿Cómo sabe quién soy? —preguntó quitándose la capa y sentándose en un banco próximo al fuego, a la vez que alargaba las piernas para secarse las botas.

—¿Quién no conoce en Venecia al *avogadore* Pisani? Si supiera cuántas veces me habría gustado ir a verlo cuando desapareció mi sobrina... ¿La han encontrado? ¿Ha venido por eso? —Jadeaba y había palidecido.

—No hay novedades, señora, tranquilícese —mintió Marco—. Pero hemos vuelto a abrir la investigación y he venido a hacerle unas preguntas. Si no me equivoco, usted es la tía de Marianna.

La mujer pareció serenarse un poco.

—Sí, soy Giannina Biondini, la hermana del padre de Marianna. Pobre, ¿qué le ha sucedido a mi niña? —Sus ojos se llenaron de lágrimas—. Pero qué maleducada soy, tendrá frío, permita que le prepare un café.

Mientras la mujer trajinaba en el fogón, Pisani miró alrededor. La habitación era acogedora, en ella había dos bancos de madera cerca del hogar, con unos cojines bordados, una mesa de madera reluciente con un escurrerplatos encima, y un par de cómodos sillones en un rincón. Varias lámparas de aceite aclaraban la penumbra vespertina. En un fogón de piedra una olla borboteaba emanando un agradable olor a caldo. No era una casa pobre.

Bebieron el café sentados a la mesa y Pisani saboreó los pastelitos que le ofreció Giannina.

—Eran los preferidos de Marianna —dijo la tía exhalando un suspiro—. Se los puedo ofrecer porque mi hermano volvió hace pocos días de uno de sus viajes, pero le estoy haciendo perder tiempo... Me honra que haya venido en persona a interrogarme. Habría ido al Palacio Ducal para que no se molestase. Dígame.

—Señora, he venido... —Marco sentía un respeto instintivo por la mujer—. He venido para preguntarle de nuevo si recuerda lo que ocurrió el

día en que desapareció su sobrina. Puede que sea necesario para volver a buscarla.

—Mi sobrina era una joven sencilla, pero muy guapa y agradable —dijo la mujer—. La crie yo, porque su madre, que en gloria esté, estuvo muchos años enferma del pecho. Era delicada y después de dar a luz a Marianna se debilitó. Murió cuando la niña tenía siete años. —Giannina se enjugó una lágrima con el borde del delantal—. Yo vivía ya con ellos —recordó— y había visto nacer a Marianna. Cuando murió su madre, la niña se convirtió en el único objetivo de mi vida y también de la de su padre. Mi hermano es un buen carpintero naval y se embarca muchos meses al año. Tiene un buen sueldo y nunca nos ha faltado de nada. En cuanto a Marianna, quería que se educara como una señorita.

—Me han dicho que trabajaba —la interrumpió Marco.

—Así es, su padre no quería que creciera ociosa y con la cabeza llena de pájaros, pero hacía un trabajo delicado, era lencera en un taller, no muy lejos de aquí. Entretanto, preparaba su ajuar.

Marco recordó que, según el expediente de la policía, tenía novio.

—¿Pensaba casarse pronto? —preguntó.

Giannina se levantó para atizar el fuego. Las chispas iluminaron el hueco sombrío de la campana.

—Por supuesto —dijo volviéndose hacia Pisani. El reflejo del fuego formó una aureola alrededor de su cabellera cobriza—. Faltaban pocos meses para la boda. —Volvió la cara hacia la ventana para ocultar las lágrimas. Cuando volvió a hablar, su voz sonaba crispada—. Debería haberse casado en septiembre, después de que volviera su padre. El vestido de novia estaba listo. Mire, excelencia.

Se dirigió hacia un armario, lo abrió y sacó un rico vestido de seda blanca adornado con abalorios. Al volver a meterlo rompió a llorar.

—Sigue aquí desde entonces, listo, esperando a que vuelva. ¡La casa está muy vacía y silenciosa sin ella!

—¿Y su novio?

—Era un joven excelente, se conocían de toda la vida. Desde que eran niños, todos sabían que acabarían casándose. Se llamaba Giorgio Sporti, era el hermano de Angela, la mejor amiga de mi sobrina. Todos lo llamaban Giorgione, porque era grande y gordo: si los hubiera visto juntos, ella tan rubia y delicada y él un pedazo de hombre.

—¿Por qué habla de él en pasado?

Gianna exhaló un suspiro.

—Desapareció poco después de Marianna —explicó—. Era aprendiz de panadero en el *campo* San Zanipolo, con el maestro Luca, pero pensaba abrir muy pronto su tienda y estaba buscando una casa para él y Marianna. —La mujer sonrió al recordarlo—. Imagínese que trabajaba todas las noches hasta el amanecer, pero vivía aquí enfrente, así que antes de volver a casa pasaba a vernos un momento y traía a Marianna una hogaza caliente, recién sacada del horno. El aroma llenaba la casa. Marianna le preparaba un café, charlaban un rato, después ella se iba al taller y él a dormir. —Giannina sacó un pañuelo del bolsillo de su delantal para enjugarse los ojos—. Le había regalado ya el anillo con un brillante, ya sabe, el de compromiso. Eran felices juntos.

—¿Cómo desapareció? —Marco ocultaba la conmoción que sentía acribillando a preguntas a la mujer, su indignación iba en aumento al recordar lo que le había contado Lucrezia.

—Sucedió varios días después de la desaparición de Marianna, cuando comprendimos que no iba a volver. —Gianna se tapó la cara con las manos—. Los guardias decían que, sin duda alguna, había escapado con un hombre, que las jóvenes tienen siempre secretos, que no debíamos preocuparnos, porque tarde o temprano volvería a casa, quizá con una criatura abrazada al cuello.

«Ah, Brusin, te vas a llevar otra buena bronca», pensó Marco.

—Giorgione no aguantaba más aquí, hasta las piedras se la recordaban —prosiguió entretanto la mujer—, así que embarcó en un barco donde necesitaban un panadero. No hemos vuelto a saber nada de él.

—¿Y los esbirros?

—Ah, esos se alegraron mucho. Al cabo de un par de semanas, movidos por algún escrúpulo, vinieron a interrogarlo y se enteraron de que se había embarcado, así que concluyeron que se habían fugado juntos y dejaron de buscar a mi sobrina. Decían que no había muerto, porque, de ser así, habría aparecido el cuerpo, de manera que debía de haber huido con su novio. Yo les dije que no tenían ningún motivo para escapar, porque no tenían problemas, pero no me escucharon. Además, en ese momento estaba sola, el padre de Marianna estaba de viaje.

—Hábleme de ese día —la interrumpió Pisani sentándose junto al fuego.

La mujer se acomodó delante de él tratando de hacer memoria.

—Era el 23 de mayo, un domingo por la tarde. En la plaza de San

Marcos acababan de abrir la feria de la Sensa; ese año la Ascensión era el día 28. Ya sabe cuánto les gusta la feria a las jóvenes, con todos esos pabellones que exhiben artículos de moda, baratijas, objetos de cristal y de decoración, pero Marianna solo quería una cosa: una capa de color escarlata veneciano.

La visión de Chiara una vez más: la capa, que se había convertido en un sudario.

—Hacía tiempo que lo deseaba —prosiguió Giannina, absorta en sus recuerdos—. Era muy cara, pero su padre, que no le negaba nada, le dio dinero antes de marcharse y ella, ese día..., ese maldito día..., salió toda contenta a media tarde con su amiga Angela. No la he vuelto a ver.

El ruido de unas pisadas fuertes subiendo por la escalera interrumpió la conversación. En el umbral se recortó la figura maciza de un hombre anciano vestido de trabajador del Arsenal o *arsenalotto*. Iba envuelto en un amplio tabardo, se protegía las manos con unos guantes de lana y su cara, atezada por el sol, estaba surcada por unas profundas arrugas. Al ver al *avogadore*, se detuvo atónito.

—Es mi hermano, excelencia, el padre de Marianna —dijo Giannina a modo de presentación, a la vez que ayudaba al hombre a quitarse el tabardo—. El *avogadore* Pisani se ha tomado la molestia de venir a vernos, porque quiere volver a abrir el caso de la desaparición de Marianna. ¡Ojalá la encuentren!

Biondini no pudo contener una mueca de dolor mientras hacía una leve reverencia.

—Pobre Marianna —murmuró—. No volverá. Si, al menos, descansara en paz... —Sacó una botella del aparador—. ¿Quiere un poco, excelencia? —Cuando Pisani rechazó la invitación, se sentó a la mesa y se sirvió un vaso de vino—. Disculpe —añadió bebiendo el líquido ambarino—. Estoy aterido. Sé que soy brusco, *avogadore* Pisani, pero me honra que haya venido a mi casa y que se interese por la desaparición de mi hija. Con todo... —Los ojos se le llenaron de lágrimas—. Sí, de eso hace ya año y medio. —Inclinó la cabeza—. He perdido la esperanza de volver a verla. Lo único que deseo es darle cristiana sepultura.

—¿Cree que ha muerto?

El viejo respondió en tono inexpresivo:

—Marianna no escapó por voluntad propia, estaba bien con nosotros, quería a Giorgione, no veía la hora de casarse con él. Cuando desapareció yo no estaba en Venecia, acababa de zarpar con destino a Siria, donde mi barco

debía entregar un cargamento. Al desembarcar me entregaron la carta de mi hermana, que había llegado antes que yo. En ella me decía que Marianna estaba gravemente enferma.

—No quería darle la noticia de repente, estaba lejos y no podía hacer nada —explicó la mujer—. Además, al principio confiaba en que la encontrarán.

—Al cabo de unos meses recibí otra carta de Giannina, que, entretanto, había perdido la esperanza, decía que Marianna había muerto a causa de esa enfermedad. Puede imaginar cómo era mi estado de ánimo, a pesar de que aún no sabía que había desaparecido.

—¿Cuándo lo supo?

—Hace dos o tres días, cuando regresé. El otoño pasado estaba destrozado y no quise volver, no quería vivir en esta casa sin Marianna. Encontré un trabajo en la capital del imperio, donde los artesanos venecianos son siempre bienvenidos, y me quedé allí hasta noviembre, cuando encontré un puesto en un barco de pasajeros.

—¿Qué hizo cuando se enteró de la desaparición de su hija?

—¿Qué podía hacer? Comprendí enseguida que no había escapado ni la habían secuestrado, como esperaba mi hermana. Marianna era inteligente, sabía leer y escribir. Si la hubieran secuestrado, habría encontrado la manera de ponerse en contacto con nosotros. Además, ¿qué motivo podían tener para hacerlo?

—¿Qué cree que sucedió? —insistió Pisani.

—No lo sé. —Biondini suspiró y volvió a inclinar la cabeza—. Pero estoy seguro de que Marianna no volverá. Mi única esperanza es encontrar su cuerpo.

¡Pobre gente! La tía de la joven se negaba a aceptarlo, pero el padre había dejado de engañarse. Marco se dijo que debía encontrar como fuera el cuerpo de Marianna para poder enterrarlo. Era un consuelo miserable, pero mejor que la incertidumbre, en cualquier caso.

—Me estaba contando lo que sucedió el día de la desaparición —continuó dirigiéndose a Giannina.

—De lo que sucedió después de que Marianna saliera de casa solo sé lo que contó su amiga, Angela Sporti. Quizá sea mejor que hable con ella. —Se acercó a la ventana—. Vive en la casa que hay al fondo de la calle que da al *rio* Tana. Ella le podrá contar más cosas de Giorgione, el novio de Marianna.

Mientras se dirigía a casa de los Sporti, Marco sentía remordimientos

por no haberles dicho que Marianna había muerto. Pero antes quería saber qué había sido del cadáver.

Capítulo 23

La cocina de los Sporti era una habitación grande y miserable, situada en el primer piso de la casa que se encontraba al fondo de la calle Grimana, junto al *rio* Tana.

Marco había llamado a la pequeña puerta y, tras esperar unos minutos, le había abierto una joven agradable, con una voluminosa cabellera rizada de color castaño, que le resbalaba por el vestido de color azul. Era Angela. En un primer momento había escudriñado con desconfianza al distinguido caballero, pero después, cuando se había enterado de quién era, la desconfianza se había transformado en un evidente embarazo. Estaba sola en casa, encima de una larga mesa había varios cuencos de cuentas de cristal de Murano con las que estaba haciendo unos collares largos.

A medida que Marco le explicaba la razón de su visita, los grandes ojos negros de Angela se abrían más y más, en una expresión de asombro, inquietud y evidente terror.

—Usted, excelencia —balbuceó, por fin—, quiere saber lo que ocurrió el día en que Marianna desapareció. Pero eso ya se lo conté a los guardias.

Marco la miró con aire inquisitivo.

—Tengo motivos para pensar que sabes mucho más de lo que figura en las actas de los interrogatorios.

Angela suspiró y se acercó a la mesa.

—Contesté a todas sus preguntas.

—No te estoy acusando de nada, Angela, pero me gustaría interrogarte. Porque tú sabes algo que no le dijiste a los guardias, ¿verdad? —insinuó recordando lo que había referido Lucrezia—. No quiero hacerte daño, pero la pobre Marianna desapareció, puede que esté muerta, y nadie ha pagado aún por ese delito. ¿Quieres que se haga justicia o no?

—Yo, sí, claro... Pero tengo miedo, esta historia me supera. —Miró por encima de sus hombros, atemorizada. En una silla había un fardo de prendas

masculinas—. No puedo hablar aquí —explicó—. Mis padres están a punto de volver. Iré mañana al Palacio Ducal.

—El tiempo es oro, Angela. —Marco sonrió—. Te propongo una cosa: ven a mi casa ahora, allí podrás declarar en secreto y en presencia de un abogado. Luego ordenaré a alguien que te acompañe hasta aquí.

—Sí, podría hacer eso, solo que se ha hecho tarde, si mis padres no me encuentran en casa, se preocuparán. —Ya no llovía, pero la oscuridad y la niebla formaban una capa impenetrable en el canal. Angela reflexionó un instante—. Puedo dejar una nota a mi madre diciéndole que he salido por un asunto de trabajo. De acuerdo.

Mientras la joven escribía dos palabras, juntaba los tizones debajo de la chimenea, ponía en su sitio los cuencos llenos de cuentas y se envolvía en un grueso chal, Marco llegó a la conclusión de que los Soporti eran más pobres que los Biondini. Además de limpia, la cocina estaba también desnuda, no se veía el menor rastro de comida, y la atmósfera era triste, como si la vida de sus habitantes se hubiera detenido. «Es extraño como los delitos no se ensañan solo con la víctima», pensó, «en realidad dejan tras de sí una sucesión de vidas destrozadas. Para muchas personas la vida jamás volverá a ser como antes».

Caminaron por la *salizàda* del *rio* Sant'Anna, en el muelle de la cuenca doblaron a la derecha y llegaron al puente del Arsenal. A pesar del mal tiempo, vieron a varias góndolas esperando posibles clientes. Pisani ordenó a un gondolero que fuera a buscar a Zen a su despacho. Acompañado de la joven, subió a otra embarcación para ir a su casa.

Angela bebió con avidez el chocolate que Rosetta había servido en el despacho. Después de la oscuridad y el frío del exterior, la habitación, bien iluminada y caliente, aplacaba su angustia.

—¿Conocías mucho a Marianna? —preguntó Daniele Zen dejando su taza y agarrando el cuaderno para tomar apuntes.

El tema pareció relajar a la joven, que exclamó:

—Desde luego, éramos uña y carne, casi inseparables, al menos en el tiempo libre —prosiguió—: Durante el día ella trabajaba como lencera, un trabajo bonito, que me habría gustado hacer, pero en mi casa no había dinero para pagar el aprendizaje. Así que soy *impiraressa*, ensarto cuentas de cristal. No gano mucho, pero siempre es mejor que nada. Mi padre es afilador ambulante. Pero por la noche me reunía con Marianna en su casa y los domingos íbamos a dar un paseo.

—Así que —observó Marco— fue normal que el domingo 23 de mayo salierais para ir juntas a la feria.

—Hacía semanas que pensábamos hacerlo. No moríamos de ganas de que llegara.

La feria de la Sensa era, en efecto, una gran atracción para toda la ciudad. Empezaba varios días antes de la fiesta de la Ascensión y era una ocasión para que los artesanos, los comerciantes e incluso los artistas de Venecia presentaran sus productos. Gente de toda Europa acudía a ella para visitar los pabellones que, de forma un tanto desordenada, ocupaban la plaza de San Marcos. Se podían comprar lámparas, collares, espejos de Murano, cinturones y guantes de cuero con grabados dorados, joyas, pelucas, lencería finísima adornada con puntillas, bolsos pequeños de punto de cruz, prismáticos. Los tejedores más célebres exponían rasos, terciopelos de lana y seda, damascos y espolines de exuberantes colores. Había comerciantes al por mayor de grano, sal, especias, aceite, fiambres y vinos raros, como el de Chipre y la malvasía.

Los pabellones eran asaltados a diario por una multitud heterogénea, procedente de todas las clases sociales: los eruditos y los intelectuales acudían atraídos por los cuadros de los artistas más célebres y por los pabellones de los impresores, donde se exponían las últimas obras publicadas. Las damas elegían perfumes raros, tarros de cremas aromáticas, polvos y lunares falsos. Las plebeyas se contentaban con las cintas y los *zendadi*, los chales de seda típicos venecianos, o con los platos de cobre para adornar la cocina.

Se oía vocear a las vendedoras de *fritole* o buñuelos, cuyo aroma flotaba en el aire, a las aguadoras, a las adivinas, que predecían grandes amores a las jóvenes, y a los alquimistas, que anunciaban los efectos de sus milagrosos remedios.

El momento álgido de la fiesta era el día de la Ascensión, cuando, delante de la pequeña plaza, el dux subía al Bucintoro ricamente adornado, rodeado por la multitud, que lo aclamaba, y por el estruendo de los cañones. Precedido por los barcos mercantes y por la flota de guerra y seguido por centenares de góndolas y *bisnone*, engalanadas también para la fiesta, el cortejo surcaba las aguas hasta llegar al fuerte del Lido, delante del cual se celebraba la ceremonia de los Esponsales con mar.

Después la fiesta se prolongaba durante varios días para que los comerciantes que habían venido de muy lejos pudieran cerrar sus tratos.

—Marianna —prosiguió Angela—, estaba muy contenta, porque su padre había accedido por fin y le había dado dinero para comprar una capa de lana de color escarlata que deseaba desde hacía mucho tiempo. Estaba serena, canturreó durante todo el camino.

—¿Había mucha gente? —preguntó Marco.

—Era domingo, el domingo 23 de mayo de 1751, lo recordaré mientras viva. Todo estaba abarrotado. Nos habíamos puesto de acuerdo en vernos bajo el campanario si nos perdíamos, pero tratábamos de ir agarradas de la mano para que no sucediera.

—¿Qué ocurrió?

Angela suspiró, a la vez que se retorció las manos.

—Al principio todo fue bien. Marianna eligió la capa y la compró, después nos unimos a un grupo de personas para mirar a los acróbatas. Recuerdo que compramos también *fritole* y que nos paramos para comérmolas delante de la jaula del león. Después Marianna vio a la adivina y fue a que le leyera la mano.

—¿Y luego? —la animó Marco. Zen no perdía ripio.

—Qué raro, lo recuerdo solo ahora. No había vuelto a pensar en eso. Nos pusimos en fila, cuando llegó su turno, Marianna enseñó la mano a la maga, una mujer de mediana edad, muy pintarrajeada, con un turbante de seda morada en la cabeza. La mujer agarró la mano de Marianna, la examinó y abrió los ojos como platos.

En el silencio que se había instalado en la habitación se oyó un ruido sordo. Todos se volvieron hacia la librería desde la que Platone, huésped invisible, se había lanzado con la cola erizada como si hubiera visto un fantasma. Arrastrando la barriga por el suelo, se dirigió hacia la chimenea y se ovilló delante de ella.

—Sigue —murmuró Marco a la joven.

—La adivina miró de nuevo la mano de Marianna, después la dejó caer como si quemara y gritó, lo recuerdo como si lo estuviera viendo ahora: «¡Cuidado, niña, cuidado! ¡El ala del cuervo te rodea! ¡Si ves el sol de mañana, estarás a salvo!».

Marco se estremeció. Daniele estaba tenso.

—¿Y Marianna?

—Las dos nos quedamos perplejas, no entendíamos qué quería decir la mujer. No había ningún cuervo. El tiempo era bueno. Recuerdo que Marianna se rio de manera forzada. «Está loca», exclamó, y nos fuimos. Pero habíamos

perdido el buen humor y poco después nos encontramos con...

—Vamos. —Marco intuía que estaba llegando el momento crucial.

—Sí. —Angela vacilaba, sus ojos estaban llenos de lágrimas—. Encontramos un grupo de jóvenes que empezaron a molestarnos.

—¿Qué quieres decir?

—Nos siguieron, comentaban en voz alta la ropa que llevábamos, nuestro aspecto, incluso con crueldad. Uno de ellos, en especial, se ensañaba con Marianna y le decía: «¿No va siendo hora de que vengas conmigo, guapa? Sé que te gusto». —Angela se tapó la cara con las manos, su voz se había quebrado—. Decía también: «Ven a mi casa y te ayudaré a quitarte ese bonito corsé. Así descubriremos qué hay debajo de la falda».

—¿Y Marianna?

—Estaba roja como un tomate, intentaba escapar, pero la multitud se lo impedía. Yo la seguía como podía. Entretanto, se había hecho tarde, había anochecido, así que tratamos de ir hacia los callejones que hay detrás de San Marcos para volver a casa. Encontramos una puerta abierta y nos escondimos en el vestíbulo. Entonces le pregunté: «¿Quiénes son? ¿Los conoces?».

—¿Te lo dijo? —Un tronco cayó en la chimenea y unas cuantas chispas alzaron el vuelo. Platone dio un brinco y se apartó.

—Sí, me contó que el más insolente era Piero Corner, uno de los patricios de la Ca'Granda. Marianna iba allí de vez en cuando para llevar ropa a su madre y él se había obsesionado con ella desde hacía cierto tiempo, la perseguía por las escaleras, intentaba tocarla, la invitaba a su habitación. Los demás lo acompañaban a menudo.

—¿Quiénes eran?

—Una criada amiga suya, una tal Elvira, le había dicho cómo se llamaban. Uno era Marino Barbaro, el otro el gondolero de Corner, un tal Biagio, y el tercero era uno de los Labia, un tipo feo y bajo.

Angela exhaló un largo suspiro, como si se estuviera liberando de un peso. Marco y Daniele se miraron.

—¿Qué pasó después? —la animó Daniele.

—Después vino lo peor... —Angela bebió un vaso de agua e hizo acopio de valor—. Salimos y, a primera vista, parecía que los cuatro se habían marchado. No quedaba casi nadie en la calle, se había hecho tarde y estaba muy oscuro. Había luna nueva. Marianna se arrebujó en la capa escarlata como si tuviera frío. Nos encaminamos hacia el *campo* San Zaccaria, donde un farol atenuaba un poco la oscuridad. Allí, nunca dejaré de

arrepentirme, recordé que debía ir a casa de mi madrina, que vivía cerca del *campo* Santa Maria Formosa. No quería dejar sola a Marianna, pero ella no parecía preocupada. «Ve. El muelle de los Schiavoni está a unos pasos y está lleno de gente. Aquí ya no corro ningún peligro, esos cuatro se han cansado de seguirnos. ¿Qué puede pasarme?», me dijo.

—Y tú te marchaste.

—¡Si supiera cuántas veces pienso en eso! —Angela rompió a llorar. Se hizo silencio—. Me había alejado un poco de ella y estaba en el callejón que lleva a Santa Maria Formosa —prosiguió con la voz quebrada—, cuando oí un alboroto. Eran voces de hombre, parecían borrachos. Tuve miedo y me paré. Oí que se reían, que bromeaban, después la voz de Marianna: «¡No! ¡Socorro!». Ellos se echaron a reír aún más fuerte. No me atreví a salir del callejón, temía que me vieran, así que la dejé sola. Ella gritó dos veces más, después ahogaron su voz. Oí varias pisadas más, fuertes, como si estuvieran corriendo, y que se llamaban en voz baja. Comprendí que el grupo estaba entrando en el callejón donde me había escondido. —Angela estalló en sollozos—. No lo resisto más —murmuró entre lágrimas.

Tardaron un poco en calmarla. Marco mojó un pañuelo con agua y ella se lavó la cara antes de retomar el relato.

—Cerca de mí se abría un pasaje y me escondí detrás de una columna. Pasaron casi rozándome, dos de ellos sujetaban a Marianna, que se debatía, me pareció que la habían amordazado y que la habían envuelto en la capa. Desaparecieron en la oscuridad.

—¿Y tú? —preguntó Zen.

—Regresé a casa con la esperanza de que volviera. Confiaba en que, si le hacían daño, después la soltaran. Su tía, Giannina, vino a preguntarme por ella al cabo de un par de horas. Estaba preocupada, pero pensaba que quizá se había quedado en mi casa. Le dije que nos habíamos despedido en el *campo* San Zaccaria y que no había vuelto a verla. Al día siguiente perdí la esperanza de que regresara. Desde entonces no he vuelto a sentirme en paz conmigo misma.

Aún quedaban muchas cosas por aclarar, pero la joven estaba exhausta. La dejaron en manos de Rosetta, que la ayudó a reponerse con un plato de *risotto* y un vaso de vino. Cuando volvieron al despacho, Angela había recuperado el color.

Se sentaron de nuevo alrededor del escritorio, mientras Platone, lamiéndose los bigotes con energía, se acurrucó entre ellos, encima de un

montón de papeles.

Marco fue directo al grano.

—Angela —dijo tirando a adivinar—, tú le contaste a alguien lo que sabías. —La joven no había mencionado hasta entonces a cierta persona, pero ya no podía omitirla más.

—Nunca conté nada a mis padres ni a Giannina.

—¿Por qué no dijiste nada a los esbirros?

La joven se ruborizó.

—Tenía miedo. El capitán me convocó a la sala de los interrogatorios de Piombi, solo me preguntó dónde me había despedido de Marianna, daba la impresión de que tenía mucha prisa, parecía que había bebido. —«¡Ah, Brusin! Esta también me la pagarás», pensó Marco—. ¿Cómo podía contarle que esos jóvenes nos habían seguido, decirle cómo se llamaban? Porque vaya unos nombres, ¿eh? Gente importante. Si los guardias los hubieran interrogado, habrían dicho que me lo había inventado todo y yo habría pagado por ello. No habría vuelto a tener valor para salir a la calle y, además, ya no podía hacer nada por Marianna.

Era cierto, pensaron Marco y Daniele, a la vez que se miraban.

—Pero después le contaste la verdad a alguien... —dijo el abogado Zen tomando la palabra.

Angela no tenía escapatoria. Apuró un vaso de agua, inclinó la cabeza y con voz inexpresiva, dijo:

—Supongo que sabrán que mi hermano Giorgio era novio de Marianna. Cuando se enteró de que ella había desaparecido se volvió loco. Deambuló por Venecia dos días enteros, paraba a la gente por la calle, en las tiendas. Al amanecer interrogaba a los pescadores que llegaban a Rialto para saber si habían visto un cuerpo flotando en la laguna. Después empezó a amenazar diciendo que pensaba ir a ver al comandante de la guardia, que iba a organizar un escándalo.

—¿Por qué no vinisteis a verme? —preguntó Pisani.

—Somos gente sencilla —objetó la joven—. A ninguno de nosotros se le pasó por la cabeza molestar a un *avogadore*. Pues bien —prosiguió—, mis padres temían que Giorgio se metiera en un lío, ni siquiera iba al horno. Nuestro vecino, que trabajaba en el Arsenal, le encontró un puesto de panadero a bordo de un barco que iba a zarpar rumbo a Oriente. Casi lo embarcamos a la fuerza.

—Pero antes de que se marchara le contaste la verdad.

—Él quiso que lo hiciera, me amenazó con quedarse si no le contaba todo. Giorgio es listo, había comprendido que yo le estaba ocultando algo. Así pues, lo obligué a jurarme que guardaría mi secreto, le expliqué que si alguien, incluso la tía de Marianna, se enteraba de la verdad y se la decía a otros, circularía el rumor y yo correría un gran peligro. Me lo juró y se marchó con nuestro secreto.

—¿Los nombres también?

—Los nombres también.

En el silencio que se hizo a continuación solo se oía el crepitar de las llamas. Marco sirvió vino dulce en unos vasos de cristal. Bebieron absortos en sus pensamientos.

Zen rompió la tregua.

—Pero ahora ha vuelto... —aventuró.

Angela captó al vuelo la insinuación.

—¡No pretenderá culparlo de la muerte de esos tres canallas! — También ella, como el resto de Venecia, por lo demás, estaba al tanto de los delitos y era lógico que se hubiera hecho la pregunta—. Mi hermano no es un asesino. Volvió este verano, ya no está furioso por lo que le sucedió a Marianna, solo muy triste.

—¿Dónde ha estado todos estos meses?

—No me ha contado mucho. Sé que vivió en Constantinopla, donde al principio trabajó como descargador en el puerto, pero después lo empleó un panadero. Ahorró un poco de dinero, luego sintió nostalgia de casa y regresó.

—Pero no vive con ustedes —aventuró Zen en voz alta.

—No, ha encontrado casa en el gueto nuevo, donde trabaja. Con nosotros estuvo apenas unas horas, decía que no podía retomar la vida de antes, como cuando estaba Marianna. Habían crecido juntos y estaban muy unidos.

—¿Viene a verles a menudo?

—No, casi no lo vemos.

—¿Está al corriente de los delitos?

—No lo sé, hace un mes que no sabemos nada de él.

Daniele jugueteaba pensativo con la cola de Platone, que maullaba irritado, Marco garabateaba en el cuaderno. Al final prorrumpió:

—Angela, ¿has guardado siempre el secreto durante estos meses? ¿No le has dicho a nadie el nombre de los cuatro hombres?

—Jamás. A nadie.

—De manera que los Biondini no saben aún lo que le sucedió a Marianna.

—No lo saben. Si hubiera hablado, solo habría servido para causarles más dolor.

Capítulo 24

En la sala de casa Pisani, que estaba junto a la cocina y daba al jardín, sentadas a la mesa puesta para la comida dominical, Marta y Rosetta se observaban y se medían.

—Así que la señora Chiara es huérfana —dijo Rosetta—. ¿Cómo se las arregla? —El ama de llaves de Marco vestía una voluminosa falda de color gris y un chal de encaje, que sujetaba con un camafeo.

Marta esbozó una sonrisa.

—Su padre, que en paz descanse, la preparó. Siempre me decía: «Será una mujer sola, tendrá una doble tarea; deberá saber dirigir una casa y una empresa». Así que le enseñó a diseñar y realizar tejidos. ¿Ve lo bonito que es este? —Señaló la tela de su vestido, un refinado damasco de color carmesí—. Además, sabe matemáticas y contabilidad, habla francés e inglés y viajó con su padre por toda Europa.

—Pero el señor Renier no pensó en lo más importante —insinuó Rosetta—. No le encontró un marido y, por lo visto, ella ya no es tan joven.

La cara menuda de Maria se endureció, la mujer comió con parsimonia el arroz con guisantes, el típico *risi e bisi* veneciano, que humeaba en el plato de delicada porcelana, se limpió la boca con la servilleta y bebió un sorbo de vino.

—Qué quiere que le diga, señora Rosetta —dijo, retomando con calma la conversación—, creo que solo necesitan marido las jóvenes sin recursos, tanto las burguesas, que carecen de instrucción, como las aristócratas, que no saben cómo invertir la dote o no tienen ninguna. Si se casara, mi Chiara perdería su independencia, la administración de su patrimonio pasaría a su marido. El problema es que ella no sabe estar mano sobre mano ni delegar en los demás todo lo que ha construido.

Giuseppe llegó en ese momento de la cocina más peripuesto que nunca, dado que en esa ocasión debía servir la mesa vestido con una librea y unas

medias de seda. Les traía un fragante plato de fritura mixta y Platone seguía con la cola erguida el oloroso rastro.

Rosetta sirvió cortésmente a su invitada.

—No obstante —observó apenas el criado abandonó la habitación—, tengo la impresión de que a su excelencia, el señor Pisani, no le desagrada.

Marta perdió los estribos.

—Son jóvenes y guapos, puede que se hayan enamorado. ¿Qué tiene eso de raro? Si no me equivoco, los dos han tenido sus dificultades. Si ahora son felices juntos, ¿por qué se entromete usted? ¿Está insinuando acaso que Chiara no es noble? Le aseguro que su amo no encontrará una mujer mejor en las familias más consideradas.

—No se enoje. —Rosetta comprendió que había exagerado—. El caso es que vi nacer y criar al chico, bueno, al *avogadore*, así que es como si fuera mi hijo. Por lo demás, tengo que reconocer que la señora Chiara es muy guapa.

De la cocina les llegó el estrépito de un fragoroso aplauso. Nani, la cocinera Gertrude, el viejo Martino, y Bastiano, el gondolero de Zen, comían alrededor de la mesa. Los acompañaba también Tommaso Grassino, llamado Maso, el aprendiz de Chiara. Maso había llevado a su ama y al aya a casa de los Pisani con el barco de la empresa y lo habían invitado a comer; Nani se había sentado a su lado.

—Tu ama es una mujer muy atractiva —observó Martino dirigiéndose a Maso—. Y también refinada, se comporta como una auténtica señora. Permite que te lo diga, porque en los años que llevo sirviendo en el palacio Pisani he visto pasar mucha gente importante. Ella tiene algo...

—Ya lo creo, señor —asintió Maso—, además es buena y generosa. Siempre me dice que estoy dotado para el trabajo y me está enseñando a tejer incluso las telas más complicadas.

Bastiano alzó la cabeza del plato al que se había dedicado hasta ese momento con buen apetito.

—Mi amo, el abogado Zen, debería encontrar también una señora así, pero él es un mujeriego, a veces me pide que lo acompañe a una de esas casas..., ya sabéis a qué me refiero. Bueno, siempre son mujeres respetables, lo mejor de Venecia. Pero no me gustan.

—¡Ay, la juventud! —exclamó Martino, quien siempre había soñado con entrar en casa de una cortesana y tenía que contentarse con que su escasa fantasía imaginara las perdiciones que jamás iba a vivir.

—¡No hagáis tanto ruido! —Era Giuseppe, que volvía cargado con unos platos a la cocina—. Se os oye desde la sala y puede que también arriba, en el comedor. ¡En el palacio Pisani no habríais hecho tanto barullo! El mayordomo de allí hacía cuadrarse a todos como soldados, bueno, lo sigue haciendo.

Se hizo silencio, pero apenas Giuseppe salió, Maso quiso brindar con Nani y los dos empezaron de nuevo a charlar.

—¿A qué se dedica tu padre? —preguntó el gondolero.

—¿Mi padre? —repitió Maso enrojando. Se ruborizaba por nada y eso lo atormentaba—. Tiene un puesto de fruta en Rialto. Mi madre lo ayuda a menudo. Además, tengo dos hermanas, pero son pequeñas y aún van a un colegio de monjas. Cuando mi madre se enteró de que me habían arrestado, por homicidio, para más inri, se sintió mal, llamaron al médico y este quería sangrarla, pero mi padre se opuso. Por suerte, la señora Chiara llegó con uno de sus remedios y mi madre se recuperó. Si no hubiera sido por tu amo... — Calló, asombrado de haber hablado tanto.

—Pues sí, es un gran hombre —comentó Nani—. Los padres escolapios querían que yo fuera cura. ¿Te imaginas? Él me puso bajo su protección y aquí me tienes.

—¿Remedios? —terció Gertrude—. ¿Qué remedios tiene esa Chiara?

—La señora Renier —subrayó Maso—, su abuela le enseñó a preparar jarabes, cataplasmas y medicinas para cualquier mal. Muchas personas vienen a casa para que las cure y ella lo hace gratis, se niega a que le paguen. Dice que las sangrías y los purgantes no sirven para nada, al contrario, que a menudo hacen más daño.

Gertrude se quedó un poco pensativa, inclinó la cabeza y su frente se surcó de arrugas.

—Entonces es una bruja —dijo por fin—. Tu ama es una bruja.

Maso se encolerizó y se puso aún más rojo.

—¡Qué bruja ni que ocho cuartos! —Gritó—. En todo caso, una farmacéutica. ¡Conoce las hierbas y sus propiedades mejor que esos profesores tan estirados!

El viejo Martino cambió de tema.

—Nani, tú que lo acompañas siempre, ¿sabes cómo va la investigación de los tres asesinatos? Ayer en el mercado aseguraban que un asesino anda suelto por Venecia estrangulando a la gente y que las autoridades no mueven un dedo.

—Chismes de ignorantes —pontificó Nani—. No puedo hablar, el secreto profesional me lo impide, ya lo sabéis, pero mi amo está sobre la buena pista. Solo puedo deciros una cosa: los tres muertos no eran, lo que se dice, unos angelitos.

—¿Cómo, también Piero Corner? —terció Bastiano, que los estaba escuchando.

—¡No me tiréis de la lengua! —Nani fingió que se la mordía—. Pero él también... Puede que no cuando murió, pero antes...

—¡A nuestra salud! ¡Y a una amistad eterna! —En el airoso comedor del primer piso, que daba al *rio* San Vio, Daniele Zen levantó la copa mirando a Chiara, mientras Marco se unía al brindis.

El abogado se había quedado prendado de Chiara Renier desde que la había visto desembarcar en el muelle de casa Pisani. Envuelta en una capa forrada de piel, con la cara enrojecida debido al frío que había padecido durante el viaje por la laguna, el pelo rebelde y luminoso y los ojos celestes, parecía una criatura de otro mundo.

—Tú debes de ser el famoso Daniele —le había dicho sonriéndole.

—Y tú la mujer que ha embrujado al *avogadore* —había replicado el abogado tendiéndole el brazo.

A continuación, se habían encaminado hacia la casa charlando como dos viejos amigos.

—Bien —dijo Marco después del brindis—. Ahora daremos buena cuenta de la comida, luego iremos a mi despacho y comentaremos cómo va la investigación.

Rosetta, con la ayuda de Gertrude, había dado lo mejor de sí. Las entradas de marisco eran tan delicadas que se deshacían en la boca; el arroz armonizaba a la perfección con los guisantes frescos recién llegados de los invernaderos de tierra firme, que costaban una fortuna. La monumental fritura de pescado se componía de lenguados pequeños, pulpitos sumamente tiernos y salmonetes que se podían comer de un bocado, todo ello acompañado de una guarnición de *polenta* asada, y, además, había gambas de color rosa pálido, anchoas y lenguados.

Marco notó que Rosetta había sacado los cubiertos de plata y las cristalerías más valiosas en honor de Chiara.

—¿Cómo te las arreglas para hacerlo todo sola? —preguntaba en ese momento Daniele a la joven—. Dibujas los motivos de las telas, enseñas a los

trabajadores, te ocupas de la correspondencia con los proveedores y los clientes, llevas las cuentas y vas a las reuniones de tu gremio. ¿De dónde sacas el tiempo?

Chiara esbozó una sonrisa.

—Mi padre fue un gran maestro, me enseñó a no perderme en las dificultades. Mi tejeduría apunta sobre todo a la calidad, así que no produzco mucho. El secreto es tener la contabilidad en regla y enseñar bien a los artesanos.

Marco la escuchaba encantado. ¿Desde cuándo no disfrutaba de la serenidad doméstica? La joven sabía conquistar al prójimo. Bueno, no a todos, Rosetta aún parecía reticente; a diferencia de Giuseppe, que sonreía complacido cada vez que aparecía con los platos. Nani se había sentido subyugado desde el primer día por ella y en el caso de Daniele, parecía que se conocían toda la vida.

—Daniele —prosiguió Chiara, mirándolo con curiosidad—, me ha dicho Marco que no tienes novia, y eso que muchas mujeres suspiran por ti en Venecia.

Zen parecía cohibido.

—Sí, nunca he pensado en comprometerme, a pesar de que me doy cuenta de que voy teniendo edad de formar una familia. A saber qué me deparará el destino.

—¿Te gustaría saberlo? —preguntó Chiara interrogando con los ojos a Marco, que comprendió al vuelo.

—Cuidado, Daniele, sabe leer el destino. ¿De verdad quieres hacerlo, Chiara? —Le sonrió.

—Dado que le has revelado mi secreto...

En la sala adyacente a la cocina, Marta y Rosetta estaban en el postre. Además, habían dejado de discutir sobre Chiara.

—Mi amo es una persona extraordinaria —observó Rosetta probando un buñuelo—. ¿Sabe, señora Marta, que mantiene un orfanato? ¡Y cuánto trabaja! Está siempre con sus documentos, hasta de noche. Cuando se ocupa de un caso no para hasta que no llega hasta el fondo. ¡Claro que con su mujer todo era distinto!

—¿Ha estado casado? —preguntó Marta intrigada. Chiara no le había dicho nada.

—Sí. —Rosetta sirvió a su invitada el vino de Chipre en un delicado

vaso de cristal—. La pobre señora Virginia, que en gloria esté, subió al cielo hace doce años con el niño que acababa de dar a luz.

Las dos ancianas suspiraron. Una corriente de simpatía empezaba a fluir entre ellas.

Rosetta rompió el silencio.

—¿Cree que están enamorados?

—Jamás he visto a Chiara sonreír tanto —consideró Marta bebiendo un sorbo de vino—. Por la noche se asoma a la ventana para mirar el cielo y a veces canturrea.

—Mi amo no sonríe a los ángeles, pero está mucho más sereno y de buen humor, desde luego. Pero ¿la señorita Chiara nunca ha tenido novio?

—Nunca. En ese tipo de cosas es tan ingenua como una niña. No me gustaría verla sufrir.

Rosetta hizo amago de levantarse de la mesa para ver si todo iba bien en la cocina y para pedir que prepararan el café, pero enseguida se volvió a sentar con una mueca de dolor.

—Ay, mi espalda —exclamó—. Cuando hace mal tiempo el dolor no me abandona. Por lo visto, no hay remedio.

—Mi querida señora Rosetta, yo lo arreglaré. —Al ver la expresión de desconcierto de la mujer, Marta añadió—: Las mujeres de la familia Renier se transmiten por tradición unas recetas secretas que curan bastantes trastornos. De vez en cuando, Chiara sale al amanecer a los campos de tierra firme y recoge hierbas, bayas y cortezas con las que prepara los remedios que aprendió de su abuela. Su madre murió cuando ella era niña, ¿sabe? Creo que se usa zumo de corteza de sauce para aliviar estos dolores estacionales. Por lo visto es una receta muy antigua, ella dice que es egipcia. Mañana pediré a Maso que le traiga un tarro milagroso.

Se oyeron unas risas en la cocina.

—¿De verdad no has tenido nunca novia? —preguntaba Nani al pobre Maso, que jamás se había sentido tan confundido.

—Siempre estoy solo, ¿sabes? —se justificó este—, mis compañeros de tejeduría van a la suya, así que yo voy de casa al trabajo y del trabajo a casa. No puedo parar a las mujeres por la calle.

—Después de comer te llevaré al café que hay detrás de la iglesia de la Salute —le prometió Nani—. Es un local un poco elegante, no verás borrachos ni haraganes, pero tampoco gente altiva. Claro que en él tampoco

tendrás ocasión de conocer a jóvenes burguesas, esas ni siquiera asoman la nariz fuera de casa, pero suelen ir las criadas más distinguidas de Venecia, jóvenes viudas y vendedoras del mercado, en fin, gente con cierta posición. Yo encuentro siempre alguien con quien charlar y, con un poco de suerte, hasta una cama como es debido donde meterme.

—¡Nani! —se escandalizó Gertrude, que había puesto ya los ojos en Maso—. ¿No te da vergüenza? Pase que hagas esas porquerías y que alardees de ellas, pero ¡que encima quieras arrastrar a ellas a un buen chico como Maso es el colmo!

—Pero si no son porquerías. —Nani se rio—. El amor es la cosa más bonita del mundo.

—Bueno —dijo Chiara pensativa observando la mano izquierda de Daniele, que este le había tendido con cierto temor—, veo que eres una persona muy equilibrada, leal hasta la muerte y realmente inteligente, capaz de analizar a fondo las situaciones. Diría que lo ideal para ser abogado y asesor de un *avogadore*. —Miró a Marco sonriendo.

Daniele la observó entre curioso y anhelante.

—Pero...

—¿Qué? —preguntó Daniele muy serio, abriendo desmesuradamente sus ojos azules.

—Observa estos signos: la raya de la vida es larga y en ella no aparecen enfermedades, el éxito profesional está garantizado, pero la línea del corazón está llena de tormento.

—No me extraña —terció Marco—. ¡Con todas las mujeres que frecuenta!

—No, no —replicó Chiara—. Solo veo una mujer. —Daniele palideció—. Las demás son estos signos pequeños, no significan nada. Esta línea profunda y quebrada indica, en cambio, un gran amor, diría que un amor... secreto.

—¡No es posible! —soltó sin querer Daniele, sumamente embarazado.

—¿Secreto? —terció Marco—. Daniele no tiene secretos para mí. —Miró la cara de su amigo, que parecía la máscara de la confusión, y calló.

Chiara comprendió la situación.

—He sido indiscreta, como de costumbre, disculpa, Daniele. Revelo sin más lo que me dice la mano y nunca pienso en los problemas que eso puede causar.

—Sigue —la interrumpió Daniele con un hilo de voz y la mirada perdida.

—Si quieres... —Chiara retomó la explicación mientras Marco los contemplaba estupefacto—. La mujer a la que siempre has querido, y a la que querrás siempre... —dijo Chiara exhalando un suspiro—, no es tuya. Siempre lo has sabido y por eso has ocultado a todos la profundidad de tu sentimiento.

—¿Y eso está escrito en mi mano? —preguntó Daniele impresionado.

—En tu mano y en tu mente, con la que puedo entrar en contacto a través de ella.

—Me das miedo —exclamó Zen—. ¿Quién eres, una maga?

Marco se entrometió.

—Chiara no es una maga, sino una vidente, las mujeres de su familia siempre lo han sido. Pero guarda este don en secreto, porque sabe que puede causarle problemas. Es más, debes saber que fue ella la que me señaló el camino que debía seguir en la investigación. —A continuación, contó a su amigo las visiones que había tenido y le habló de sus dotes de curandera.

—¡Esto sí que es bueno! —concluyó Daniele mientras Chiara observaba sus reacciones—. Ahora entiendo cómo te ha hechizado. Uy, perdón por el juego de palabras, pero jamás he contado a nadie la historia de mi amor secreto, ni siquiera a Marco. —Bajó los ojos y siguió hablando como si lo estuviera haciendo consigo mismo—. No tengo ninguna esperanza, pero no puedo evitarlo. Por eso parezco un estúpido superficial. Ella es una criatura exquisita, solo que cuando era muy joven le arreglaron un matrimonio de conveniencia. Sé que ella siente algo por mí, pero no conviene que nos veamos. Eso solo la turbaría y no quiero tener una relación clandestina con ella. —Suspiró y añadió con una sonrisa—: Bueno, ya he desembuchado. No te he dicho nada, Marco, porque no quiero que nadie me compadezca y ni siquiera hoy diré quién es, a menos que Chiara pueda leer su nombre en mi mente.

—No —lo tranquilizó Chiara—, los nombres no se adivinan, pero aún no he terminado. Enséñame otra vez la mano y callaos. Ves, Daniele —prosiguió—, la línea se recompone aquí. Eso significa que un día no muy lejano podrás revelar tu secreto. Así pues, no es un amor desesperado. Podrás ser muy feliz, pero tendrás que esperar a que las cosas sucedan sin intervenir. Todo se resolverá solo.

Daniele esbozó una leve sonrisa.

—Eso sería estupendo, pero no quiero hacerme ilusiones, su marido no es viejo y, por el momento, goza de una magnífica salud.

—Qué raro, aquí no habla de matrimonio. Quiero decir que no veo que esa mujer esté casada. ¿Estás seguro de que es así? ¿No estará solo comprometida?

—Por desgracia no, estoy seguro, es una persona conocida en Venecia. No tiene hijos, pero sí un marido, desde luego. Bueno, ya lo sabéis todo. Confío en vuestra discreción.

—Será un pacto sagrado entre nosotros —concluyó Marco.

Los tres alzaron sus copas en un brindis solemne. Giuseppe entró en ese momento con la cafetera.

Anocheecía, en el comedor adyacente a la cocina Rosetta atizó el fuego en la chimenea y encendió varias lámparas. Marta se había sentado en el sofá con una manta sobre las piernas y saboreaba un pastelito. Era tan minúscula que parecía un pajarito.

—Sería estupendo estar rodeados de niños otra vez —dijo rompiendo en silencio, como si estuviera pensando en voz alta—. A medida que te vas haciendo viejo, más deseas sus risas, su alegría.

Rosetta se sentó a su lado.

—A mí también me gustaría criar otra vez un niño. El *avogadore* era delicioso, a veces me gastaba bromas, pero luego venía a pedirme perdón todo serio y me daba un abrazo bien fuerte. —Sonrió al recordar—. Su madre, la señora Elena, que aún es muy guapa, no era una de esas mujeres que abandonan a sus hijos al cuidado de los criados, al contrario, siempre se ocupó personalmente de su educación, pero en el corazón de ese niño había también un hueco para mí.

—A propósito de la familia Pisani... —Marta consideró que el momento era propicio para hacer la pregunta—. Si nuestros jóvenes se prometen, señora Rosetta, ¿cree que los padres del *avogadore* se opondrán porque Chiara es una burguesa?

Rosetta esbozó una sonrisa, las dos mujeres habían trabado ya amistad.

—No conoce a los Pisani, Marta. Son especiales. No necesitan los escudos de los demás, tienen alma aristocrática, así que pueden permitirse el lujo de elegir las mujeres que desean.

—Eso significa que no se opondrían si...

—Después de lo que pasó, la señora Elena no ve la hora de que su hijo

Marco vuelva a ser feliz. Acogerá a la señorita Chiara como a una hija.

Capítulo 25

A media tarde, las lámparas del despacho estaban encendidas y en el aire flotaba el aroma de la leña que ardía en el hogar. En la repisa de mármol, un candelabro iluminaba desde abajo el retrato de Virginia, de forma que la figura de la joven parecía cobrar vida con el temblor de las llamas.

Antes de sentarse al escritorio con Marco y Daniele, Chiara se detuvo a observar el retrato con una leve sonrisa en los labios.

—Era muy guapa —murmuró como si estuviera hablando sola.

Platone, satisfecho después de la comida, se acercó a ellos con parsimonia, se tumbó perezosamente en un sillón y miró a Chiara con aire suspicaz. La joven se aproximó a él para acariciarlo, pero el felino la recibió con un maullido de crispación. «Tiene celos. Se le pasará», pensó Chiara. El gato se lamió con furia el pelo que ella había acariciado.

Marco tomó la palabra en primer lugar. Resumió los encuentros que había tenido el día anterior e informó a sus amigos sobre el mensaje de Alvise Cappello que había recibido esa mañana. El turco Ibrahim Derali había dicho la verdad: había partido de Venecia en octubre a bordo del barco Fulminante y había regresado pocos días después. Después les refirió lo que había declarado Angela Sporti.

—Han sucedido tantas cosas en las últimas horas que no hemos tenido tiempo de analizarlas —añadió—. Por desgracia, no disponemos de mucho tiempo, porque en Venecia corre la voz de que un misterioso asesino está estrangulando gente al azar. Nosotros sabemos que la elección de las tres víctimas no es casual, de una forma u otra alguien los odiaba, pero hasta que no echemos el guante a Labia y no logremos que confiese no podremos acallar el rumor.

—Para ser más precisos —lo interrumpió Daniele—, debemos tener en cuenta que nos enfrentamos a dos casos criminales distintos, pese a que entre ellos existe una relación de causa y efecto. Hace año y medio asesinaron a la

pobre Marianna Biondini y sabemos quiénes son los culpables. Desde hace diez días alguien los está eliminando, uno tras otro. Tres han muerto ya, solo queda Labia.

—Así pues, mis visiones, que parecían fuera de lugar, tenían una explicación —terció Chiara—. La joven rubia, la capa de color escarlata, el gondolero, que quizá sea el tal Biagio, que escondió el cadáver a saber dónde, e incluso la iglesia de San Zaccaria, delante de la cual se produjo el secuestro. Queda solo el barco que llegó de Oriente..., puede que el «justiciero», si me permitís que lo llame así, regresara en él a Venecia.

—Cuidado, Chiara —le advirtió Marco—, se trata, en cualquier caso, de un asesino. No debemos tomarnos la justicia por nuestra mano.

Daniele estaba ensimismado.

—De acuerdo, el turco está exculpado. Puede que no sea trigo limpio, como pretende hacernos creer, puede que incitara a nuestras víctimas a robar el material secreto, puede que estuviera interesado en el proyecto de la draga para excavar fango, sea como sea, nunca llegó a apoderarse de nada ni mató a nadie. Ahora bien ¿estamos seguros de que el asesino está vengando la muerte de Marianna Biondini? —se preguntó—. De ser así, ¿quién puede ser?

—Examinemos los hechos —los invitó Marco—. ¿Qué sabemos en concreto de esa sombra que mata en la oscuridad? En primer lugar, que es corpulento, la criada de la taberna de Biagio lo vio y yo también, mientras escapaba de la fonda de la Giudecca. Ah, otra cosa: cojeaba un poco, no sé si es algo temporal o una lesión permanente. Además, debe de tener una herida visible en alguna parte del cuerpo, porque el puñal que encontraron hace diez días junto al cuerpo de Marino Barbaro estaba ensangrentado y porque, por leve que sea, la herida aún no puede haber cicatrizado del todo.

—En segundo lugar —dijo Daniele tomando la palabra—, es un veneciano o llegó a Venecia hace, al menos, diez días, aunque yo diría que fue hace mucho más tiempo, porque ha tenido tiempo de observar las costumbres de las víctimas, sus horarios, sus recorridos. Además, tiene dinero. ¿Recordáis las monedas que enseñó a la señora Domenici?

—En tercer lugar —añadió Chiara—, usa una cuerda especial que procede de Oriente o de Portugal. Podría ser su firma. Se trata de una persona que tiene contactos con el extranjero.

—No está aislado —precisó Marco—, vive rodeado de gente, en caso contrario no habría podido indagar sobre las víctimas. Además, hay otra cosa

cierta: si mata para vengar a esa desgraciada joven, significa que esta lo quería, todos estamos pensando en la misma persona.

—Giorgione, el novio —concluyó Daniele.

—Ya —prosiguió Marco—. Giorgione sabía quiénes eran los culpables y tuvo tiempo para preparar las emboscadas, porque volvió a Venecia hace, al menos, cinco meses, además estuvo en Oriente, así que puede que posea ese tipo de cuerda, y, por último, tiene un buen móvil. Quizá volvió con un buen puñado de dinero de Constantinopla y, además, es corpulento. No sabemos nada de su carácter, tampoco dónde se esconde. Mañana mandaré a Nani al gueto nuevo para que averigüe con discreción dónde está su madriguera.

—¿Piensas arrestarlo? —preguntó Daniele.

Marco reflexionó.

—No lo sé. Si es inocente, no quiero atormentarlo sin motivo.

—Pero si Giorgione es inocente —terció Chiara—, ¿quién es el culpable?

Giuseppe, que entró con una jarra de vino de Chipre en una bandeja, los interrumpió. Retomaron la conversación cuando volvió a dejarlos solos.

Daniele pensaba en voz alta y tomaba apuntes.

—Si las muertes de los tres jóvenes están relacionadas con la de Biondini, hay que buscar en el barrio de Castello, entre sus conocidos, aunque, exceptuando a Giorgione, no hay muchos sospechosos, porque el padre de Marianna regresó a Venecia hace solo tres días y antes de volver no sabía que su hija había muerto. No sé quién más podría ser culpable. Pero esos cuatro eran unos canallas, podrían haber ofendido a más gente, haberse metido en otro lío. No olvidemos que antes de ensañarse con Marianna Biondini violaron a Lucietta, la criada.

—No obstante —lo interrumpió Marco escanciando vino en las copas de cristal—, he interrogado a Baldo Vannucci, el espía de los inquisidores, y no sabía si los cuatro amigos habían cometido algo más grave. Aunque, pensándolo bien, Vannucci tampoco sabía nada del asesinato de Marianna Biondini.

—Tampoco su amiga, Lucrezia Scalfi, sabía una palabra. Y eso que los cuatro hablaban con toda libertad en su casa y ella, según ha confesado, los espiaba a escondidas.

Chiara pensaba mientras bebía su vino.

—En ese caso, tratemos de mirarlo desde otra perspectiva: el primer móvil que debemos considerar es la venganza, pero ¿y si nos estuviéramos

equivocando y el móvil fuera otro? ¿A quién podía beneficiar la muerte de los tres amigos?

Marco le sonrió.

—Muy bien, Chiara —exclamó—. Nos hemos olvidado de la pista Corner. Biagio y Barbaro eran unos miserables, es imposible que enfurecieran tanto a alguien como para incitar a este a matarlos, tampoco tenían dinero, pero el caso de Corner es diferente. Su hermano Dario se ha beneficiado con su muerte.

—Y Dario es corpulento —lo interrumpió Daniele—. Por lo visto, es muy fuerte.

—Además, hace unos días que lleva una rodilla vendada y cojea, como la sombra que huyó por la ventana después de matar a Biagio. Pero si fue él, no será fácil demostrarlo —observó Marco—. Deberíamos averiguar qué ha hecho en estos últimos días. Daniele, podrías interrogar a uno de los criados de manera informal, al viejo Matteo, por ejemplo, no le faltan motivos para tener rencor a sus amos.

—No sé, tengo la sensación de que aún no vamos por el buen camino —dijo Chiara, que los había escuchado en silencio—. Yo, en cambio, creo que Dario Corner no tiene nada que ver en este asunto.

—Que no te venga la tentación de provocar una de tus visiones —le advirtió Marco. Al ver la mirada inquisitiva de Daniele, añadió—: La última vez que lo hizo estuvo mal. No se entra impunemente en el mundo de las energías desconocidas. Investigaremos nosotros con los medios que tenemos a nuestra disposición. Las visiones de Chiara han sido muy esclarecedoras, pero no deben repetirse.

—En ese caso, ¿cómo nos organizamos? —preguntó Zen dando un sorbo a su vino.

—Mañana manda a uno de tus secretarios para que busque Matteo y hazlo con la mayor discreción posible y, después, interrógalo sobre las relaciones que existen entre los Corner y sobre las costumbres de Dario. Si, además, consigues enterarte de lo que hizo Dario las noches de los homicidios, mejor aún. Y dile a Matteo que tenga la boca cerrada. Si puedo, participaré también en el interrogatorio. Nani es muy listo y sabrá cómo traerlo sin que sospeche nada. El martes iremos oficialmente a villa Labia, a Mira, para arrestar a Paolo Labia, pero deberá confesarlo todo antes de volver a Venecia, porque su familia podría contaminar las pruebas.

—¿Y qué hacemos con los inquisidores? —le recordó Zen.

—Esa es una cuestión delicada. Creo que mañana por la mañana iré a verlos para explicarles cómo va la investigación. Las acusaciones contra Labia son irrefutables, no pueden oponerse al arresto.

La mañana del lunes 18 de diciembre, la entrevista de Pisani con los inquisidores tuvo que retrasarse, porque, cuando llegó a su despacho, un hombre lo estaba esperando. Al principio no lo reconoció. Estaba gordo y era bastante viejo, iba desaliñado y daba vueltas con las manos a una especie de andrajo de color rosa.

—Excelencia —dijo haciendo lo mejor que supo una reverencia—, soy Antonio Cotti, el dueño de la fonda del Principe de la Giudecca.

—Ah, el burdel —recordó Marco.

—Es un local respetable —replicó el hombre con resentimiento.

—Está bien, está bien. ¿Qué le ha traído a Palacio?

—Soy un ciudadano honrado que quiere ayudar a la justicia —afirmó el viejo sin dejar de estrujar el andrajo rosa—. Ayer por la mañana, domingo, pasé por debajo de la ventana de la habitación donde encontraron muerto al pobre Biagio. Desde el viernes por la noche, cuando sucedió la desgracia, no había vuelto a rodear la casa, porque llovía a cántaros.

—¿Y bien?

—Mirando aquí y allí encontré esta banda enganchada en la vid por la que bajó el asesino, ya sabe. Seguro que la perdió. Es muy probable que los esbirros no la vieran porque estaba oscuro. —Tendió a Pisani el andrajo empapado por la lluvia.

Marco la abrió y comprendió enseguida que era uno de los fajines que los gondoleros llevaban ceñidos a la cintura. Solo que este tenía algo especial: en una punta había bordadas, inconfundibles, varias tiras de color oro y azul y dos leones rampantes en el centro de un escudo. Era el blasón de la familia Corner.

Los inquisidores lo esperaban en la sala de Tintoretto con el jefe de policía, *Messer Grando*. Ataviado con una toga y una peluca, Pisani entró pidiendo disculpas por el retraso e inició el espinoso discurso que no podía posponer por más tiempo.

Contó la historia de cuatro jóvenes libertinos, dos de rancia nobleza, otro arruinado, un *barnabotto* y, por último, un gondolero, que hasta hacía año y medio formaban una especie de asociación ilícita cuyo único objetivo

era el entretenimiento. Las personas como ellos, que se abandonaban al juego y a la embriaguez, que molestaban a las mujeres, que seducían a la fuerza a las criadas y no retrocedían siquiera ante una broma de mal gusto, un robo o una estafa, eran una vergüenza para la República. Un día, sin embargo, los cuatro miserables se habían extralimitado, habían secuestrado a una joven y la habían matado.

—¿Han encontrado el cadáver? —preguntó Condulmer.

—Aún no, pero no he perdido la esperanza —respondió Marco—. Con todo, el delito está totalmente probado y mañana, acompañado de una escolta de guardias —añadió dirigiéndose a *Messer Grandoiré* a arrestar al único superviviente de la banda, que podrá atar los cabos que aún quedan sueltos.

—¿De quién se trata? —preguntó Bragadin.

—Paolo Labia, se ha refugiado en la villa de Mira. Como saben, Piero Corner, Marino Barbaro y el gondolero Biagio Domenici han sido asesinados.

—Pero ¿usted no estaba investigando sobre esas misteriosas muertes? —lo interrumpió Pietro Fontana, que, como de costumbre, se había distraído.

—Como les he explicado ya —respondió pacientemente Pisani—, se trata de un caso doble. Las víctimas y Labia son culpables de un delito repugnante. Los tres primeros han muerto, solo queda Paolo Labia, que debe pagar por lo que hizo.

Los inquisidores alzaron la mirada al cielo.

—¡Un Labia, ni más ni menos! —Condulmer suspiró—. ¡Menudo lío organizará la familia! En cualquier caso, en Venecia nos jactamos de ser ecuanímes, así que, si hay pruebas graves contra él, debe ser procesado.

—Por eso tengo intención de ir a Mira. Lo interrogaré allí y lo traeré a Venecia con los cepos puestos.

—Pero ¿quién mató a los otros tres?

—Aún no estoy seguro —admitió Pisani—. Puede ser alguien que pretendía vengar a Marianna Biondini, pero también puede tratarse de un asunto de dinero.

—¿Puede explicarse mejor? —quiso saber Bragadin.

—No quiero precipitar las cosas, pero varios indicios apoyan mi primera suposición, otros, en cambio, apuntan a la familia Corner.

Los inquisidores volvieron a suspirar consternados y alzaron los ojos al cielo. Marco los dejó con sus angustias, sin contarles que el novio de Marianna había regresado a Venecia ni que habían encontrado el fajín con el

escudo familiar de los Corner en el lugar por donde había escapado el asesino de Biagio. Les ocultó también sus sospechas de espionaje, dado que el mercader Derali estaba exculpado.

Marco salió del Palacio casi a mediodía y encontró a Nani esperándolo a la puerta del entresuelo de las procuradurías viejas.

—¿Qué me cuentas? —le preguntó con ansia—. ¿Has encontrado a Giorgione?

—Sí, amo. —Nani sonrió—. ¿Le he fallado alguna vez?

—Vamos a comer algo y mientras tanto me lo cuentas todo.

Rodeados de gente elegante, el *avogadore* y su gondolero se sentaron a una mesa del café Alle Piante d'Oro, que se encontraba bajo de los pórticos, y pidieron vino y algo de comer. Nani era un joven muy atractivo, de forma que, pese a que vestía de forma sencilla, como un hombre del pueblo, llamaba la atención de numerosas damas.

—No fue difícil —dijo—. A primera hora de esta mañana recorrí las panaderías del gueto, que no son muchas, me asomé a todas con una excusa y solo vi a un mozo que tenía los típicos rasgos de los judíos. Esperé a que terminara de trabajar y a que se fuera a dormir y entré en el local.

—A ver si lo adivino —lo interrumpió Marco—. Había una chica...

—Sí, *parón*, ¿cómo lo sabe? Una tal Ester, una morena guapa, con ojos de fuego. Le dije que estaba buscando trabajo. Ella me respondió que no les hacía falta nadie y que, en cualquier caso, en el gueto solo trabajan los judíos. «De eso nada, acabo de ver a un mozo cristiano», objeté. Ella me sonrió y me dijo que se llamaba Giorgione, que era un caso especial, que había sido recomendado por un amigo del dueño, un buen chico que, en su opinión, quería pasar desapercibido. «¿Dónde vive?», le pregunté como quien no quiere la cosa. Ella me dijo que tiene una habitación en el último piso, arriba del horno, y que sale pocas veces.

—¿Por casualidad no le preguntaste qué horarios tiene?

—Claro que sí. Supuse que usted querría saber si salió las noches en que se cometieron los delitos.

—¡Eres un genio, Nani! ¿Qué te contestó?

—Fingí que me interesaba el trabajo. Le pregunté: «¿Qué horarios tenéis aquí?». Ella me dijo: «El trabajo es duro. Empezamos a las ocho de la noche y terminamos casi a las seis de la mañana, los siete días de la semana». «¿Y cómo te las arreglas si tienes algo que hacer?», quise saber yo. «Te

buscas otro trabajo», contestó ella. «Aquí hacemos el pan a diario». Me marché después de haberle dicho que tenía razón, que no estaba hecho para ese tipo de trabajo. Creo que no sospechó nada.

El viejo Matteo estaba ya sentado en el despacho de Zen cuando llegó Marco. El anciano había desempolvado su traje, adornado con pasamanería dorada, y lucía una peluca y unas medias de seda blancas. Parecía confuso y al ver al *avogadore* se turbó aún más.

—¿Por qué me han llamado? —balbuceó—. El secretario del abogado Zen no ha querido decirme nada. ¿Creen que yo maté a mi amo?

Marco tuvo que contener la risa al imaginar al viejecito tembloroso estrangulando a unos jóvenes tan bien plantados como las víctimas. Se sentó al lado de Matteo y le apoyó una mano en un hombro.

—Claro que no, qué cosas se le ocurren. Solo queremos hacerle unas preguntas lejos de los oídos indiscretos del palacio Corner. Usted sabe muchas cosas, Matteo, cosas que pueden ayudarnos a comprender lo que ha sucedido.

—Pero yo no estaba en el palacio cuando murió el pobre amo —vaciló el viejo, halagado, no obstante, porque el *avogadore* le hablaba de usted—. Estaba su gondolero, Beppino. —Se enjugó la frente perlada de sudor con un pañuelo inmaculado.

—Ya lo sabemos, pero nos interesa conocer mejor las relaciones familiares y los movimientos de la servidumbre. Los gondoleros, por ejemplo —prosiguió Marco—. Hay muchos, por lo que veo. Háblenos de ellos.

—Ah, sí —dijo Matteo más tranquilo—. Seguro que han oído hablar de Biagio Domenici, era el gondolero del pobre señor Piero hasta hace un año, un verdadero rufián. Se marchó a la taberna de su madre y la otra noche lo mató el asesino que va estrangulando gente por Venecia, igual que al señor Piero y a su otro amigo, Marino Barbaro. —Se detuvo pensativo—. Pero, usted, excelencia, ¿cree que Biagio mató a los otros dos? De ser así, ¿quién mató entonces a Biagio?

—Vayamos por partes —lo interrumpió Daniele—. Siga hablándonos del gondolero de los Corner.

—Sí, veamos. —Para concentrarse, el viejo recorrió con la mirada las paredes del despacho de Zen, que estaban revestidas de librerías llenas de libros de Derecho—. Hace un año ocupó su puesto Beppino, el que acompañaba al señor Piero la noche del delito. Es un buen chico, pero

después de lo que sucedió quiere marcharse.

—¿Es el único gondolero?

—No, eso sería imposible. Los Corner salen mucho y uno no basta. Está también el gondolero del señor Dario, uno nuevo, un tal Marietto, empezó a trabajar con los Corner hace poco más de un mes. Parece un hombre honrado, pero se cansa enseguida y se queja cuando debe trabajar muchas horas. Y el señor Dario sale mucho, sobre todo por la noche.

—¿Y antes de él?

—A ver, hasta el mes de septiembre al señor Dario lo acompañaba un viejo criado de la casa, pero no aguantaba más y se jubiló. Lo sustituyó un tipo anciano, pero robusto, que venía de Constantinopla. Duró solo unas semanas, porque, por lo visto, encontró otro trabajo. Luego llegó Marietto.

—¿Y las señoras?

—Tenían un gondolero propio hasta que la señora Eleonora se quedó embarazada y empezó a salir menos. Era un hombre de unos cuarenta años, un tal Luigi, al que llamaban Gigio, tenía una voz bonita y a menudo cantaba y tocaba la guitarra junto al fuego de la cocina. Según parece, cuando lo despidieron entró en una compañía de teatro ambulante.

—Es curioso, todo ese ir y venir de gondoleros —observó Marco—. Nos han dicho que el señor Dario tiene muy mal carácter...

Matteo esbozó una amplia sonrisa; adoraba chismorrear.

—Vaya si lo tiene. Se enfada por nada, grita y se pone rojo como un tomate.

—¿Gritaba también a su hermano?

—Bueno, es extraño, reñían mucho antes de que Piero se casara. Por lo general, era por dinero. Dario tenía poco, poco para un Corner, claro está, y el que tenía lo invertía fatal. Entonces su hermano se lo reprochaba y él le replicaba echándole en cara que él se lo gastaba todo en el juego y en las mujeres. Sobre todo, no soportaba a sus tres amigos, porque decía que se aprovechaban del dinero de los Corner.

Marco recordó la pelea que había presenciado el modisto de Francesca Corner.

—¿Y después de la boda? —preguntó tratando de ir hasta el fondo.

—Cuando Piero se casó con la señora Eleonora, las aguas se calmaron. Puede que la joven señora supiera aplacar a su marido y a su cuñado, entre otras cosas porque el señor Dario...

—¿El señor Dario? —lo exhortó Marco.

—En la cocina notamos cierto cambio; empezó a vestirse mejor, se mostraba más amable... En fin, estamos convencidos de que está perdidamente enamorado de su cuñada.

—Esta sí que es buena —exclamó Daniele después de que Matteo saliera prodigándose en corteses saludos—. ¡El rudo de Dario Corner enamorado de su hermosa cuñada! Ahora que ella es viuda y él rico, nutrirá alguna esperanza. Tenía los móviles más imperiosos que cabe tener para matar a su hermano: dinero y amor. Tampoco faltan los indicios: las amenazas, el hecho de que, según Matteo, sale a menudo por la noche y vuelve tarde, y el fajín que encontraron en la fonda del Principe, que pertenece a la familia Corner. Pero ¿qué motivos podía tener para matar a los otros dos?

—Esa es la cuestión. ¿Por qué correr un riesgo similar? ¿Quizá porque, si hubiera matado solo a su hermano, la gente habría pensado que el asesino era él? Así pues, habría asesinado a los demás para enturbiar las aguas.

—O, quizá —prosiguió Daniele—, eliminó a los otros dos porque temía que sospecharan de él y lo chantajearan.

—Siendo así, Giorgione queda descartado. Solo que es el que tiene el móvil más fuerte: vengar la muerte de Marianna.

—Por el momento no salimos de estos dilemas —concluyó Daniele—. Mañana iremos a detener a Paolo Labia y sabremos algo más.

Capítulo 26

al alba del lunes 19 de diciembre, Pisani y sus compañeros desembarcaron en Fusina, donde los esperaban los caballos.

El camino hacia Mira estaba embarrado y resultaba más accidentado de lo habitual, de manera que el grupo de caballeros, Pisani, Zen, el secretario de la *Avogària*, Vanni Cingoli, y cuatro esbirros, avanzaba a duras penas bajo una llovizna insistente. Manchados de lodo, iban envueltos en unas gruesas capas y armados hasta los dientes con pistolas y puñales.

La Serenísima nunca había conseguido que los caminos de tierra firme fueran seguros, así que no era raro cruzarse con bandas de salteadores que vivían saqueando a los viajeros. Por eso Pisani había querido que lo escoltaran los guardias: habría sido indecoroso que un *avogadore* volviera a casa en calzoncillos, por no hablar de cosas peores.

El camino estaba poco transitado: algún que otro carro de campesinos, que llevaban los productos invernales al mercado, unas cuantas caravanas de mercaderes, protegidas también por una buena escolta, frailes mendicantes, magistrados a caballo y una compañía de teatro ambulante a bordo de un carromato lleno de remiendos y tirado por un rocín.

El camino atravesaba en buena parte la orilla derecha del canal del Brenta, el mismo que hacía unos días Marco había surcado con Chiara en el *burchiello*. Los campos, en reposo invernal, se alternaban con las granjas y los jardines de las villas, que se entreveían en las dos orillas.

En Oriago los caballeros de detuvieron en la plaza del mercado, delante de una taberna, dejaron los caballos al mozo de cuadra y entraron sacudiéndose las capas empapadas de agua. Estaban hambrientos y pidieron que les sirvieran fiambre y queso. Un buen vino tinto les ayudó a entrar en calor.

—Ya sabéis que no podéis entrar en los palacios de la aristocracia — dijo Pisani a los esbirros—. Así que os quedaréis en el edificio del portero,

pero debéis vigilar bien para que el joven Labia no escape. Tú, Daniele, entrarás conmigo y harás de testigo, mientras el secretario redacta el acta del interrogatorio. —Sonrió a Vanni Cingoli, quien, acostumbrado al trabajo sedentario, tenía los huesos molidos después de haber recorrido el primer tramo de camino a caballo—. Trataremos de sorprender a Labia, así que no debemos llamar la atención. El tiempo juega a nuestro favor, con esta agua no creo que haya nadie paseando por el jardín.

Retomaron el camino, cada vez menos frecuentado, y dejaron atrás el pueblo de Valmarana, donde los parques y las villas eran más numerosos. Llegaron a Mira a eso de las once de la mañana, cruzaron a la orilla izquierda del Brenta y, galopando por el malecón, rebasaron varias casas de labranza hasta que, por fin, vieron la elegante fachada de villa Labia, decorada con unos llamativos ajimeces en el centro, coronados por cinco agujas.

Marco y Daniele desmontaron y entraron en el edificio de la portería. Delante de la chimenea había charlando dos guardias, que al verlos se quedaron estupefactos y aferraron de inmediato la empuñadura de sus espadas.

—Calma, jóvenes —dijo Marco—. Soy Pisani, *avogadore* de la Serenísima. —Los dos hombres lo reconocieron y se pusieron en posición de firmes—. Ahora os quedaréis aquí como dos buenos chicos, en compañía de mis guardias, y no avisaréis a nadie de nuestra llegada. He venido en misión oficial y, sean cuales sean las órdenes de vuestro amo, a partir de este momento asumo el mando en nombre de la República.

Los dos centinelas seguían en posición de firmes.

—¿Hay más guardias armados en el palacio? —preguntó Pisani.

—No —respondió el más anciano—. Solo somos dos y pasamos aquí el año con nuestras familias. Vivimos en las casas que hay detrás de la villa. En esta solo hay criados y amigos del amo.

—Bien. Esperaréis a que entremos y os ocuparéis de los caballos, hay que secarlos y darles de comer.

Delante de la villa, que parecía deshabitada, salvo por los postigos abiertos en el primer piso, se extendía una amplia explanada empedrada y flanqueada por unos pórticos, que se integraban en las alas laterales del edificio. Marco y Daniele, seguidos de Vanni Cingoli, que llevaba una bolsa de piel, recorrieron un pórtico, llegaron a la puerta principal y entraron sin ser vistos en el vestíbulo.

Les llamó la atención la alegre música de baile que procedía del primer piso. Tras subir la elegante escalinata se encontraron con una escena inesperada. El solemne *pòrtego* de la villa, un amplio salón calentado por dos grandes chimeneas de mármol, coronadas por los severos retratos de los antepasados de la familia Labia, estaba siendo escenario de una pequeña fiesta privada. En los sofás de terciopelo, frente a unas mesas cubiertas con todo tipo de manjares, había echadas dos personas: a primera vista parecían unas robustas jovencitas muy escotadas y maquilladas, ataviadas con unas pelucas monumentales y unos vestidos dorados. Una tercera aporreaba una espineta, interpretando una especie de minueto, mientras en el centro del salón otra pareja, vestida con unos corpiños y unas faldas voluminosas, remedaba unos pasos de baile.

En un sillón, tan menudo y delgado que casi desaparecía entre los cojines, sumergido en una camisa de puntillas, Paolo Labia abrazaba a una extraña criatura vestida tan solo con unas calzas rojas y tocada con una enorme peluca blanca, mientras le metía granos de uva en la boca.

El grupo se quedó petrificado al ver entrar a los funcionarios, que solo entonces comprendieron que las muchachitas eran, en realidad, unos jóvenes musculosos. Pese a que Labia iba vestido con un chaleco y unos pantalones, los ojos pintados con bistre y la cara maquillada dejaban bien claro el tipo de fiesta que habían interrumpido.

—¿Quiénes son ustedes? —balbuceó el joven, que había reconocido enseguida a sus visitantes—. ¿Qué hacen en mi casa? —La música enmudeció.

—Se acabó, Labia, ha llegado la hora de ajustar cuentas. —La voz de Pisani no presagiaba nada bueno.

—Yo... ¿Qué cuentas? *Avogadore* Pisani, ¿sabe quién soy? —Bajo el maquillaje, Paolo había palidecido

—Despide a tus... amigos. —Pisani lo tuteó de forma instintiva, como solía hacer con los delincuentes.

Obedeciendo a un ademán de Labia, los jóvenes salieron por una puerta lateral en fila india, con la cabeza inclinada y barriendo el suelo con sus faldas de colores.

—Llámenos si nos necesita, amo —dijo en tono quedo el más joven, el que lucía las calzas, que no debía tener más de dieciséis años.

Labia se aproximó a una ventana limpiándose disimuladamente la cara con un pañuelo empapado de agua y se puso la chaqueta de paño de color

rosa.

—¿Qué pasa, *avogadore* Pisani? —preguntó plantándole cara—. ¿Desde cuándo un caballero no puede disfrutar en su casa de los placeres de las vacaciones?

—¿Vacaciones a finales de diciembre? ¿No le parecen un poco fuera de temporada? Además, por lo que veo —prosiguió—, aquí se están cometiendo dos delitos: travestismo, que, según las leyes de la Serenísima, es prueba de sodomía, y, mucho peor, corrupción de menores. El joven de las calzas es aún un adolescente.

Paolo Labia se irguió todo lo alto que era, hinchó el pecho como un pájaro, y se plantó delante de Pisani con sus piernecitas torcidas abiertas en una pose arrogante.

—Atento a la manera en que se dirige a un Labia, *avogadore*. Mi familia es tan rica y poderosa como la suya. ¿Qué piensa hacerme? ¡Debe probar sus acusaciones!

Marco perdió los estribos. Agarró el borde del mantel que cubría la mesa más próxima y tiró con fuerza de él, haciendo caer platos, vasos y botellas, que se rompieron con un gran estruendo.

—¿Tú me hablas de familias? ¡Miserable asesino! ¡No he venido por tus vicios, sino para que confieses tus crímenes! —Un joven se asomó preocupado por una puerta, pero desapareció de inmediato al ver la mirada de Marco.

—Siéntese, Labia —terció Daniele—. Debemos interrogarlo sobre el asesinato que tuvo lugar hace dieciocho meses.

Paolo se sintió perdido: era lo que había temido desde el principio.

—Ahora nos contará los hechos en que participó o los que presenció, y el secretario redactará el acta, que luego deberá firmar. Después vendrá con nosotros a Venecia.

Labia obedeció reluciente y todos se sentaron a la mesa. Cingoli puso delante de él el registro de actas, las plumas y el tintero. Marco buscó unos vasos limpios y una jarra de vino y sirvió a sus compañeros. Después, un poco más sosegado, tomó la palabra.

—Paolo Labia, sabemos que la noche del 23 de mayo de 1751, en compañía de sus amigos, Piero Corner, Marino Barbaro y Biagio Domenici, participaste en el rapto, violación y homicidio de la joven Marianna Biondini, cuyo cadáver hicisteis desaparecer después. Tendrás que responder ante la ley por estos delitos.

—¿Yo? Pero ¿qué dice? ¿Quién es esa Biondini? Yo no he hecho nada —afirmó Labia tratando de defenderse.

—¡Ya está bien, Labia! —El puño de Pisani hizo tambalearse la mesa—. ¡Lo sabemos todo! La amiga de la joven, que presencié el rapto y que puede reconocerte, ha hablado; también ha confesado Lucrezia Scalfi, que os escuchó a escondidas mientras conspirabais en su casa después de los hechos.

—La muy puta... —murmuró Labia—. Siendo así —dijo a continuación con una punta de arrogancia—, si los magistrados ya lo saben todo, ¿por qué han venido a molestarme?

Marco se puso en pie, agarró a Labia por la pechera y le dio una sonora bofetada, tirándolo al suelo con la silla, que se hizo añicos. Daniele se precipitó hacia él para ayudarlo a levantarse y, mientras Paolo se limpiaba la boca con un pañuelo, lanzó a Marco una mirada de reproche.

—Vaya una fuerza —protestó Labia ajustándose la peluca—. Tres contra uno. —Mirando a Pisani de reojo, añadió—: Esto no habría sucedido si me hubiera interrogado en Venecia en presencia de mi abogado. —Sin embargo, su voz trémula delataba el miedo que sentía.

—Oiga, Labia —terció Zen—, le conviene confesar todo enseguida. Se ha refugiado aquí porque sabe que en Venecia no solo le espera la justicia, sino alguien que ha matado ya a sus amigos y que ahora va a por usted.

Labia, que había palidecido aún más, bajó la mirada.

—Si confiesa, vendrá a Venecia bajo nuestra protección, será sometido a un proceso regular y quizá pueda conmutar la pena capital por la cadena perpetua y salvar su vida.

—Pero si insiste en callar —machacó Marco—, dado que me corresponde instruir el proceso, le aseguro que lo imputaré de todo aquello que me permite la ley.

Labia calló un buen rato, sentado delante de sus acusadores, con la cabeza entre las manos. Sabía que debía tomar una decisión difícil. Al final, habló con voz cansada.

Según contó, hacía dieciocho meses, el famoso domingo, los cuatro habían comido en casa de Corner y habían bebido bastante. Por la tarde se aburrían y decidieron ir a la fiesta, hacía buen día y siempre encontraban algo con lo que divertirse. Al principio habían deambulado un poco entre la multitud, Biagio había pedido a Piero que le regalara un puñal nuevo, una maravilla, todo damasquinado, habían comido buñuelos y se habían entretenido mirando a los acróbatas, cuando, de repente, Corner había

exclamado: «¡Mirad quién está ahí!» y había señalado a dos jóvenes guapetonas, una de las cuales iba envuelta en una capa de color escarlata.

—Ahora sí que nos divertiremos —había exclamado Piero abriéndose paso a empellones entre la multitud en dirección a ellas. Las jóvenes también lo habían visto e intentaban alejarse a toda prisa.

—¿Quiénes son? —había preguntado Biagio a su amo mientras lo seguía.

—¿Esa? Es una lencera que trabaja para mi madre —le había explicado Piero—. Se llama Marianna Biondini, tú también la has visto alguna vez. Siempre se muestra huraña cuando me ve, quiero ver si ahora también logra escapar de mí.

—¿Qué quieres hacer en medio de toda esta gente? —le había preguntado Barbaro.

—Divertirme un poco, eso es todo.

Así pues, habían seguido a las jóvenes, llamándolas para que se pararan a hablar con ellos. Pero ellas no querían, así que se habían encaminado hacia las calles que hay a espaldas de San Marcos y habían desaparecido de su vista.

—¿Cómo las encontrasteis de nuevo? —preguntó Zen esta vez. La pluma de secretario raspaba veloz el papel.

—Por casualidad. Fuimos a varios cafés, bebimos aún más. Había oscurecido ya cuando las divisamos bajo un farol en el *campo* San Zaccaria, estaban despidiéndose.

—¡Chito! —les había dicho Piero reculando. Era tarde y la calle estaba desierta.

La morena había embocado un callejón lateral, la otra, Biondini, se había quedado sola. En un abrir y cerrar de ojos, los cuatro la habían rodeado. Ella había tratado de retroceder, pero a su espalda solo tenía la pared de una casa.

—Ahora no podrás escapar de mí —había dicho Piero riéndose y agarrándola por la cintura.

Ella estaba aterrorizada.

—¡No! ¡Socorro! —había logrado decir, pero casi se había quedado sin voz.

El rechazo los había excitado aún más. También Biagio se había acercado a ella alargando las manos.

—Aquí no —había sugerido, de hecho—. Propongo que la llevemos al

picadero de Piero, está aquí cerca.

—Qué buena idea —había exclamado Barbaro.

En un santiamén la habían amordazado con un pañuelo y la habían envuelto en su capa. Biagio se la había echado al hombro ayudado por su amigo.

—¿Y tú qué hacías? —preguntó Pisani.

—Bueno... yo me divertía mirando. Las mujeres no me interesan.

Piero Corner, que tenía dinero a espuestas, había alquilado hacía tiempo en Corte Rota, a pocos pasos de San Zaccaria, un pequeño apartamento de tres habitaciones bien amuebladas, donde podía hacer lo que quería sin que su familia se enterara. Iba allí con sus amigos y llevaba a las jóvenes o a las señoras casadas que lograba engatusar.

Marianna se debatía, pero en pocos minutos la comitiva había llegado al apartamento sin cruzarse con nadie por el camino. Los tres amigos habían dejado a la joven en el suelo, en medio de la sala, y le habían quitado la capa. Tenía los ojos desmesuradamente abiertos y trataba de quitarse la mordaza con las manos, se había puesto de pie a duras penas.

Corner la había sujetado.

—Si te portas bien y no gritas, te soltaré, pero si sigues revolviéndote te ataré también las manos.

La pobre se había quedado paralizada y unas gruesas lágrimas surcaban su cara.

—¡Os lo ruego! ¿Qué os he hecho? ¡Soltadme! —había suplicado apenas había podido hablar de nuevo.

—No queremos hacerte daño —había respondido Barbaro riéndose, sin embargo—. ¡Ya verás qué fiesta tan bonita! Porque ya has estado con hombres, ¿verdad, putita?

Ella se había refugiado en un rincón.

—¡Os habéis equivocado! Soy una chica honesta. Voy a casarme... — Sus ojos pasaban desesperados de uno a otro.

—¿Pretendes que nos creamos que no has follado con tu novio? Somos patricios — bromeó—. Tenemos derecho al *ius primae noctis*. Vamos, chicos, ¿quién quiere ser el primero?

—No, no, así no es divertido, no somos animales. —Corner daba las órdenes—. Ahora beberemos una buena malvasía, después tocaremos algo para bailar; tú, Labia, ya que no te gustan las mujeres, agarra el guitarrillo y toca algo.

Labia había interpretado una melodía mientras sus amigos empinaban el codo.

—¿Y ella qué hacía? —lo interrumpió Marco sintiendo náusea.

—¡Ah, ella! —contestó Labia—. Estaba acurrucada en un rincón y aullaba como una perra—. Se rio al recordarla.

Por segunda vez, Marco no pudo contenerse. La bofetada que dio a Labia lo arrojó en esta ocasión entre los brazos del secretario. El tintero se volcó en la mesa.

—Asqueroso, hijo de puta, sodomita —gritó el *avogadore*, mientras Vanni Cingoli trataba de remediar el desastre con papel absorbente—. ¿Y tú, que ni siquiera eres hombre, mirabas sin mover un dedo? ¿Te divertía, eh, pervertido? ¡Eres peor que los demás!

—Es fácil insultar a un pederasta, ¿verdad, *avogadore*? —Labia se había recompuesto y parecía haber recuperado una pizca de dignidad—. Sé que mis amigos eran unos depravados, pero eran los únicos dispuestos a frecuentarme. ¿Cree que es agradable ser sodomita? Todos nos desprecian sin preguntarse siquiera si la culpa es nuestra o de la naturaleza. Los que somos así no podemos elegir los amigos.

Pisani se calmó.

—Sigue —dijo en voz baja.

Cuando estaban completamente borrachos, se habían jugado a dados a la joven. Había ganado Corner, o lo habían dejado ganar.

—¡Es mía! ¡Me toca a mí! —gritaba con aire triunfal—. ¡En fila!

Habían levantado a la joven y la habían llevado a la cama. Ella se había quedado sin lágrimas, sin fuerza para defenderse, y se revolvía de forma cada vez más débil. Piero había cerrado la puerta. Todos callaban. Al cabo de unos diez minutos, un grito lacerante había roto el silencio. Piero había salido de la habitación manchado de sangre.

—Era de verdad virgen —había comentado.

Luego le había tocado a Marino Barbaro, que había tardado mucho. De la habitación llegaban gemidos cada vez más débiles.

Después había llegado el turno de Biagio. Cuando apenas llevaba unos minutos en la habitación, se había oído un grito prolongado y desgarrador, luego nada.

Al cabo de un buen rato, Biagio había salido con la cabeza gacha, medio vestido, y había cerrado la puerta tras de sí. Parecía extrañamente turbado.

—No sé qué ha pasado —había balbuceado—, pero no se mueve.

Habían entrado corriendo en la habitación. Marianna yacía en la cama en medio de un charco de sangre, con los ojos abiertos y la cara desencajada de terror, inmóvil.

—¿Qué has hecho, desgraciado? —le había espetado Corner agarrándolo por la pechera.

—No lo sé —había dicho Biagio para defenderse—. No sé qué ha sucedido, cuando estaba en lo mejor sentí que algo se rompía.

—Está muerta —había afirmado Barbaro—. Le has provocado una hemorragia interna o quizá haya tenido un infarto. Y ahora ¿qué hacemos?

El resto de la historia lo había contado Lucrezia Scalfi. Habían vestido como habían podido a la pobre Marianna y la habían envuelto en la capa escarlata, a continuación, la habían cargado en la góndola, aprovechando la oscuridad de la noche. Habían borrado las huellas y habían escondido la ropa interior ensangrentada en el vertedero de un convento vecino. Biagio se había encargado de hacer desaparecer el cadáver.

En el salón de villa Labia reinaba el silencio. Hasta Paolo miraba al suelo, como si solo entonces hubiera comprendido el alcance de su delito. Estaba anocheciendo. El secretario buscó un pedernal y encendió las velas.

—Aún queda una cosa por saber —murmuró Pisani como si estuviera hablando consigo mismo—. ¿Dónde está el cuerpo? ¿Adónde lo llevó Biagio? —preguntó confiando en que Labia lo supiera.

Labia retomó su relato, dijo que Biagio había desaparecido unos cuantos días. Después, una noche se habían reunido todos en casa de Corner y él les había contado su aventura.

La noche del delito, cuando se había marchado de casa de Lucrezia con el cadáver en la barca, Biagio sabía adónde ir. Envuelto en la más absoluta oscuridad, hundiendo el remo en el agua con gran cautela, había tardado casi una hora en llegar a las inmediaciones del Lido, cerca del fuerte de San Nicolò, donde vivía una guarnición de soldados. Los había oído cantar y había supuesto que estaban medio borrachos, porque era día de fiesta, pero, aun así, no debían descubrirlo.

Había atracado en un palo próximo a la orilla, en las inmediaciones del viejo cementerio judío. Había saltado al camino de sirga y había corrido tan rápido como un gato hasta la antigua puerta de hierro. La cadena que la cerraba solo estaba retorcida, de manera que a Biagio no le había costado mucho abrir. Se había escondido entre las tumbas.

El cementerio estaba abandonado desde hacía más de un siglo y en los

sarcófagos de piedra había crecido el musgo. Biagio había elegido uno de los más antiguos y había movido la tapa hacia un lado, lo suficiente para poder meter el cuerpo.

Con el mismo sigilo con el que había llegado, mientras los soldados seguían cantando, había sacado el cadáver de Marianna de la góndola y lo había metido en la vieja tumba. Después la había vuelto a cerrar.

—Muy ingenioso —comentó Daniele—. Me pregunto cómo vamos a encontrarla ahora. Espero que no tengamos que abrir todas las tumbas del cementerio.

—No —dijo Paolo Labia—. La tumba donde Biagio escondió a Marianna Biondini es la tercera de la cuarta fila, a la derecha de la entrada.

—Bien, pero ahora dime, ¿por qué huiste de Venecia después de tanto tiempo? —preguntó Marco.

—Usted mismo lo ha dicho, excelencia —confesó Paolo con la mirada baja. Había perdido el ánimo y temblaba visiblemente—. Nadie sospechaba de nosotros, Corner se había enterado de que los esbirros pensaban que la joven había escapado por propia voluntad. Estábamos tranquilos, pese a que entre nosotros las cosas habían cambiado. Nos veíamos mucho menos. Sin embargo, cuando supe que Barbaro y Corner habían muerto, tuve miedo. Pensé que alguien que conocía a Marianna estaba vengando su muerte, a pesar de que había pasado mucho tiempo. Sabía que en el campo estaría seguro. Después me enteré de que Biagio también había muerto. ¿Quién habrá empezado a seguirnos al cabo de un año?

Capítulo 27

Llegaron a Venecia de noche, empapados y ateridos. En las prisiones nuevas, Pisani se despidió de Daniele y el secretario y ordenó a los esbirros que fueran a comer algo. Se ocupó personalmente de los trámites necesarios para la detención de Labia.

Al joven patricio se le habían bajado los humos, pero aun así había insistido en que lo acompañaran a la ciudad dos de sus criados, quienes, tras desprenderse de los miriñaques, se habían puesto la librea de la familia.

Todo se llevó a cabo con la máxima discreción. Acompañado por dos guardias y el prisionero, Pisani salió de la prisión, cruzó el puente cubierto que unía esta con el Palacio Ducal y atravesó varias salas y galerías hasta llegar al despacho de Corrado Memmo, el secretario de los inquisidores, quien parecía estar de un humor de perros, porque lo habían sacado de la cama y había tenido que ponerse la toga a toda prisa. Al ver que el prisionero era un vástago de la poderosa familia Labia, se quedó aún más desconcertado.

—Excelencia —balbuceó, aún medio dormido—, ¿qué debo hacer?

—Alojar a Paolo Labia, aquí presente, en Piombi, la prisión antigua, me parece obvio.

Pisani no añadió nada más y el secretario no osó pedirle explicaciones. Se limitó a registrar el nombre del prisionero y a llamar al guardia Pietruccio.

El cortejo lo siguió. Pietruccio era un hombre menudo y encorvado, que parecía sostener a duras penas el manajo de llaves. Los pasos resonaban en las salas frías y desiertas, en los innumerables pasillos y en las interminables escaleras que llevaban a las buhardillas del Palacio Ducal.

Labia recordaba lo que había sucedido la noche del delito y empezaba a sentir vergüenza y remordimiento. Su único consuelo era saber que estaba a buen recaudo; el asesino de sus desventurados amigos no podía entrar en la prisión de Piombi.

Cuando llegaron a la celda que le habían destinado se quedó consternado: a la luz de una trémula vela vio un jergón y una caja basta y, en un rincón, tumbado sobre una manta, un viejo andrajoso que roncaba. Tenía la barba larga y olía mal.

—¿Tengo que estar aquí? —balbuceó—. ¿Quién es ese?

—En Piombi no hay habitaciones individuales —le explicó Marco—, pero estoy seguro de que mañana alguien te procurará todo tipo de comodidades.

Cuando Marco se despertó a la mañana siguiente, Rosetta lo saludó sonriendo.

—Buenos días, *paròn* —exclamó la mujer sirviéndole el café—. ¿Sabe que la medicina de la señorita Chiara es milagrosa? Maso me la trajo ayer y hoy no me duele la espalda. ¡Es una chica estupenda!

De hecho, a pesar de la densa niebla que se veía gravitar sobre el jardín, la mujer se movía con agilidad. Marco pensó complacido que Chiara la había conquistado.

Tras desembarcar en la plaza, y tras dar una serie de instrucciones a Nani, fue a su despacho. Tenía que hacer algo urgente. Ordenó que llamaran a Tiralli, el jefe de la policía, y lo puso al corriente de los hechos.

—Así que uno de los dos casos está resuelto —comentó *Messer Grandò*—. Queda por saber quién asesinó a los tres jóvenes.

—No me he permitido molestarlo para hablar de la investigación. —Pisani parecía irritado por la observación del jefe de la policía—. Hoy estoy muy ocupado, así que me veo obligado a pedirle dos favores. En primer lugar, cuento con usted para comunicar a los inquisidores que hemos arrestado a Labia. —Pisani prefería ver a los magistrados supremos después de la conversación que se disponía a afrontar—. Luego hay que recuperar el cadáver de esa pobre joven, Marianna Biondini, que, por lo visto, fue enterrada en un sarcófago del viejo cementerio judío, en el Lido. —Le dio las indicaciones necesarias para encontrarlo.

—No se preocupe, excelencia. Mandaré una *bissona* con cuatro de mis guardias y dos frailes capuchinos. ¿Qué debemos hacer con el cuerpo?

Pisani había pensado ya en ello.

—Metedlo en un ataúd. No en uno de esos de tablas para los pobres, por favor. Quiero un ataúd bonito, esculpido; la pobre se lo merece. Después llevadla a la iglesia de San Pietro en Castello y dejadla en una capilla lateral.

No digáis a nadie quién es. Yo avisaré a la familia.

Después, Marco sintió curiosidad por saber cómo le iba a Labia y subió a la buhardilla.

—Excelencia —lloriqueó el joven en cuanto Pietruccio abrió con una llave enorme la puerta de la celda—. ¡No puedo estar aquí dentro! Ese viejo ronca toda la noche y apesta como una alcantarilla. No estoy acostumbrado a ciertas cosas.

Estaba echado en una cama confortable, rodeado de braseros y los servicios de plata y porcelana. El viejo había comido también y miraba a Labia con agradecimiento. Así pues, los parientes de este habían hecho valer el poder del dinero, pero, según Pietruccio, ninguno de ellos había hecho acto de presencia.

—Ten paciencia, te acostumbrarás —le aseguró Marco en tono irónico mirando alrededor. A pesar de que Labia había recibido de su casa objetos confortables, la estancia seguía siendo miserable.

—¡Además antes había un ratón! —prosiguió Paolo—. Lo oí mordisquear en un rincón y vi sus ojitos rojos en la oscuridad.

—Puedes tratar de amaestrarlo, dicen que son unos animales muy inteligentes. —El *avogadore* se marchó soltando una carcajada, que sonó siniestra a oídos de Labia.

El despacho del secretario de los inquisidores, que Marco debía atravesar para salir del Palacio, estaba inusualmente abarrotado de caballeros vestidos de negro. Cuando entró se abrieron como un telón y, con sumo respeto, hicieron sitio alrededor del que, por lo visto, era su jefe. Marco se encontró delante de Carlo Dandolo, el abogado penalista más ilustre de Venecia, que se había hecho acompañar por un séquito de empleados.

—¡Qué honor, excelencia!

El abogado hizo una profunda reverencia. Estaba un poco gordo, iba envuelto en una capa de terciopelo y tocado con una elegante peluca. Mientras su boca sonreía, sus ojos oscuros y penetrantes escrutaban a su interlocutor.

—He venido para defender al joven Labia —prosiguió. Marco se lo había imaginado enseguida—. Es evidente que se trata de un error, un joven de una familia tan noble. No puede haber cometido el delito del que se le acusa. —Miró a Marco de reajo—. Espero que el error se aclare antes de que usted instruya el proceso. Tiene mi despacho a su disposición para efectuar

las correspondientes averiguaciones.

—Querido Dandolo —lo interrumpió Pisani—, soy el primero al que le gustaría que no hubiera ocurrido nada. Pero puede estar tranquilo. Sabe mejor que yo que nuestra República cada vez recurre menos a la pena de muerte o a la tortura. Si su cliente demuestra que no participó de forma directa en el delito, quizá lo deporten intacto y tenga ocasión de reflexionar sobre sus errores lejos de Venecia.

Marco sintió el aire frío y límpido al salir de Palacio. Si bien era mediodía, la niebla aún cubría la plaza de San Marcos como una capa. A la izquierda, la silueta del campanario parecía el mástil de un barco a la deriva, apenas se vislumbraban las sombras de las procuradurías y por los cristales empañados de los cafés que había debajo de los pórticos se filtraban unas luces pálidas.

Cuando abrió la puerta del café del Arabo, lo recibió una ráfaga cálida. Se sentó a una mesa en un rincón y pidió un tentempié. Necesitaba hacer una pausa para pensar en la conversación que lo esperaba y cuyo resultado era incierto.

El asesinato de Marianna Biondini estaba resuelto, pero el arresto de Labia no había servido para identificar al hombre que había estrangulado a sus tres amigos.

¿Qué se sabía de la sombra que atacaba en la oscuridad y que luego desaparecía sin dejar rastro? Era alto y fuerte, se repetía Marco, quizá cojeaba y, además, debía de estar herido. Había mantenido relaciones con Oriente, pero si le había dado tiempo a organizar los delitos, debía de estar en Venecia desde hacía, al menos, un mes o dos,

«Es un hombre inteligente... y no le faltan medios», pensaba Pisani saboreando un plato de sardinas en *saòr*. Por su mente seguía pasando una idea, pero no lograba centrarla. Era como si tuviera la verdad ante sus ojos y no pudiera verla.

«Es evidente que ha tenido algo que ver con los Corner», pensaba Marco. El fajín que habían encontrado en el jardín de la fonda de la Giudecca lo demostraba. Aunque también era posible que lo hubieran robado y lo hubiesen dejado allí, a la vista de todos.

El fajín de un gondolero. ¿Quiénes eran los gondoleros de los Corner? Había hablado de ellos con el viejo Matteo. Biagio era uno, luego estaba el tal Beppino, que quedaba descartado, porque la noche del delito acompañaba

a Corner y el asesino de este lo había dejado fuera de combate y lo había atado. A continuación, venía Marietto, que había entrado al servicio de Dario hacía más o menos un mes. Quién sabe. Matteo decía que era débil y que se cansaba enseguida, pero quizá fingía. «Si no sacamos nada en claro, tendremos que investigar sobre él», concluyó Marco. Por último, estaba Gigio, que acompañaba a las señoras, pero que se había marchado con una compañía de actores ambulantes.

Marco bebió un sorbo de vino. Sentía de nuevo la extraña sensación de tener la verdad al alcance de la mano. ¿Quién más quedaba? El gondolero que había estado al servicio de Dario Corner unas semanas, antes de Marietto. Se había despedido porque había encontrado otro trabajo. ¿Cómo se llamaba? Matteo no se lo había dicho. Debía hablar otra vez con él.

Se preguntaba si el asesino no sería Dario Corner. Tenía los medios, la complexión y el móvil, además estaba enamorado de su cuñada. Pero cuanto más pensaba en él, menos claro lo veía. Era evidente que se le estaba escapando algo.

¿Sería Giorgione? También él, por lo que sabía, era alto y robusto. Había vuelto después de pasar una temporada en Constantinopla, sabía quién había matado a Marianna y llevaba varios meses en la ciudad. Pero trabaja de noche en la panadería.

Había llegado el momento de interrogarlo. Si Nani había sido tan hábil como siempre, a esa hora Giorgione debía de estar esperándolo en el despacho de Zen.

Nani esperaba a su amo en el *campo* San Moisé, delante de la iglesia, saltando con sus largas piernas para defenderse del frío.

—Vamos, *paròn* —dijo a modo de saludo—. He hecho todo lo que me dijo y lo he traído hasta aquí.

El gondolero había ido al gueto a última hora de la mañana y había vigilado la ventana de la habitación de Giorgione, situada en el octavo piso, encima del horno. En la esquina había dos guardias escondidos, listos para intervenir en caso de que el joven tratara de huir.

Cuando Nani había visto que se abrían los postigos, había subido.

—Ocho pisos, *paròn*, ¡menuda fatiga!

Se había presentado con su cara de buen chico y le había contado a Giorgione que lo enviaba el gremio de panaderos. Le dijo que, si quería que este aceptara el tiempo que había trabajado en Constantinopla como

aprendizaje para conseguir el diploma de maestro, debía ir a firmar unos papeles al despacho del abogado Zen.

—Se lo tragó, amo, ¡no dudó ni un momento!

—Te creo, Nani, nadie te supera contando mentiras.

—Se vistió bien, hasta se peinó para causar buena impresión, y me ha seguido todo modosito hasta aquí. Lo está esperando arriba.

—¿Y los esbirros?

—Bueno, les dije que podían irse y los vi entrar en una taberna.

Sentado plácidamente en el despacho de Daniele, Giorgione acababa de apurar su café. «Es guapísimo», pensó Marco. Alto y musculoso, tenía los ojos grises y el pelo de color castaño, casi pelirrojo. Debía de ser un hombre temperamental.

—Soy el *avogadore* Pisani —se presentó Marco. El joven se sobresaltó—. Estoy aquí para hablar de la desaparición de tu novia.

—¿Marianna? —exclamó Giorgione poniéndose en pie—. De manera que la historia de la firma y el gremio era una excusa. Debería habérmelo imaginado, pero ¿por qué la justicia se molesta después de tanto tiempo? —Acto seguido, calló y se sentó, obedeciendo a un ademán de Pisani. Al revivir el pasado su alma se había vuelto a crispar.

Se tapó la cara con las manos y cuando las apartó tenía los ojos enrojecidos. Habló en voz baja.

—Siempre he sabido cómo murió y también quién la mató. Si me ha citado aquí —dijo mirando a Marco—, significa que han vuelto a abrir la investigación. Puedo decirles quiénes son los culpables y espero que puedan castigarlos como se merecen.

Pisani y Zen se miraron. O Sporti era el asesino, además de un magnífico actor, o era el único en Venecia que no estaba al corriente del asesinato de los tres jóvenes.

—Cuéntanos lo que sabes —lo invitó Pisani.

—Cuando Marianna desapareció, no conseguía resignarme, así que mis padres decidieron que debía marcharme para evitar que me metiera en un lío. Ella... —Una lágrima resbaló de sus ojos—, era mi vida. Me encontraron trabajo en un barco que iba a zarpar rumbo a Oriente. Pero antes de partir quise que mi hermana, la última persona que la había visto viva, me lo contara todo. La conozco y sabía que estaba ocultando algo importante.

—¿Y bien?

—Angela me lo contó todo. Esos cuatro jóvenes habían secuestrado a Marianna. Jamás olvidaré sus nombres. Son Piero Corner, Paolo Labia, Biagio Domenici y Marino Barbaro, que Dios los maldiga. Se la llevaron envuelta en su capa y no se volvió a saber nada de ella. Deben encontrar pruebas y castigarlos como se merecen —concluyó alzando la cabeza.

Marco detuvo con la mirada a Daniele cuando vio que se disponía a decir algo.

—¿A qué te dedicaste en Oriente?

—No sé qué tiene que ver eso con la investigación, pero no me importa decírselo.

Marco pensó que, en el fondo, Sporti no era tan ingenuo como parecía. Les contó que apenas recordaba nada de las semanas que había pasado a bordo del barco. Ejecutaba las órdenes que le daban, comía y dormía, pero estaba como atontado. Había desembarcado en Constantinopla y la primera noche que había sentido las punzadas del hambre se había ofrecido para trabajar como descargador en el puerto. En él nunca faltaba trabajo, así que se había quedado unos meses.

Se había ido recuperando poco a poco, hasta que un día se había dado cuenta de que estaba sucio y de que su ropa estaba raída. El recuerdo de Marianna seguía siendo doloroso, pero el desgarró que había sentido al saber de su muerte se iba aplacando poco a poco. Así pues, se había aseado y había ido a dar un paseo por la ciudad. En el barrio veneciano había encontrado un horno donde necesitaban un panadero y se había quedado varios meses más, hasta que había sentido nostalgia de casa. Había regresado a Venecia, pero el barrio en que vivía antes, la calle, le traían malos recuerdos, así que había preferido instalarse en otro sitio, al menos por cierto tiempo, hasta que se hubiera hecho a la idea de que Marianna se había ido para siempre.

—Excelencia —concluyó dirigiéndose a Pisani—, le acabo de contar mi historia. Ahora espero que me diga qué ha pasado y por qué me ha citado.

—¿Así que no sabes que tres de los asesinos de Marianna han muerto?

El estupor de Giorgio era auténtico.

—¿Los han ajusticiado? No lo sabía.

—¿Desde cuándo no vas a casa de tus padres?

—Hace más de un mes. Pero ¿a qué viene esa pregunta? ¿Cómo murieron?

—Alguien los estranguló por la noche con una cuerda, el asesino sigue libre —terció Daniele—. Solo se ha salvado Paolo Labia.

—¿Un asesino? Espero que no piensen que soy yo.

—No —lo tranquilizó Pisani—. Sabemos que trabajas de noche. Pero ¿de verdad no sabías nada de los delitos? En Venecia no se habla de otra cosa.

—Trabajo en el gueto —explicó el joven—, allí interesan otras cosas. Además, duermo de día, no veo a nadie.

Mientras Giorgio hablaba, Marco iba relacionando sus palabras con lo que había averiguado durante la investigación. De repente, fugaz como un rayo, una intuición iluminó los hechos y las piezas del mosaico encajaron en un abrir y cerrar de ojos.

¡Esa era la verdad! Siempre la había tenido delante. Habría preferido que fuera otra, quizá se había negado a verla. Buscó una prueba que la demostrara.

—Una cosa más, Giorgio —preguntó escrutándolo—. ¿No viste a nadie en Constantinopla? ¿No contaste a nadie tu historia?

—Sí, una vez... —respondió Giorgio sin pensar. Luego titubeó. Guardó un largo silencio, mientras ordenaba sus ideas.

En la habitación reinaba un silencio absoluto.

—Yo...—se sobresaltó. Miró alrededor como si estuviera buscando inspiración. Al final, soltó de un tirón—: Una vez, en la panadería, hablando con un compañero, uno como yo, otro mozo, vaya..., le dije...

—¿Qué?

—Le dije que era de Venecia —hablaba más deprisa, se había ruborizado—, que me había marchado de allí porque mi novia había muerto.

Pisani tuvo la certeza de que estaba mintiendo.

Capítulo 28

Al ver a Pisani salir del despacho enfurruñado, casi corriendo y sin dirigir la palabra a nadie, Daniele Zen y Giorgio Sporti se quedaron boquiabiertos.

Absorto, Marco se dirigió hacia su góndola, que estaba amarrada en el embarcadero de San Moisè, y ordenó a Nani que lo llevara al Arsenal. Estaba anocheciendo y al joven le costaba mucho esquivar a las otras barcas. La niebla era tan densa que los faroles no conseguían horadarla y los gondoleros debían lanzar gritos guturales para avisar de que estaban pasando.

Alvise Cappello aún estaba en su despacho. Recibió asombrado a Marco, que, envuelto en su capa empapada y presa de una gran agitación, le rogó que buscara unos documentos. Cuando un empleado se los entregó, empezó a hojearlos con mano trémula.

—¿Qué pasa, Marco? —le preguntó Alvise—. Deja que te sirva, al menos, un vaso de aleatico. —No preguntó nada más, porque lo conocía lo suficiente como para saber que debía de tener un buen motivo para encontrarse en ese estado.

Pisani apuró el vino de un trago, siguió hojeando los documentos, comparó varias páginas, cerró de golpe el volumen y, tras despedirse apresuradamente de su amigo, corrió de nuevo a su góndola.

—Ahora, llévame al *rio Sant'Anna* —dijo a Nani.

Nani remó sin rechistar. Una vez en la cuenca de San Marcos, le costó embocar el *rio Sant'Anna*, que parecía haberse desvanecido en la niebla.

Recorrieron un breve tramo, después Marco ordenó al gondolero que amarrara la embarcación.

—Espérame ahí, entra y caliéntate un poco —le aconsejó a Nani señalando las luces temblorosas de una taberna. Acto seguido, desapareció en la calle oscura.

La puerta estaba abierta. Marco subió la escalera ayudado por la llama

de una vela que estaba en lo alto. Nadie bajó para recibirlo.

En el primer piso vio tirados en una cama unos pantalones bombachos turcos y un turbante. La habitación del piso siguiente estaba iluminada por la luz de la chimenea.

—Lo estaba esperando, excelencia.

Menico Biondini, llamado el Levantino, estaba solo. Sentado a la mesa, delante de un vaso de vino, observaba la muñeca de trapo vestida con puntillas blancas, como una novia, que tenía entre las manos.

Se levantó con cierta dificultad y encendió una lámpara con un pedernal. No llevaba guantes y la luz iluminó su mano izquierda, surcada por una larga cicatriz roja.

—Tome asiento, excelencia —lo invitó, apartando una silla. Escrutó a Pisani—. Sabía que lo comprendería.

Marco se quitó la capa y se sentó exhalando un suspiro. Bebió un sorbo del vino que Biondini le había servido, mientras lo observaba. Visto así, Menico parecía menos imponente que hacía unas noches. El pelo cano contrastaba con la cara, atezada por el sol. Los ojos, enrojecidos e hinchados, estaban marcados por unas profundas ojeras. Mientras lo observaba, sintió una punzada en el corazón.

—Ha venido para arrestarme —prosiguió el otro. Marco no había abierto la boca—. A estas alturas, ¿cree que me importa algo? Acabaré como debo acabar. Hasta hace unos días sentía el deber de vengar a mi hija. Ya no. Me he quedado vacío.

—Cuénteme cómo se enteró de que Marianna había muerto.

—¿La ve? —preguntó Biondino señalando la muñeca con una sonrisa triste—. Era suya, Giorgio se la regaló como promesa de matrimonio. —Se estremeció—. Ya conoce la primera parte de la historia. Acababa de llegar a Siria a bordo de un barco mercante, era verano, cuando mi hermana me escribió diciéndome que Marianna estaba enferma, luego, en una segunda carta... me comunicó que había muerto. Creí que me iba a volver loco. Esa niña era toda mi vida. Si la hubiera visto. Parecía una señora, tan rubia, tan fina. Esperaba que yo volviera para casarse. Giorgio me gustaba, tenía ganas de trabajar y era un chico espabilado, habrían sido felices, me habrían dado nietos. ¿Qué más puede desear un hombre? —Menico se enjugó las lágrimas—. Pero... una maldita enfermedad me la había arrebatado.

—¿Por qué no regresó enseguida a Venecia?

—No podía, necesitaba estar solo. Fui de un país a otro, sin rumbo fijo,

hasta que llegué a Constantinopla. Allí la gente, el movimiento de la gran ciudad, me animaron. Pensé que la única manera de aplacar el dolor era matarme a trabajar. Soy un buen carpintero, así que no me costó mucho encontrar un puesto en un astillero. En esa región los artesanos venecianos son bienvenidos.

—Y allí ocurrió algo...

—Veo que ya lo sabe.

Menico se puso en pie y rodeó la mesa para dejar la muñeca en el aparador y volver a llenar los vasos de vino.

Marco notó que cojeaba un poco.

—¿Qué le pasa en el pie?

—¿Esto? Ah, no es nada. Me torcí el tobillo hace varias noches, bajando por una parra, en una fonda de la Giudecca. Pero usted sabe de sobra a qué me refiero. —Calló mientras miraba un momento por la ventana. Luego prosiguió—: Me ha preguntado por Constantinopla. Sucedió esta primavera. Un veronés tiene una taberna en el bazar, que es el punto de encuentro de los originarios de Véneto, de Milán, en fin, de los nuestros. De vez en cuando iba allí, cuando echaba de menos los sabores de casa, es una sala enorme, con mesas bajas y bancos, un lugar muy tranquilo. Esa noche estaba allí y vi entrar a Giorgione: su cabellera pelirroja es inconfundible. No podía creer lo que veían mis ojos. Él también me vio. Nos abrazamos sin decir una palabra, se sentó a mi lado y nos contamos nuestras aventuras. Después, hablamos de Marianna.

Exhaló un profundo suspiro y se llevó las manos a la cabeza.

—Yo aún creía que había muerto de una enfermedad —continuó—. Él lo comprendió, intuyó que estaba confuso, no quería decirme nada. Pero al final conseguí tirarle de la lengua.

La voz le temblaba.

—No hace falta que le diga el dolor que sentí cuando supe la verdad, mi niña en las sucias manos de esos pervertidos. Creo que grité como un animal. La gente del local me rodeaba, no podía respirar. Al final me calmé, quise saber los nombres. Giorgione tuvo que decírmelos, entonces me quité la cruz del cuello, la besé y juré solemnemente que vengaría a mi niña. Giorgio estaba destrozado, se marchó casi huyendo, no volví a verlo. ¿Ha regresado también a Venecia? ¿Fué él el que les puso sobre la pista?

Marco estaba turbado.

—No, Giorgione no ha dicho nada, ni siquiera que ustedes se habían

visto. Es más, tampoco sabía que los asesinos de Marianna habían muerto.

—Pero usted, excelencia... —Menico vacilaba con la mirada baja—. Usted, que ha investigado, ¿sabe si mi niña sufrió? He navegado, he oído hablar a los soldados, a los malhechores. Sé lo que sucede cuando se apoderan de una mujer. Prefiero no pensar en ello, mi Marianna en manos de esos depravados...

—No sufrió —mintió Marco—. He averiguado que la pobre se ahogó envuelta en su capa mientras se la llevaban. No les dio tiempo a tocarla. —Pisani pensó que esa mentira aliviaría un poco el dolor del hombre, que, de hecho, pareció rehacerse—. ¿Y usted? ¿Qué hizo después de saberlo?

—Planeé mi venganza. Volví a Venecia en septiembre, pero sin decir nada en casa. Mi hermana cree que regresé hace unos días. Me instalé en el Arsenal, en las casas que hay a disposición de los marineros de paso en los muelles nuevos, al norte de la ciudad.

—Lo sé —lo interrumpió Marco—. Acabo de echar un vistazo a los registros de los barcos y su nombre figura entre los pasajeros de una galera que llegó a Venecia el 16 de septiembre. Así que vivió en el Arsenal y allí conoció a mi gondolero.

—Ya, ese joven. Me preguntó por la cuerda. Era mía, le dije que podía ser portuguesa para despistar. Aún me quedaban varios asuntos pendientes.

—Y pensar que el patrón, Alvise Cappello, también me habló de un tal Levantino. Me dijo que no había vuelto a casa desde que su hija se había marchado. Pero, quién sabe por qué, pensé que la hija a la que se refería Cappello se había casado. No obstante, cuando hablé con él, el 12 de diciembre, aún no sabía que Marianna había desaparecido. Barbaro y Corner habían muerto y yo daba palos de ciego, pero, usted, ¿cómo les dio caza?

—Le contaré todo. Me da igual que me condenen a muerte. No fue muy difícil. Empecé a seguir a los cuatro, unas veces vestido de turco, otras envuelto en una capa. Con Barbaro no tuve ningún problema. Estudié el recorrido que hacía de noche para visitar a su amiga.

—Lucrezia Scalfi.

—Exacto. Busqué el rincón más oscuro para acecharlo y cuando llegó el momento... Fue el primero, no sospechaba nada, pero se defendió. ¿Ve esta cicatriz? —Le enseñó la marca que tenía en la mano izquierda—. Debo llevar siempre guantes para no tener que responder a las preguntas de la gente.

—¿Y Corner?

—Con él fue más complicado. Pasaba mucho tiempo con su mujer, no

alcanzaba a comprender cuál era el momento más adecuado. Así pues, un buen día me presenté en el palacio Corner y me convertí en el gondolero de su hermano Dario. Me las arreglo con los remos, de manera que, durante unas semanas, pude estudiar los movimientos de Piero Corner desde el interior de la casa. Sentía cierta pena por él, acababa de tener una hija y parecía feliz con su mujer, hacían buena pareja. Pero después me decía que él no había tenido ninguna consideración con mi niña, de forma que... En esas semanas comprobé que los domingos por la noche iba al Ridotto. Cuando llegó su turno Barbaro había muerto y él estaba asustado, iba a todas partes con su criado. Pero incluso así me salí con la mía. No se resistió mucho.

Así que Menico era el misterioso gondolero, pensó Marco, el mismo cuyo nombre había olvidado preguntar al viejo Matteo. Debería haberlo comprendido cuando el criado había dicho que procedía de Constantinopla. Recordó un detalle.

—¿Fue entonces cuando entró en posesión del fajín con el escudo familiar de los Corner?

—Sí. Me lo solía poner también después de dejar la casa. Debí de perderlo mientras huía de la fonda de la Giudecca. No me capturaron por un pelo.

—De manera que fue usted el que visitó a la vieja Domenici y el que logró que le dijera dónde se escondía su hijo.

—Es una familia de viciosos. Esa vieja repugnante se había hinchado a beber vino, lo único que entendió de lo que le dije fue que había dinero de por medio. La codicia hacía brillar sus ojos diminutos. Pero con su hijo tuve que luchar. Después de la muerte de sus dos amigos, debía de haber entendido quién se estaba vengando. Entré en la fonda envuelto en mi capa, los clientes estaban ocupados mirando a dos furcias que cantaban medio desnudas. Agarré una jarra de vino y subí. Llamé al azar, al llegar a la tercera puerta oí que alguien se movía dentro, fingí que era un criado. «¡Le traigo el vino!», dije. Se abrió una rendija, era él, lo había observado con atención durante los días en que lo había seguido. Forcé la puerta, él se me escabulló, peleamos, pero cada vez que pensaba que sus manos enormes habían profanado a mi hija sentía una fuerza sobrehumana. Lo aturdí con un bastonazo y lo rematé como a los demás. Labia, en cambio, se me escapó.

—Una curiosidad, usted es un hombre inteligente, ¿por qué mató a todos de la misma forma? Eso nos permitió relacionar los delitos y llegar a usted. Si hubiera matado a sus víctimas de manera diferente, quizá fingiendo

una desgracia, jamás habríamos resuelto el caso. Dado que en Venecia nunca se ha sabido nada de la muerte de su hija, ¿sabe que corre el rumor de que anda suelto un asesino que mata por puro placer?

Menico cabeceó.

—Al principio no pensaba matarlos a todos de la misma manera ni usar el mismo tipo de cuerda. Mire, aún tengo un poco, era para Labia. —Señaló el rollo que estaba a sus pies.

Marco se estremeció. Qué extraña situación, se dijo: un *avogadore* hablando y bebiendo amistosamente con un asesino en casa de este.

—Pero cuando arrestaron a ese desgraciado —prosiguió Menico—, me refiero a Maso, que no tenía nada que ver, yo, que seguía con atención los rumores que circulaban, temí que un inocente se viera involucrado y logré que lo exculparan matando a Corner mientras estaba en la cárcel. Pero, usted, ¿cómo llegó a sospechar de mí, dado que mi familia no sabe que regresé a Venecia hace unos meses?

Pisani era consciente de que le debía una explicación.

—Yo tampoco sospeché de usted al principio, estaba convencido de que acababa de regresar, pese a que el sábado pasado, debería haber comprendido por sus palabras que sabía que Marianna estaba muerta. Pero hace unas horas, mientras hablaba con Giorgio Sporti, tuve una especie de revelación. Constantinopla salía una y otra vez en las conversaciones, Giorgio sabía la verdad, pero al mismo tiempo era, a todas luces, inocente. ¿Era posible que se lo hubiera dicho a alguien? ¿Qué otro hombre podía desear la venganza? Entonces até todos los cabos, pregunté a bocajarro a Giorgio a quién había visto en Constantinopla. Él también entendió todo en ese momento, vaciló mucho, y al final mintió. Quería salvarle.

Menico meditó con la cabeza inclinada. Pisani también estaba pensativo.

El marinero rompió el silencio.

—Estoy en sus manos. —Exhaló un suspiro. Parecía resignado, casi sereno—. Lo siento por mi hermana, la dejo sola, pero estoy preparado para entrar en la cárcel. Sin embargo, debo pedirle un favor: encuentre a mi niña. Mi último deseo es que tenga una tumba cristiana en la que su tía pueda, al menos, rezar.

Marco apuró el vaso para darse ánimos. Se acercó al hogar tendiendo las manos al calor de las llamas. Su voz era un susurro.

—Escúcheme bien, Menico. Estuve pensando hace un rato. Usted es

una buena persona y ya ha sufrido bastante. Yo soy un hombre de ley y creo en la justicia, pero también creo que existe una justicia aún más perfecta que la de los hombres. Sé que usted no es un asesino: vio que esos miserables deambulaban libres e impunes por Venecia y quiso remediar por su cuenta la ineficacia de la justicia. Por lo demás, sabe que si los hubieran procesado habrían sido condenados a la horca. En fin... —Se volvió y midió a grandes zancadas la habitación—. No quiero arrestarlo. Aún no se sabe nada sobre usted. No he hablado con nadie.

Se paró delante de Menico, que lo miraba estupefacto.

—Esta noche no nos hemos visto. Jamás he venido aquí. Prepare un hatillo y váyase. Suba a un barco, el tiempo es pésimo, pero usted es marinero y se las arreglará, vaya a Trieste, que es territorio austriaco. Nadie le buscará allí. También puede refugiarse en uno de los barcos dálmatas que parten del muelle de los Schiavoni. Con unos cuantos ducados puede comprar un pasaje clandestino. Tiene veinticuatro horas. No diga nada a su hermana, no se despida de ella. Dentro de unos meses le escribirá y le pedirá que se reúna con usted, juntos podrán rehacer su vida en Oriente. Pero váyase enseguida. Dentro de veinticuatro horas tendré que enviar a los esbirros para que le arresten y usted deberá estar ya a salvo.

—¿Por qué? —balbuceó débilmente Menico, conmovido.

—Ya se lo he dicho: ha sido víctima de una injusticia terrible. No quiero que vuelva a pagar, usted no es un asesino. Estoy seguro de que sabrá expiar sus pecados.

—¿Y mi niña?

Había llegado el momento de revelar a Menico el último secreto.

—La hemos encontrado.

Menico estalló en sollozos.

—Sus restos están en estos momentos en San Pietro, aquí cerca. Puede rezar por ella antes de marcharse.

«¿Es esta la verdadera justicia? ¿He cumplido con mi deber o he jugado a ser Dios?», se preguntó Marco mientras subía de nuevo a su góndola.

Siempre había estado convencido de que la ley y la justicia podían y debían coincidir, pero ya no estaba tan seguro. En ese extraño caso, la moral y las leyes estaban enfrentadas y él había seguido lo que le dictaba la conciencia asumiendo la consiguiente responsabilidad.

Pero, por fin, se sentía sereno. Tenía ganas de ver a Chiara.

Capítulo 29

Las ventanas góticas del palacio Pisani vertían chorros de luz sobre las olas del Gran Canal, además de los sonidos discordantes que emitían los instrumentos musicales al ser afinados. Las góndolas, de las que descendía caballeros y damas vestidos para el baile, se arracimaban a la puerta. Era la noche de San Esteban, el 26 de diciembre, el día que ponía punto final a las devociones del periodo navideño, y la familia Pisani inauguraba el carnaval con una suntuosa recepción.

Los criados, embutidos en sus libreas y sujetando los candeleros, estaban apostados en la escenográfica escalinata de Tirali, una de las más bonitas de la ciudad.

Chiara subió emocionada en compañía de Marco y de Daniele. Su vestido de brocado de oro viejo, que se abría en una voluminosa falda, resaltaba sus ojos azules y su pelo, recogido en una cascada de rizos. Pese a su palidez, estaba resplandeciente y se movía con la delicadeza de un junco. Sus acompañadores formaban un marco digno de ella. Marco lucía una chaqueta negra y plateada encima de un chaleco de espolín y, por una vez, se había puesto la peluca blanca. Daniele, por su parte, había elegido un traje verde oscuro bordado de oro. Los invitados que subían con ellos miraban con curiosidad a la hermosa joven que iba del brazo del *avogadore*.

Teodoro y Elena Pisani recibían a sus invitados en el rellano que daba acceso al salón. Al ver a los tres amigos se iluminaron.

Chiara hizo una leve reverencia y susurró a Elena:

—Gracias, señora. Por la invitación y por esto. —Señaló el magnífico anillo que llevaba en el anular izquierdo: una corona de rosas de oro rodeando un enorme rubí de gran pureza.

—Mi querida niña —la interrumpió Elena, ayudándola a erguirse y estrechándola en un abrazo—, si supieras cuánto me alegra que hayas venido. —El anciano senador sonreía con aire benévolo—. Supongo que Marco te

habrá dicho...—Elena miró a su hijo conmovida—, es un anillo familiar, pertenecía a mi abuela. Ninguna mujer es tan digna de llevarlo como tú.

El salón de baile estaba iluminado por cientos de velas que resplandecían entre los cristales de las lámparas de Murano, centelleaban en los hacheros de pared y se reflejaban en los espejos. Chiara vio colgados los célebres cuadros de los Pisani: *La familia de Darío*, de Veronese, y el más reciente, *La muerte de Darío*, de Piazzetta.

Varias decenas de invitados habían tomado ya asiento en las sillas que había delante de una tarima, esperando el concierto. Al acercarse los jóvenes, se elevó un murmullo. Mientras Marco saludaba a sus conocidos, Daniele se sentó con Chiara delante de la orquesta.

—¿Ves a la familia que hay a mi derecha? —dijo señalándole una señora alta y elegante, acompañada de su marido, un hombre gordo, y de una joven feúcha, que lucía un collar de esmeraldas—. Ya sabes que estas recepciones son una de las pocas ocasiones en que las jóvenes casaderas pueden estar en sociedad. Esos son los Foscarini. Te miran con antipatía porque siempre han querido que su hija se prometa con Marco. Además, han visto que llevas en el dedo el famoso rubí de los Pisani. Han perdido por completo la esperanza.

Era cierto: la madre y la hija miraban airadas a Chiara.

El salón se había llenado, Elena y Teodoro Pisani se sentaron en sus sillones, delante de la tarima. Su hijo Giovanni y la mujer de este, Rosanna, cuyo amplio vestido no conseguía disimular el estado de buena esperanza, se acomodaron enseguida a su lado. También ellos habían recibido a Chiara con afecto.

Cuando la orquesta tocó las primeras notas de *La primavera* de Vivaldi, en la sala se interrumpieron todas las conversaciones.

Sentado al lado de Chiara, Marco se quedó ensimismado. Había solucionado varios asuntos en los días precedentes. Como había prometido a Menico, los esbirros habían ido a arrestarlo la noche del 21, pero solo habían encontrado a su hermana, que acababa de regresar de la iglesia de San Pietro, en Castello, donde había velado el cuerpo de Marianna, a la espera de que lo enterraran. Menico había desaparecido sin decir una palabra y ella confiaba en que no hubiera hecho una idiotez cuando se había enterado de que habían encontrado a su hija. Parecía, y era, sincera.

No había contado a nadie la conversación que había mantenido con

Menico Pisani, ni siquiera a Zen. A su amigo solo le había dicho que había intuido que el asesino al que llevaban tanto tiempo buscando era el viejo marinero y que había ido a su casa. Una vez allí, había podido entrar sin dificultad, porque nadie se había preocupado de cerrar con llave. Daniele le había echado un buen sermón por su imprudencia. Marco lo había tranquilizado diciéndole que la casa estaba vacía. Aun así, había encontrado el vestido de turco y el rollo de cuerda y eso había sido suficiente para confirmar sus sospechas.

Chiara, en cambio, lo había mirado con aire de complicidad cuando le había soltado la misma sarta de mentiras, pero no había dicho una palabra.

Los inquisidores se habían alegrado de que, por fin, se hubiera resuelto el caso y lo habían presentado al Consejo de los Diez. Labia sería procesado de forma discreta y condenado al exilio. En el fondo, el caso no solo mermaba el prestigio de su familia, sino también el de la República. Por el momento estaba en la cárcel de Piombi, donde todos los días una serie de criados, barberos, peluqueros y sastres se ocupaban de su persona. Hasta había conseguido que sumergieran en una tina de agua a su compañero de celda para que dejara de apestar, y que lo vistieran y lo afeitaran. Un criado había colocado además varias trampas para ratones en las inmediaciones de la celda y ya había capturado diez. Marco sonrió al recordarlo.

El concierto de Vivaldi había terminado. Varios criados colocaron delante del escenario un biombo para que los espectadores no pudieran ver a las artistas. Era el turno del coro del Conservatorio de los Mendicantes, integrado por jóvenes, en su mayoría huérfanas, educadas como monjas e instruidas en el canto por los mejores maestros. Eran famosas en toda Europa y la gente viajaba de todas partes para oírlas, pero no estaba permitido verlas y por lo general cantaban en las iglesias de los conventos, ocultas detrás de una celosía. Así pues, era excepcional que hubieran accedido a exhibirse en público, aunque hubieran recibido por ello una buena cantidad de dinero. Algunos aseguraban que eran extraordinariamente guapas, otros afirmaban que las habían visto y que en su mayoría eran demasiado gordas o flacas, o que tenían la cara picada de viruela. Fuera como fuera, cantaban como ángeles.

El coro entonó una cantata para varias voces de Benedetto Marcello y Marco se quedó de nuevo absorto.

Había tenido que hacer también algo que le había pesado mucho. Ya no

tenía sentido que Annetta siguiera esperándolo todas las noches en su casa, a espaldas de la iglesia de San Rocco.

Así pues, había ido a verla hacía dos días y, a decir verdad, no había necesitado darle muchas explicaciones, porque la pobre lo había entendido ya.

—Le echaré de menos, excelencia —había dicho con los ojos anegados en lágrimas—, pero sabía que un día u otro terminaría. Usted debe seguir su camino, debe fundar una familia, y yo nunca he pensado que podía convertirme en una Pisani.

Marco se había conmovido, casi tuvo vergüenza cuando le entregó los documentos que le había preparado su banquero y que aseguraban a Anna una renta más que honrosa.

—No puedo aceptarlo —había dicho ella con un hilo de voz—. Nunca lo ha hecho, pero ahora me está tratando como una..., como una...

—No, Annetta —había replicado Marco—, justo porque no lo eres quiero que vayas siempre con la cabeza bien alta y que no dependas de nadie.

Al final, Annetta había aceptado, pero él se había sentido en cualquier caso culpable.

Por suerte, Chiara formaba ahora parte de su vida. Iba a verla apenas podía y el día anterior, la mañana de Navidad, le había regalado el anillo familiar que había elegido su madre.

—Me alegro de que hayas encontrado una mujer digna de llevarlo —había dicho la señora Pisani poniéndoselo en la mano.

Al ver el anillo, Chiara había enmudecido.

—¿Esto significa que somos novios? —había preguntado, por fin.

—Sí, Chiara —había contestado él, sorprendido por la tibieza de su reacción—. No es nuevo, es una joya antigua de mi familia. Pero no era de mi mujer, si es eso lo que te preocupa. Jamás haría algo así.

—No es eso. Es que..., antes no me has preguntado si estoy de acuerdo. Ni siquiera conozco a tus padres.

Era así: la mujer más independiente de Venecia.

—Chiara —replicó—, yo te quiero, tú me quieres. ¿Quieres ser mi novia?

—Sí, pero ¿a qué vienen tantas prisas?

—Mañana se celebra el baile y quiero que todos sepan que eres la mujer a la que quiero.

—¿Y si te critican porque no soy aristócrata?

—Todos se morirán de envidia cuando te vean, los hombres de mí y las mujeres de ti.

Al oír los aplausos, Marco se sobresaltó. La gente se estaba levantando. Daniele había echado el ojo a una hermosa dama, una viuda Barbarigo, y la estaba cortejando. Marco ofreció el brazo a Chiara para ir al comedor, que se encontraba en el *pòrtego* del piso superior.

El refresco había sido preparado en una sala de paso. Una gran mesa central sostenía bandejas de plata llenas de faisanes, perdices trufadas, fiambres y pirámides de ostras perleras. Un enorme esturión se exhibía en una bandeja dorada, encima de un calentador de comida. En un rincón se ofrecían verduras tempranas y ensaladas aliñadas con vinagres aromáticos. A la izquierda, la mesa de los dulces proponía mermeladas y helados de todo tipo, conservados en hielo picado. Delante, en el bufé de los vinos, había champán, borgoña, Málaga, moscatel, malvasía, rosolí y vinos del Rin.

Los camareros sorteaban con destreza las mesas para servir a los invitados. Entre ellos, Marco divisó a su Giuseppe, quien por nada en el mundo se habría perdido la recepción anual del palacio Pisani, ataviado con la librea de la casa. Nani también se había quedado, a pesar de que tenía la noche libre, y estaba ahora en las cocinas; Marco pensó que, cuando llegara el momento, sabría encontrar un el resquicio de una puerta para ver el baile.

Después de cenar los invitados iban de una sala a otra charlando. Marco aprovechó para describir a algunos de ellos a Chiara.

—Mis padres invitan a familias ilustres, pero solo a aquellas que son del agrado de mi madre. Como verás, han venido los Erizzo, los Tron, los Mocenigo, los Zorzi, los Bragadin y los Giustinian. Ahí al fondo están los hermanos Memmo, Andrea, Bernardo y Lorenzo, comiendo helado. Según dicen, se dedican a prácticas de magia negra y son amigos de Casanova, al que mi madre jamás invitará, te lo aseguro. Detrás de mí está Condulmer —añadió en voz baja—, es accionista del teatro Sant'Angelo y uno de los inquisidores. Alejémonos, no quiero que se ponga a hablar de trabajo.

El baile había empezado. El salón de baile tenía un aspecto magnífico. A la luz vacilante de las velas, siguiendo el ritmo de la música, las amplias faldas de las señoras, los damascos de color carmesí y morado, los encajes plateados, los brocados dorados cubiertos de bordados parecían unas enormes flores exóticas y de ellas emergían unos corpiños resplandecientes de piedras

preciosas y perlas. Los caballeros, ataviados con brillantes fracs dorados, seguían el ritmo con los pies, calzados con unas zapatillas adornadas con valiosas hebillas. El aroma a violeta y jazmín llegaba a oleadas, mezclado con el dulzón de los polvos de tocador.

«Nuestra civilización está en decadencia, pero ¡qué espléndida decadencia!», pensó Marco.

En ese momento, sintió que una mano le apretaba un hombro. Se volvió y se encontró cara a cara con Dario Corner, que iba sobriamente vestido de negro.

—¿Puedo hablar un momento con usted? —le preguntó.

Hicieron un aparte junto a una ventana.

—No se sorprenda de verme aquí —dijo Dario—. Su madre tuvo la cortesía de enviarnos la invitación, pero estamos de luto, así que solo he venido porque quería verle.

—Le escucho.

—Bueno, no quiero que se haga una mala idea de mi familia. Mi hermano hizo una cosa espantosa, mi madre está muy dolida y no nos hemos atrevido a contarle la verdad a mi cuñada. Yo tengo mis defectos, pero sabía que mi hermano no debía frecuentar esa gente. A veces era duro con él, tengo mal carácter, pero lo quería mucho.

Marco lo miraba, percibía los signos de un profundo dolor en los ojos de Dario. Y pensar que, sin saberlo, había estado bajo sospecha.

—En cualquier caso —proseguía Corner—, lo que más me duele es que mi hermano cambió hace un año, ya no salía con esa pandilla. Y justo ahora, que acababa de tener un hijo, viene ese desgraciado y se venga. Claro que tenía sus razones... No sé qué decir.

Marco le dio una afectuosa palmada en un hombro.

—Solo quería que supiera que, pese a todo, aprecio su trabajo —concluyó Dario.

—Venga a vernos, Corner —dijo Marco a modo de despedida—. Y no se separe de su cuñada.

Se aproximó de nuevo a Chiara y se sentó a su lado en un sofá del salón.

—¿Ves esa mujer vestida de encaje a la que están sirviendo vino? —preguntó señalando a una señora anciana de rara fealdad—. Es Rosalba Carriera, la famosa pintora. Ahora casi no ve, pero, como sabrás, ha hecho unos retratos espléndidos a pastel y miniaturas preciosas para todos los soberanos de Europa. Casi no sale ya de casa, es un milagro que haya venido

esta noche. Mi madre debe haber desplegado todas sus dotes diplomáticas. Y ese señor rechoncho que está hablando rodeado de un grupo de personas, ¿lo ves? Es el famoso Carlo Goldoni. Él no se hace de rogar, sobre todo si la cena es buena. Es un conversador formidable.

—Por lo que veo ha venido toda Venecia —exclamó Chiara.

—No, toda no, solo una selección. Mi madre no solo invita a aristócratas y artistas. Mira al señor que está junto a la mesa que hay al lado de la pared. —Señaló a un hombre con aire burgués—. Es Segati, el rico mercader de telas, puede que lo conozcas ya. A su derecha hay un tipo alto y delgado, es una de nuestras glorias. Se trata de Giovanni Poleni, el famoso matemático y astrofísico de la Universidad de Padua. Al otro lado de la sala, en medio de ese grupo de señoras, está Andrea Tron, quizá el único aristócrata que es, a la vez, un gran empresario. Tiene fábricas de lana en tierra firme y está saneando algunas zonas de la laguna. Habla cinco idiomas. Pero ahora ven a bailar.

La orquesta estaba tocando una pavana y Marco y Chiara se unieron al resto de parejas. Chiara bailaba con suma gracia y Marco notó cómo la miraban los caballeros cada vez que se cruzaba con ellos. Por primera vez sintió las punzadas de los celos.

En el intervalo entre dos bailes un anciano se interpuso entre ellos. Marco se lo presentó a Chiara sonriendo.

—Te presento a uno de los mejores pintores de todos los tiempos, Giovanbattista Tiepolo. —El pintor hizo una reverencia—. Querido Tiepolo —prosiguió Marco—, lo felicito por los frescos de la sala de baile del palacio Labia, que terminó el año pasado, son magníficos, pero —añadió dirigiéndose a Chiara—, aquí también puedes deleitarte mirando el techo de la sala de al lado.

Tiepolo sonrió ufano.

—Gracias, excelencia. Me he permitido interrumpirle porque quería decirle una cosa: me costó mucho encontrar una modelo adecuada para pintar a Cleopatra. Si hubiera visto antes a su espléndida acompañante..., la he observado mientras bailaba..., si me permite, le habría pedido a ella que posara.

Chiara sonrió cohibida.

—Me honra, señor. Si mi novio me lo permite... —Sonrió de nuevo mirando a Marco—. A mí me encantará posar para un retrato.

¡Lo había dicho! ¡Mi novio! Pisani se sintió feliz.

—¿Salimos, cariño? —le preguntó después de despedirse de Tiepolo—. Es más de medianoche y fuera ha empezado el carnaval.

Saludaron a todos y salieron al Gran Canal. El espectáculo los dejó atónitos. Estaba nevando: una nieve ligera, unos copos espesos, habían teñido de blanco la ciudad, que ahora parecía el escenario de un cuento.

Subieron a un transbordador y, en compañía de una multitud de desconocidos, arribaron a la plaza de San Marcos. Las cúpulas orientales de la iglesia, las líneas rectas de las procuradurías, el perfil del campanario, todo estaba cubierto de blanco.

En la plaza, a la luz de los faroles, se estaba formando una multitud. Arrebujados en sus capas, con la máscara en la cara, hombres y mujeres se perseguían riéndose y tirándose bolas de nieve. Los cafés estaban abiertos, como si fuera de día. Aquí y allí, al ritmo de las flautas y las guitarras, nobles y plebeyos bailaban danzas piamontesas y friulanas. Los hombres saltaban y las mujeres hacían piruetas como si fueran peonzas.

Marco y Chiara se mezclaron con la multitud festiva, jugaron al corro, se tiraron nieve el uno al otro. En una olla, sobre un fuego improvisado, un hombre removía un vino rojo caliente y aromatizado. Se pusieron en fila y apuraron un vaso de un trago. Se reían y la cabeza les daba vueltas.

Marco envolvió a Chiara en su capa y la llevó a un oscuro zaguán de las procuradurías viejas. Empezó a besarla. Ella lo secundó. Se estrecharon en un abrazo. Marco la acarició.

—¿Quieres...? —preguntó Marco con voz ronca.

Ella lo siguió por la escalera oscura hasta el entresuelo que Marco utilizaba como vestuario y, guiados por la luz que entraba por la ventana, se echaron en el sofá.

Más tarde, envueltos en la toga del *avogadore*, se sonrieron extasiados.

—Hacer el amor es maravilloso —murmuró Chiara—. Ha sido mi primera vez.

Marco la contemplaba con ojos ardientes.

—Siempre será así entre nosotros. ¿Quieres casarte conmigo, Chiara?

—¿Casarnos? Bueno, sí, más adelante.

—No, enseguida, Chiara. ¿Quieres ser mi mujer? —La besó apasionadamente.

Los ojos de ella brillaban maliciosos en la penumbra.

—Sí que quiero, cariño, pero no enseguida, dentro de poco.

—Pero entretanto, ¿qué haremos? —balbuceó Marco estupefacto, deshaciendo el abrazo.

—Entretanto —lo consoló Chiara esbozando una leve sonrisa—, viviremos en pecado.

«Hablamos veneciano». Una nota de la autora

Es evidente que la Venecia que se describe en el libro no es la actual, sino la del siglo XVIII. Por ejemplo, los graneros de Terranova ya no están cerca del palacio de la Zecca. Napoleón ordenó enterrar el *rio* Sant'Anna, en Castello, que pasó a denominarse calle Garibaldi. El Arsenal aparece como era hace tres siglos. Con todo, y a diferencia de la mayoría de las ciudades antiguas, Venecia ha cambiado muy poco.

Al igual que entonces, está dividida en barrios: Cannaregio, San Marcos y Castello en la isla norte del Gran Canal. Dorsoduro, Santa Croce y San Polo al sur. Alrededor, la isla de la Giudecca y el Lido, y en la laguna, entre otras, Murano y Burano.

Las calles no se llamaban *vie* sino *calli* (la más estrecha mide cincuenta y tres centímetros). Algunas conservan el nombre de *rughe* o *rughette*. Se denominan *salizàde* a las primeras calles empedradas con adoquines de sílex y *fondamenta* al tramo de calle que costea un canal o un *rio*. Un *ramo* es un tramo breve de calle que arranca en una principal y que une esta con otra calle o *campo*.

Rio terà es un *rio* enterrado, transformado en calle, y las *rive* son los tramos de canal o cuenca utilizados como muelles.

Los *sotopòrteghi* son los pasajes cubiertos que se encuentran bajo edificios privados y que desembocan a algunas calles.

Dado que los nombres de las calles se repetían a menudo, para especificar una dirección se nombraba el barrio y la parroquia a los que pertenecía un edificio, y además se indicaba algún monumento próximo. En cambio, hoy en día las casas tienen un número progresivo por cada barrio.

En Venecia, solo hay una plaza, la plaza de San Marcos. Las demás se denominan *campi* o *campielli*, porque en los primeros siglos se utilizaban para cultivar verduras o, cuando estaban un poco elevados, como cementerios.

El término *Ca'* indica un palacio, con frecuencia suntuoso, lo que demuestra la modestia de la aristocracia veneciana, en la que no había condes ni duques nombrados por el rey sino solo patricios, dado que se trataba de una república.

Entre los innumerables órganos públicos venecianos, en el libro aparecen dos que son menos conocidos.

Los *avogadori* desempeñaban diferentes funciones. Instruían los procesos, en cierta medida como los fiscales de hoy en día, y tenían competencias propias de estos. Eran tres. Uno de ellos debía asistir siempre a las sesiones del Senado. Gozaban de la facultad de intervenir en los procedimientos de otros organismos cuando no los consideraban conformes a la ley y guardaban el *Libro de oro de la nobleza*.

Messer Grando, tenía funciones similares a las de los actuales jefes de policía. Era burgués de nacimiento. A mediados del siglo XVIII era Matteo Varutti.

Agradecimientos

Para empezar, estoy en deuda con mi marido Arnaldo, quien, al poner a mi disposición la casa de Venecia, que se encuentra en Castello y que he descrito como la casa de la familia Biondini, me permitió conocer la ciudad y poder ambientar en ella mis historias.

Nunca agradeceré bastante el interés de Maria Paola Romeo, de Grandi & Associati, a la que conocí en Matera, con ocasión de una edición del Women's Fiction Festival y que leyó mis manuscritos; siempre me ha animado y en la actualidad es mi querida agente.

Ha sido una experiencia gratificante trabajar con Alessandra Tavella, *content editor* de Amazon Publishing, a la que aprecio por su gran profesionalidad y por sus dotes humanas.

Gracias de todo corazón a mis amigas venecianas: Valeria Numerico, que ha sabido infundirme el espíritu de la ciudad, y Antonia Sautter, gran experta del siglo XVIII veneciano y genial creadora del Baile del Dux, que siempre ha creído en mí. A ella debo la experiencia personal de haber asistido a un baile en el palacio Pisani, que me inspiró el último capítulo de esta novela.

Además de ellos, otros han colaborado de forma inconsciente.

Para la ambientación ha sido fundamental la contribución de los cuadros de Pietro Longhi y de Gabriel Bella, pero, sobre todo, de Canaletto. Las maneras en las relaciones interpersonales están inspiradas en Goldoni, como el uso de usted en el tratamiento de las personas relevantes o el carácter de los criados. Los detalles de la vida cotidiana deben mucho a las *Memorias* de Giacomo Casanova.

Entre los historiadores, ha sido fundamental la aportación de Alvise Zorzi y de Pompeo Molmenti, además de la de René Guerdan y la de muchos otros. Excelente la descripción de la Venecia menor de Egle Trincanato y Carla Coco.

Por último, no sería justo olvidar la ayuda de algunos sitios internet, como *Bauta.it*, *Baroque.it* y *Venezia nascosta*, además de la serie de libros del editor Filippi para el *Gazzettino*.